TIEMPO de HISTORIA
AÑO VII
NUM. 76
150 PESETAS
ALFONSO XIII
el final de
un reinado

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

José M.ª Solé Mariño

A los sesenta años del fin de la Guerra Civil Rusa:

Enero de 1921

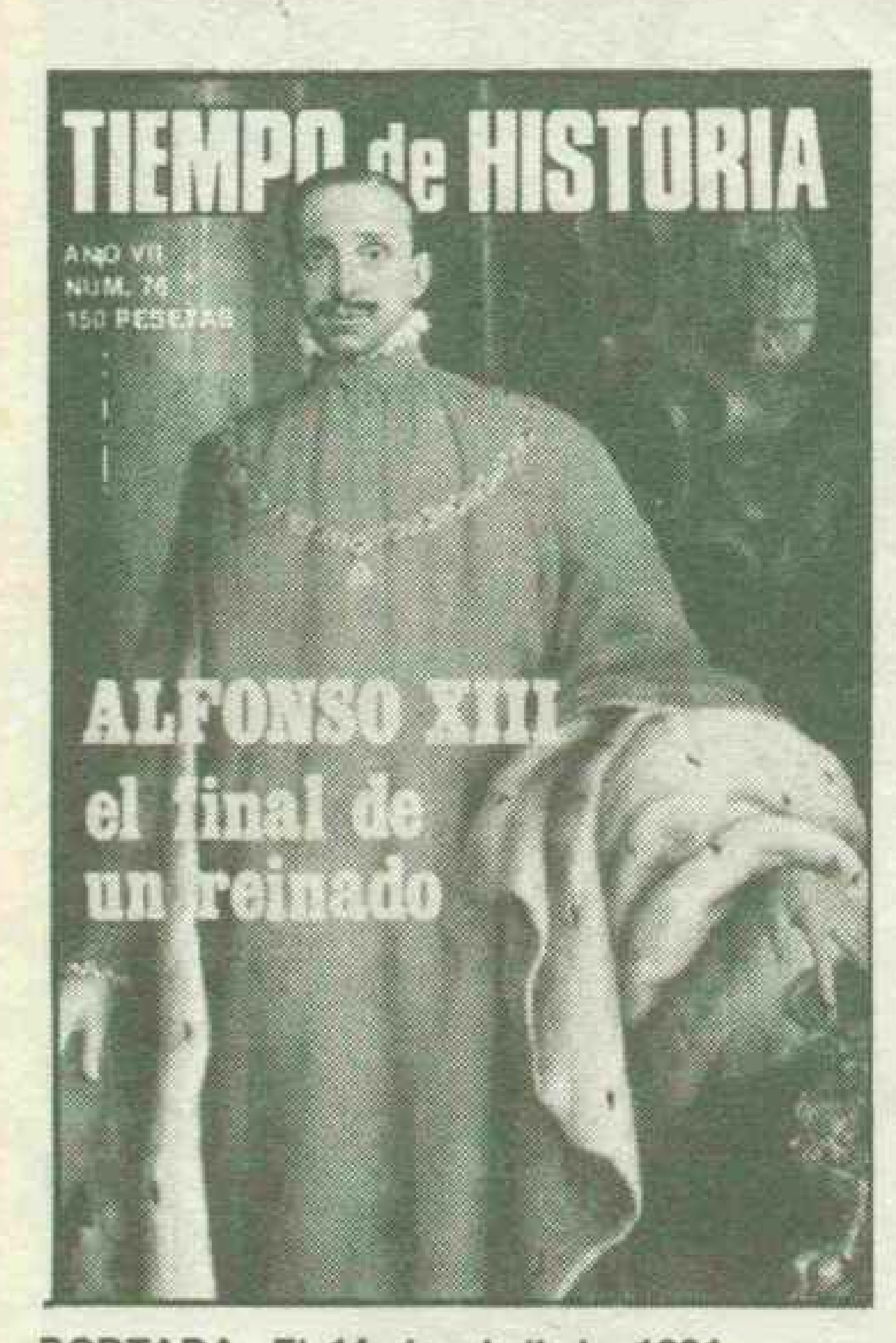


León Trotski, en la Plaza Roja de Moscú, al finalizar la guerra civil.

SUMARIO



AÑO VII ● NUM. 76 ● MARZO 1981 ● 150 PESETAS



PORTADA: El 14 de abril de 1931 y como resultado de unas Elecciones Municipales adversas a la Monarquía, el rey Don Alfonso XIII salía del país y se proclamaba la II República española. (Alfonso XIII, representado como Gran Maestre de la Orden del Toisón de Oro. Cuadro de Servando Carrillo. (Salón de Plenos del Consejo de Estado).



EL LEGADO DE MCLUHAN: La vida y el pensamiento de una de las personalidades más controvertidas de nuestro tiempo, el sociólogo, recientemente fallecido, Marshall McLuhan.

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA,** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchill, 20. Teléfono 447 27 00, MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfono 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera. 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69, MADRID-16, y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71, BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350, MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal 350 M. 36.133-1974. **ISBN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.


S. M. el Rey Don Alfonso XIII. (Oleo de Alvarez de Sotomayor, pintado en 1923).

Alfonso XIII: El final de un Reinado

Carlos Sampelayo

MUCHO se ha escrito sobre la caída de Alfonso XIII arrimándose siempre el «ascua a la sardina» ideológica del escritor. Al medio siglo de aquel destronamiento, si se contemplan los hechos sin pasión, se puede llegar a una conclusión irrebatible: Si el rey no hubiera aceptado complaciente la Dictadura del primer Primo de Rivera, habría terminado sus días en el trono, al que había accedido el 17 de mayo de 1902, jurando una Constitución.

Primo de Rivera fue una especie de enfermera de la monarquía, impidiendo que se acercara a la enferma ningún elemento nocivo capaz de interferir el tratamiento. Pero la enfermera en su celo llegó a ser más nociva de aquellos elementos, y la enferma decidió cambiarla como heroico remedio de salvación, alegando sofisticadamente que aquella enfermera se le había impuesto, no la había contratado la monarquía; que había sido como el dragón a la puerta de la cueva de la princesa no dejando acercarse a nadie.

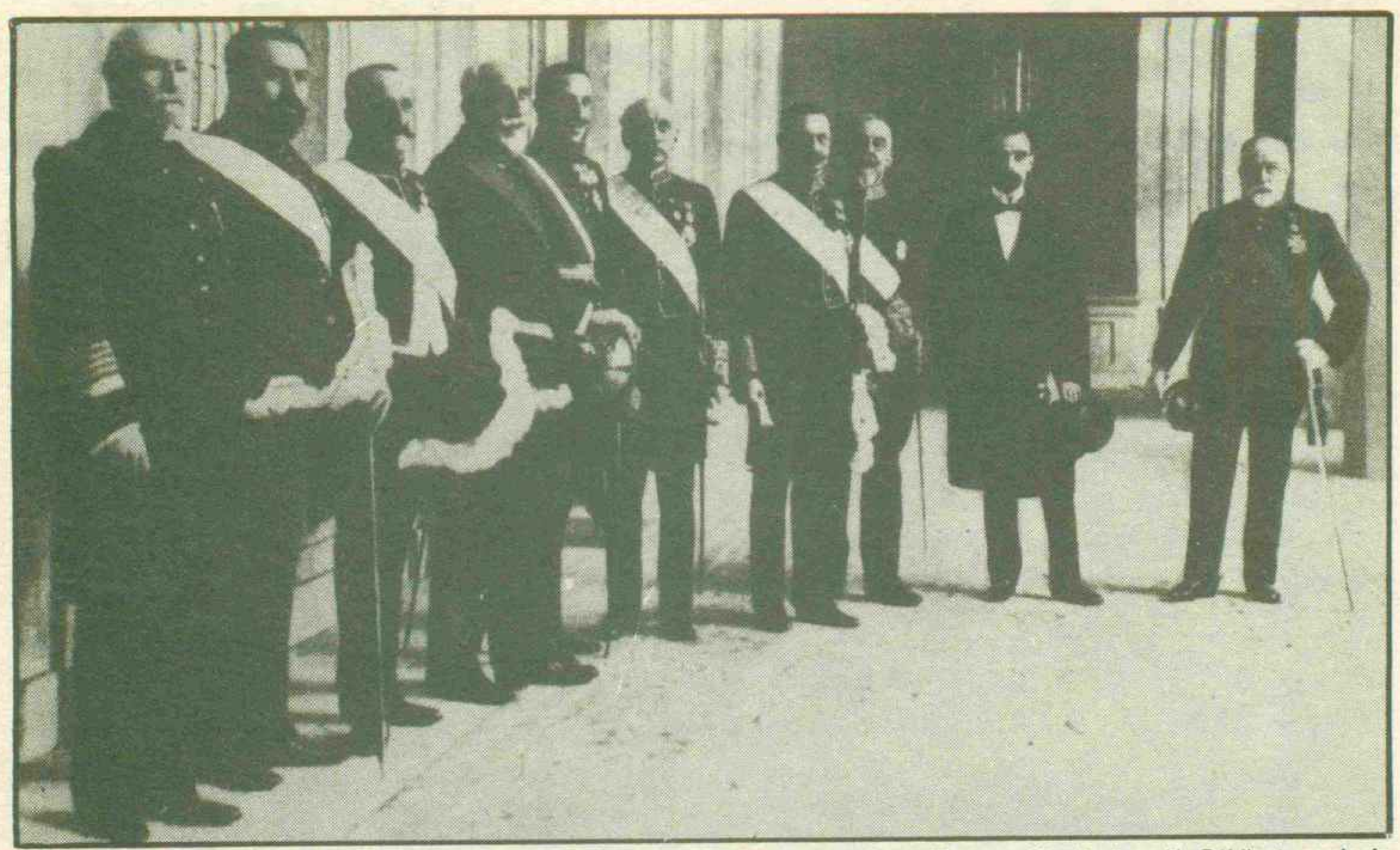
EL VIRUS ABSOLUTISTA

En realidad no se sabe si el rey colaboró en el levantamiento del dictador en 1923. Pero lo que sí se advierte al conjugar la historia es la inclinación del monarca al absolutismo, aunque algunos de sus defensores, como el conde de Romanones, trataran de justificar lo contrario. O como el general Berenguer, que llama a la dictadura «experiencia política» de don Alfonso, cuando la verdad es que durante esa «experiencia política» tuvo menos preocupaciones de gobierno, y pudo desarrollar con más libertad su afición a los deportes. Seis años de no ocuparse de política, rodeado de sus amigos sin aspiraciones de ella, confiado el país a Primo, que, todo hay que decirlo, fue, además de enfermera, una hermana de la caridad comparado con el otro «salvador de España» que habría de venir después.

Alfonso XIII no era la princesa cautiva por el dragón, porque durante toda su historia política había cambiado de dragoncillos al primer berrido, y no le habría sido difícil cambiar este otro si lo hubiera creído inconveniente para su tranquilidad. Los recursos y habilidades de aquel rey eran característicos de su personalidad para capear temporales políticos, aunque el dragón de turno fuera don Antonio Maura, el consejero mejor oído.

Tras la caída en desgracia del dictador, sólo el general Berenguer le quedaba al rey como lenitivo para su descanso. No deseaba volver al diálogo con los antiguos políticos demócratas monárquicos, y mucho menos emprenderlo con elementos oposicionistas, lo cual podría haber sido una «tabla de salvación». El se creía querido del pueblo y no quiso dialogar con nadie, tanto de un lado como de otro del espectro político de entonces.

Al decidir atraerse al fin a personalidades nuevas de talante tradicionalmente monárquico ya era tarde. Casi todos se habían hecho republicanos o navegaban en torno a la República. El destierro fue para él una sorpresa, aunque fuera profetizado por los antiguos políticos monárquicos, entre los que, como Sánchez Guerra, deseaban que abandonara el trono, acusándole de violador de



El Ganinete de Concentración Nacional de marzo de 1918. (De izquierda a derecha: Pidal (Marina), Alba (Instrucción Pública), conde de Romanones (Gracia y Justicia), Maura (Presidencia), el Rey, Dato (Estado), marqués de Alhucemas (Gobernación), González-Besada (Hacienda), Cambó (Fomento), general Marina (Guerra).)

las leyes que albergaba la Constitución. Ossorio y Gallardo se tituló «monárquico sin rey», pensando además que, aun después de la herencia confiada al infante don Juan, la monarquía había desaparecido para siempre.

EL REPUBLICANISMO DURANTE EL REINADO

Alfonso XIII se rió durante toda su vida de los republicanos, y no era para menos, ya que la figura señera de los mismos fue desde los años mozos del rey, Alejandro Lerroux, cuyos contubernios con los gobiernos monárquicos conocía muy bien. El mismo líder republicano manifestaba que él era «la encarnación de la República desde los comienzos del reinado de Alfonso XIII».

No enterado, pues, de la categoría de verdaderos intelectuales que animaba el proceso republicano al comenzar la década de los 30, creyó fácil contener el movimiento. Sin embargo, de entre sus fieles políticos monárquicos sólo uno —tan «infiel» como todos los demás— le inspiró confianza: don José Sánchez Guerra, quien realizó el acto más inusitado de toda la historia política universal: ¡acudir a la cárcel para consultar a los presos! ¡Para pedirles ayuda a aquellos líderes republicanos en el intento de sostener la monarquía! La figura del viejo político revestido de levita y chistera entrando en la prisión solemne y tenebroso parece una secuencia de Fellini. Quería el rey incluso que don José le pidiera a los republicanos encarcelados una contención de sus masas hasta que se celebraran elecciones legislativas. Pero ni eso se atrevió a proponerles Sánchez Guerra. El rey hizo como que le apesadumbraba la negativa republicana a cooperar. Todo era un poco surrealista.

De todas maneras don Alfonso trató de que aquel viejo conservador formara Gobierno con una posible lista ya formada, pero incluyendo en ella a García Prieto y Romanones, que se llamaban monárquicos-liberales. Eran **paños calientes** para un pueblo ya movido. Por eso las elecciones del 12 de abril constituyeron más bien un referéndum sobre la persona del rey. ¿Había fingido la sublevación de Primo de Rivera, **saltándose a la torera** los preceptos constitucionales? ¿Era un monarca absolutista? Todavía antes de aquel día H envió don Alfonso emisarios confidenciales a los líderes republicanos que antes habían sido monárquicos, para atraérselos abandonando su postura. Se comprometía a **perdonarles.** Aquellos ex monárquicos —Alcalá Zamora, Miguel Maura, Sánchez Guerra hijo, Ossorio y Gallardo, etc.— contestaron hasta con sarcasmos. Profetizaron que tras la consulta electoral el rey no podría seguir tomando parte en las regatas náuticas

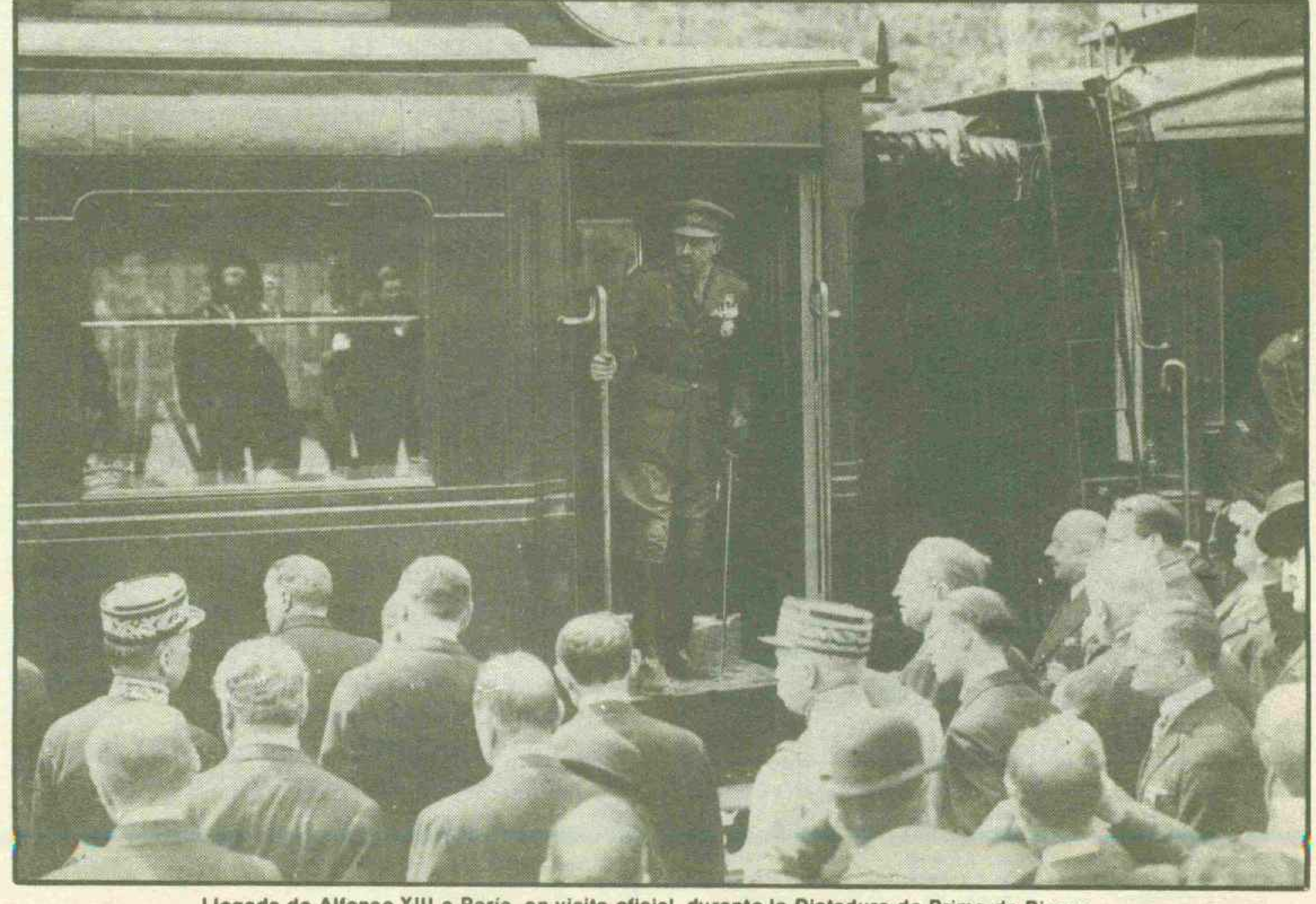
—las políticas ya estaban agotadas— y tendría que abandonar el trono.

A pesar del triunfo arrollador de la oposición a la monarquía, el rey estaba más tranquilo al recibir al jefe del Gobierno, que éste al indicarle lo grave de su situación. Romanones en sus memorias explica asimismo la calma desconcertante del monarca ese día, cuando el conde estaba seguro de que el reinado de Alfonso XIII había llegado a su fin. Para él haber perdido las elecciones rotundamente en su feudo de Guadalajara, tradicionalmente cacicado en su beneficio, constituía el síntoma más seguro. En su libro **Historia de cuatro días** habla de que se podía haber utilizado la violencia para obstruir el cambio de régimen. Pero añade: «Este último camino implicaba el derramamiento de sangre y Alfonso XIII estaba resuelto a que, por él, no se vertiera una sola gota».

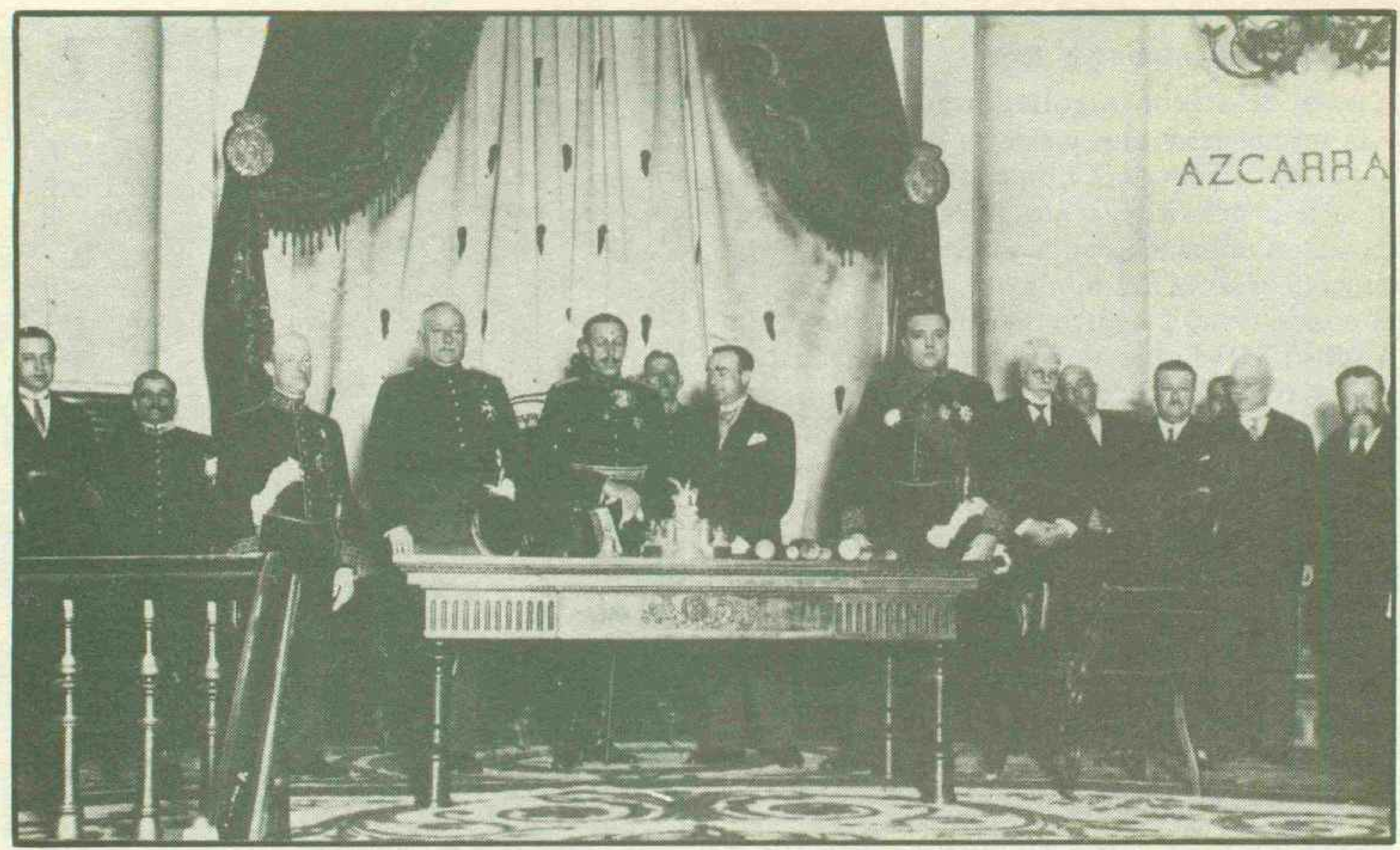
Pero el duque de Maura y otros monárquicos de alcurnia pretenden que se convoquen elecciones generales a Cortes constituyentes antes de que se vaya el rey. En **Recuerdos de mi vida** lo justifica el duque: «El nuevo Régimen, fuese el que fuese, nacería allí y no en la calle y ante esas Cortes y no ante el previsible motín, declinaría don Alfonso sus poderes cuando el resultado de la consulta al país lo requiriera así».



El primer Consejo del Directorio Militar. Con el Rey y el general Primo de Rivera aparecen los generales Cavalcanti, Mayandía, Federico Berenguer, Saro, Dabán, Ruiz del Portal, Navarro, Hermosa, Rodríguez Pedré, Vallespinosa, Gómez Jordana y Muslera.



Llegada de Alfonso XIII a París, en visita oficial, durante la Dictadura de Primo de Rivera.



El Rey de España, con Primo de Rivera y Eduardo Aunós presidiendo una reunión del Senado, durante el Directorio Civil, hacia 1927.

LA REALIDAD

El único realista —en sentido de realidad— era el conde de Romanones, quien se valió del odontólogo del monarca, doctor Flores-

El próximo Concurso de Belleza

Las beldades que se van a disputar el título "Miss Presidencia del Consejo"

El 14 de febrero de 1931, tras la dimisión del general Dámaso Berenguer, se abre la última crisis del Gobierno de la Monarquía. El dibujante Echea veía así a los candidatos a la Presidencia. (En la caricatura pueden identificarse a Gabriel Maura, Santiago Alba, Francisco Cambó, el conde de Bugallal, García Prieto, el conde de Romanones, Sanchez de Toca, entre otros).

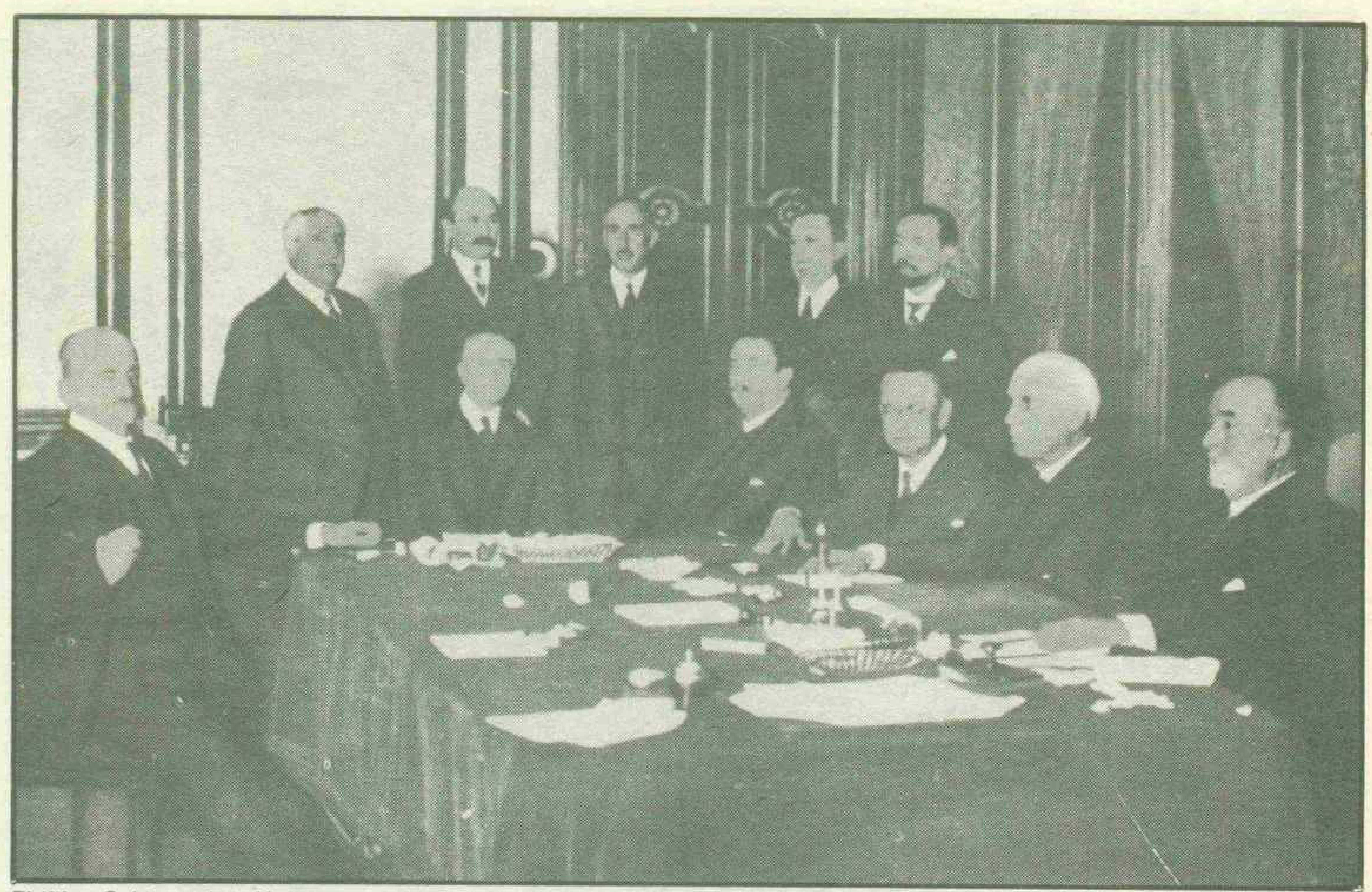
tán Aguilar, para que le llevara una nota que empezaba así:

«Señor: El conde de Romanones me ha llamado para que con toda urgencia transmita a Vuestra Majestad las palabras que van a continuación: los sucesos de esta madrugada **(se refiere a la del 14)** hacen temer a los ministros, que la actitud de los republicanos puede encontrar adhesiones en elementos del Ejército y fuerza pública que se nieguen en momentos de revuelta a emplear las armas contra los perturbadores, se unan a ellos y se conviertan en sangrientos los sucesos. (...)».

Fue la primera vez que se le habló al rey con claridad. La nota la leyó él a las siete de la mañana y llamó seguidamente al subsecretario de Gobernación para preguntarle si había mucha gente en la Puerta del Sol en ese momento. Sabía, como buen madrileño, que el popular enclave urbano había sido por tradición el termómetro político de España.

El subsecretario le contestó afirmativamente, y el rey le pidió que la guardia civil despejara la plaza. Pero después fue el subsecretario quien llamó al rey para decirle que el capitán que mandaba el retén de aquella fuerza en Gobernación se negaba a cumplir la orden.

—Es lo que me quedaba por saber —dijo el todavía monarca.

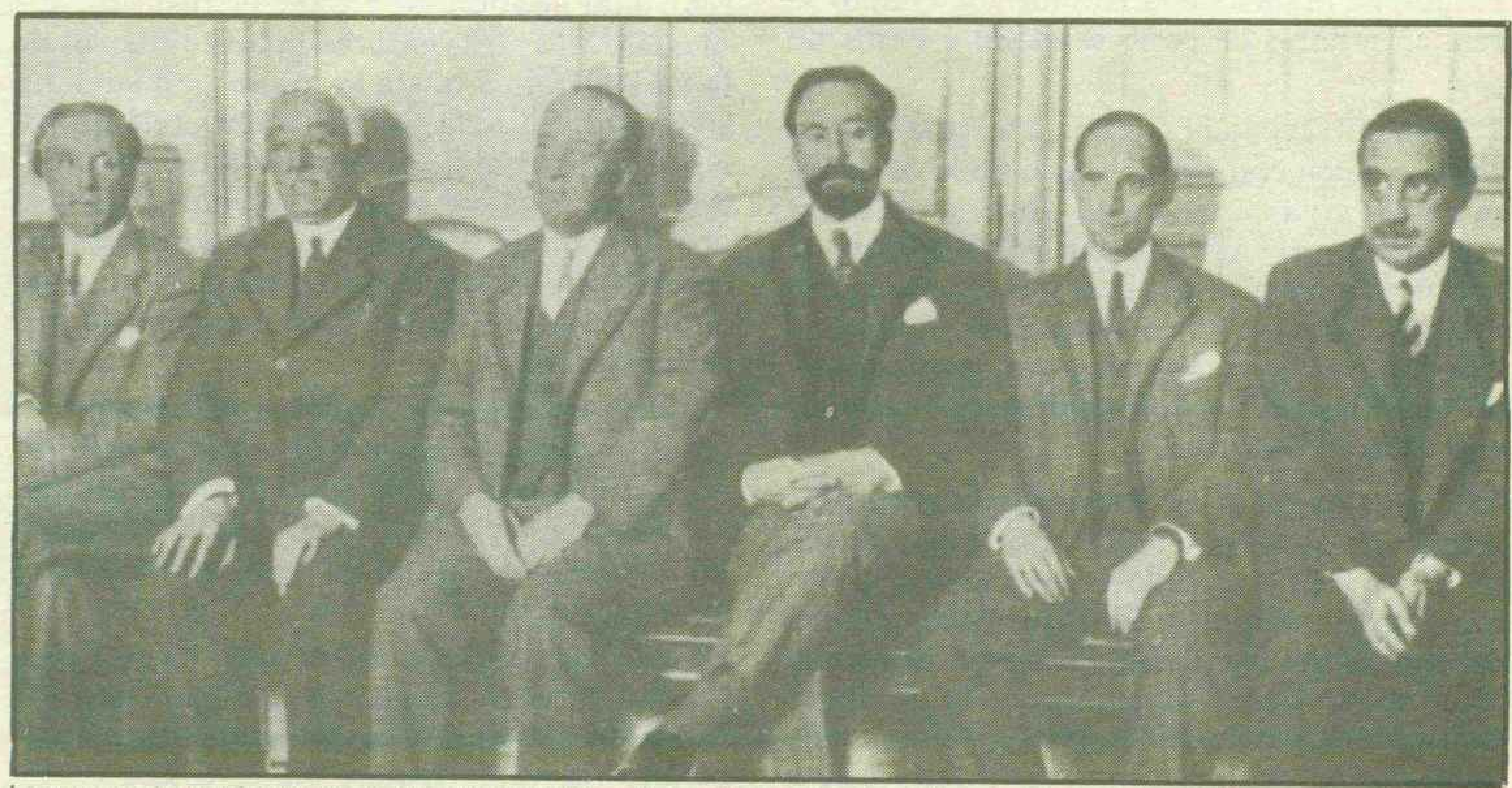


El último Gobierno de la Monarquía de Don Alfonso XIII, presidido por el Capitán General de la Armada Juan Bautista Aznar. Almirante Rivera (Marina), conde de Romanones (Estado), marqués de Hoyos (Gobernación), general Dámaso Berenguer (Guerra), Juan Ventosa (Hacienda), Juan de la Cierva y Peñafiel (Fomento), marqués de Alhucemas (Gracia y Justicia), José Gascón y Marín (Instrucción Pública), duque de Maura (Trabajo), conde de Bugallal (Economía).

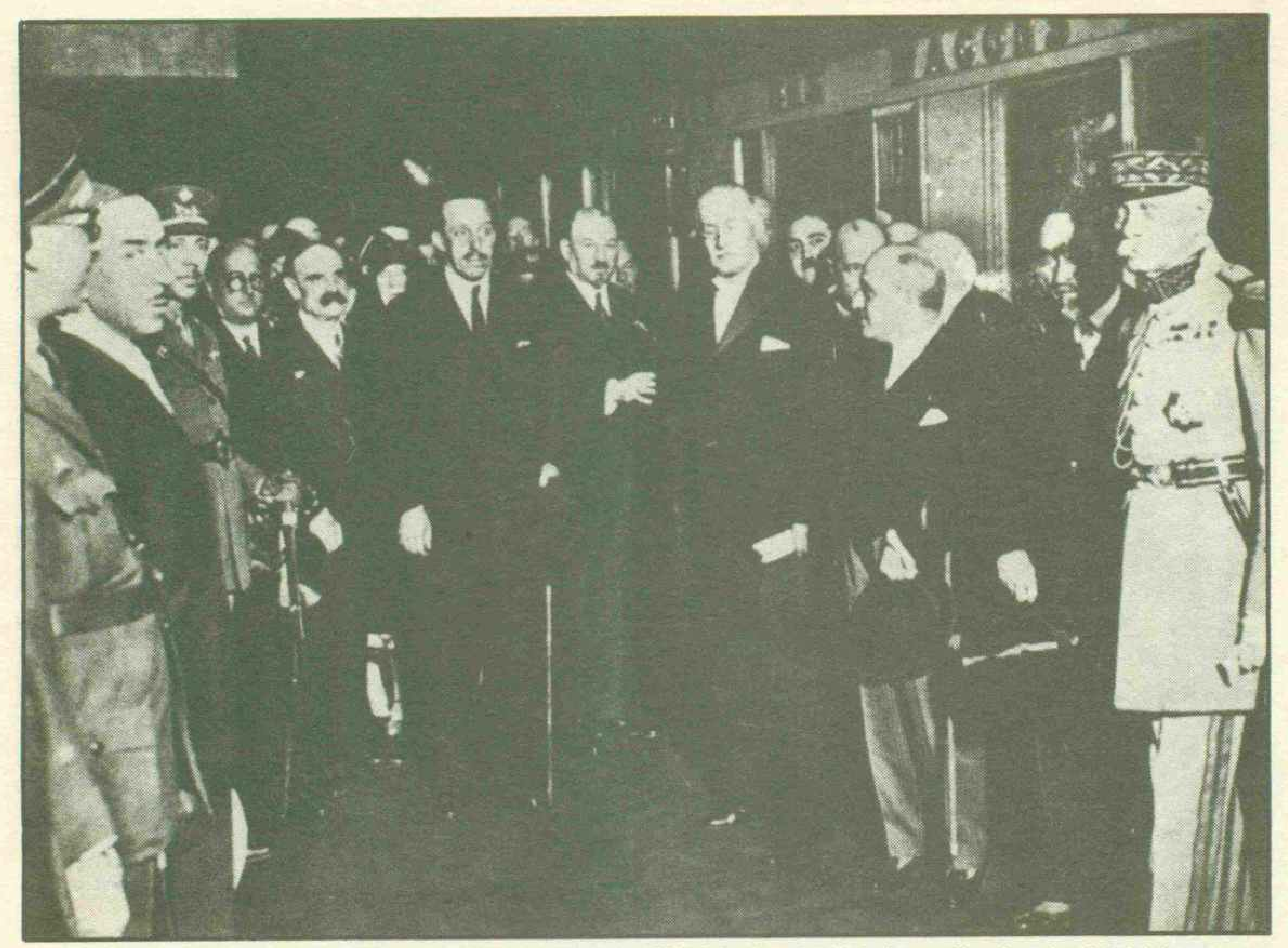
Dos horas después ya tuvo conciencia de lo gravísima que era su situación. Sigue relatando Romanones la entrevista de los ministros con el rey el mismo día 14 a las nueve de la mañana: «Entramos y, sin preámbulos, Don Alfonso abordó inmediatamente el tema electoral, subrayando la derrota. Aznar intentó echar agua al vino y don Alfonso le interrumpió diciendo: **—Déjese de consuelos.** (...)».

En esa entrevista Romanones pone en labios del rey alguna pulla contra el ex monárquico Alcalá Zamora, pero al parecer no fue verdad.

A primera hora de la tarde, Romanones se



Los procesados del Comité revolucionario republicano. De izquierda a derecha: Alvaro de Albornoz, Alcalá-Zamora, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Casares Quiroga y Miguel Maura.



El rey Alfonso XIII a su llegada a París, el 16 de abril de 1931 (A la derecha de la fotografía, el mariscal Petain).

entrevista con Alcalá Zamora en casa de Marañón. Previamente los dirigentes republicanos habían acordado que su portavoz pidiera la salida de España del rey acto seguido, y si se iba a depositar la gobernación del Estado en manos de la República, el acto se realizara antes de **ponerse el sol** ese mismo día.

Tras la entrevista el conde va a Palacio. «La conversación con Don Alfonso no la olvidaré mientras viva», dice en su libro, y continúa más adelante: «Al escuchar Don Alfonso que había un ministro que sostenía que se podía resistir, exclamó: **Yo no quiero resistir**». Luego lee el rey a los presentes, muy sereno, un Manifiesto a los españoles pergeñado por el duque de Maura.

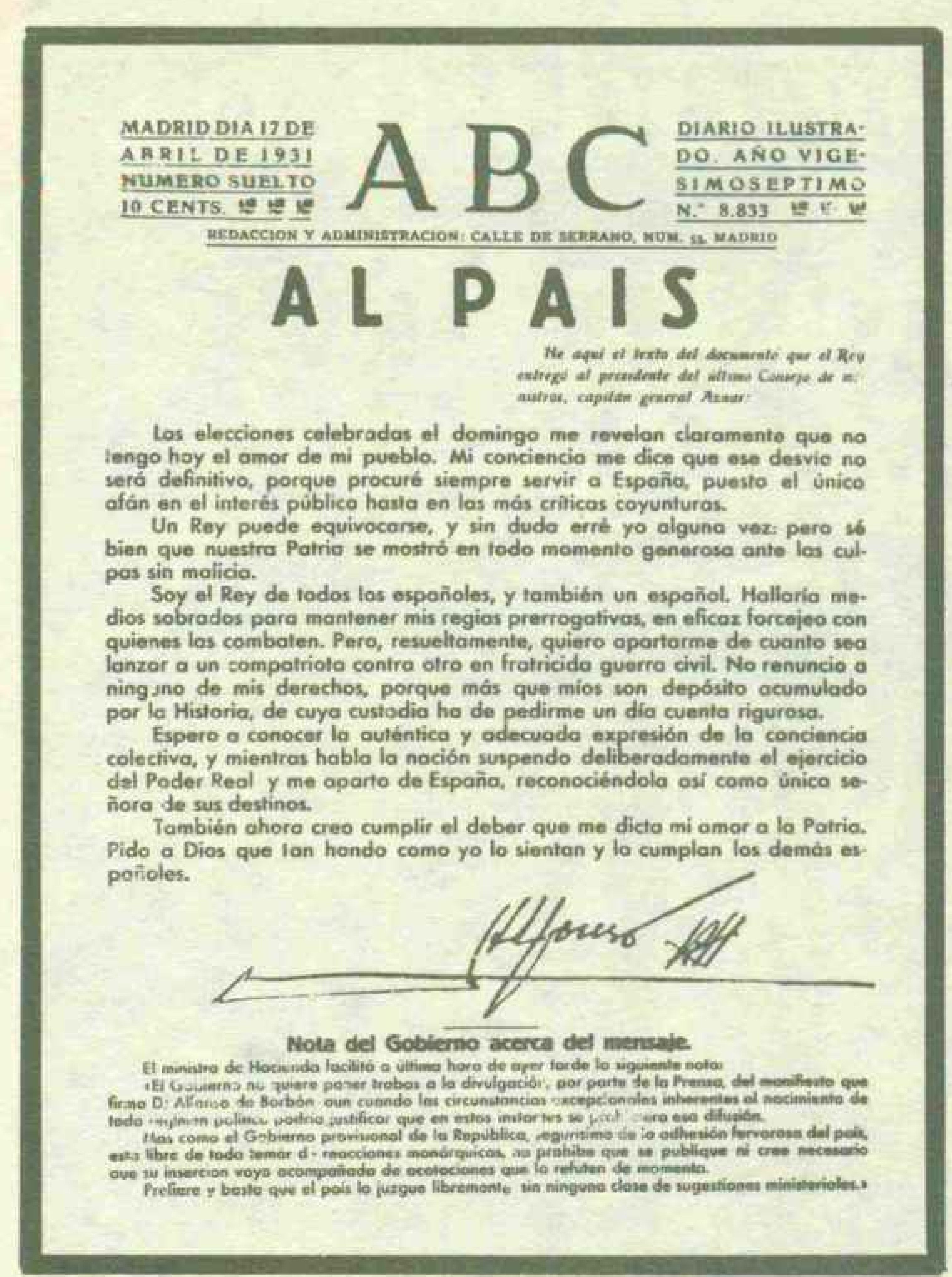
Este dice después en **Recuerdos de mi vida** que el rey quiso que fuera el Consejo de Ministros quien traspasara los poderes al Comité Revolucionario, para proceder **dentro de la máxima legalidad.** Pero éste ya estaba reunido en Gobernación constituido como Gobierno Provisional de la República, desconfiado de la «máxima legalidad» que a destiempo trataba de observar.

ADIOS AL REY

De ocho y cuarto a nueve menos cuarto salió el rey de Palacio por el túnel del Campo del Moro, puerta casi secreta de la gran mole real, que abandonaba para el resto de sus días. De ello no se enteraron los ministros de la ya República hasta la madrugada del día siguiente. El de la Gobernación creía que el rey iba a salir al destierro con toda «su familia» cuando ya hacía horas que había partido por mar hacia Marsella. Eso indica el descontrol que hubo en los primeros momentos en el cometido de los bisoños gobernantes republicanos.

Se puso un radio al **Príncipe Alfonso** por si era el crucero en que navegaba el ex soberano, y del barco contestaron afirmativamente, añadiendo: «Tan pronto desembarque don Alfonso en Marsella será izada la bandera republicana».

De esta manera terminó el anterior reinado. Fueron muchas las causas y las personas, encauzadas por el republicanismo, que contribuyeron a su extinción. En realidad la gobernación del país quedó abandonada antes



MADRID DIA 17 DE ABRIL DE 1931 NUMERO SUELTO 10 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO N.° 8.833

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, NUM. 55, MADRID

AL PAIS

He aquí el texto del documento que el Rey entregó al presidente del último Consejo de ministros, capitán general Aznar:

Los elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.

Nota del Gobierno acerca del mensaje.

El ministro de Hacienda facilitó a última hora de ayer tarde la siguiente nota:

«El Gobierno no quiere poner trabas a la divulgación, por parte de la Prensa, del manifiesto que firma D. Alfonso de Borbón aun cuando las circunstancias excepcionales inherentes al nacimiento de todo régimen político podría justificar que en estos instantes se prohibiera esa difusión.

Mas como el Gobierno provisional de la República, seguríssimo de la adhesión fervorosa del país, está libre de todo temor de reacciones monárquicas, no prohibe que se publique ni cree necesario que su inserción vaya acompañada de acotaciones que lo refuten de momento.

Prefiere y basta que el país lo juzgue libremente sin ninguna clase de sugestiones ministeriales.»

Portada de «ABC» del 17 de abril de 1931, con el mensaje de Alfonso XIII a los españoles.

de que los republicanos tomaran las riendas de ella.

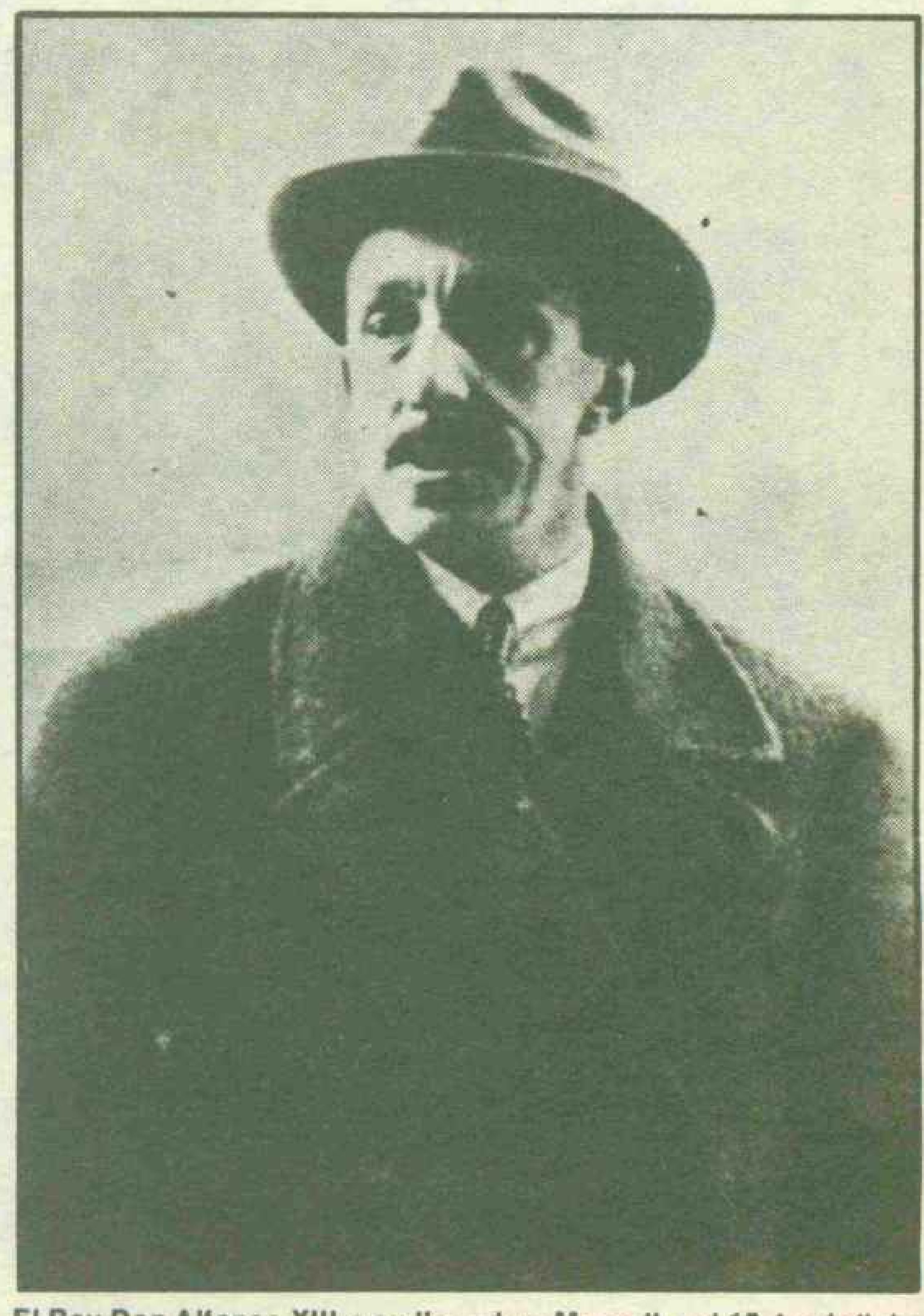
La llegada de Alfonso XIII a París tuvo gran eco en la prensa francesa. Un periódico, **Excelsior,** aseguraba paladinamente que la restauración de la monarquía en España sería cosa de poco tiempo, porque en los anunciados comicios a Cortes constituyentes triunfaría otra vez el régimen tradicional español, dado el cariño que el pueblo sentía por el rey. Asimismo, periódicos británicos **lloraban** el destronamiento y esperaban que el **error** se subsanase. Claro que había muchos medios de comunicación contrarios a este parecer.

Mucho antes de la República comenzó a decaer aquel reinado. Alfonso XIII dijo en su mensaje dirigido a España al despedirse:

«Un rey puede equivocarse y, sin duda, erré yo alguna vez, pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa con las culpas sin malicia».

Pero no era sólo haber aceptado o inspirado el golpe de Estado primorriverista la única culpa del rey. Eso en fin de cuentas no habría sido motivo suficiente para que el pueblo le rechazara. Habría sido motivo para renunciar al trono, pero no para hundir a la monarquía. Fue un agotamiento total de los españoles, los oídos sordos a las quejas, lo problemático en conceder audiencias, que si con gran dificultad se concedían era con unos protocolos imposibles de guardar para un ciudadano normal. Eran algo como los que se guardan al emperador del Japón. En cuanto a la política seguida siempre desde Gobernación, habían de triunfar siempre en elecciones amañadas a gusto de Palacio los conservadores o liberales monárquicos todo lo más, dos partidos que odiaban al elemento obrero y sus representantes socialistas o republicanos, con los que no hablaban jamás. Alfonso XIII no habló nunca, en todo el reinado, con un socialista de su país. Y cuando recibió en Palacio a Unamuno —nadie más alejado del socialismo— la aristocracia se escandalizó. Ningún otro prohombre inconforme con la monarquía fue recibido por don Alfonso durante su jefatura del Estado. Quizá también Gumersindo Azcárate mereció esa gracia, pero no estamos seguros.

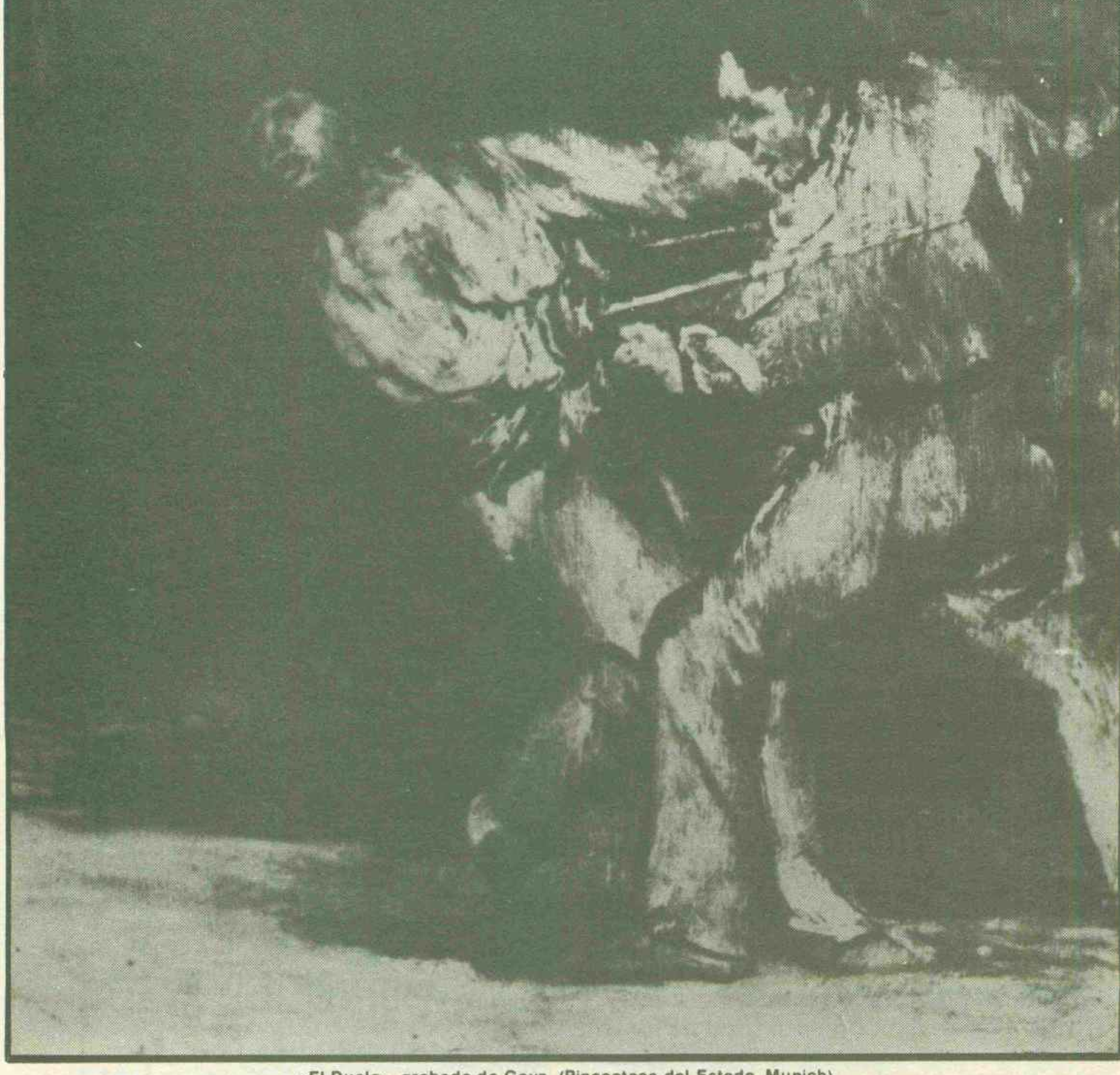
Y aquellos políticos conservadores y liberales monárquicos que tanto favoreció, le volvieron la espalda a la hora de abandonar el trono. Sólo tres, García Prieto, Romanones y Gabriel Maura, fueron a Palacio a despedirle. La masa de lambitones de todos los reyes no estaba presente. Esa masa a la que lo que menos le importa es la propia persona del rey. ■ **C. S.**



El Rey Don Alfonso XIII a su llegada a Marsella, el 15 de abril de 1931. Comenzaba su exilio, en el que moriría —en Roma— el 28 de febrero de 1941.

Polémica periodística en la Guerra de la Independencia

Fernando Díaz - Plaja



«El Duelo», grabado de Goya. (Pinacoteca del Estado. Munich).

1811. Un periódico de Valencia da cuenta de la situación de la campaña:

«Hoi han salido los regimientos de Castilla y Guardias españolas y dos trenes de artillería volante. La división de Villacampa ha marchado también de la posición que tenia. Todo esta en movimiento. Presto habrá tempestad pues esta tarde ha venido ya los frailes a exhortar a los soldados». («Gazeta Estraordinaria de Valencia» del 10 de 1811).

«¡He aqui una ocupación muy propia de los ministros de un Dios de paz!». («Gazeta de Madrid», 26-X-1811).

La primera obligación del periodista en la guerra es leer lo que dice el enemigo para rebatirlo; si se presenta fácil la tarea no importa reproducir sus textos; con ellos conseguimos preparar mejor el golpe polémico. Al periódico afrancesado «La Gazeta de Madrid» dirigido por José Marchena no le importa citar crónicas enemigas para emplear mejor la sátira. Frailes en las murallas, frailes belicosos; ¡qué cosas se ven en esta España que intentamos civilizar y poner a la altura de Europa!

LA guerra de la independencia española vió nacer al lado de la guerra campal la del papel. Silbaban las balas y silbaban los artículos. Si la misión de las primeras era terminar con el enemigo físicamente la labor de la segunda era acabar con su espíritu, con su moral.

La forma típica de esa lucha se refleja en el ejemplo que hemos visto más arriba. Se coge un texto enemigo y se analiza utilizando las armas de la ironía, de la burla, pero sobre todo de la lógica. Esto ha ocurrido en todas las guerras y la nuestra civil de 1936 no fue una excepción. Lo curioso de la de la Independencia es el respeto con que se reproducían esos textos contrarios aunque fuera con la intención de contradecirlos.

Con alguna excepción que he registrado al cotejar los textos reproducidos con el original, en general se permite decir al adversario lo que opina para rebatir después sus teorías. Normalmente esas notas de censura aparecen a pie de página tras la llamada respectiva, pero yo me he permitido intercalarlas en el texto para hacer más fácil la lectura.

Por ejemplo: «El Redactor General», de Cádiz, lee una proclama del Mariscal Soult dirigida a los andaluces y extremeños y la publica en su número del 8 de abril de 1812 anotando, una a una, lo que considera falsedades concretas y conducta general odiosa. Resulta así una curiosa discusión entre dos personas separadas por muchos kilómetros y mucha sangre. El sistema generalmente empleado consiste en devolver de entrada los adjetivos de los enemigos:

«Españoles de Andalucía y Extremadura: los acontecimientos que se han sucedido en estos últimos años hasta el día de hoi, deben ya sin duda haber abierto vuestros ojos para conocer la verdadera situación é interes de vuestro pais».

Los franceses solo dominan en España el escaso terreno que pisan; y esto entre mil peligros, zozobras y dificultades, amenazados de un exército siempre vencedor, y del odio implacable de toda una nación generosa, que jamás cejará en el camino comenzado, y que constituida ya por sus Cortes empieza la lucha con nuevo esfuerzo, segura de acabar con sus enemigos. Esta es la verdadera situación de España; y su interes no puede ser otro que guerra y venganza contra sus invasores (I).

... contestarán los de Cádiz. Soult hablará luego de los revolucionarios que han destrozado el país. ¿Quién inició la guerra? responden los otros.

«Ya hoi podeis juzgar si los atolondrados y revolucionarios que soplaron en la bella y pacífica España el fuego de la revolucion».

Estos atolondrados deben ser los franceses que con su perfidia nos han obligado a

---

(1) Para una mejor comprensión el texto de los patriotas irá siempre en cursiva.

Núm.° 53. {10 qtos.} 197

EL REDACTOR GENERAL.

Cadiz martes 6 de agosto de 1811.

ORDEN DE LA PLAZA. = Gefe de dia el teniente coronel D. Juan Soprunis, comandante del 4.° batallon de Voluntarios. Parada: los cuerpos de la guarnicion. Ronda: Voluntarios. Baños: Milicias.

Cabecera de un periódico «patriota».

DIARIO DE MADRID

DEL VIÉRNES 23 DE MARZO DE 1810.

S. Victoriano y Compañeros Mártires. = Quarenta horas en la iglesia de monjas de la Concepcion Gerónima.

Observ. Meteorológicas de antes de ayer.				Afec. Astr. de hoy.
Epocas.	*Termómet.*	*Barómet.*	*Atmosfera.*	*El 19 de la Luna.*
7 de la m.	7 s. o.	25 p. 1 ½ l.	Ou-sud-ou. y D.	Sale el Sol á las 5
12 del dia.	14 s. o.	5 p. 1 ½ l.	Ou-sud-ou. y Ll.	y 53 m. y se po-
5 de la t.	9 s. o.	.o p.	Ouest y D.	ne á las 6 y 7.

Cabecera de un periódico «afrancesado».

Núm. 45. 441

GAZETA DE MADRID

DEL MARTES 10 DE MAYO DE 1808.

Cabecera de la «GAZETA DE MADRID», del 10 de mayo de 1808.

tomar las armas para no dexarlas hasta acabar con ellos.

«¿Cuál es el resultado de su locura? Destruidas las fortalezas, asoladas las provincias, desbaratados, prisioneros o dispersos los exércitos, la tierra cubierta de sangre... y todavia hoi que la suerte de las armas ha decidido mas la disputa, aun os hablan de levantar exércitos, que no saben formar, ni conducir,... ¿para qué? para que sean arrollados en el campo de batalla sin presentar á los veteranos imperiales».

Está locura fue de los franceses; y cierto que bien cara les ha costado: 3000 de ellos con su sangre y sus cadáveres han servido de estiércol á nuestros campos, pagando de este modo una parte de su inmensa deuda.

Como en Bailen, Zaragoza, Tamames, San Payo, La Bisbal, El Bruch, Talavera, Albuhera...

El general Soult se empeña en llamar a los españoles a la razón: «aun muertos vuestros hijos en las batallas, eriales vuestras campiñas y perdidos vuestros bienes hay no obstante entre ellos quien grita: ¡A las armas! ¡Extraña malicia o estupidez!».

Se irrita el patriota: **«La vuestra, infames esclavos del aventurero corso, pues que nos haceis cargo de correr a las armas para defendernos de vuestra crueldad y creístes que nos dejaríamos cobardemente aherrojar como los otros pueblos del continente».**

El general francés sigue pidiendo el cese de la contienda y acusa a los patriotas, como se usaba a menudo en el Madrid josefino, de «forzar a nuevas víctimas a inmolarse sobre el altar de la anarquía». Para quienes estaban orgullosos de su nueva organización política este era un insulto: **«Bien sabéis que no hay anarquía entre nosotros y harto os duele nuestra inmortal Constitución. Las víctimas que se inmolan es a la patria y por la libertad; sus manes se saciarán con vuestra sangre».**

Soult alude luego a los castigos que experimentará una «nación española que olvida y pierde las primeras virtudes y toda idea de moralidad y justicia; el bello carácter que ha manifestado al mundo se borra y no quedaría vestigio si los verdaderos españoles sometidos al gobierno de S.M.C. no le conservasen con aquella pureza que la historia tan justamente ha consagrado».

La referencia a los afrancesados gracias a los cuales no habrá «Delenda» para todo el país indigna al cronista gaditano. Para él esos «buenos españoles» son **«los infames traidores que han abando-**

nado la causa de la nación dignos de tener por apologista al bandido Soult».

Siguen frases de propaganda: «Por un francés que muere perecen veinte españoles»; ironiza su contrario **«Muy atrasado de cuentas está el señor Soult»** y cuando, terminando su arenga, el militar francés advierte a los andaluces y extremeños que si permanecen tranquilos sin tomar parte en la contienda «el exército imperial os sostendrá y hará valer vuestros derechos», el cronista patriota no da crédito a sus ojos: **«¿Ultrajando sus derechos pretendéis hacerlos valer? Vos y vuestro amo, ¿no los habéis violado todos entrando en España? Los españoles no han menester de vuestra humillante protección que consiste en apiararles como brutos, desollarlos y comer de su substancia. Han mostrado que no hai poder bastante a insultar impunemente a una gran nación; y está acaso muy cerca el día que llenado la medida de la venganza, den un ejemplo terrible a las generaciones venideras».** (El Redactor General. Cádiz, miércoles 8 de abril de 1812).

Invirtamos ahora los términos de la polémica. El texto ha aparecido en «El Redactor General de Cádiz» y quien lo reproduce anotando, criticando, rebatiendo sus ideas, es la «Gazeta de Madrid». Quien habla primero es ahora el Patriota; quien le contesta es el Afrancesado.

Esta vez no se trata de un artículo si no de una carta de Córdoba, 3-XII-1809, interceptada al enemigo y que el diario de Marchena comenta a su gusto. El firmante advierte pudo enviar otra carta anterior porque...

«a quien se la confié me la devolvió, no habiéndose atrevido a pasar por miedo de los exércitos que ocupan la Mancha» y el redactor de la Gazeta lo aprovecha para mostrar al guerrillero como enemigo de la paz pública:

«¿A quienes tuvo miedo? ¿a los españoles o a los franceses? Si era algún pobre trajinero estoi seguro que se volvería por miedo de sus humanos conpatriotas. Los franceses no hacen la guerra a los españoles desarmados que buscan su vida sin hacer daño a nadie; pero los españoles, los nuestros (subrayado con sorna) a todos los miran como enemigos; y cuando se trata de robar no distinguen de nacionaes».

Sigue el texto patriota y el contratexto afrancesado como un rápido intercambio verbal. A propósito de la batalla de Ocaña:

«Al principio cuando vimos al exército venir de retirada («Diga Vuestra merced huyendo) **nos asustamos bastante y creímos que la cosa no era más de lo que después hemos visto».** (Todavía no lo han visto Vmds, todo)... **«No se canse Vmd. España está llena de traidores... si los generales han vendido al ejército es regular que lo paguen como merecen».** (Este es el recurso ordinario. En Tudela no pudi-



«Fernando VII», por Goya. (Museo del Prado).

mos resistir a los franceses porque nuestro general era un traidor. En Somosierra cedimos el paso al Emperador por la traición del pícaro S. Juan. Hasta la villa y corte de Madrid se entregó porque hubo traidores. Es cosa por cierto bien singular... nosotros no podemos vernos libres de traidores; y los franceses no han tenido todavía ni uno siquiera y eso que en su exército hay soldados de diferentes naciones. ¿En qué consistirá esto? ¿Si los franceses que son tan malos, serán en esta parte mejores que nosotros?).

El corresponsal sigue dando las razones de la derrota y el antagonista sigue ironizando sobre ella:

«Nos han asegurado que los franceses pasaban de cien mil hombres y así no es extraño que nos hayan vencido». (No eran tantos ni con mucho pero pronto pasarán. Este es el efecto ordinario del miedo, aumentar el número de los enemigos. Como esto era en la Mancha, los molinos parecían gigantes y los rebaños ejércitos).

La acotación aquí, aparte de una evocación literaria que hace pensar en que la redactó Marchena, está hecha con habilidad política. La alta cifra de combatientes franceses no se acepta porque entonces la victoria hubiera sido de menos mérito pero tampoco se desmiente del todo porque conviene que se sepa que Francia puede enviar ese número si quiere. De la misma manera aprovechará otra réplica para recordar a los patriotas insurrectos que no sueñen con la ayuda extranjera. **«Ese cobarde del emperador de Austria... va a hacer una paz vergonzosa y a dexarnos en las astas del toro».** (El emperador de Austria ha hecho lo que le dicta la prudencia. Resolverse a perder un brazo por salvar todo el cuerpo). «... **El otro de Rusia, con quien contábamos desde un principio, no se ha movido y Dios sabe cuando se moverá».** (No será tan pronto. Bueno fuera que se metiese en una guerra, solo por hacer causa común con la junta de Sevilla y los empecinados).



«Hombre con los brazos extendidos», grabado de Goya. (Museo Boymans-van Beuningen. Rotterdam).

No fue tan pronto pero fue y la campaña de Rusia, con su sangría de hombres y material sirvió eficazmente a la causa patriota. Pero eso está todavía a más de dos años vista. Mientras tanto la Gazeta tiene a veces buenos golpes de humor aprovechando la exageración enemiga. Como ante este párrafo del cordobés:

«Lo que aqui sentimos son los pobres prisioneros de Ocaña... dicen que esos malvados les quitaron los vestidos para hacerles entrar en Madrid cubiertos de andrajos y que vmds, creyesen que el exército anda desnudo». (¿Dónde habrán comprado los franceses tantos harapos y arrapiezos (sic) para vestir en un instante 30.000 hombres? ¿Si les habrán dado también alguna cosa de brujería para ponerles aquellas caras de hambre y de miseria con que el día siguiente de la acción les vimos entrar en Madrid?).

Más adelante se plantea un problema que la propaganda de los dos bandos ha discutido muchas veces en ese tiempo. Los franceses y naturalmente los afrancesados sostienen que las guerras deben de ser limpias, claras y precisas. Que cuando la batalla termine y se entregue un ejército derrotado, se en-

tregue también el país entero y se firme la paz. Así había ocurrido en Prusia, en Austria, en Italia. Pero en España la idea del patriota respaldad por el gobierno era muy distinta. La invasión había herido a todos y cada uno y contra ella, cualquier método era bueno y lícito. Si alguien se rendía lo hacía por su cuenta y riesgo pero el resto de los españoles seguía luchando sin descanso. Las palabras dadas no tenían valor porque el enemigo no merecía ninguna caballerosidad. Así el patriota cordobés quiere que en Madrid ayuden a escapar a los prisioneros de Ocaña aunque su rendición tenga comprometida su palabra **«Lo que importa sobretodo es que nuestros amigos de Madrid hagan quanto puedan para que los prisioneros se escapen y vuelvan al exército... que juren, no importa; que estos juramentos son palabras que se lleva el viento; y a un traidor, traidor y medio».**

Escándalo del redactor de la Gazeta: «(Esto ya es cosa mui seria y merece algo más que la rechifla y la ironía. ¿Es esta la disciplina y los principios del honor que tratan de inspirar a los exércitos? ¿Es esta la moral que predican los que dicen que defienden la causa de la religión?... Los que hablan y piensan de este modo no son españoles y nosotros renunciamos para siempre a su hermandad que nos deshonra)».

El último párrafo de la carta cordobesa es típico de un estado psicológico de guerra. Los enemigos, en principio, dicen sólo falsedades. Oírlas sólo tiene interés como elemento cómico: **«Díganos vmd. las mentiras que los franceses esparcen en esa parte para que nos riamos; porque aqui ya sabemos a que atenernos».**



«Napoleón I», por Gérard. (Museo de Versalles).

La carta interceptada venía dirigida a don Antonio Martínez Izquierdo, calle Mayor en Madrid y a esa noticia la «Gazeta» le pone un colofón que causa un repeluzno al europeo que ha vivido, la experiencia en una ciudad ocupada por alguien cuyas ideas no comparte. La nota sarcástica del periódico de Madrid dice así: «El autor de esta carta no sabía que su amigo había sido enviado a Bayona tres meses hacía por profesar tan santos principios». (Gazeta de Madrid, 7-XI-1810).

Volvamos al campo contrario. Los periodistas de la «Gazeta de la Regencia» en Cádiz han obtenido otra carta interceptada; esta vez es de un ministro del gobierno de José I.º, la réplica irá también en este caso tras cada párrafo que despierte la indignación o la hilaridad del redactor. Dice el afrancesado D. Pablo Arrivas a su rey:

«Señor. La capital de V.M. está tranquila **(Ni la capital de V.M. está tranquila ni tampoco está la conciencia de quien lo dice.)** ... «sería mejor y muy útil, si el número de tropas... lo permitiese, ocupar ese punto muy

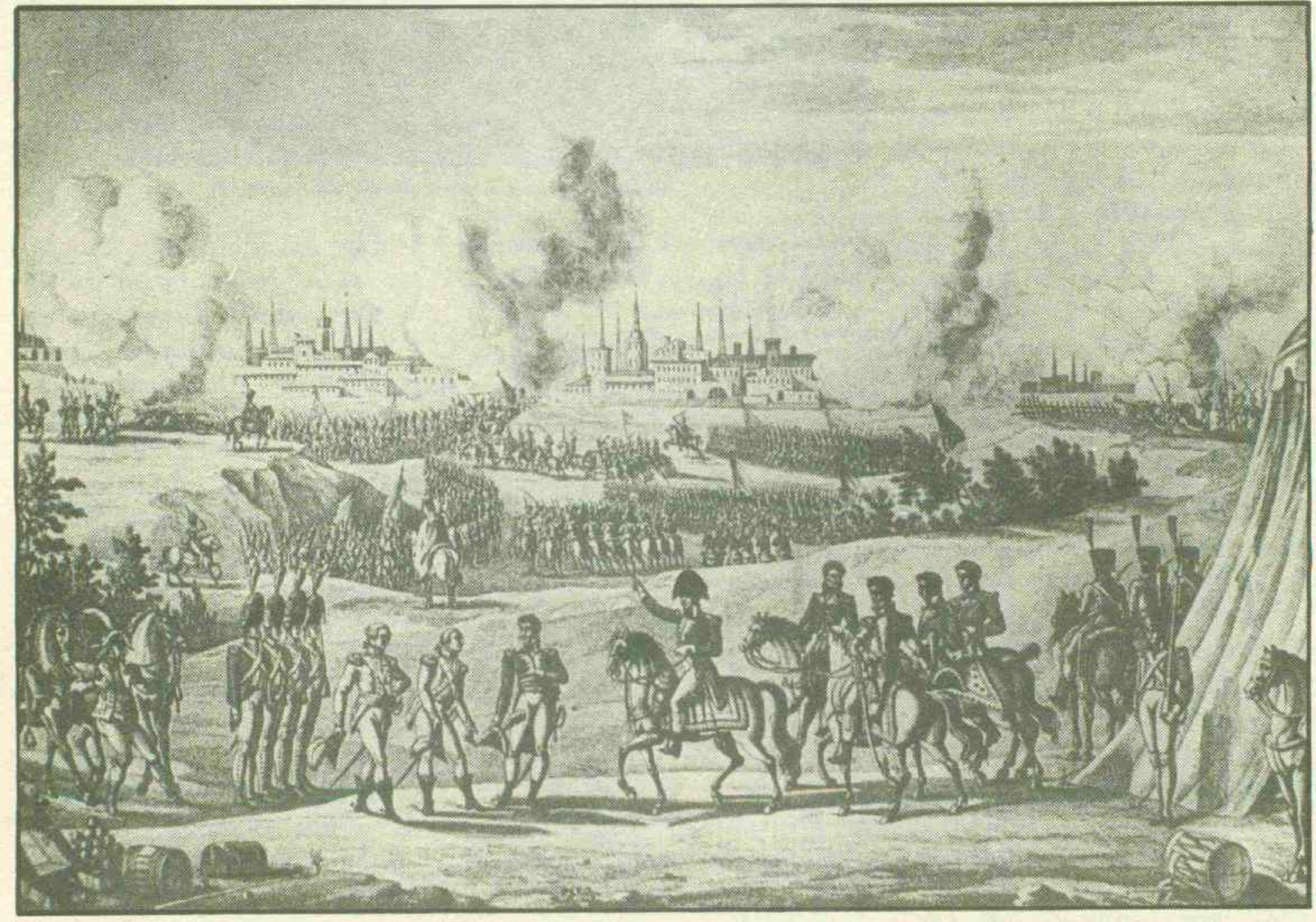
importante por su situación y corta distancia de la capital». **(Aqui viene a confesar que le faltan al rey intruso tropas en Madrid, en la Mancha y en la Alcarria para apoderarse de un punto tan importante; que por consiguiente no han entrado en España los grandes refuerzos con que amenazan...)** Quiere el periodista combatir de esta manera el recelo de que aquellas noticias fueran ciertas; al fin y al cabo la figura de Napoleón y su «grande armée» estaba presente en todas las conciencias españolas; tras el odio había mucho respeto.

Sigue la acusación de todas las guerras; los enemigos matan a los prisioneros. «El general Belliard ha puesto a mi disposición quatro bandidos que se han cogido en Orozco con sus armas para que los haga juzgar inmediatamente y así será».

«Bandidos, llama este traidor a los desgraciados hermanos suyos que defienden la causa de la patria y como fiel executor de las iras de Napoleón, ofrece que los hará ahorcar que esto quiere decir juzgar en el vocabulario del nuevo código de sangre...» También se habla mucho de la resistencia obstinada de Cádiz. «El patriota» precisa con cierta chulería los términos **(Si, obstinada será la resistencia de Cádiz cuando haya de tratar en su defensa; hasta ahora y van dos meses, nadie la ha ofendido ni se atreve a ofenderla y así no tiene a** quien resistir).

Más abajo las noticias del señor Arrivas permiten al redactor gaditano ahondar en el hecho, totalmente cierto, de la libertad con que se movían por España los generales franceses obedeciendo órdenes directamente del Emperador *y no las del rey* José de quien, en principio, dependían.

«V.M. sabrá las órdenes del Emperador para que además de entregar al pagador general del exército el producto de todas las contribuciones ordinarias y extraordinarias, se exijan diez millones a la provincia de Burgos». **(Aqui se descubre que el gran tirano dispone dentro de los estados que cedió a su hermano y sin consentimiento ni noticia de este fantasma coronado, de la suerte y la hacienda de sus pueblos)**... «debo añadir a V.M. que el general Louisson no contento con haber arruinado a la Rioja, resentido de la orden de V.M., ha escrito al Emperador asegurándole que en aquellas provincias había dos años que no se pagaban ni aun las contribuciones ordinarias y que creía que lo mismo sucedía a las



Entrada de Napoleón en Madrid (el 5 de diciembre de 1808). Cuadro de A. Carnicero, en el Museo Romantico de Madrid.

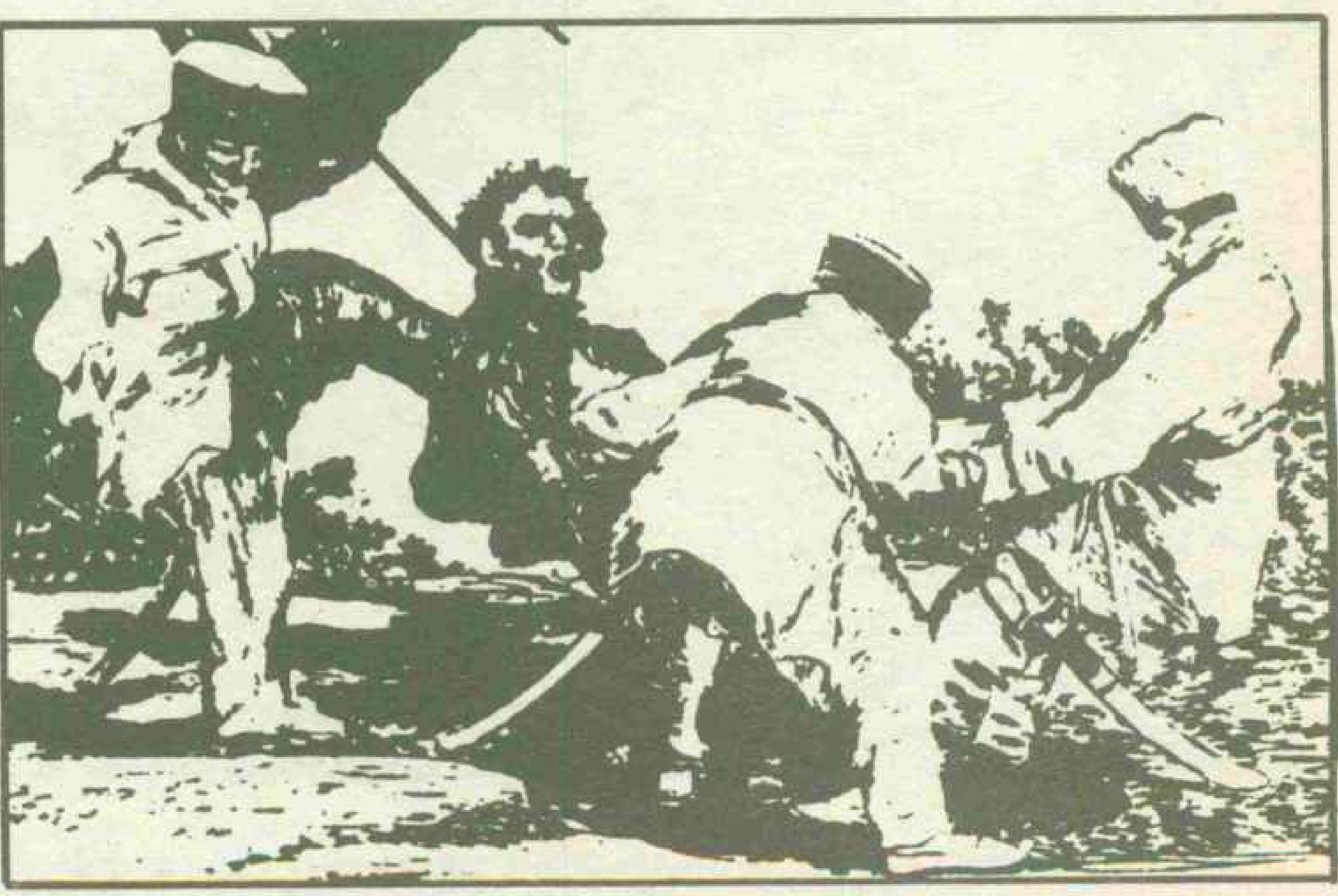
trópico). («Gazeta de la Regencia». Cádiz, 17-IV-1810). Las últimas frases están pidiendo a gritos el dibujo humorístico con las caras alargadas y las narices gigantes que eran costumbre en la caricatura de la época. La alusión a la cédula ironiza sobre la manía legislativa (en grandísima parte bien intencionada) de José I y la referencia a la filantropía es burla típica del mundo francés del XVIII de donde provenían los ministros del rey José (... y muchos de los que en el mismo Cádiz estaban elaborando la Constitución del reino...).

Son pocos pero creo que reveladores ejemplos de la gran importancia que tuvo en España la propaganda impresa en la guerra de la Independencia. Como en la campal jugaron en ella por ambos lados la astucia, la estrategia, la táctica, la sorpresa y el golpe inesperado. Su violencia fue grande y ya que sus autores no podían matar físicamente al enemigo, al menos intentaron acabar con la confianza en la causa respectiva y la fama. No se mataba al individuo pero se intentó asesinar su buen nombre.■ **F. D.-P.**



Joachim Murat, mariscal de Francia y rey de Napoles. (1767-1815).

demás». Se lo ponían fácil al redactor gaditano: **(Aqui vemos que respeto, no digo obediencia tienen los generales franceses al hermano de su emperador a quien recurren con chismes para que los autorice en sus iniquidades y extorsiones. Bien saben estos generales hasta donde llega la autoridad de este rey de burla a quien solo acompañan en comitiva armada quando lo llevan a paseo por esas provincias, enseñándole como un saltimbanqui que vende felicidad en cédulas y palabras del conjunto filan-**



«¿POR QUE?», grabado de Goya, de la serie «Los desastres de la Guerra». (Museo del Prado).

La "AYUDA" exterior U.S.A.

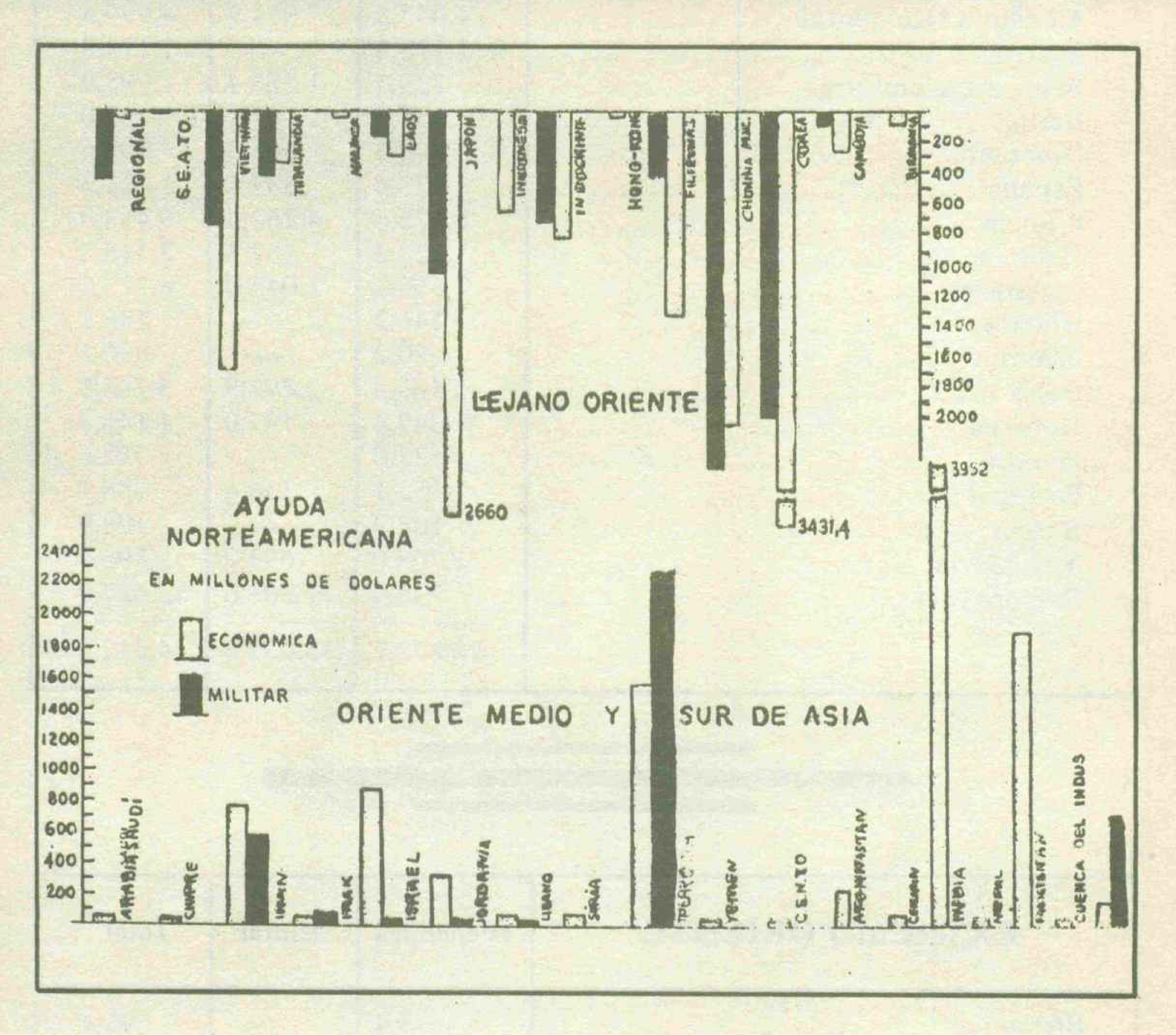
Javier Fisac Seco

UNO de los momentos más difíciles por los que pasó el programa de «ayuda» al exterior de los Estados Unidos fue superado por la victoria electoral del general Eisenhower, en 1952. Su programa político se apoyó, con fuerza, en la ayuda al exterior, convertida en un poderoso instrumento para mantener la continuada expansión de la hegemonía norteamericana sobre el mundo bajo influencia imperialista occidental.



En la fotografía aparece el general Eisenhower (septiembre de 1952), cuando era jefe de las fuerzas de la OTAN. A su derecha, el general Marshall (inspirador del Plan de Ayuda que tomó su nombre), y a la izquierda de Eisenhower, el entonces presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, y su secretario de Estado, Dean Acheson.

desde la postguerra a 1963



SUPERADA la situación sociopolíticamente crítica en que se encontraba la Europa capitalista, y muy especialmente Francia y Gran Bretaña, cuando tras la II Guerra la Europa occidental estaba deshecha, sin fuerza frente a los ejércitos soviéticos que se encontraban a orillas del Elba y el Danubio, la política exterior de Estados Unidos se reorganizó, inspirada por la nueva política exterior de J. Foster Dulles, secretario de Estado, aumentándose la ayuda que se prestaba a otros países, como Corea del Sur y China nacionalista.

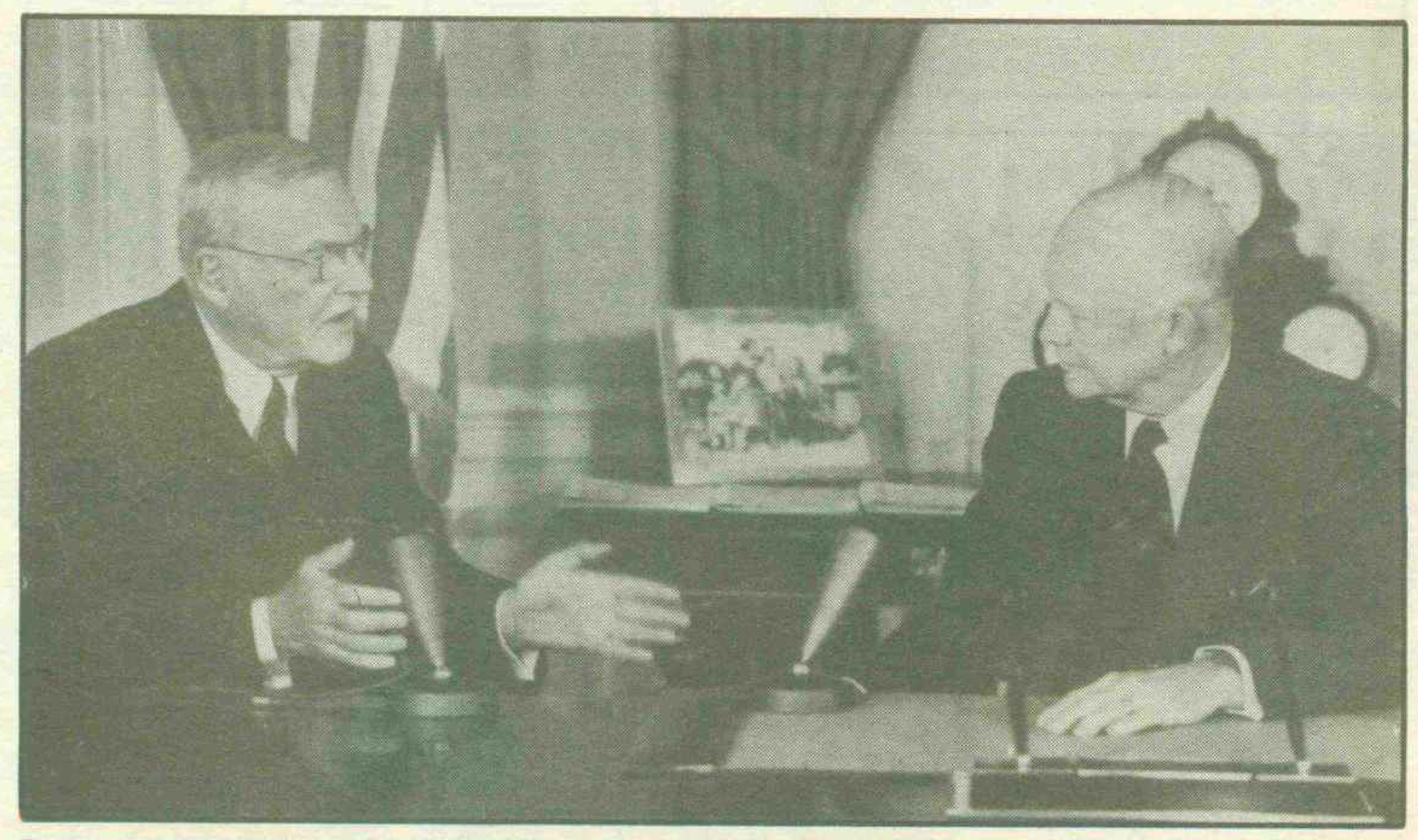
La etiquetación de «ayuda» a la concesión de un empréstito por el que se pagaba un interés convenido y por el que se toman medidas para su posterior amortización, es un descarado eufemismo. Esta «ayuda», que se presta, generalmente, en condiciones onerosas, perseguía apuntalar, afianzar y fortalecer posiciones políticas de un carácter claramente hegemónico. Es ésta la más poderosa razón de los Gobiernos de Estados Unidos para pedir que sea continuada y aumentada; y Kennedy no pudo escapar a esta necesidad imperativa de mantener la posición hegemónica de los EEUU de Norteamérica.

Esta ayuda, diversificada en varios conceptos, fue prestando, cada vez mayor atención, a la ayuda específicamente militar. Entre el 1 de julio de 1945 y el 30 de junio de 1962 la ayuda exterior norteamericana alcanzó las siguientes cifras en millones de dólares:

EUROPA	Económica	Militar	Total
Alemania Occidental	4.047,5	951,9	4.999,4
Austria	1.173,8	—	1.173,8
Bélgica-Luxemburgo	739,5	1.256,4	1.995,9
Berlín	131,0	—	131,0
Dinamarca	300,3	605,3	905,6
España	1.173,6	537,7	1.711,3
Francia	5.175,6	4.262,4	9.438,0
Holanda	1.228,6	1.252,8	2.418,4
Inglaterra	7.668,2	1.045,0	8.713,2
Irlanda	146,2	—	146,2
Islandia	70,2	—	70,2
Italia	3.463,3	2.292,5	5.755,8
Noruega	349,8	797,0	1.146,8
Polonia	522,6	—	522,6
Portugal	152,1	336,6	488,7
Suecia	108,9	—	108,9
Yugoslavia	1.703,0	693,9	2.396,9
Regional (1)	718,4	1.908,6	2.627,0
	28.872,7	15.939,8	44.812,5

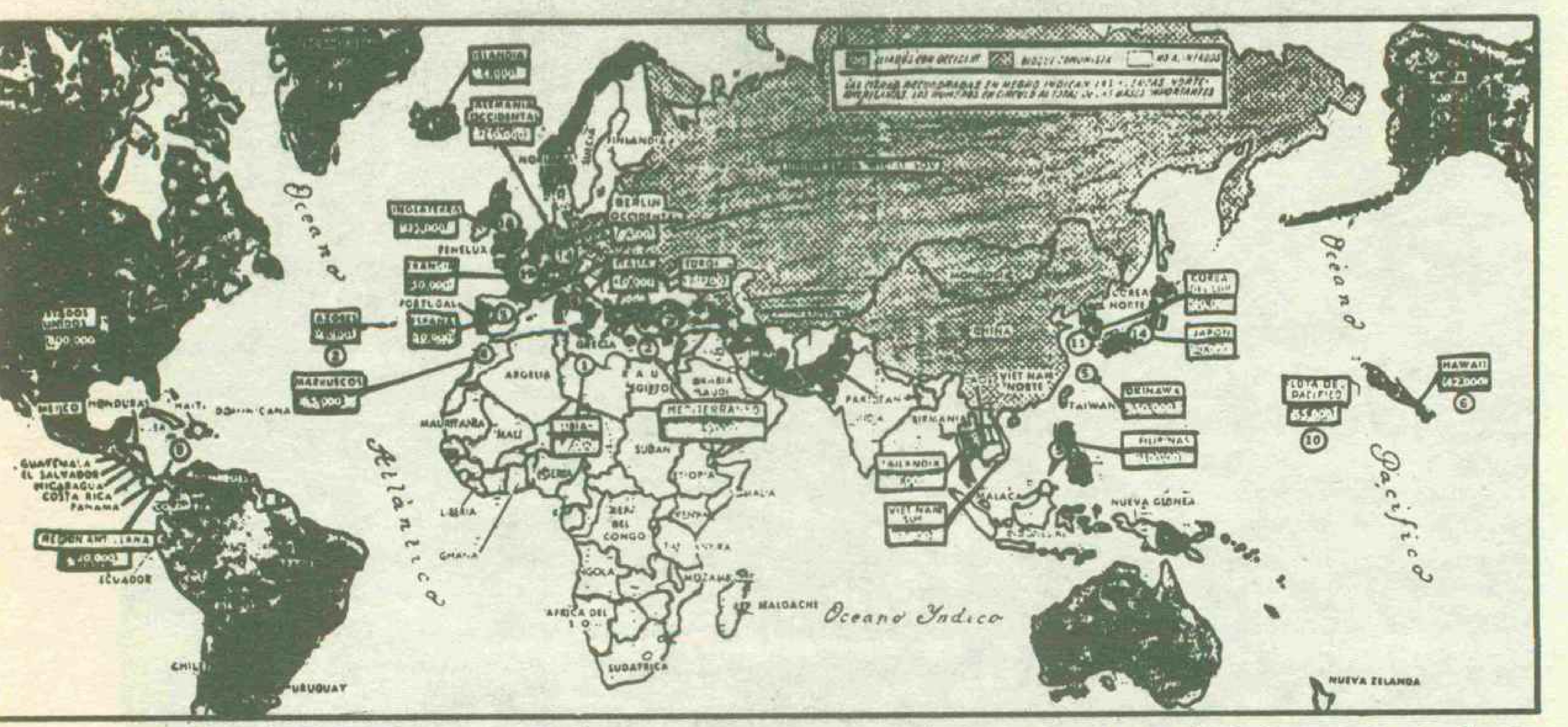
EXTREMO ORIENTE	Económica	Militar	Total
Birmania	95,4	—	95,4
Camboya	248,6	85,9	334,5
Corea	3.431,4	2.002,2	5.433,6
China nacionalista	2.051,6	2.376,7	4.428,3
Filipinas	1.334,4	418,8	1.753,2
Indochina (anterior a 1954)	825,6	709,6	1.535,2
Indonesia	670,0	—	670,9
Japón	2.660,7	1.033,1	3.693,8
Laos	291,9	169,8	461,7
Malaca	23,2	—	23,2
Tailandia	386,1	417,8	753,9
Vietnam	1.609,3	742,4	2.441,7
S.A.T.O.	1,8	—	1,8
Regional	41,9	461,1	503,0
	13.743,2	6.417,3	22.160,5

ORIENTE MEDIO Y SUR DE ASIA	Económica	Militar	Total
Arabia Saudí	46,6	(2)	46,6
Chipre	16,0	—	16,0
Grecia	1.784,8	1.602,8	3.387,6
Irán	732,3	577,9	1.310,2
Iraq	21,6	46,1	67,7
Israel	874,7	3,0	877,7
Jordania	325,2	24,1	349,3
Líbano	80,4	8,6	89,0
R.A.U.	628,6	—	628,6
Siria	75,8	—	75,8
Turquía	1.581,3	2.288,0	3.869,3
Yemen	22,9	—	22,9
C. Ent. O.	27,4	—	27,4
Afganistán	216,8	2,8	219,6
Ceilán	79,7	—	79,7
India	3.952,0	—	3.952,0
Nepal	48,4	—	48,4
Pakistán	1.889,6	(2)	1.889,6
Cuenca del Indus. Proyecto para el desarrollo del río	33,8	—	33,8
Regional	139,4	713	852,4
	12.577,7	5.266,2	17.843,9

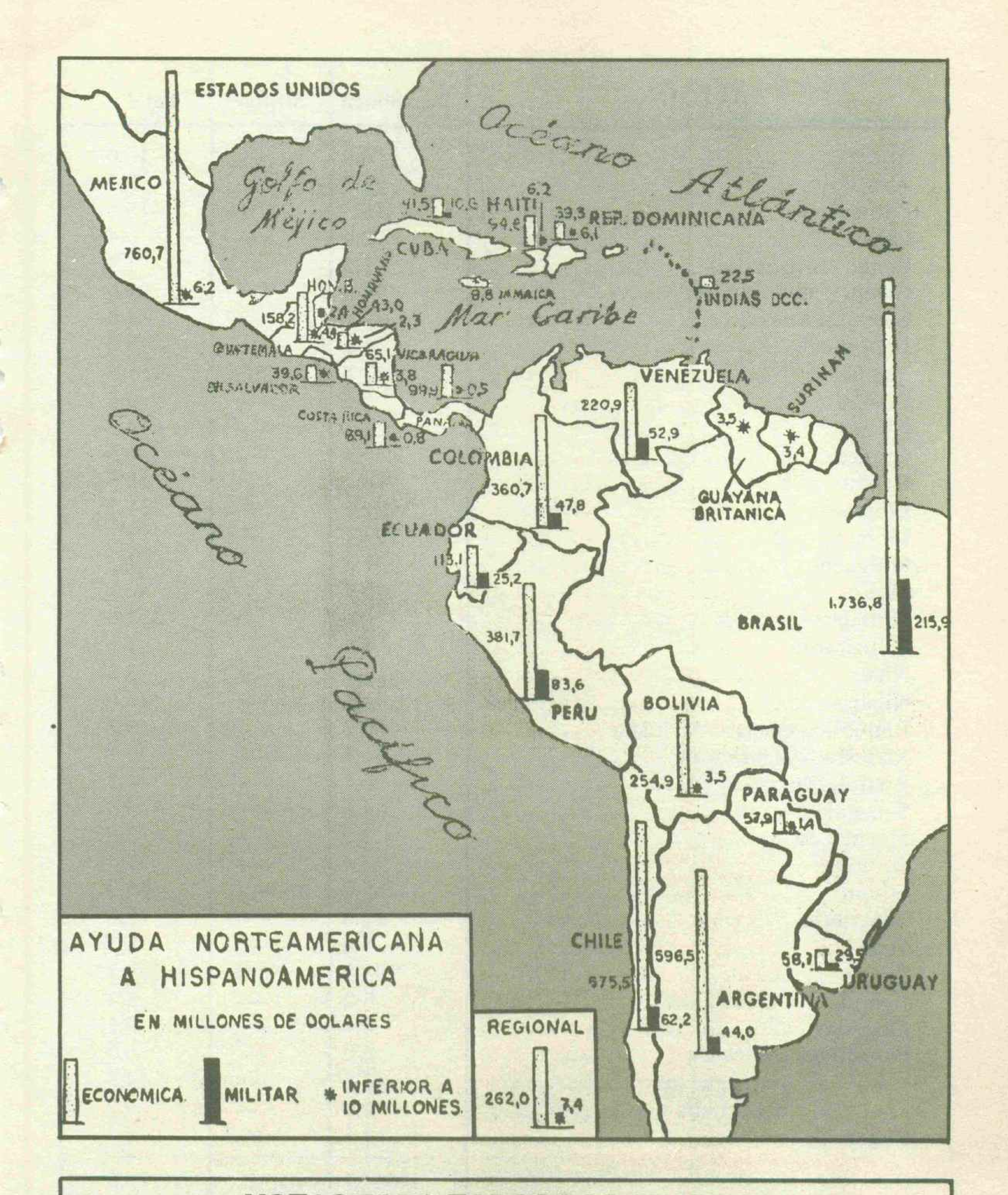


El presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower (a la derecha de la fotografía), y su secretario de Estado, John Foster Dulles, en 1958.

LATINOAMERICA	Económica	Militar	Total
Argentina	596,5	44,0	640,5
Bolivia	254,9	3,5	258,4
Brasil	1.736,8	215,9	1.952,7
Chile	675,6	62,2	737,8
Colombia	360,7	47,8	408,5
Costa Rica	89,1	0,8	89,9
Cuba	41,5	10,6	52,1
Ecuador	113,1	25,2	138,3
El Salvador	39,6	1,1	40,7
Guatemala	158,2	4,4	162,6
Haití	94,6	6,2	100,8
Honduras	43,0	2,3	45,3
Jamaica	8,8	—	8,8
México	760,7	6,2	766,9
Nicaragua	65,1	3,8	68,9
Panamá	99,9	0,9	100,8
Paraguay	57,9	1,4	59,3
Perú	381,7	83,6	470,7
República Dominicana	39,3	6,1	45,4
Uruguay	58,7	29,5	88,2
Venezuela	220,9	52,9	273,8
Indias Occidentales	22,5	—	22,5
Guayana británica	3,5	—	3,5
Honduras británicas	2,4	—	2,4
Surinam	3,4	—	3,4
Regional	262,0	7,4	269,4
	6.195,5	616,1	6.811,6



Distribución de las fuerzas armadas norteamericanas en el exterior y número de la bases principales de los Estados Unidos fuera del país.



NOTAS PARA TODOS LOS CUADROS

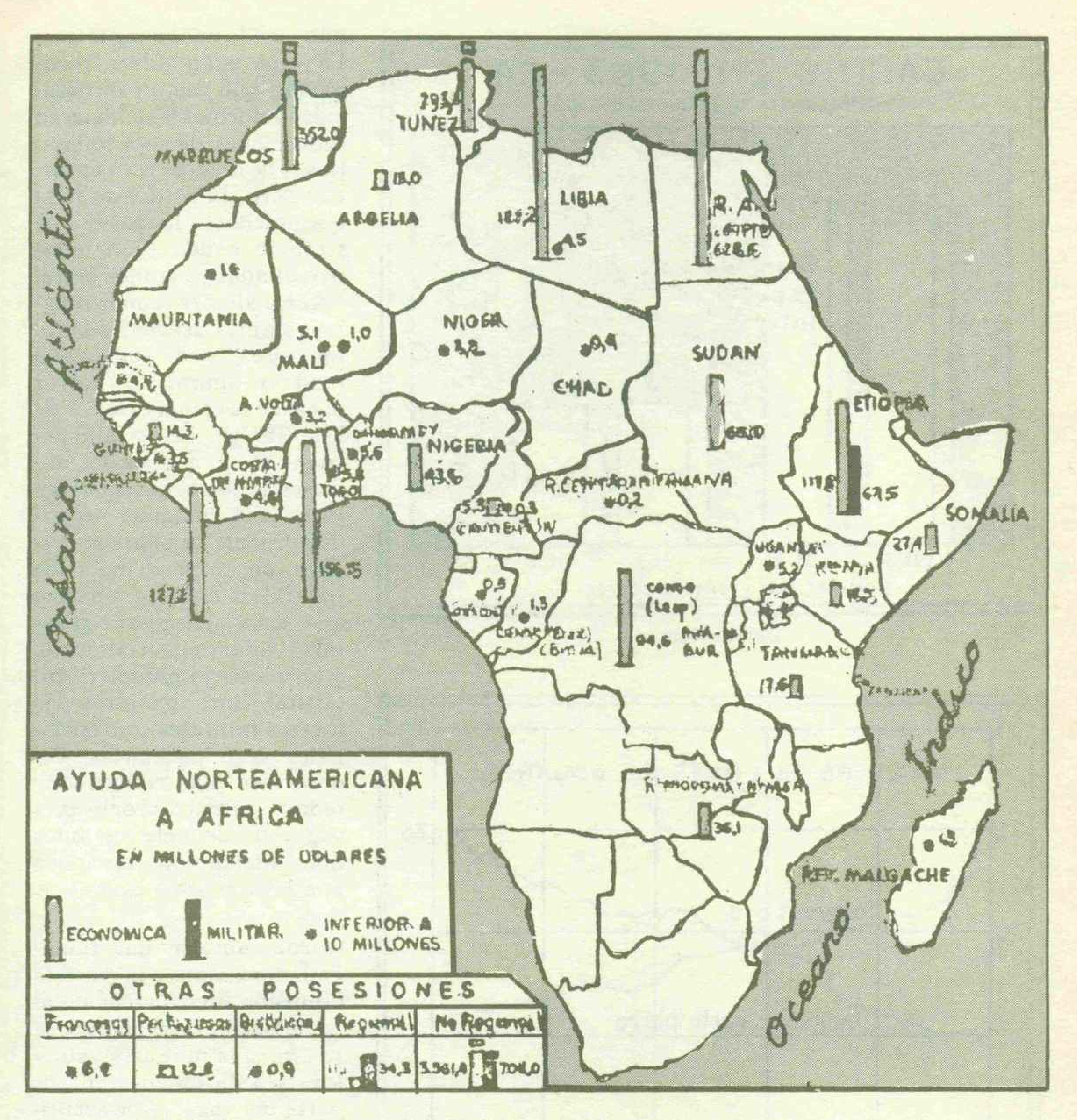
(1) En los gastos regionales van incluidos los programas multilaterales para regiones determinadas. En Europa se incluye la OTAN.

(2) Ha habido ayuda de carácter militar, no especificada por su carácter de secreta.

(3) En esta suma se incluye ayuda a organizaciones internacionales.

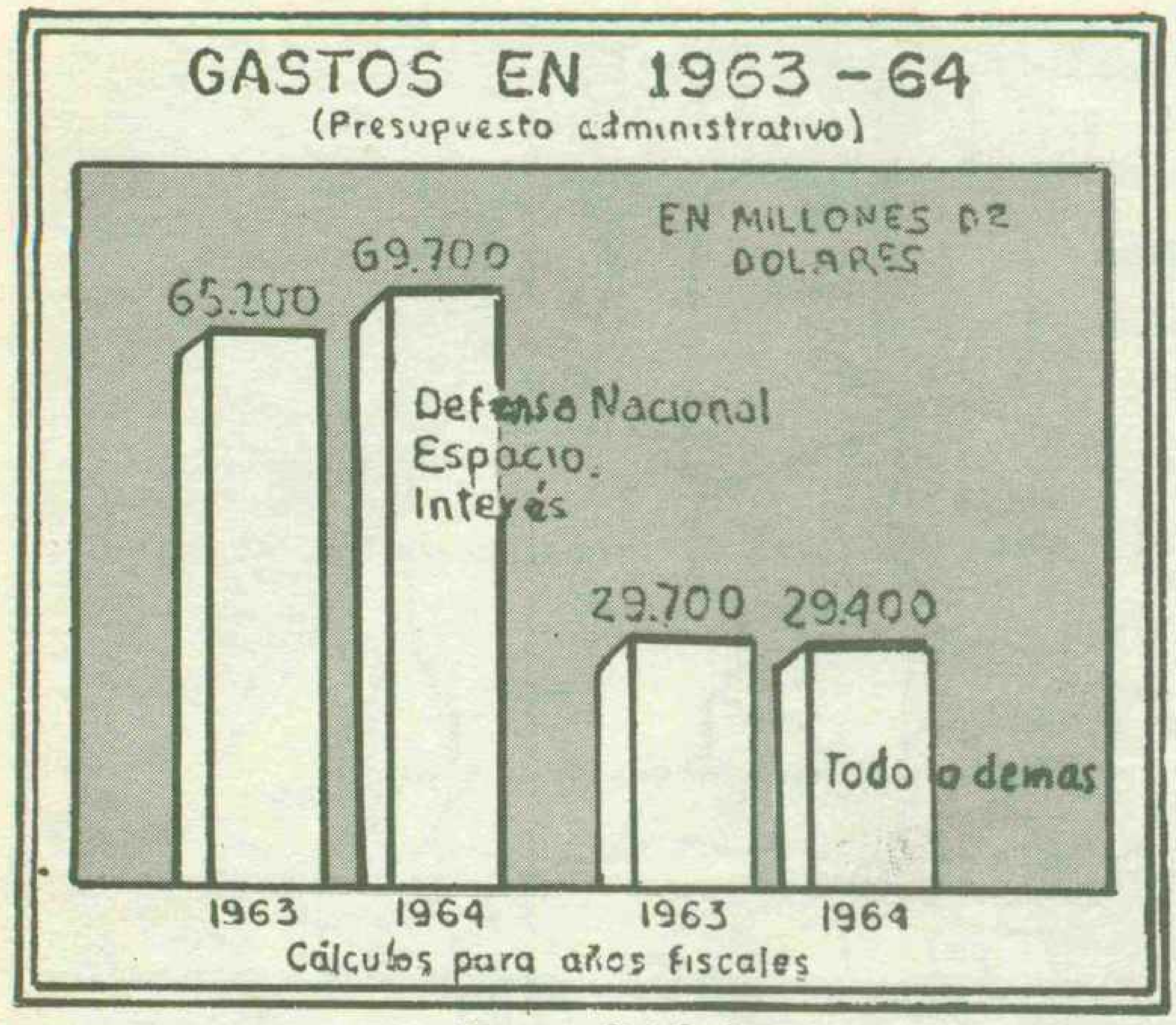
AFRICA	Económica	Militar	Total
Argelia	15,0	—	15,0
Alto Volta	3,2	—	3,2
Camerún	15,3	0,3	15,6
Chad	0,4	—	0,4
Congo (Brazaville)	1,3	—	1,3
Congo (Leopoldville)	94,6	—	94,6
Costa de Marfil	4,6	—	4,6
Dahomey	5,6	—	5,6
Etiopía	117,8	67,7	185,3
Gabón	0,5	—	0,5
Ghana	14,3	—	14,3
Guinea	156,5	—	156,5
Kenya	18,5	—	18,5
Liberia	127,2	4,3	131,5
Libia	187,2	4,5	191,7
Malgache	1,3	—	1,3
Malí	5,1	1,0	6,1
Marruecos	352,0	(2)	352,0
Mauritania	1,6	—	1,6
Niger	3,2	—	3,2
Nigeria	43,6	—	43,6
República Central Africana	0,2	—	0,2
Rodesia-Nyasalandia	36,1	—	36,1
Ruanda-Burundi	6,1	—	6,1
Senegal	4,6	—	4,6
Sierra Leona	3,5	—	3,5
Somalia	27,4	—	27,4
Sudán	65,0	—	65,0
Tanganika	17,6	—	17,6
Togo	5,8	—	5,8
Túnez	293,3	(2)	293,3
Uganda	5,2	—	5,2
Zanzíbar	0,1	—	0,1
Posesiones francesas	6,0	—	6,0
» » portuguesas	12,8	—	12,8
» » británicas	0,9	—	0,9
Regional	11,1	34,3	45,4
	1.664,7	112,0	1.776,6

	Económica	Militar	Total
Organismos internacionales (3)	3.561,2	708,0	4.269,4
Suma TOTAL	66.614,2	31.059,5	97.674,7

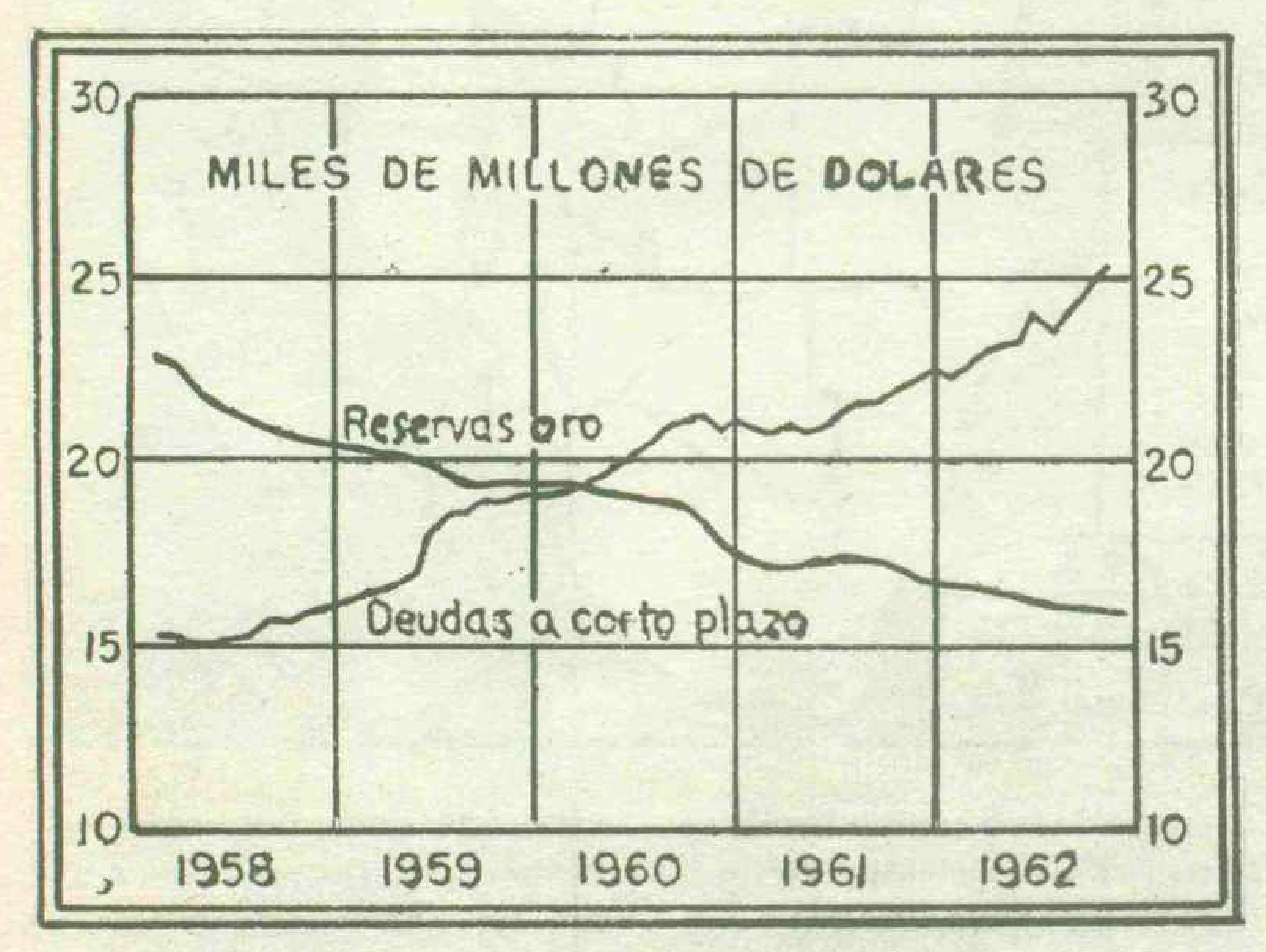


Durante la Administración demócrata del presidente Kennedy, se nombró una Comisión integrada por banqueros, militares, economistas, políticos, abogados y empresarios con la finalidad de hacer un estudio inmediato de la ayuda militar y económica para establecer si el nivel y distribución de estos programas era una aportación material a la seguridad de los EEUU y si estaba dirigida de manera específica hacia metas alcanzables de estabilidad política en los países de influencia imperialista. La Comisión, dirigida por el general Lucius D. Clay, elaboró un informe en el que revisaba el programa de ayuda al exterior, partiendo de la siguiente consideración: «Las enmiendas a la ley sobre el Desarrollo Internacional de 1961, fueron beneficiosas, especialmente la enmienda Hockenlooper, que requiere la suspensión de la ayuda a los países que expropien los intereses de propiedad privada norteamericana sin una compensación adecuada y la estipulación que prohíbe conceder ayuda a los países comunistas, salvo en circunstancias extraordinarias».

El informe de la Comisión Clay se convirtió en uno de los argumentos más poderosos para reducir de una manera radical el volumen de la ayuda al exterior. Antes de ser dado a conocer, el presidente de la subcomisión de Operaciones en el Exterior de la Cámara de Representantes, Otto E. Passman, declaró que era necesario



(Datos oficiales).



Las reservas oro de los Estados Unidos y las deudas a corto plazo, en teoría convertibles en oro en cualquier momento, con acreedores extranjeros. (Las reservas oro, hasta diciembre de 1962; las deudas, hasta octubre).

reducir en 2.400 millones de dólares los cálculos presidenciales sobre el presupuesto de la ayuda al exterior, que entonces era de unos 4.900 millones de dólares, posteriormente rebajados en unos 500 millones, lo cual anunciaba el propósito de dejar en la mitad aproximadamente lo que se había insistido en que era lo mínimo posible para atender las obligaciones y compromisos de los EEUU. Según Passman, era absolutamente necesario «mostrar al mundo que no vamos a seguir siendo unos pazguatos». La Comisión Clay recomendó que fueran introducidas reformas y se hicieran reducciones, de unos 500 millones de dólares para empezar; pero sin perder de vista que muchos de los países que recibían ayuda «son nuestros aliados y algunos pertenecen a alianzas con las cuales estamos asociados». Estos países, añade, son los que reciben ahora, la mayor parte de la ayuda exterior de los EEUU, pero también cuentan con más de dos millones de hombres armados y listos para cualquier necesidad urgente. Si bien sus ejércitos son, en cierto modo, de naturaleza estática, a menos que surja una guerra general, ayudan, materialmente, a fortalecer al mundo (capitalista) libre mientras las fuerzas militares convencionales sean necesarias. Pudiera ser más conveniente reducir nuestro propio presupuesto de defensa antes que interrumpir el apoyo que hace posible esta aportación.

Queda también una finalidad importante, a la que esta Comisión prestó atención al advertir que hay países «cuyas fuerzas militares actuales son valiosas en su mayor parte por razones de seguridad interna. Aun cuando pertenecen a alianzas con las cuales estamos asociados, creemos que el nivel actual de apoyo a estas fuerzas, particularmente con armas complicadas, no puede ser considerado como esencial para la seguridad del mundo libre. Para estos países que poseen considerables recursos propios, ha llegado el momento de adoptar reducciones en la ayuda militar y económica».

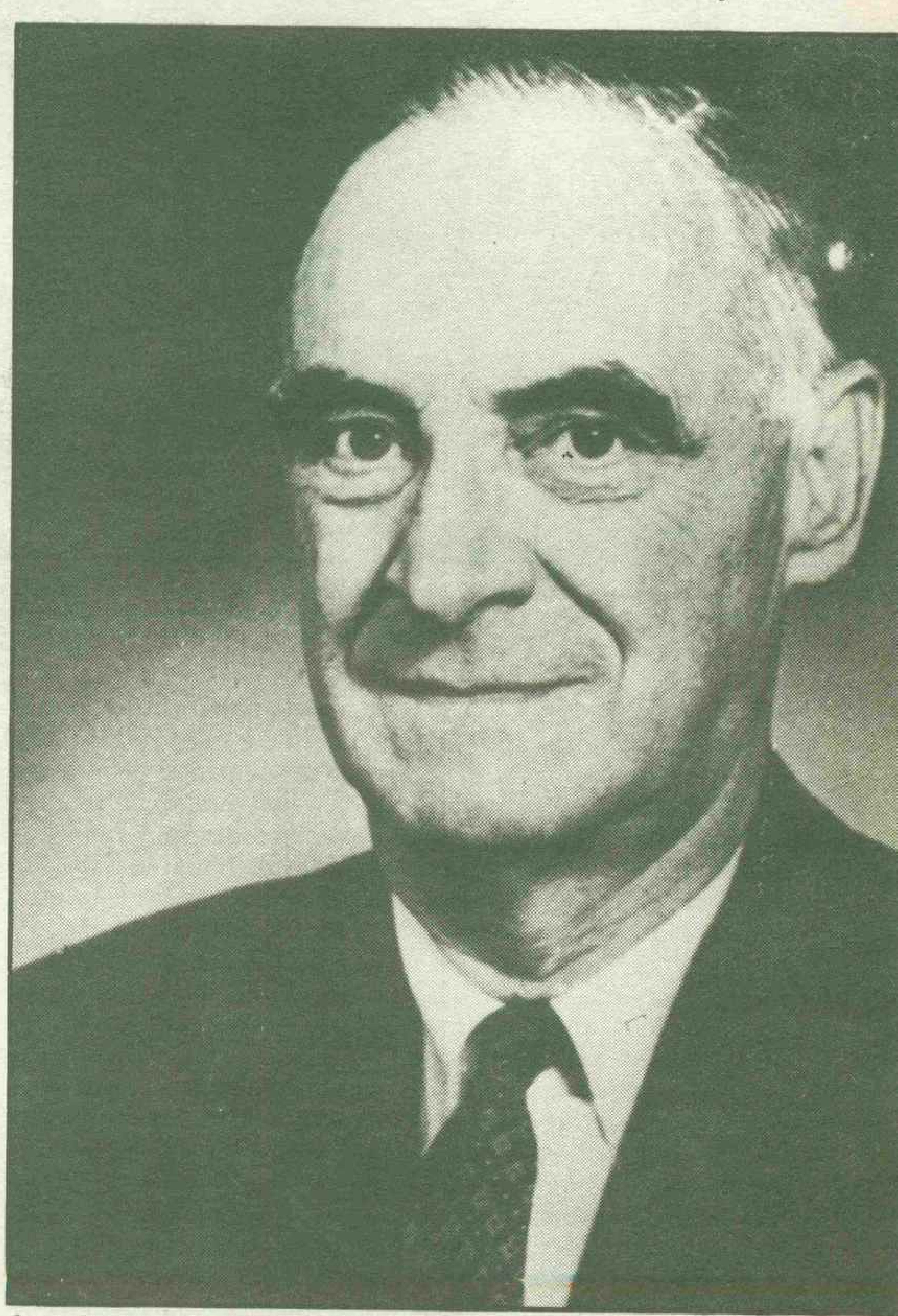
En general, el informe hace las siguientes recomenda-

ciones: «No podemos dejar esta región (la oriental) del mundo sin una referencia especial a Indonesia. Por razones de población, recursos y posición geográfica es de especial preocupación para el mundo libre. No vemos cómo se puede conceder ayuda a esta nación por parte de los países del mundo libre a menos que ponga su casa en orden, ofrezca mejor trato a los acreedores y empresas extranjeras y se abstenga de participar en aventuras internacionales...». Para el Congo, y de hecho para todo el mundo africano, estima la Comisión que los EEUU han concedido más ayuda de la que pudiera considerarse recomendable, y ha llegado la hora de que los países de la Europa occidental «soporten la mayor parte de una ayuda necesaria».

Respecto a Italia, a pesar de sus problemas especiales, debería destinar partidas del presupuesto a la ayuda, a la expansión del volumen y la liberación de las condiciones en que se presta, así como que el Canadá aumente el volumen de la ayuda, que el Reino Unido rebaje los tipos de interés y aumente el volumen de su ayuda a los países independientes y en estado de desarrollo, que Alemania eleve el volumen de la ayuda, que Francia suavice las condiciones fuera de Africa y que el Japón también suavice las condiciones... «La experiencia nos hace dudar —continúa el informe— de la capacidad de la A.I.D. para movilizar el potencial humano de alta calidad que es necesario para desarrollar bien y supervisar como es debido todos los programas de ayuda técnica en marcha, por un total aproximado de 380 millones de dólares anuales. Recomendamos que los nuevos programas queden radicalmente reducidos hasta que la totalidad de los programas actuales sea objeto de una revisión completa...».

«La Comisión ha examinado la ayuda económica y militar que los Estados Unidos prestan a ciertos países a cambio de bases. En muchos casos, el costo práctico parece excesivo, particularmente allí donde las bases otrecen a la vez unos ingresos considerables en dólares procedentes de los gastos de nuestro personal y unas posibilidades sustanciales de empleo para la mano de obra local.

La ayuda con tales propósitos debería ser considerada como costo de defensa y en consecuencia no se debería prestar ayuda económica de ninguna clase. Se deberían hacer todos los esfuerzos posibles por reducir la ayuda a


General Lucius D. Clay. Consejero especial del presidente Kennedy sobre la situación de Berlín.



El general Eisenhower y Richard Nixon, elevan sus brazos en señal de victoria, durante la Convención celebrada en Chicago el 11 de julio de 1952. Posteriormente serían elegidos, respectivamente, Presidente y Vicepresidente de los Estados Unidos. (En la fotografía, en compañía de sus respectivas esposas).

países extranjeros a cambio de estos derechos, especialmente a España y Portugal, que han sido ya compensadas más que suficientemente.. por otra parte, los intereses de la seguridad de los Estados Unidos requieren el mantenimiento de nuestro programa de ayuda militar durante algunos años más, si bien debería ser reducido progresivamente a medida que la capacidad económica de quienes la reciben mejore. Por último, se llega a esta conclusión: Nuestro examen de los programas de ayuda de los Estados Unidos al extranjero y la consideración que se les presta en este informe se han asentado en el criterio riguroso de su valor para la seguridad de nuestro país y del mundo libre. No nos expresaríamos como es debido de haber dejado de tener en cuenta los intereses adicionales de nuestro país y de nuestro pueblo en el propósito y efecto de estos programas... Por esta razón, deseamos señalar que la necesidad para el desarrollo de la ayuda y el interés de los Estados Unidos en proporcionarla, continuaría incluso en el caso de que mañana mismo hubieran quedado resueltas la guerra fría y todas nuestras mayores diferencias políticas con los comunistas. Esto no se debe sólo a tratarse de algo que ha llegado a ser parte de la tradición norteamericana, como es el mostrar preocupación por los sufrimientos de los que son menos afortunados que nosotros. Esto es así, no sólo porque redunda en beneficio de nuestro propio interés nacional, al asegurar mercados para nuestra producción y fuentes seguras para el abastecimiento de las materias primas necesarias. Por ser el deseo del pueblo de los Estados Unidos el vivir en un mundo que sea próspero y esté en paz, creemos nosotros (los autores de este informe), que esas

naciones que se esfuerzan seriamente por fomentar su propio desarrollo, deberían recibir nuestra ayuda y la de nuestros asociados para crear y mantener las condiciones que desembocan en un progreso económico constante y en un bienestar social mejorado dentro del marco de la libertad política». Si una constante de todos los Gobiernos norteamericanos viene siendo la de mantener una política exterior que garantice su posición hegemónica y por tanto el control sobre los países que están sometidos a la esfera de influencia del imperialismo, otra cosa muy distinta son los criterios y métodos de aplicación de esta «ayuda» según sean demócratas o republicanos quienes gobiernen. Si los gobiernos demócratas se vienen caracterizando en política exterior, por su mayor liberalismo a la hora de exigir a los gobiernos extranjeros ciertos cambios en la forma de dominación más propensos hacia formas democráticas, lo que ha hecho más fáciles los cambios políticos que se han producido, en concreto con Carter, los republicanos se han caracterizado por su apoyo a las líneas duras, como ocurrió con Nixon-Kissinger, sin ir más lejos.

El triunfo de Reagan traerá, necesariamente, un cambio en la política exterior de EEUU que abrirá una nueva época, ajustada a las necesidades del imperialismo para poder afrontar una crisis generalizada del sistema capitalista, recurriendo a un endurecimiento en las formas de dominación a la que no escapará Europa, como ya se viene constatando con el triunfo electoral de las derechas europeas. ■ **J. F. S.**



De izquierda a derecha, los ex presidentes Truman y Eisenhower, y el entonces presidente Kennedy, durante los funerales celebrados en Tejas en memoria de Sam Rayburn, que fue presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos (1961).

A los sesenta años del fin
Enero de 1921

HACE ahora sesenta años, en los inicios de 1921, finalizaba la guerra civil rusa. A los iniciales intentos contrarrevolucionarios apoyados por los países occidentales para derribar al naciente poder soviético, seguirá la obligada aceptación de la realidad del fortalecimiento del nuevo régimen. Solamente comparable en este siglo al apasionamiento despertado en Europa por la guerra civil española, el conflicto interno ruso anima y divide durante tres años a la opinión pública y a los gobiernos de los países democráticos. De hecho, la guerra civil servirá en definitiva de forja para el sentimiento patriótico soviético, fortaleciendo al régimen y, a otro nivel, haciendo posible la creación del Ejército Rojo, forma más visible del expansionismo estaliniano que, a mediados del año 1945, ocupará alguno de los centros más vitales del continente europeo.



de la Guerra Civil Rusa:

José María Solé Mariño



Nicolás II y el zarevitch con las cuatro grandes duquesas, rodeados por la Guardia Imperial en el parque de Tsarkoie Selo. Son los últimos días de la monarquía rusa.

La paz de Brest-Litovsk: los inicios de la intervención extranjera

DESDE los primeros momentos de la revolución rusa, en febrero de 1917, grupos decisorios civiles y militares de la Alemania en guerra intentan aprovechar al máximo una situación única que puede resultar de enorme utilidad en varios aspectos. Por una parte, la convulsión revolucionaria no puede dejar de tener consecuencias a muy corto plazo sobre la organización y la moral del ejército ruso, cuyos altos mandos son ahora puestos en entredicho por la amplia base, compuesta por miembros de las clases aparentemente beneficiadas por el cambio revolucionario. Otro aspecto de la cuestión no es menos importante que el debilitamiento militar: se trata del fundamental tema económico. Casi agotada por la duración de una guerra de cerco, Alemania precisa tanto proveedores seguros de materias primas como mercados de colocación de productos manufacturados y terreno propicio para la inversión de capitales excedentes. La inmensa Rusia, con su organización trastocada aparece ahora como un inmenso y aprovechable campo para todas estas actividades.

Sin embargo, el Gobierno Kerenski mantiene sus compromisos con los aliados y no retira a Rusia de la guerra. Los meses que median entre las dos convulsiones revolucionarias van a observar, pues, toda una larga serie de intentos alemanes para provocar un vuelco en la situación. El acceso de Lenin a Petrogrado a través de Alemania será el factor externo determinante de esta actitud de los mandos germanos, decididos a destruir el débil ensayo de democracia de corte socialdemócrata a la europea que intentan los grupos moderados instalados en el poder en Rusia. Elevado Lenin al poder por la fuerza del empuje bolchevique y la debilidad y desunión de sus oponentes políticos, la situación se viene a clarificar rápidamente. Lenin necesita una tregua para iniciar el camino de la revolución, así como inmediatos auxilios económicos ante la catastrófica situación que presenta el país, lo que hace peligrar la supervivencia del sistema recién implantado.

A pesar de los intentos de los aliados por mantener a Rusia dentro del conflicto, los bolcheviques se inclinan ante las presiones alemanas. De esta forma, a una serie de acuerdos de paz firmados con los países limítrofes en lucha, los delegados soviéticos aceptarán en la ciudad polaca de Brest Litovsk las condiciones alemanas, tras una serie de hechos confusos y contradictorios que



Marzo de 1917. Tropas revolucionarias abandonan Petrogrado por ferrocarril. Ha caído el régimen zarista y el Gobierno Provisional se ha hecho cargo del poder.

en muchos momentos parecieron hacer peligrar la consecución del tratado, firmado finalmente el día 3 de marzo de 1918. Por él, Rusia, a cambio de una paz que necesita desesperadamente, es despojada de unos territorios que totalizan una cifra no inferior al millón y medio de kilómetros cuadrados, con unos sesenta millones de habitantes en total. Se añade además el reconocimiento de la independencia ucraniana, colocando a la región bajo mando directo alemán, ejercido por medio de autoridades locales encabezadas por el **hetman** Skoropadski, gobernante títere de los ocupantes (1).

Alemania, en posición de fuerza, pero también precisando urgentemente la paz en el Este, ofrece a cambio de estos sacrificios y servidumbres políticas y económicas la posibilidad de que los bolcheviques inicien su programa de nacionalizaciones e inicial establecimiento del sistema social y económico previsto en teoría por los ideólogos del nuevo poder. De esta forma, hasta noviembre de 1918, cuando la derrota alemana marque el final de la guerra en Europa, la economía rusa está casi totalmente en manos de Alemania, que ocupa importantes fracciones de territorio de la República soviética.

La intervención extranjera

La posibilidad de intervención por parte de los países occidentales había aparecido inmediatamente después de ser conocidos los decretos de nacionalización de todas las inversiones extranjeras dentro de Rusia. El general Foch preconiza, ya desde finales de 1917, la creación de un **cordon sanitaire** con la finalidad de evitar el contagio y expansión de la revolución. En base a estas dos causas, las potencias occidentales adoptan, en el verano de 1918, la firme determinación de destruir el régimen soviético a través de la ayuda que prestarán a las fuerzas contrarrevolucionarias que actúan ya en el interior de Rusia. En esas fechas, tropas británicas y francesas han desembarcado en el norte de Rusia, mientras norteamericanos, japoneses e incluso italianos hacen acto de presencia en el extremo oriente.

Es el comienzo del cerco que el mundo capitalista va a tratar de extender durante los siguientes tres años con el propósito de asfixiar y hacer inviable la existencia de un régimen que representa los principios más temidos por las burguesías dominantes en Occidente. La demostración de la posibilidad efectiva que una revolución tiene para producirse, y que los hechos de Petrogrado han demostrado de la forma más palpable, va a ser el fantasma que vuele sobre Europa, que en los primeros meses de la tan deseada paz conocerá en su propia carne la llama de la revolución (2). Moscú enarbola ahora la antorcha de la revolución mundial. Mientras su propio territorio va a ser desgarrado por la

(1) Ver: «Los ucranianos», en TIEMPO DE HISTORIA, núm. 68. Julio de 1980.

(2) Ver: «Noviembre de 1918», en TIEMPO DE HISTORIA, núm. 50. Enero de 1979.

guerra civil con intervención extranjera, los acontecimientos de signo revolucionario que sacuden a la Europa central mantendrán viva durante algún tiempo —centrado en el año 1919— la esperanza de la consecución de esa revolución mundial que empuja a amplias capas del proletariado europeo, y que aliviarían a la Rusia bolchevique de su solitaria posición ante el mundo. Los sucesos revolucionarios de Alemania y Austria; el temporal éxito de los estallidos sociales institucionalizados de Baviera y Hungría; todo ello, para las extensas capas sociales burguesas, no es más que un efecto de los acontecimientos de Rusia. Por ello, no cabe más que una enérgica acción para terminar definitivamente con la causa de esa temida agitación que amenaza la existencia misma de los sistemas demoliberales.

A lo largo de toda la guerra civil —entre septiembre de 1918 y enero de 1921— los aliados no van a aportar en ningún momento material humano a utilizar directamente en la lucha, sino que su ayuda se concretará en la aportación de gran cantidad de capitales, provisiones, armamento y municiones. Esta actitud, que les permite una total intervención sin caer en un protagonismo físico directo, se mantendrá a lo largo de las sucesivas y complejas vicisitudes por que atravesará la contienda civil rusa. La contención de la revolución, unida a aspectos más concretos y tangibles, tales como la recuperación de los bienes y capitales depositados en Rusia además del acceso al inmenso mercado que representa el país en total dislocación, mantendrá así erguidas las armas hasta que el triunfo final de los bolcheviques determine la definitiva situación.

El reparto de influencias: la insubordinación de las tropas aliadas

Desde los primeros momentos de la intervención van a delinearse de forma muy concreta las diferentes zonas de influencia que, sobre el territorio ruso, se reparten las potencias interesadas. La Gran Bretaña, la primera potencia mundial del momento, se reserva el Cáucaso, debido a sus yacimientos de petróleo y a su condición de zona más cercana a su colonia de la India. Los británicos pasan también a ejercer su control sobre la región del Don y, más al norte, sobre el litoral báltico. Francia, por su parte, escoge a Ucrania, donde se habían localizado la mayor parte de los capitales que el Gobierno de París había concedido en empréstito al régimen zarista, y que representaban fundamentalmente el ahorro de amplios sectores de la pequeña burguesía francesa, que ahora presionaba a su Gobierno para tratar de recuperarlos. Añade además Francia la península de Crimea y grandes zonas de Polonia a su sector de influencia.

Japón aprovecha, por su parte, la circunstancia para establecer una sólida cabeza de puente en el extremo oriental, frente a sus costas, alrededor del gran puerto de Vladivostock. Son los inicios del gran expansionismo nipón, que en los años siguientes habrá de extenderse sobre el territorio chino.

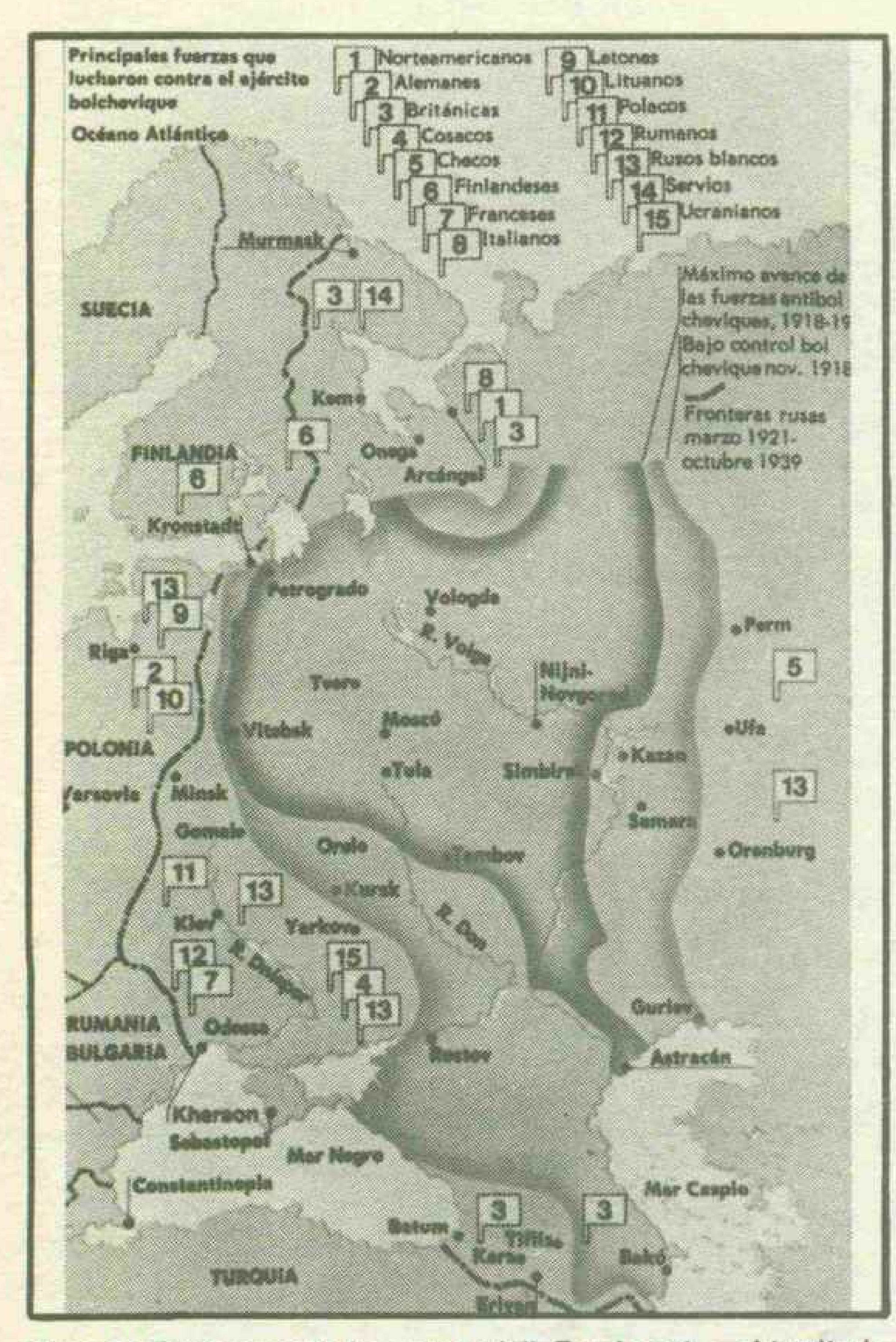
Los Estados Unidos, fieles a su aislacionismo y dirigidos por la política pacifista de Wilson, aportan simbólicamente, al igual que Italia, algunas tropas, pero su presencia no tendrá la menor importancia en el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, la ayuda aliada será en todo momento, a lo largo del conflicto, de carácter dudoso, insuficiente y disperso.

Francia y Gran Bretaña nunca llegarán a unificar posiciones para una acción común



El Kaiser Guillermo II recibe al hetmán Skoropadski, cabeza del Gobierno títere que la ocupación alemana ha instalado en Ucrania en los primeros meses del año 1918.

fortalecedora del bando al que apoyan. Gran Bretaña respalda al democrático general Denikin, mientras Francia sostiene de la forma más evidente al monárquico y reaccionario Wrangel. A esta disensión básica se unen los repetidos actos de insubordinación por parte de las fuerzas enviadas a Rusia. Los soldados se encuentran cansados de una larga lucha de cuatro años y ahora protestan ante su obligada participación en un conflicto ajeno. Por otra parte, el factor ideológico también hace notar su presencia. Muchos soldados occidentales mantienen posturas políticas que, en conciencia, les impiden ayudar al aplastamiento de un régimen con el que se sienten identificados. Por pertenencia a las denominadas clases populares concienciadas, o por pura convicción política, gran cantidad de antiguos combatientes en la primera guerra no ven en el poder bolchevique más que a un enemigo de las tradicionales clases poseedoras, y por ello no están dispuestos a intervenir —si bien no directamente en la lucha— con su presencia en una victoria más del gran capital.



Mapa de Rusia durante la guerra civil. En el centro, el territorio dominado por los bolcheviques. Al norte, las ofensivas de las fuerzas aliadas y del general Miller. Sobre el Báltico, el general Yudenich acosa Petrogrado. Al Este, la presencia del almirante Kolchak, la Legión Checa y los cosacos blancos. En el Sur, los aliados respaldan, primero a Denikin y Krasnov; y más tarde, al general Wrangel.



El Presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson (1856-1924), verdadero árbitro de la política internacional tras el final de la Gran Guerra y profeta del nuevo orden mundial, basado en gran medida en un utópico idealismo.

En los primeros meses de la intervención, tanto en el sector norte como en el del sur, se suceden las negativas violentas a la estancia de las fuerzas expedicionarias enviadas a los frentes de batalla con ánimo disuasorio hacia los bolcheviques. Las fuerzas británicas y norteamericanas se verán afectadas por el desorden, pero donde se hará más evidente la contradicción entre los altos y los bajos niveles de la tropa será en el Mar Negro. Allí, la marinería de los buques franceses surtos en el puerto de Odesa se subleva negándose a entrar en una lucha, no solamente considerada ajena a sus intereses, sino en muchos casos contraria a sus convicciones. Como consecuencia de esto, Francia se verá obligada, —en abril de 1919— a retirar definitivamente de la zona a sus fuerzas navales. El Gobierno de París no tiene el menor interés en provocar disensiones sociales dentro de sus fuerzas armadas, suficientemente politizadas ya dentro de la convulsa Europa del momento. Lenin, comentando estos hechos, escribirá: «Tan pronto como la burguesía internacional levanta la mano contra nosotros, sus propios obreros la golpean con el puño». Optimista y esperanzado análisis de unos hechos que, por aislados, no son menos sintómaticos de toda una nueva situación creada en el continente tras la finalización de la destructora primera guerra mundial, y de la que constituyen una entre tantas otras secuelas.

Intervencionistas, pacifistas, pragmáticos

Sin embargo no es momento de euforia para los dirigentes soviéticos, ya que ese año de



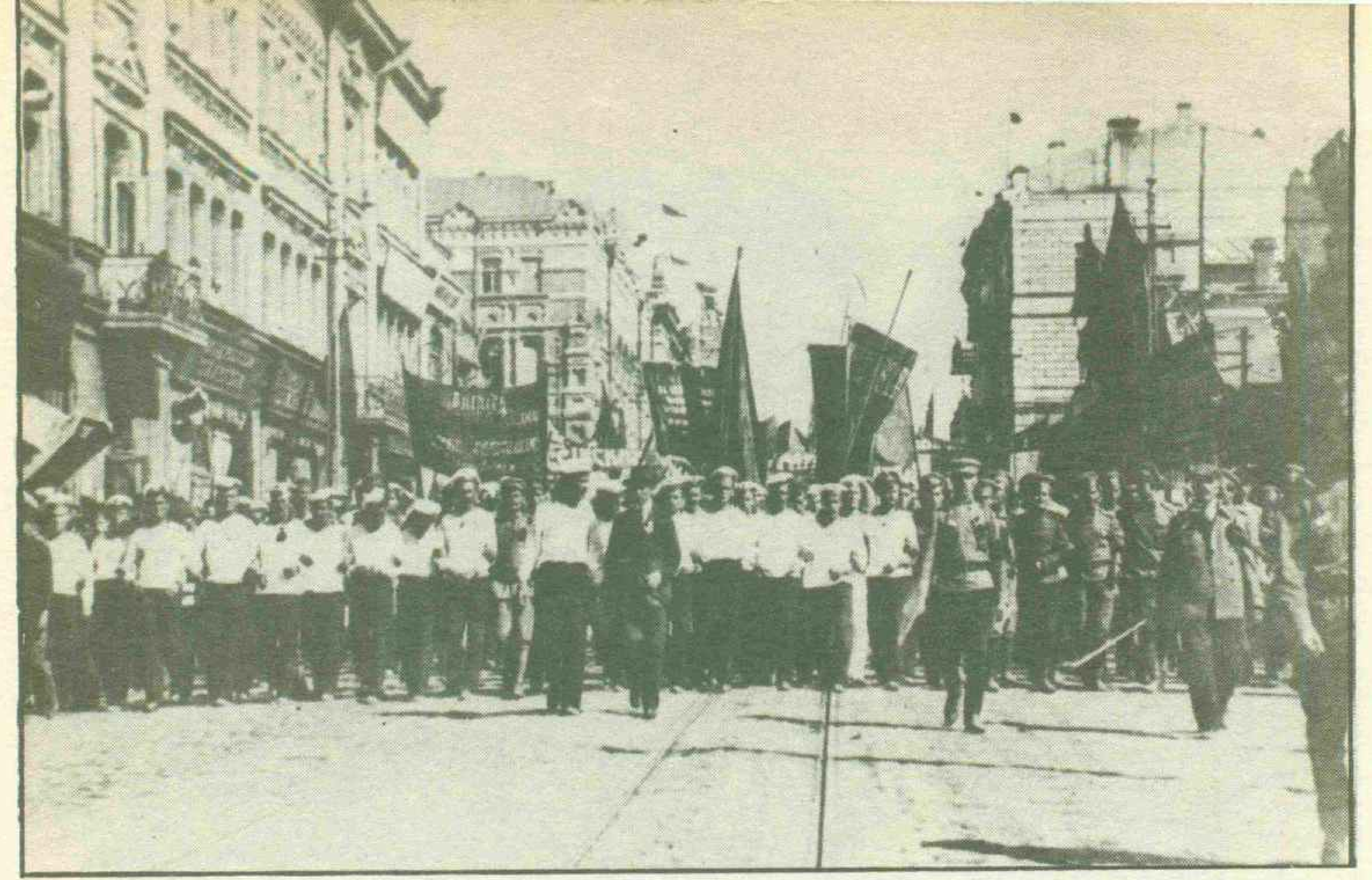
Kerenski, jefe del Gobierno ruso durante la primera etapa de la Revolución, acompañado por su Estado Mayor. Cuando los acontecimientos de octubre entreguen el poder a los bolcheviques, marchará al exilio junto con sus colaboradores más íntimos.

1919 marcará los momentos más sombríos de la guerra para el poder revolucionario. Será cuando el propio Lenin llegue a afirmar que hubiesen bastado unos cuantos cientos de miles de hombres para hundir sin remisión al régimen comunista en Rusia. A fines de año es necesario aceptar ya el fracaso de las experiencias bávara y húngara, y solamente las repetidas tentativas de paz llevadas a cabo por el presidente norteamericano parecen ayudar a levantar la situación de los dirigentes soviéticos.

Wilson, partidario de una finalización del conflicto, no cesa de intentar el arreglo bajo cualquier forma admisible por ambos bandos. Tras el fracaso de una misión enviada al propio Moscú, el presidente norteamericano propone la convocatoria de una conferencia entre todos los participantes en la guerra. Esta reunión, que tendría lugar en la Isla de los Príncipes, sobre el Bósforo, se verá también frustrada ante la negativa de los generales blancos, influidos por una Francia que no admite la menor concesión a los bolcheviques. La única solución posible para la victoriosa Francia de Clemenceau es la victoria total sobre los revolucionarios, y por ello no acepta de ningún modo cualquier solución pactada.

En Londres, los partidarios del cese de la intervención y de las hostilidades están encabezados por el propio primer ministro Lloyd George, que gradualmente se va aproximando a las tesis de Wilson, y alejándose por tanto de las mantenidas por el Gobierno francés. Pero por el momento, los más poderosos hombres de negocios y financieros están interesados en una profunda penetración económica en Rusia, y su decisión prevalecerá durante el tiempo necesario. Winston Churchill y Lord Curzon encabezan dentro del ámbito político el partido de los más decididos intervencionistas. Radicalizada la situación, la opinión pública inglesa sufre también en su seno una división similar a la que enfrenta a los distintos sectores del cuerpo político.

Wilson, con una evidente lucidez, había afirmado a favor de la pacificación: «Tratar de detener un movimiento revolucionario por medio de ejércitos regulares, es emplear una escoba para detener una gran marea». Pero en definitiva, el pragmatismo vendrá a decir la última palabra. Ya a principios del año 1920, visto el desarrollo irreversible de la guerra, que indica la victoria del bando bolchevique y la derrota indudable de los contrarrevolucionarios a pesar de contar con la ayuda exterior, los británicos abrirán las primeras puertas a interesantes intercam-



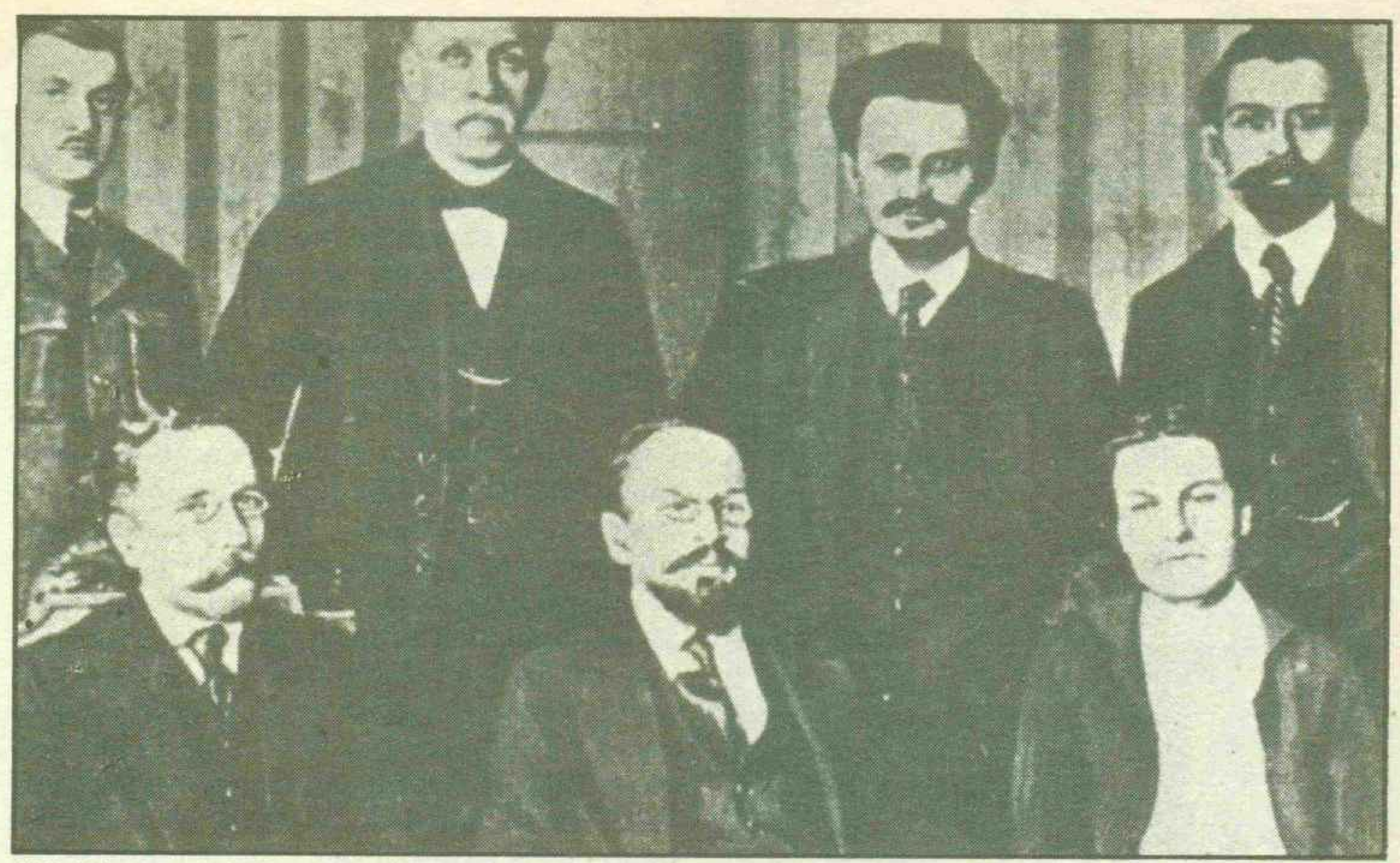
Primero de Mayo de 1917. Los marinos se manifiestan en la ciudad siberiana de Vladivostok. Es la primera Fiesta del Trabajo celebrada bajo el signo revolucionario. Todavía los bolcheviques no han asaltado el poder.

bios comerciales con un Gobierno ruso deseoso de salir de su aislamiento. El final de la guerra civil no hará más que facilitar, un año más tarde, la progresiva institucionalización de las relaciones comerciales —y más tarde políticas— de Rusia con los países occidentales, que finalmente se han dado cuenta de la conveniencia de unas relaciones pacíficas, que les ofrecen mayores beneficios, en lugar de intentar un dominio económico por medio de la lucha armada. Tras esta toma de posición, el sistema soviético se estabiliza definitivamente, después de haber sobrevivido a todos los ataques lanzados en su contra.

La sociedad rusa y la guerra civil: el comunismo de guerra

Destruidas las esperanzas de implantación en Rusia de un sistema socialdemócrata de signo burgués, los sectores de clase media, predominantes sobre todo en las ciudades aunque muy exiguos numéricamente, se van a mantener en una apartada y temerosa expectativa ante los hechos revolucionarios. Sin órganos de expresión propios, al ser confiscada la prensa burguesa, este sector será el primero en sufrir los embates de la nueva situación. Son nacionalizadas las empresas privadas, la banca y los empréstitos al Estado, lo que priva a la burguesía de sus fuentes de poder. Las clases medias, que a lo largo del siglo XIX habían representado la oposición al régimen zarista y habían encontrado su expresión por medio del partido socialrevolucionario, legítimo heredero de la **intelliguentsia** decimonónica, se ven ahora superadas por otro revolucionarismo mucho más avanzado, y que no permite la existencia de zonas sociales que simbolicen otras soluciones a una nueva situación. Ante la guerra civil, pues, la postura de la burguesía no puede ser otra que la de la abstención. Presionada por el temor a los bolcheviques, no puede sin embargo apoyar a las fuerzas contrarrevolucionarias, que representan aquello contra lo que había luchado durante generaciones.

Las libertades obreras, bandera de lucha de los revolucionarios de octubre, van a sufrir severos recortes como consecuencia de la guerra civil. La necesidad de un alto aumento de la productividad obliga a las autoridades a adoptar una serie de medidas que están en absoluta contradicción con los principios enunciados por los líderes revolucionarios. Con ello, las condiciones de trabajo son afectadas en forma negativa respecto a salarios, horas de trabajo, nivel de producción obligatorio, y otras notas definitorias, tales como la desaparición del derecho de huelga. Solamente la situación de guerra, que viene en cierta medida a justificar estos radicales cambios de dirección, unida a la real convicción revolucionaria de la mayor parte del proletariado industrial ruso —que



El día 3 de marzo de 1918 se firma la paz de Brest-Litovsk, entre el Imperio alemán y la Rusia revolucionaria, que viene a perder con ello extensos territorios. En la imagen, la delegación soviética.

constituye en este momento la clase social más homogénea— impide que este decisivo sector se levante, salvo en casos muy concretos y aislados, contra las autoridades soviéticas, aduciendo una clara traición a los fines por los que había luchado sirviendo como cuerpo material de la revolución y apoyo de la minoría bolchevique que había logrado encaramarse al poder.

Burgueses y obreros suponen fracciones sociales de fundamental importancia en esos decisivos momentos. Pero de hecho, la inmensa mayoría de la población del antiguo Imperio Ruso está compuesta por campesinos. Desaparecidos de escena los grandes propietarios, son ahora los campesinos de nivel medio los que en las zonas rurales marcan la tónica de la situación. La reforma agraria, decretada por el nuevo Gobierno, no puede llevarse a cabo debido a dificultades técnicas de incomunicación de amplias zonas y de falta de personal administrativo capaz para desempeñar los cargos necesarios para la gigantesca obra. Por todo ello, la situación se mantiene inmutable para una gran mayoría de la población rural, base tradicional de la sociedad rusa.

Será este sector, una vez más, el que reciba con mayor dureza las consecuencias de unos acontecimientos a los que apenas ha contribuido y que, sin embargo, se han provocado en su nombre. La mortandad, unida a las *miserias materiales* que toda guerra produce contribuyen a alejar al campesinado ruso de las nuevas autoridades, que organizan rápidamente requisiciones de alimentos de forma obligatoria y que a cambio no ofrecen ningún tipo de compensación concreta. Con todo, la actitud pasiva del campesinado será uno de los factores clave para la derrota de las fuerzas contrarrevolucionarias, que si bien por una parte representan el tradicional continuismo, por otra anulan los inicios de la reforma agraria, ejercen las mismas violencias que los bolcheviques y además están apoyados —nota psicológica importante— por fuerzas extranjeras. La extensa clase campesina, futuro foco de perturbaciones para el Gobierno soviético, vendrá a ser de nuevo manipulada en interés de quienes en momentos concretos dominen por las armas los distritos no urbanizados.

La guerra civil señala también los primeros pasos de una institución que, hasta hoy mismo, marca ya indeleblemente la vida de los ciudadanos soviéticos. Se trata del **mercado negro.** Desde los inicios de la revolución, la falta de alimentos se hace notar gravemente en las ciudades. Los transportes y el intercambio carecen de seguridad, lo que favorece la aparición de un nuevo nivel de intermediarios, situados al margen de los canales legales, que hacen posible la adquisición de bienes de consumo a una población sometida a constantes restricciones de todo tipo. El **mercado negro,** actuando dentro de ámbitos marginales, pero contando en ocasiones con sospechosos contactos con los ni-



El general zarista Kornilov, cabeza del fracasado *putsch* contra el Gobierno provisional en septiembre de 1917. Morirá en acción bélica mientras dirige las operaciones de los ejércitos blancos en los frentes de Ucrania.

veles oficiales de intercambio, irá convirtiéndose en una forma tan utilizada como la legal para el cotidiano aprovisionamiento de los habitantes de la Unión Soviética.

El denominado **comunismo de guerra** como sistema económico estará vigente hasta la finalización del conflicto civil. Básicamente sus fines están dirigidos hacia una reorganización de la industria, un aumento del rendimiento laboral y el aprovisionamiento eficaz de las ciudades y del ejército. Las medidas tendentes a la instauración de este régimen terminarán por minar definitivamente cualquier forma de intereses privados que la legislación previa emanada del poder bolchevique hubiera permitido sobrevivir.

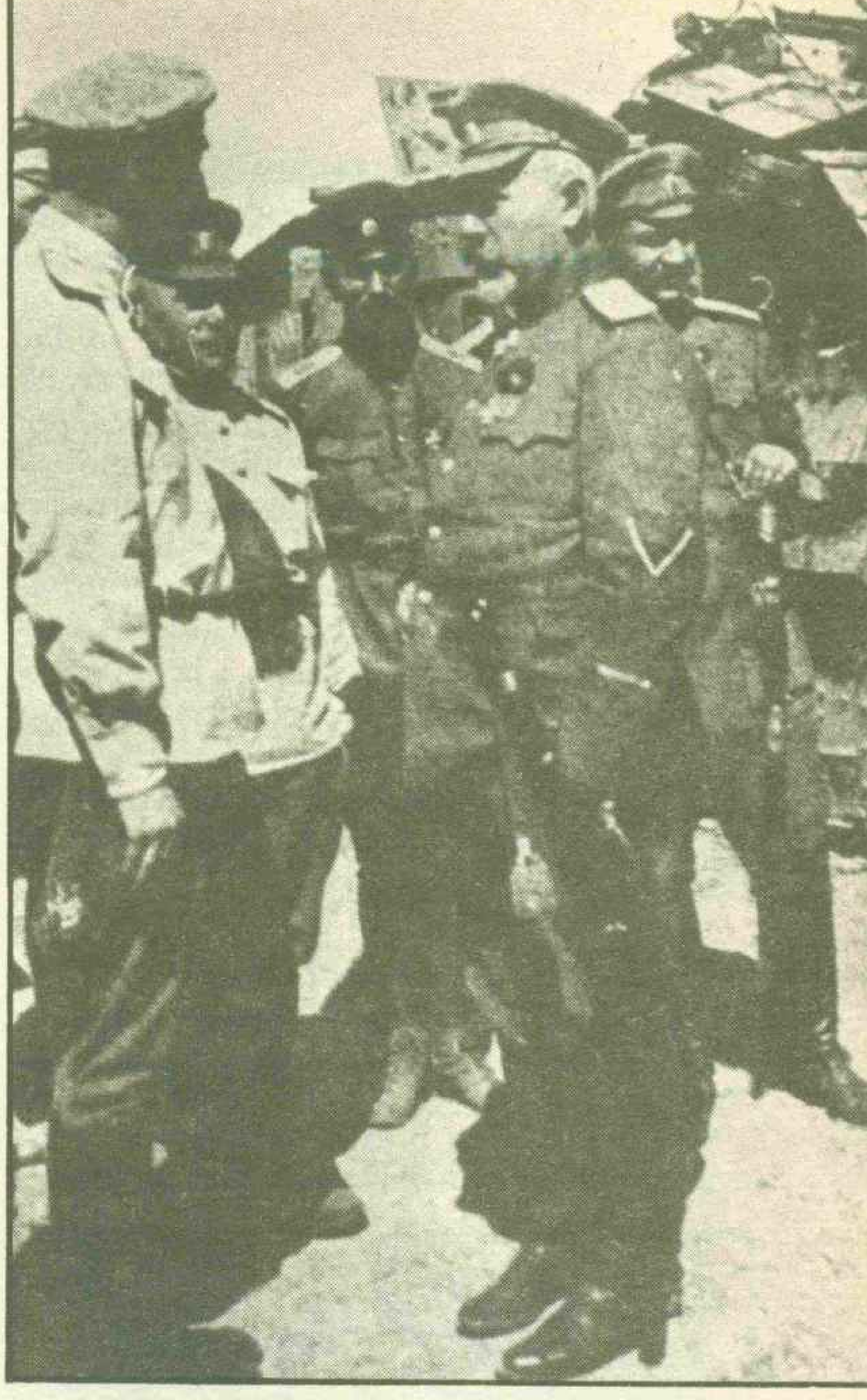
Siberia: El fracaso de los intentos políticos de Organización Antibolchevique

En septiembre de 1918 tiene lugar en la ciudad siberiana de Ufa la unificación de dos rudimentarios Gobiernos que se habían formado en la zona ante el triunfo bolchevique en Petrogrado. Una única estructura capaz de hacer frente a los nuevos poderes comienza a organizarse, dominada por los socialrevolucionarios, expulsados del Gobierno por los soviéticos. El denominado **Frente de la Constituyente,** localizado en la ciudad de Omsk, se considera representante de los intereses de todo el pueblo ruso, en base a la formación de una Asamblea —**Duma**—autodeclarada «depositaria de todo el poder civil en Rusia». El carácter autonomista de esta organización, política y militar al mismo tiempo, no tardará en demostrarse palpablemente. Siberia pretende, aprovechando los confusos momentos que vive el antiguo Imperio, dejar de ser el gran espacio vacío y explotado que tradicionalmente ha constituido. Estas ansias autonomistas van a colocarse al lado de los intentos contrarrevolucionarios para conseguir la derrota de los bolcheviques. Y como en tantos otros movimientos autonomistas o independentistas, es la burguesía acomodada la que pretende hacerse con el control total. Para ayudarla en la consecución de estos fines, una voluntad popular contraria al Gobierno central —ahora revolucionario— parece ser el mejor apoyo en el camino del autogobierno.

Un factor nuevo viene a sumarse a la compleja situación en la zona. Es la Legión Checoslovaca. Creada por el Gobierno Kerenski a base de prisioneros de guerra checos y eslovacos decididos a luchar contra su opresor el Imperio Austrohúngaro, la Legión toma, a fines de 1918, el camino del Extremo Oriente con la finalidad de embarcar hacia su país. Pero las autoridades aliadas, de acuerdo con el líder checo Masaryk, deciden que esta formación militar sirva de apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias en Siberia. De esta forma, los soldados centroeuropeos pasarán a ejercer una decisiva influencia sobre los acontecimientos que se sucederán en la zona a lo largo de los meses siguientes.

En la ciudad de Omsk, sede del Gobierno presidido por un Directorio civil, y nido, al mismo tiempo, de intrigas políticas y militares, de traficantes y espías, los altos mandos conservadores instigan al almirante Kolchak para que mediante un **putsch** ponga fin al sistema instituido. De hecho, dada la confusa situación y debido también a los manejos militares, las autoridades civiles no logran dominar la situación, y todo el mundo espera el ascenso de los militares al poder. En la noche del 17 de noviembre de 1918, el

almirante Kolchak, ministro de la Guerra del Directorio, asume las funciones de jefe supremo de todas las fuerzas terrestres y marítimas. Los militares conservadores, apoyados por los grandes hombres de negocios siberianos, alcanzan de esta forma el poder directo, por medio del prestigio del almirante Kolchak, que mediante el golpe viene a «instaurar un régimen de orden tras el aplastamiento de los podridos políticos». Es el fin de las esperanzas en una organización política civil que sirviese de recambio al poder bolchevique en el caso de que las fuerzas contrarrevolucionarias consiguiesen la victoria final en la guerra civil que comienza a perfilarse. La presión de las potencias occidentales, que obliga al almirante Kolchak a definirse hacia posiciones seudoliberales, no es suficiente para contrarrestar el impulso de las formaciones más reaccionarias, que vienen a protagonizar los hechos en el escenario siberiano.
Pero la degradación social que reina en la retaguardia impide que los éxitos que en el frente obtienen las fuerzas de Kolchak y la Legión Checa se traduzcan en realidades permanentes. Ni siquiera la matanza de la familia Romanov, producida en la ciudad de Ekaterinemburgo el 17 de julio de 1918, había sido suficiente, a pesar de toda su inmensa repercusión, para conseguir organizar de algún modo la ofensiva contrarrevolucionaria en Siberia. Con todo, este frente siberiano será el más protegido por los aliados a lo largo de la guerra.



El general blanco Denikin, jefe supremo de los Ejércitos del Sur de Rusia. Meses antes de la derrota final entregará el mando y partirá hacia el exilio. Considerado como la mentalidad más democrática de los generales blancos, fallece en los Estados Unidos en el año 1947.

El fin del Frente Siberiano

A pesar de los apoyos europeos, cuyas potencias no ocultan su intención de reconocer a Kolchak como **Regente Supremo de Rusia**, el frente siberiano no logra obtener nunca la cohesión necesaria para aprovechar los resultados de hechos militares afortunados, como la ofensiva sobre Moscú, en abril de 1919. Los jefes de gobierno de las potencias aliadas y del Japón inducen en esos momentos al general Denikin, que opera en el frente sur, a reconocer a Kolchak como jefe supremo, en dirección a unificar la lucha antibolchevique. Pero la aceptación de Denikin no fortalecerá en absoluto el poder de Kolchak, cuando ya su ofensiva sobre la antigua capital retrocede apresuradamente ante la inesperada reacción del Ejército Rojo, dirigido personalmente por Trotski.
En el otoño de 1919, las fuerzas comunistas, a pesar de su precaria situación, logran empujar a las fuerzas blancas de Siberia y obligan al propio Kolchak a abandonar su capital de Omsk, mientras ya destacamentos rojos ocupan los arrabales de la ciudad. La situación se hunde definitivamente cuando las fuerzas revolucionarias toman posiciones a lo largo de la línea del Transiberiano, hasta entonces controlado exclusivamente por los ejércitos blancos. Amparado por la Legión Checa, Kolchak se traslada a la ciudad de Irkutsk, en manos ahora de un comité revolucionario, que acabará por entregarlo a las nuevas autoridades bolcheviques. Abandonado por sus fuerzas en la desbandada, el almirante es condenado a muerte y ejecutado en febrero de 1920.
Tras estos hechos, el frente siberiano se desmorona rápidamente. El poder bolchevique domina sobre todo el extenso territorio, mientras en el extremo oriente prosigue el reembarque de las fuerzas aliadas. Solamente se mantendrá, durante poco más de dos años, una **República del Extremo Oriente**, organizada y amparada por el Japón, es-

tablecida con el ánimo de proteger intereses económicos nipones en el continente asiático. Pero, aparte de esta cuestión marginal, el predominio rojo es en toda la extensión de Siberia indiscutible y definitivo. La unidad de fines y de mandos que dirigen al Ejército Rojo, comandado de forma inflexible por León Trotski, será el factor fundamental en las situaciones de enfrentamiento contra las fuerzas blancas, debilitadas por una retaguardia corrompida y por una falta total de ideales de organización. La actitud de la población, cada vez más opuesta a las arbitrariedades de los contrarrevolucionarios que no ofrecen opciones positivas, será también un factor determinante a la hora de intentar un análisis de las causas del hundimiento del frente blanco.

Los frentes del Norte: Yudenich ante Petrogrado

La presencia aliada en el extremo norte de Rusia, iniciada en marzo de 1918, se trasluce de forma política en la formación de un **Gobierno Supremo de la Rusia del Norte**, controlado en principio por los socialdemócratas y muy pronto dirigido, por medio de un golpe similar al de Kolchak en Siberia, por los militares conservadores encabezados por el general Miller, que reúne en su mando los poderes civil y militar. Mientras es apoyado por los británicos, que operan desde sus bases de Murmansk y Arcángel, Miller soporta los ataques de las fuerzas rojas. Pero tras la retirada de los ingleses, que le dejan solo ante el empuje soviético, Miller se mantiene difícilmente hasta febrero de 1920, en que embarca hacia Noruega junto con sus más próximos colaboradores. De esta forma, junto a la desaparición del frente siberiano, el Ejército rojo tiene las manos libres para actuar sobre el sector sur del país, dirigido por Denikin y Wrangel.



Carteles publicados por los bolcheviques atacando la acción de las fuerzas blancas, consideradas como representantes del régimen derrocado.



El general Yudenich dirige la ofensiva blanca sobre Petrogrado. Fracasada su maniobra por la reacción del Ejército Rojo, deberá abandonar definitivamente el intento.

Otro general de prestigio, Yudenich, respaldado por la Gran Bretaña y por el Gobierno de la nueva República de Estonia, había formado en Reval un **Gobierno del Noroeste de Rusia.** Las intrigas políticas, repetidas en todas las formaciones gubernamentales organizadas por los contrarrevolucionarios, se reproducirán en la capital estoniana, dejando a Yudenich muy poco margen de actuación eficaz en su intento de ocupación de la capital rusa, Petrogrado, en el otoño de 1919. Cuando se presenta la amenaza de un acuerdo entre bolcheviques y estonianos, lo que anularía su única plataforma de actuación, el general decide lanzarse al ataque de la ciudad. Tras un avance fácil, y estabilizado el frente en los suburbios de la capital, el abandono de los voluntarios procedentes de Estonia junto a la actitud de las fuerzas

británicas, que se limitan a mantener en la costa báltica buques de observación, detienen su avance.

Pero la sensación de peligro por parte bolchevique es acuciante. El propio Lenin decide abandonar la ciudad, pero es disuadido por Trotski, que en su célebre tren blindado llega al frente y consigue que **su** Ejército Rojo expulse a las tropas blancas hasta más allá de las fronteras rusas. A punto de lograr su triunfo, es el fracaso definitivo de los intentos revolucionarios en el sector norte de Rusia. Termina la aventura de Yudenich cuando embarca con los restos de sus fuerzas y toma el camino de la última retirada que le llevará a las costas alemanas.

El frente Sur: los voluntarios de Denikin

Inmediatamente después de producido el asalto bolchevique al poder, grandes fuerzas militares se habían reunido en la zona del Cáucaso con la finalidad de organizar desde allí una fuerte resistencia, que contaba desde el principio con el apoyo caluroso de los aliados. Un amplio grupo de generales monárquicos y reaccionarios se dan cita en el Sur: Krasnov, Memontov y el mismo Kornilov, cuyo fracasado golpe contra el Gobierno Kerenski parece haber sido la señal de alerta para los altos jefes militares opuestos al cambio revolucionario. En muy pocas semanas la situación se clarifica, debido a la muerte física o política de los mandos más prestigiosos. El general Denikin, con posiciones políticas de entre las más democráticas, accede al poder y dirige la formación de un ejército de voluntarios al mismo tiempo que emite ambiguas declaraciones acerca del futuro de Rusia, una vez liberada del dominio bolchevique.

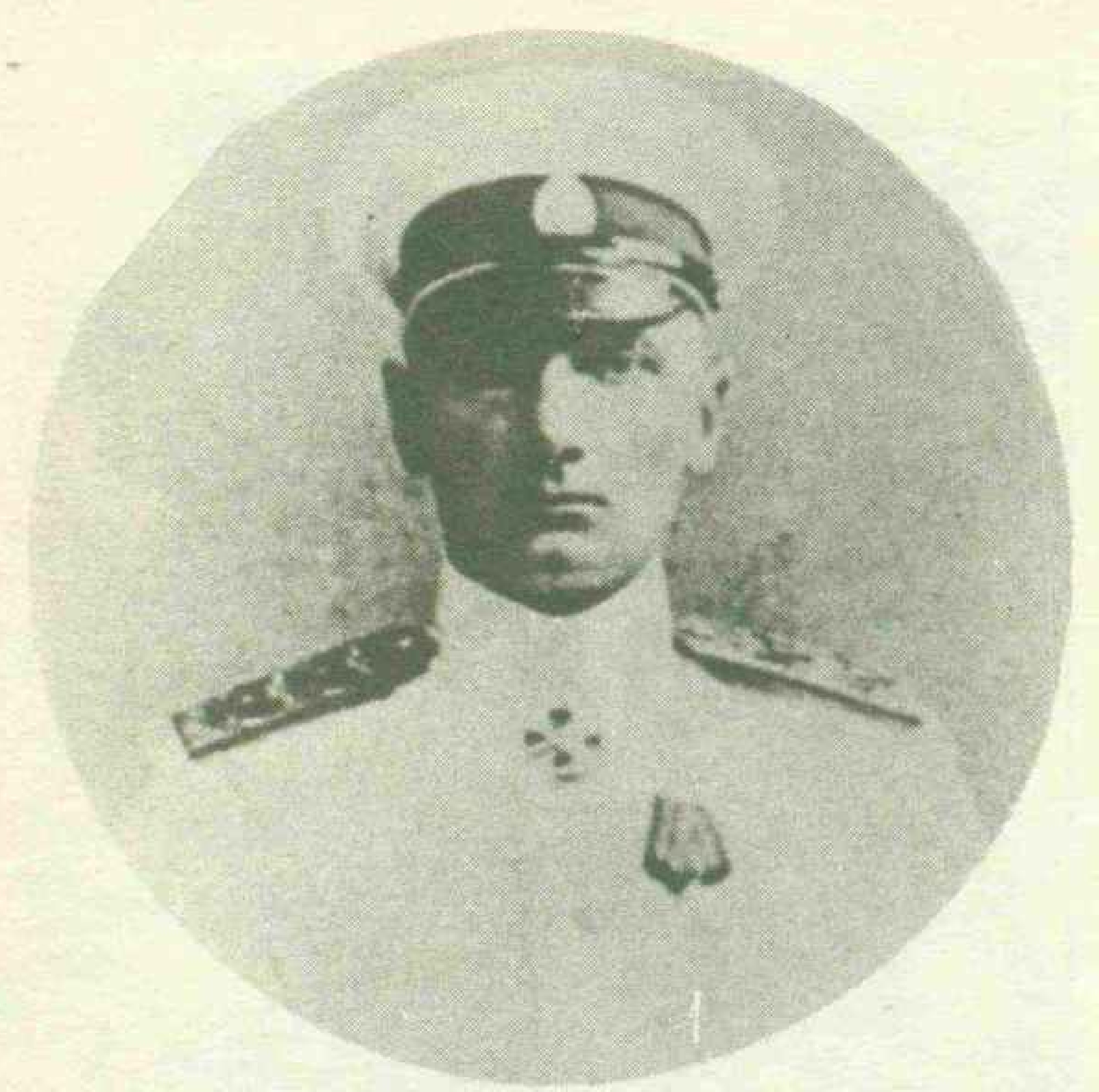
El denominado **Ejército del Sur de Rusia** consigue enseguida la participación de las fuerzas cosacas, que intentan de esta forma obtener para su pueblo una alta autodeterminación. A partir del centro directivo situado en la ciudad de Ekaterinodar, las fuerzas blancas de Denikin obtendrán en los primeros meses decisivas victorias sobre el Ejército Rojo, que no ha terminado todavía de organizarse. Los contrarrevolucionarios ocupaban las ciudades claves de Kiev —la capital ucraniana—, Jarkov y Tsaritsin, la futura Stalingrado.

El aspecto político será también uno de los motores de la evolución del frente del Sur.



Lev Bronstein —Trotski— (1879-1940), comisario de Guerra durante el conflicto civil. Forjador del Ejército Rojo, su figura mítica está estrechamente ligada a las vicisitudes de la Revolución, que no puede concebirse sin su decisiva aportación personal.

Denikin personalmente no demuestra mucho interés en la restauración de una monarquía encabezada por algún miembro superviviente de la familia Romanov. El Gran Duque Nicolás, tío del zar y ex generalísimo de los Ejércitos rusos, ahora refugiado en Crimea, reúne en esos momentos en torno a su persona a todos aquellos que esperan ver la resurrección de la monarquía autocrática. Pero por el momento, Denikin prefiere establecer un principio de dictadura militar, si bien atemperada por la existencia de un embrión de Asamblea legislativa y de un **Consejo especial** de Gobierno. De hecho, aunque en los círculos políticos de Ekaterinodar, de



El almirante Kolchak encabeza las fuerzas blancas que operan en Siberia e intentan la toma de Moscú.

Sebastopol y de Odesa se hable cada vez con mayor insistencia del proyecto de una Constitución para los territorios denominados **liberados**, Denikin mantiene firmemente el mando único y los poderes absolutos en su mano, apoyado por una burguesía nada proclive a posturas democráticas.

Las ciudades dominadas por las fuerzas blancas del sur ofrecen el mismo aspecto que las de Siberia y el extremo oriente en donde los generales contrarrevolucionarios han situado sus bases de operaciones y sus centros administrativos. En Odesa y Sebastopol, la corrupción alcanza a todos los niveles, favorecida por la existencia de sus respectivos puertos, entrada de todos los aprovisionamientos que los aliados envían como contribución a la **cruzada** antibolchevique en que se han empeñado. Por otra parte, la posesión de importantes reservas del oro nacional

El Gobierno de la Regencia de Rusia, constituido en la ciudad de Omsk bajo la presidencia del almirante Kolchak, proclamado y reconocido como jefe supremo de todas las fuerzas que luchan contra el poder bolchevique.



El almirante Kolchak pasa revista, en Omsk, a la Legión Checa, acompañado por el capitán Gaida. La aparente fortaleza de la organización blanca en Siberia no tardaría en demostrar su verdadera debilidad.

ruso presta al Gobierno de Denikin una especial potencia, que en los primeros momentos se traduce en espectaculares victorias, que llevan al Ejército del Sur hasta muy cerca de un Moscú ya amenazado desde el Este por las fuerzas de Kolchak, en la primavera de 1919. Es el momento de mayor peligro para el régimen bolchevique, con sus dos centros neurálgicos en riesgo de caer en manos de las fuerzas enemigas, ya que las ofensivas sobre Moscú vienen a coincidir —aunque no de manera programada— con el ataque de Yudenich contra Petrogrado.

Pero las fuerzas blancas, y con ellas los aliados, no alcanzan a darse cuenta de la oportunidad del momento y dejan pasar una ocasión que a la larga se revelaría como única. La unificación del mando sobre los territorios y ejércitos dominados por los blancos, que los aliados pretenden entregar a Kolchak, hace que Denikin acepte un papel secundario dentro del esquema general, a pesar de las protestas de la Asamblea del Sur, que no quiere admitir la existencia de un mando superior radicado en Siberia. De hecho, lo que aparenta ser el definitivo camino hacia la victoria final de los blancos, no es más que el inicio de un imparable declive. A partir de esos momentos, todas las operaciones estarán decididas por el Ejército Rojo, y tanto en el frente del Este como en el del Sur, se producirá el mismo esquema que refleja un retroceso ya nunca detenido. Si bien, en el Sur, el frente se mantendrá durante más tiempo que en Siberia, en poder de los bolcheviques, definitivamente desde la ejecución de Kolchak.

El general Wrangel y el colapso del frente del Sur: el gran exilio

A pesar de la fuerte ayuda aliada, que afluye a los puertos del mar Negro en forma de armas, municiones y mercancías, las fuerzas de Denikin no pueden soportar el empuje de los rojos. Al mismo tiempo, partidas de anarquistas asolan el territorio ucraniano, apoyando en unos momentos a los blancos y en otros a los bolcheviques, y contribuyendo en definitiva a la total confusión de la situación. La ya legendaria figura del **bandido** Machkno, el más conocido de todos los jefes anarquistas, personalizará durante mucho tiempo los momentos que vive el país bajo la presión de varios ejércitos, y sacudido por la revolución, la contrarrevolución, la guerra civil y la invasión extranjera. Tiempos espe-

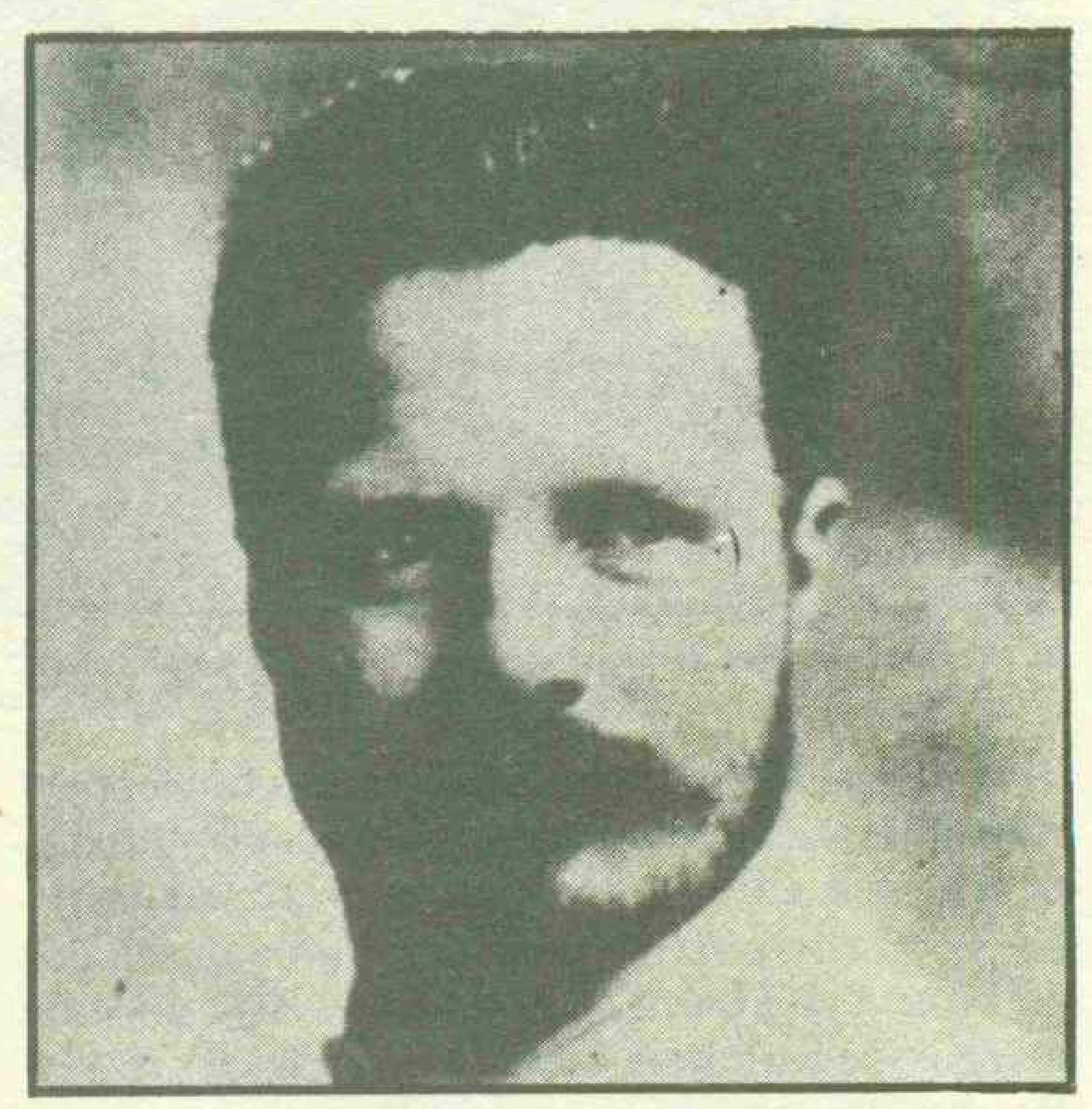


El general francés Janin y el británico Knox se reúnen con Kolchak poco antes de que el almirante fuese entregado a las fuerzas bolcheviques por sus mismos aliados, checos y franceses. El fusilamiento de Kolchak pone fin a las acciones bélicas en el frente siberiano.

cialmente difíciles para las grandes minorías de judíos ucranianos que, al calor de los acontecimientos, son sometidos a sangrientos **progroms,** dentro de la larga tradición antisemítica del pueblo ruso.

El general Denikin, incapaz de hacer frente a la situación, marcha al extranjero y deja al barón Wrangel el mando de las fuerzas del Sur. Moscú ya está perdido irremisiblemente, y los débiles esfuerzos de Wrangel solamente hacen posible la exhibición de la gran diferencia de fuerzas entre los dos contendientes. El Ejército Rojo, libre de las trabas que le presentaba hasta entonces la invasión polaca, se lanza a fondo contra el Sur. Wrangel es reconocido como **Jefe Supremo** de Rusia por el Gobierno francés, pero no por el británico, pero esto no impide de hecho que sucesivamente sean abandonados todos los puertos esenciales. Caen Kiev y Odesa, tradicional nido de contrabandistas y conspiradores, que en los años de la guerra civil habían vivido sus días de mayor esplendor. Acorralado en la península de Crimea, Wrangel se ve obligado a embarcar en el puerto de Sebastopol en el mes de noviembre de 1920, junto con todos los refugiados procedentes de multitud de lugares del antiguo Imperio que tienen la suerte de hallar sitio en alguno de los navíos que están fondeados en los muelles.

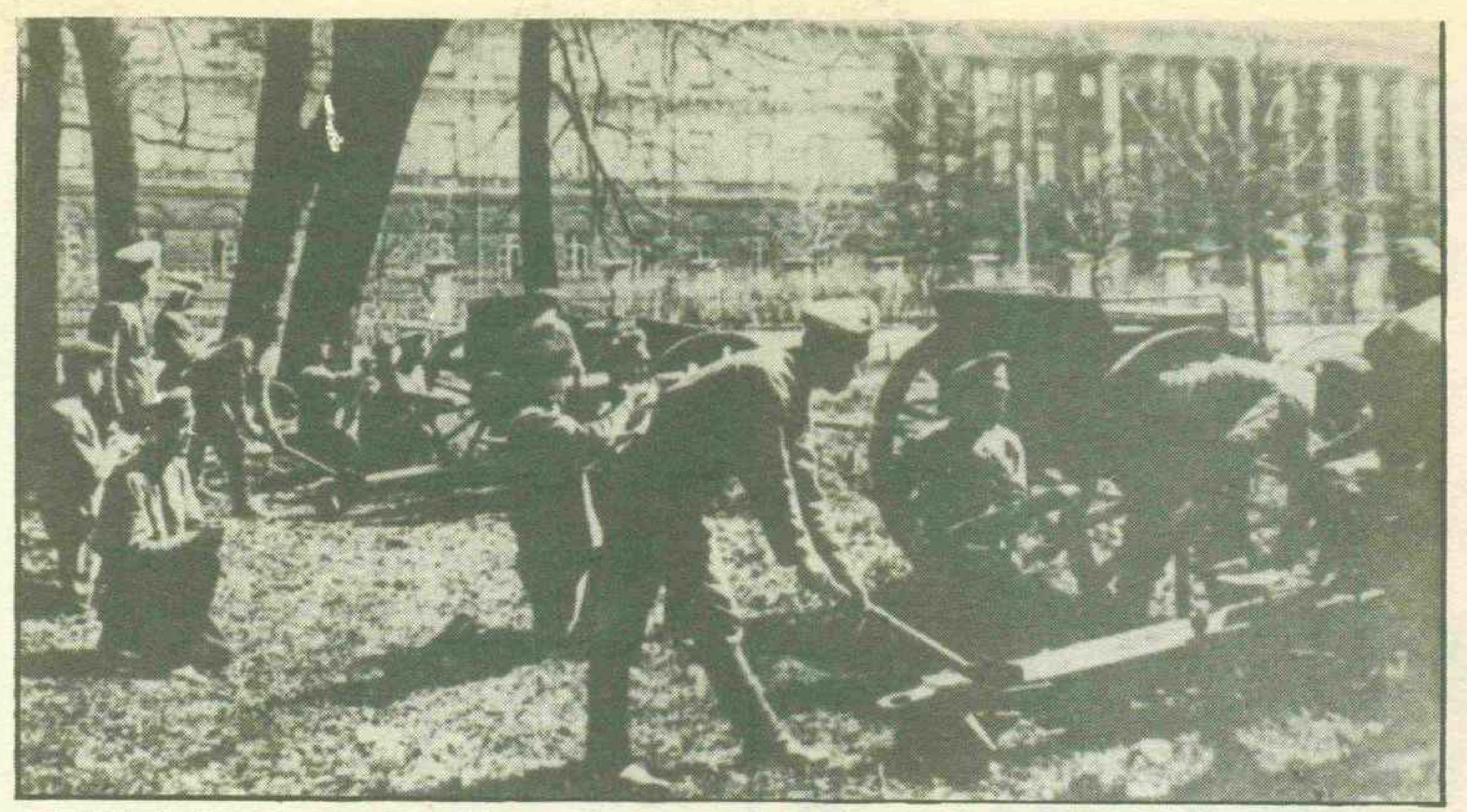
Ciento veintiséis barcos transportarán a lo largo de muy pocos días a unas ciento cincuenta mil personas, que constituirán el grueso de la emigración rusa blanca que durante los años posteriores se expandirán por los países de la Europa central y occidental. La mayoría de estos emigrados, pertenecientes a las clases burguesas, urbanas e ilustradas, formarán verdaderas colonias con características propias en Praga, en Berlín, en



Frunze, uno de los «históricos» de la Revolución que perecerá en las purgas estalinianas de los años treinta. En su honor, la Academia de Guerra soviética lleva su nombre.

París y la costa del sur de Francia. Y serán retratados literariamente por la pluma de uno de ellos, el novelista Wladimir Nabokov, verdadero prototipo de este extenso grupo de desarraigados apátridas, muchos de los cuales terminarán pasando, empujados por la segunda guerra mundial, al otro lado del Océano, para establecerse en los Estados Unidos.

Tras el hundimiento del frente sur, caen uno tras otro todos los Gobiernos menores que, al amparo de los aliados, se habían formado en la zona de Rusia lindante con Turquía e Irán. A la evacuación británica del Cáucaso sigue la ocupación soviética de Georgia, Azerbaidjan y Armenia. Y a pesar de que las revueltas locales no terminarán hasta dos años más tarde, los bolcheviques pueden considerar que, en las primeras semanas del año 1921 —hace ahora sesenta años— se produce la



El Instituto Smolny, sede del poder soviético, es defendido por la artillería durante el asedio a que el general Yudenich somete a Petrogrado. Durante la guerra civil, ninguna de las dos capitales históricas de Rusia —Muscú y el antiguo San Petersburgo— caerá en manos de las fuerzas blancas.

pacificación general del territorio y con ella el final efectivo de la guerra civil.

La dramática trayectoria de los generales blancos proseguirá para algunos de ellos en el tiempo y en el espacio hasta mucho más allá de la derrota y la retirada del territorio de su patria. Krasnov, emigrado en un arrabal de Berlín, formará en el año 1941, cuando se produzca la invasión alemana de la Unión Soviética, unas unidades cosacas **antibolcheviques** que lucharán al lado del ocupante germano. Detenido el general en 1945 por los británicos, es entregado a las autoridades soviéticas y ejecutado como traidor a la patria. La misma suerte correrá Semenov, detenido en Manchuria también en 1945, y juzgado y ejecutado en Moscú un año más tarde.

Los finales más vidriosos son los de aquellos casos en los que aparece evidente la intervención de los servicios secretos soviéticos, siempre preocupados por anular cualquier posibilidad de oposición, siquiera simbólica. El general Miller es secuestrado en París en 1938 y desaparece sin dejar rastro, tras suceder a Kutiepov, también desaparecido en circunstancias similares, como dirigente militar de los exiliados blancos. La mano de Stalin también se había dejado notar años antes en el asunto más relevante del general Wrangel, refugiado en Bruselas y muerto en 1930 de una forma misteriosa, con toda probabilidad envenenado. Por su parte, tanto Yudenich como Denikin terminarán sus días de forma natural. El primero en el Sur de Francia poco antes de la segunda guerra mundial, y el segundo en los Estados Unidos en el año 1947.

Las causas del fracaso blanco en la guerra civil

A pesar de haber dominado en algunos momentos las zonas más fundamentales del territorio ruso, las fuerzas blancas caen ante el empuje del Ejército Rojo, organizado y dirigido por Trotski y formado por las clases obreras y campesinas imbuídas de espíritu revolucionario. Los blancos, nunca admitidos totalmente ni siquiera por la clase burguesa, ya que representaban intereses del signo más abiertamente reaccionario, no van a contar tampoco con el apoyo de los niveles populares, ni entre el proletariado urbano ni entre la población campesina, que mantiene su secular postura de pasividad y resistencia solapada a cualquier intento de manipulación. A este fracaso dentro de la sociedad rusa, se unen otra larga serie de factores, tales como la falta de unidad ideológica y la ausencia de fines específicos entre los diferentes sectores de la ofensiva contrarrevolucionaria.

En efecto, los dirigentes blancos ofrecen una amplia gama de posiciones políticas conservadoras, pero nunca alcanzan un nivel mínimo de concierto entre ellas. Tampoco sus medidas prácticas y su actuación les granjean una situación favorable entre la población mayoritariamente campesina, que ya espera una rápida reforma agraria que los blancos no van a llevar a cabo. La cuestión agraria, básica en la organización social rusa, aportará los mayores apoyos a los bol-



El General Barón Wrangel, jefe de las fuerzas blancas en el frente sur tras la marcha de Denikin. Bajo su mando, tendrá lugar la gran huida de refugiados a través de los puertos del Mar Negro.

cheviques, empeñados en ella desde los primeros momentos de la revolución.

Desde una perspectiva técnica, la debilidad de las fuerzas blancas se denota desde el principio de la guerra, comparada a la rígida y eficiente actuación del Ejército Rojo, que contribuye de forma decisiva a la creación del patriotismo soviético, forjado a través de la lucha contra el enemigo contrarrevolucionario apoyado por países extranjeros. Este patriotismo, adormecido bajo la dictadura estaliniana, resurgirá vigorosamente en junio de 1941, cuando los ejércitos alemanes invadan el territorio soviético, y será una de las principales bazas utilizadas por Stalin para evitar la desmembración del país y la derrota subsiguiente.

Muy interesante resulta también, al intentar una aproximada síntesis de las causas de la derrota, la posición política de los más altos jefes blancos. De hecho, la mayor parte de todos los cuadros de mando son totalmente hostiles a la política y a los políticos. Y por supuesto, nunca llegarán a comprender las ansias autonomistas de las diferentes nacionalidades, que en un principio les apoyan esperando ver cumplidos sus deseos, pero que no tardan en conocer la realidad del pensamiento reaccionario y uniformizador de los generales contrarrevolucionarios. Esta final toma de conciencia de ucranianos, de cosacos, de georgianos y de tantos otros grupos étnicos, vendrá en definitiva a coadyuvar al fracaso blanco ante el empuje perfectamente organizado de los bolcheviques.

Rusia a principios de 1921: organización y reconstrucción

A lo largo de los años de guerra civil, el poder bolchevique ha debido hacer frente, tanto a un conflicto interno con participación extranjera, como a una invasión exterior por parte de una Polonia expansionista que aprovecha la debilidad de su antigua dominadora para ocupar importantes zonas de Ucrania. En los meses centrales de 1920, la reacción soviética sin embargo empuja a los polacos hasta las mismas puertas de Varsovia, que se salva del ataque —dirigido por el general Tujachevski— gracias a la intervención de fuerzas aliadas encabezadas por el general francés Weygand.

A pesar de estos continuos avatares que ponen en peligro la existencia misma del régimen, los dirigentes bolcheviques mantienen en alto el liderazgo de la revolución mundial e inspiran todo tipo de movimiento revolucionario que se produzca fuera de sus fronteras, hasta el momento en que el pragmatismo de quienes prefieren la consolidación de la revolución en Rusia se opone al pensamiento de los partidarios de Trotski, que propugna por el contrario el mantenimiento de la idea de la revolución mundial. De hecho, el país, desangrado y exangüe, no puede permitirse ser ya el inspirador de transformaciones exteriores que solamente pueden suponerle a la larga desventajas materiales debidas a la lógica reacción de las potencias burguesas, de las que precisa para sobrevivir.

De esta forma, terminan los movimientos revolucionarios en toda la Europa central, y las posturas pragmáticas suceden al idealismo utópico de los primeros momentos de euforia revolucionaria. Desde una perspectiva lógica, Rusia —país agrario y retrasado— no sería capaz de dirigir transformaciones sociales dentro de otros Estados, como la misma Alemania, con estructuras industriales y por tanto diferentes y desconocidas para los rusos. Cuando ya finaliza la guerra civil, se

observa el fin de la etapa de expansión del revolucionarismo. Es el momento del recogimiento y de la preocupación por los problemas más próximos, que en esas circunstancias se centran en varios puntos concretos: organización de la reconstrucción, nueva dirección de la economía, y ordenamiento definitivo de la sociedad rusa. Y, sobre todo, consolidación del poder soviético como superestructura y base del nuevo Estado.

En las primeras semanas del año 1921, establecido el Gobierno soviético como único poder legal sobre todo el territorio ruso, va a enfrentarse a unas condiciones morales y materiales que, dada su magnitud, afectarán decisivamente a todo su desarrollo posterior durante décadas. El país y su población han sido duramente castigados por la guerra, devastado uno y diezmada la otra en las sucesivas operaciones bélicas, que han dañado a las zonas más ricas. Los niveles de producción en todos los sectores descienden a un grado muy inferior al alcanzado en 1914, mientras el descontento de la población, sobre todo entre el campesinado, crece ante las condiciones de vida que debe soportar. Solamente la férrea dictadura encabezada por Lenin, funcionando por medio de una numerosa y creciente burocracia, y apoyada de forma determinante por la acción de la policía secreta –la **Cheka**– y por el entusiasmo revolucionario del proletariado, será capaz de mantener el sistema e introducir al país por el camino de la industrialización.

Institucionalmente, los bolcheviques habían quemado etapas durante la guerra, en su intento por lograr una formalización del régimen surgido por el golpe de octubre. Siguiendo esta línea, ya en julio de 1918 es aprobado por el Congreso de los Soviets un proyecto de Constitución para el pueblo ruso y el Estado soviético. Se trata de un texto, que estará vigente hasta 1936, que recoge y enuncia todos los principios clásicos de la teoría de la izquierda europea del siglo XIX, y que viene definitivamente a anular la presencia social de todas las clases anteriormente privilegiadas en favor del teórico protagonismo de los amplios sectores del trabajo asalariado. Dentro del aparato estatal, los bolcheviques, aún sin contar en absoluto con la mayoría, se adueñan de todo el poder, mientras sus oponentes, los mencheviques, son silenciados e ignorados, incluso en sus figuras más prestigiosas que representaban el continuismo —ahora superado— de la vieja y tenaz tradición revolucionaria del pueblo ruso, a la que pertenecieron tantas figuras de la vida literaria, siempre entroncada con la difícil realidad del desarrollo de la historia de Rusia. (3) .

En los años siguientes, la nueva política económica —la NEP—, junto con una gradual apertura al exterior, interesado en los recursos del inmenso país, harán posible una casi increíble recuperación, realizada a costa de enormes sacrificios soportados por el pueblo. Hoy, a los sesenta años de estos hechos, puede intentarse ya, desde perspectivas diferentes, una aproximación al análisis de los resultados de un proceso revolucionario que han configurado la realidad del mundo durante este siglo. ■ **J.M.S.M.**

---

(3) Ver: «Los novelistas rusos ante la Revolución», TIEMPO DE HISTORIA, núm. 56. Julio de 1979.



Imagen del último Gobierno ruso blanco bajo la presidencia de Wrangel. Son las semanas finales del año 1920 en Crimea. La guerra civil está viviendo su desenlace.

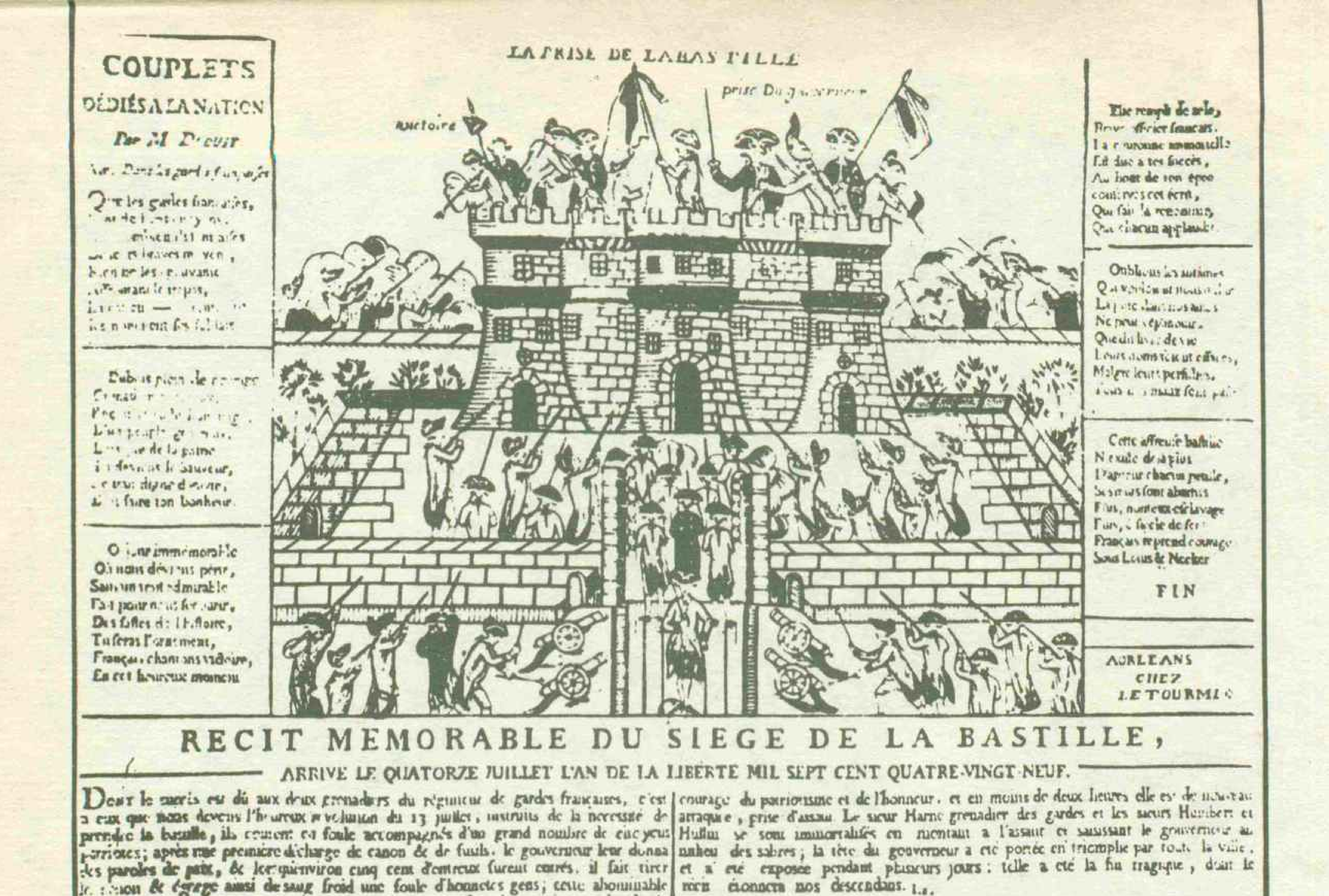
Albert Soboul: Protagonistas y testigos de la Revolución Francesa

María Ruipérez
y
Manuel Pérez Ledesma

Desde hace veinte años, todo estudio de la Revolución Francesa tiene que referirse inevitablemente a las obras de Albert Soboul. Y no sólo a su libro de síntesis del período (Précis d'histoire de la Révolution française), *publicado en 1962, sino también a sus investigaciones sobre diversos aspectos del proceso revolucionario, en especial sobre la participación popular en el mismo. Desde la tesis presentada en la Sorbona sobre* Les sans-culottes parisiens en l'an II, *hasta su último libro,* Problémes paysans de la révolution, 1789-1848, *Albert Soboul, siguiendo el consejo de su maestro, Georges Lefebvre, ha dedicado especial atención a la «historia vista desde abajo», por los participantes anónimos o escasamente conocidos, y muchas veces despreciados u olvidados, en el proceso revolucionario. Al lado de estas investigaciones, Soboul —profesor de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona desde la muerte de G. Lefebvre— ha dedicado numerosos trabajos a la defensa de las concepciones de lo que él mismo llama «historiografía social clásica de la Revolución Francesa» —representada por Jaurès o por Lefebvre, y cuyo parentesco con el análisis histórico de carácter marxista es evidente—, frente a las corrientes revisionistas o críticas de esta tradición. Sobre estos dos grandes temas —las nuevas interpretaciones de la Revolución y su contraste con la línea historiográfica en que el mismo Soboul se inserta, y el papel de las masas populares en el proceso revolucionario— versó la larga conversación que con él sostuvimos el verano pasado en París.*



Recuerdos revolucionarios de la sección del «Bonnet Rouge». (París. Museo Carnavalet).



La toma de la Bastilla (el 14 de julio de 1789), en una imagen de Epinal. (París, col. privada).

Tiempo de Historia.—*Como todos los procesos históricos de primera importancia, la Revolución Francesa ha suscitado un gran número de interpretaciones divergentes, y ha dado origen a diversas polémicas entre las distintas visiones de la misma. Ya en el siglo XIX, mientras muchos historiadores la consideraban como «una revolución de la miseria», otros la definían como «una revolución de la abundancia». ¿A qué se debía, y cómo apareció esta primera disparidad de opiniones?*

A. Soboul.—El problema de la naturaleza de la Revolución Francesa se planteó desde los primeros estudios históricos sobre la misma, en la época de la Restauración de 1815-30; pienso, por ejemplo, en las obras de Thiers o de Mignet de comienzos de la década de 1820. En este momento, en la época de los gobiernos ultras y de la oposición liberal, Thiers y Mignet, hombres de la burguesía liberal consideraban a la revolución como un movimiento del Tercer Estado, en especial de su capa superior, la burguesía. Era, por tanto, una revolución liberal, cuyo estudio se concebía como un arma de combate contra la reacción ultra. Después de 1830 se produjo un cambio general de perspectivas, debido al cambio en las condiciones de la época y a la aparición de una nueva generación de intelectuales, cuyo principal representante en el terreno de la historia fue Michelet. Para Michelet, el gran actor de la Revolución no fue el Tercer Estado en sí, sino el pueblo; el Pueblo, con mayúsculas, al que Michelet no se molestó en definir con precisión. La causa esencial de la revolución se encontraba para él en las condiciones materiales de vida de las masas populares, por lo que Michelet la definió como «la revolución de la miseria». Y esta visión ha dominado en gran medida en la historiografía francesa hasta fines del siglo XIX, aunque el análisis avanzó más gracias a la obra de Tocqueville, **El Antiguo Régimen y la Revolución.** Tocqueville insistió sobre todo en la situación de los campesinos, y en los dos grandes problemas con que se enfrentaban los campesinos: el problema de la adquisición de tierras, el problema de la tierra, es decir, la necesidad de una reforma agraria; y aún más importante, el problema de la feudalidad, de los derechos feudales. En una página clásica de su libro, Tocqueville insiste en el peso de estos derechos feudales y en todo el odio que se había amasado entre los campesinos en contra del sistema.

Toda esta visión de una revolución de la miseria fue trastocada por Jean Jaurès, que a comienzos de siglo, en 1901, empezó a publicar su **Historia socialista de la Revolución Francesa.** Se discutió mucho en aquel momento el significado del calificativo «socialista» incluido en el título del libro. Para

Jaurès era una historia socialista porque se dirigía, en primer lugar, a las masas populares, y además porque la Revolución Francesa era el comienzo de un proceso que debía conducir necesariamente a la sociedad socialista; la revolución burguesa era sólo una etapa en este proceso inevitable. Pero lo que nos interesa ahora es el cambio de perspectiva que supone la obra de Jaurès frente a Michelet. Para Jaurès, la revolución era el resultado de la prosperidad, de la riqueza, esencialmente de la prosperidad burguesa. A lo largo del siglo XVIII las capas burguesas habían alcanzado un alto nivel intelectual a través del desarrollo de la filosofía de las luces; y todo este desarrollo estaba e.: contradicción con las estructuras aristocráticas, que privilegiaban el nacimiento y no la fortuna, que privilegiaban el ocio frente a la actividad productiva. Había entonces una perfecta contradicción entre las estructuras institucionales del Antiguo Régimen y la realidad francesa, y la revolución de 1789 fue la consecuencia de esta contradicción.

UN CONFLICTO DE CLASES

T. de H.—*Pese a ello, existían también muchos rasgos comunes en la interpretación de estos historiadores clásicos del proceso revolucionario...*

A. S.—Por supuesto. Desde los primeros estudios sobre la Revolución Francesa, desde Thiers y Mignet, se ha definido a la revolución como un conflicto de clases. Baste recordar que, en una carta célebre, Marx atribuye la paternidad de la teoría de la lucha de clases a estos historiadores, en concreto a Augustin Thierry, un historiador del grupo de Guizot, Thiers y Mignet. Este es el tema central para Thiers, como para Tocqueville o para Taine, aunque este último dedique su obra a denigrar a las clases populares; y es, por supuesto, el tema central para Jaurès. El otro tema sobre el que insisten estos historiadores es el tema de la necesidad histórica: a partir de un cierto número de datos, de factores, los acontecimientos de la revolución se desarrollaron de forma totalmente necesaria, sin posibilidad de cambio. La revolución liberal de 1789, el compromiso que la burguesía intentó llevar a cabo con la aristocracia, basado en el terreno político en una monarquía constitucional y en el terreno económico en el rescate de los derechos feudales, y no en su abolición pura y simple, fracasó. Y fracasó, por una parte, por la negativa de la aristocracia a abandonar sus privilegios, y por otra por la negativa de los campesinos a aceptar el sistema de rescate de los derechos feudales, sistema que no mejoraba su condición, *como se demostró más tarde* en las zonas europeas dominadas por Napoleón en las que se intentó aplicar esta fórmula (por ejemplo, en el sur de Italia o en el Ducado de Varsovia), sin ninguna ventaja para los campesinos. Sobre la base de esa doble negativa —negativa de la aristocracia a todo compromiso político y social, negativa de los campesinos al rescate de los derechos feudales— la revolución continuó. Tenemos la costumbre de insistir en la importancia de las masas populares urbanas; pero creo que sería necesario alterar la perspectiva y escribir una historia de la Revolución Francesa, al menos desde el verano de 1789 hasta el verano de 1792 o la primavera de 1793, desde la óptica de las masas campesinas. Son las revueltas campesinas las que empujaron a la Revolución Francesa hacia adelante. Ahora bien, a partir de esta doble negativa todo se encadenó de una manera necesaria: la negativa de la aristocracia a todo compromiso trajo consigo la emigración, y por consiguiente la contra-revolución, la declaración de guerra, y frente a la guerra, el establecimiento de una dictadura revolucionaria.



Grabado que representa al rey Luis XVI, tocado con el gorro frigio revolucionario y brindando por la nación. (Biblioteca Nacional de París).

Hay entonces una necesidad histórica que determina todo el proceso.

Si insisto sobre estas dos características —la Revolución Francesa como uno de los episodios más agudos y dramáticos de la lucha de clases, y la necesidad histórica que rige su desarrollo— es porque estos dos aspectos caracterizan a lo que yo llamo «historiografía social clásica de la Revolución Francesa», que va desde Thiers y Mignet, y desde Tocqueville y Michelet, hasta Jaurès, y tras él los historiadores universitarios —evidentemente con matices diferenciales en cada uno de ellos—, como Aulard, Mathiez y sobre todo Georges Lefebvre, que ha insistido mucho en sus estudios en el papel del campesinado en la revolución.

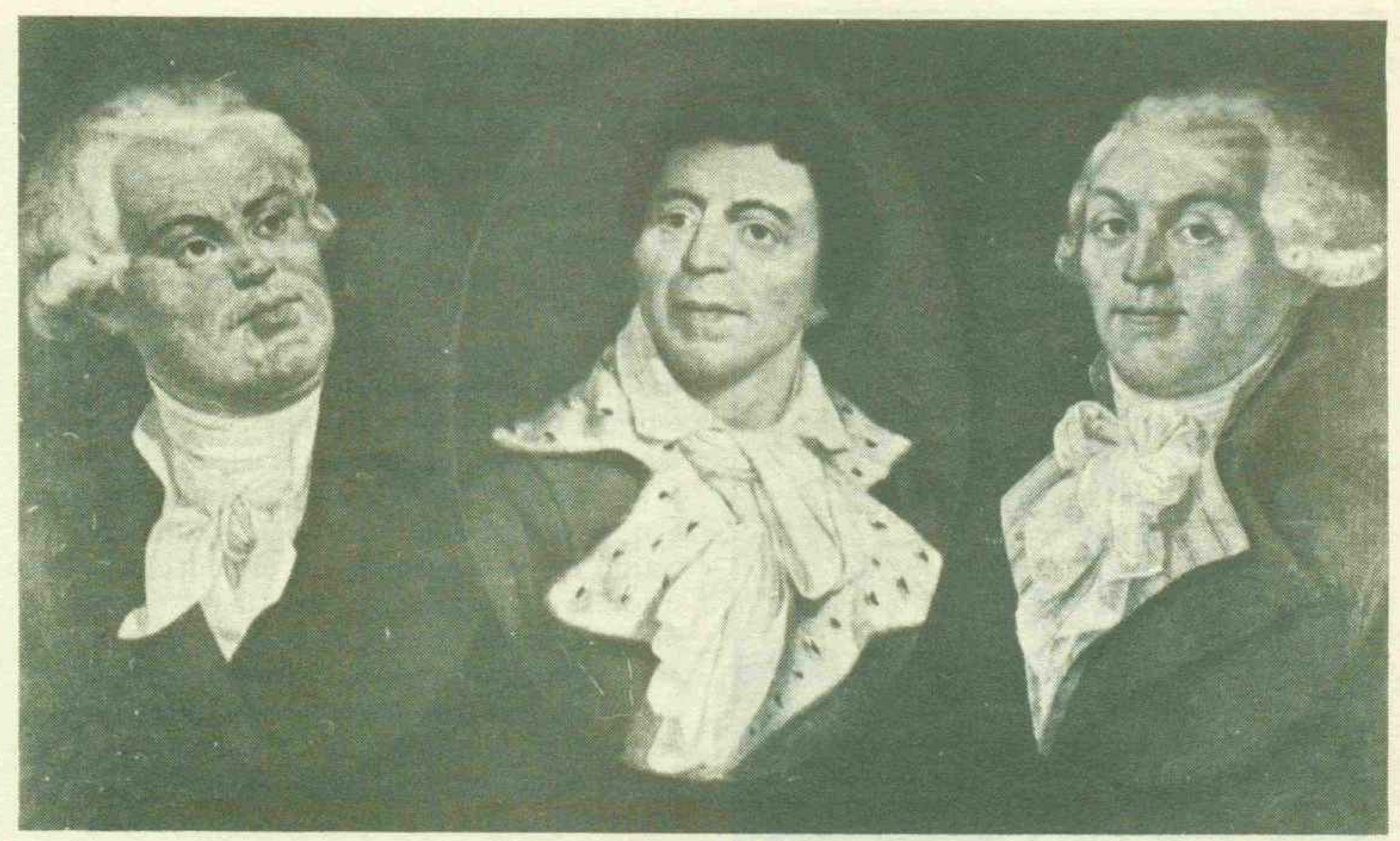
LOS HISTORIADORES REVISIONISTAS

T. de H.—*Pero frente a esta interpretación, en las últimas décadas han aparecido varias corrientes discrepantes. Para empezar, la línea de Palmer y Godechot, que consideraba a la Revolución Francesa como un elemento de una «revolución atlántica» más amplia...*

A. S.—En efecto, a partir de la década de 1950, han aparecido varios trabajos de historiadores anglosajones y franceses, a los que yo llamaría «historiadores revisionistas». Es evidente que la historia no es inocente, y que los historiadores tampoco son inocentes: quiero decir con esto que los historiadores viven en su siglo, en su época, y escriben la historia en función de sus convicciones. En este sentido la corriente revisionista se desencadenó en los años de la «guerra fría», y apareció como una tentativa de los historiadores anglosajones, apoyados por algunos franceses, por rechazar de la historia de la revolución francesa, y de la historia en general, toda explicación basada en los conflictos sociales, en la lucha de clases. Dicho de otra forma, su tentativa se inscribe en un contexto ideológico y político muy preciso, en el que se trataba de oponer la revolución del mundo occidental, calificada como liberal, a la revolución del mundo oriental, y en especial a la Revolución Rusa. Creo que hay que insistir mucho en el contexto histórico y político si se quiere comprender este intento, que comenzó en 1954 con un artículo del historiador Palmer, en el que señalaba el carácter «atlántico» y occidental de la Revolución Francesa. Para Palmer, a fines del siglo XVIII se produce un ciclo de revoluciones atlánticas, las más importantes de las cuales son la Revolución Americana y la Francesa, junto a las que aparecen tentativas revolucionarias en otros países, como Irlanda o Suiza. Todas ellas se producen en un contexto atlántico u occidental caracterizado por el liberalismo. Esta tesis niega los caracteres sociales de la Revolución Francesa, insistiendo fundamentalmente en sus caracteres geográficos, y niega también los aspectos peculiares, franceses, nacionales, de la Revo-



La jornada del 20 de junio de 1792. (París, Museo Carnavalet).



Danton, Marat y Robespierre. (Versalles, col. Lambinet).

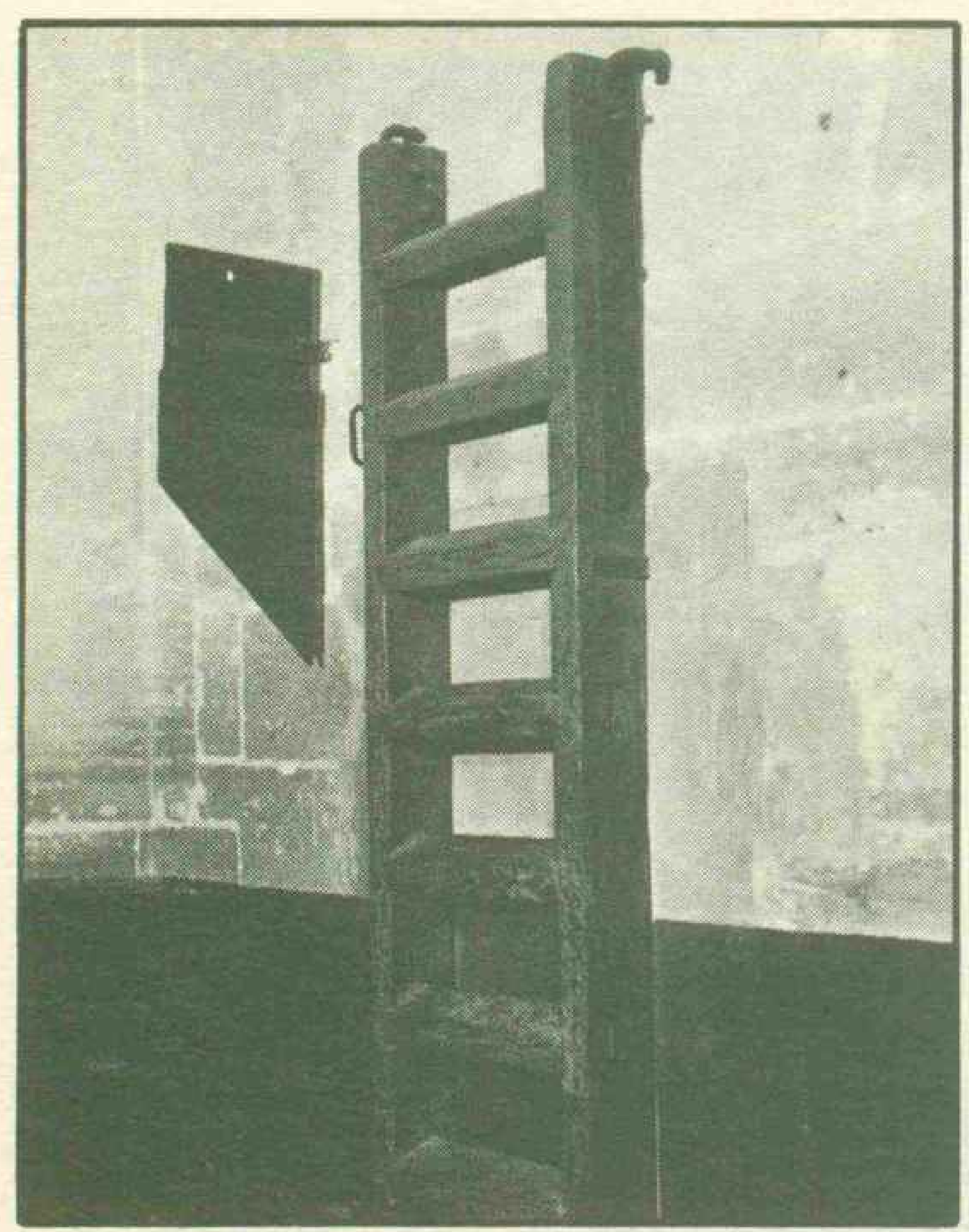
lución Francesa, integrándola en el contexto más general de Occidente. Debo decir que este intento ha tenido un escaso éxito en Francia: aunque J. Godechot aceptó inicialmente la tesis de Palmer, en especial en su libro sobre **La Grande Nation**, rápidamente abandonó esta concepción, que no ha tenido ningún éxito en Francia.

T. de H.—*Ahora bien, al lado de Palmer aparecieron también en los años 50 otras críticas a la concepción clásica de la Revolución Francesa; por ejemplo, la crítica de Cobban. ¿Qué opina usted de ella?*

A. S.—Podríamos definirla como una segunda tentativa revisionista, más ambiciosa que la anterior. Su origen está también en 1954, el mismo año en que Palmer publicaba su libro, pero no tuvo ninguna relación con él. En este año Alfred Cobban pronunció una conferencia sobre **El mito de la Revolución Francesa.** No intentaba decir que la Revolución Francesa no hubiera existido, sino que la interpretación que los historiadores franceses de la escuela clásica daban de ella era falsa. Cobban, a mi juicio un sofista, esgrimía dos series de argumentos contra la interpretación clásica. Por un lado, la interpretación clásica definía a la revolución como antifeudal, cuando en 1789 ya no había feudalismo en Francia. Por otro, la caracterizaba como burguesa y capitalista; pero si se analizan las capas sociales que intervinieron en la revolución, no se las puede definir —dice Cobban— como «burguesas», en el sentido preciso del término, es decir, en el sentido de empresarios, de gente que dirige la banca, el comercio o la industria, y es evidente que el capitalismo todavía no estaba establecido en Francia.

T. de H.—*¿No es demasiado duro el calificativo de* **sofista?**

A. S.—He dicho que Cobban es un sofista, porque me parece que juega con las palabras. Es evidente que el feudalismo de 1789 no era el feudalismo medieval clásico; de todas formas, las imposiciones feudales, uno de los aspectos fundamentales del feudalismo, existían de forma muy clara y que se puede medir, aunque variaban mucho de una región a otra, e incluso dentro de una región, o dentro de un señorío. Si no hubieran existido los señoríos y las imposiciones feudales no se comprenderían las revueltas agrarias de 1789, que son esencialmente antiseñoriales, antifeudales, que se plasman en «la guerra contra los castillos». Pienso simplemente que cuando se define el feudalismo habría que hablar de «feudalismo de Antiguo Régimen»; no se trata del feudalismo medieval, basado en el vasallaje, en las relaciones de hombre a hombre, sino del feudalismo en el sentido económico del término, basado en las exacciones por el propietario feudal, por el señor, sobre el trabajo del campesino, en forma de corveas, o sobre la riqueza del campesino, en forma de derechos en metá-



Cuchilla de guillotina y escalera para subir al cadalso, conservadas en la Conserjería de Paris.

lico o de exacciones sobre la cosecha. Estas exacciones son una realidad que hemos podido medir en diversas regiones de Francia, aunque este tipo de estudios han sido desdeñados normalmente porque exigen una investigación muy precisa y cálculos extremadamente largos. En cuanto al segundo argumento, según el cual no se trata de una revolución burguesa, es un argumento especioso. Es cierto que no han sido las capas burguesas, en el sentido más estricto del término, las que han dirigido la revolución, sino gentes de profesiones liberales; pero esto no es obstáculo para que pudieran asumir los ideales burgueses. No es necesario ser un burgués, en el sentido más estrecho del término, para asumir los valores burgueses. (Lenin no era un trabajador manual, no era un obrero).

T. de H.—*¿Se puede seguir afirmando, por tanto, y pese a las críticas de Cobban, que la Revolución francesa fue una revolución burguesa?*

A. S.—A mi juicio, no se puede negar el carácter burgués y capitalista de la revolución por dos razones fundamentales. Por un lado, la revolución acabó con toda la legislación del Antiguo Régimen que impedía el libre desarrollo de las actividades productivas, con todas las reglamentaciones que todavía en 1789 regulaban la producción, en el cuadro del mercantilismo y del colbertismo, con las corporaciones o con las aduanas interiores que impedían el establecimiento del mercado nacional, y permitió el desarrollo de unas nuevas relaciones de producción. Por otra parte, en el seno de las Asambleas Nacionales, que no estaban compuestas en su mayoría por capitalistas, había de todas formas una minoría extremadamente consciente de las necesidades económicas: pensemos, por ejemplo, en Dupont de Nemours, diputado en la Asamblea Constituyente, que emigró a los Estados Unidos y es el fundador de la célebre multinacional actual. Fuera de la Asamblea Constituyente, existían también grupos de presión, muy activos, que han influido en la Asamblea en el sentido de los intereses capitalistas: existía el grupo de presión de los representantes de los puertos comerciales atlánticos y mediterráneos, es decir, de los grandes intereses marítimos y coloniales, y junto a él lo que se llama el «Club Massiac», un grupo formado por los representantes de los grandes plantadores coloniales de Santo Domingo, como Lameth, que fue diputado en la Constituyente; y estos dos grupos de presión obligaron a la Constituyente, por ejemplo, a no reconocer los derechos políticos a los hombres libres de color, a los mulatos libres, que quedaron fuera de la ciudadanía (lo que provocó la revuelta de Haití y, finalmente, la pérdida de este territorio).

T. de H.—*Probablemente en España se conocen más las ideas de François Furet y Denis Richet, sobre todo tras la publicación en castellano del último libro de Furet, titulado precisamente* **Pensar la Revolución Francesa. En ese libro se recoge además una intervención de Furet en la famosa polémica que surgió en Francia en los años 60, a raíz de la aparición de La Revolution française,** *escrita por ambos. ¿Cuál es su juicio de esta nueva línea interpretativa, que parece haber tenido un gran éxito en Francia en los últimos años?*

A. S.—Inicialmente, debo decir que Furet y Richet son dos ensayistas, más que dos historiadores en el sentido estricto de este término. Quiero decir que, sea cual sea su penetración y su sentido de la historia, no han hecho investigaciones sobre el período, por lo que sus puntos de vista no se basan en trabajos previos; son más bien reflexiones sobre la Revolución Francesa, e incluso de forma más precisa, sobre los historiadores de la Revolución Francesa. Furet y Richet han retomado y perfeccionado las consideraciones de Cobban (no las de Palmer) que niegan el carácter de clase de la revolución. Toman de los histo-

riadores de la Restauración, de Thiers y de Mignet, la idea de una doble revolución: la de 1789, burguesa y liberal, y la de 1793, popular y dictatorial. Pero para Thiers y Mignet, entre estas dos revoluciones había una relación de necesidad histórica, como antes he dicho. En cambio, Furet y Richet niegan ese carácter necesario: no hay una relación lógica y necesaria entre una y otra revolución, sino sólo azar y contingencia. Ellos insisten, a continuación, en la primera revolución en cuanto revolución liberal, caracterizada por la alianza entre la aristocracia y las capas superiores del Tercer Estado, es decir, la burguesía; en suma, una revolución de las élites (un tema que ha estado muy de moda en los años 60 y a comienzos de los 70) que fracasó como consecuencia de la incapacidad de arbitraje del rey, de Luis XVI.

T. de H.—*¿Cómo valora usted estos análisis?*

A. S.—Si se examina esta primera serie de temas desarrollados por Furet y Richet, se puede decir que es cierto que hubo una convergencia en la segunda mitad del siglo XVIII entre una élite aristocrática ilustrada y una élite burguesa ilustrada. Pero quiero señalar dos cosas. En primer lugar, que **las luces** no han tenido una función unificadora; una ideología no tiene necesariamente funciones unificadoras, como se puede demostrar pensando en el marxismo y en las múltiples tendencias a que ha dado lugar. **Las luces** fueron utilizadas por unas u otras categorías sociales con unos u otros fines. Baste recordar el estudio de Althusser sobre Montesquieu, en el que Althusser explica cómo ha sido utilizado Montesquieu por unos y otros, por la reacción aristocrática, por la reacción parlamentaria (que no se puede identificar con la anterior), por la Asamblea Constituyente en 1789; y puedo recordar que, para Marat, el hombre más importante del siglo no fue Rousseau ni Voltaire, sino Montesquieu. Por otro lado, no ha existido una élite unificada en el siglo XVIII; existieron élites, sin duda con puntos de convergencia, pero separadas por la barrera del privilegio, que la élite aristocrática nunca quiso abandonar. En cuanto a la capacidad de arbitraje del rey, era extraordinariamente limitada; no hay más que ver las dificultades con que tropezaron todos los intentos de reforma desde 1760, desde las reformas de Turgot hasta las de Loménie de Brienne en vísperas de la Revolución. Además, aunque yo creo que estamos confundidos en cuanto al carácter de Luis XVI —que no era tan estúpido como se suele decir, que no era un



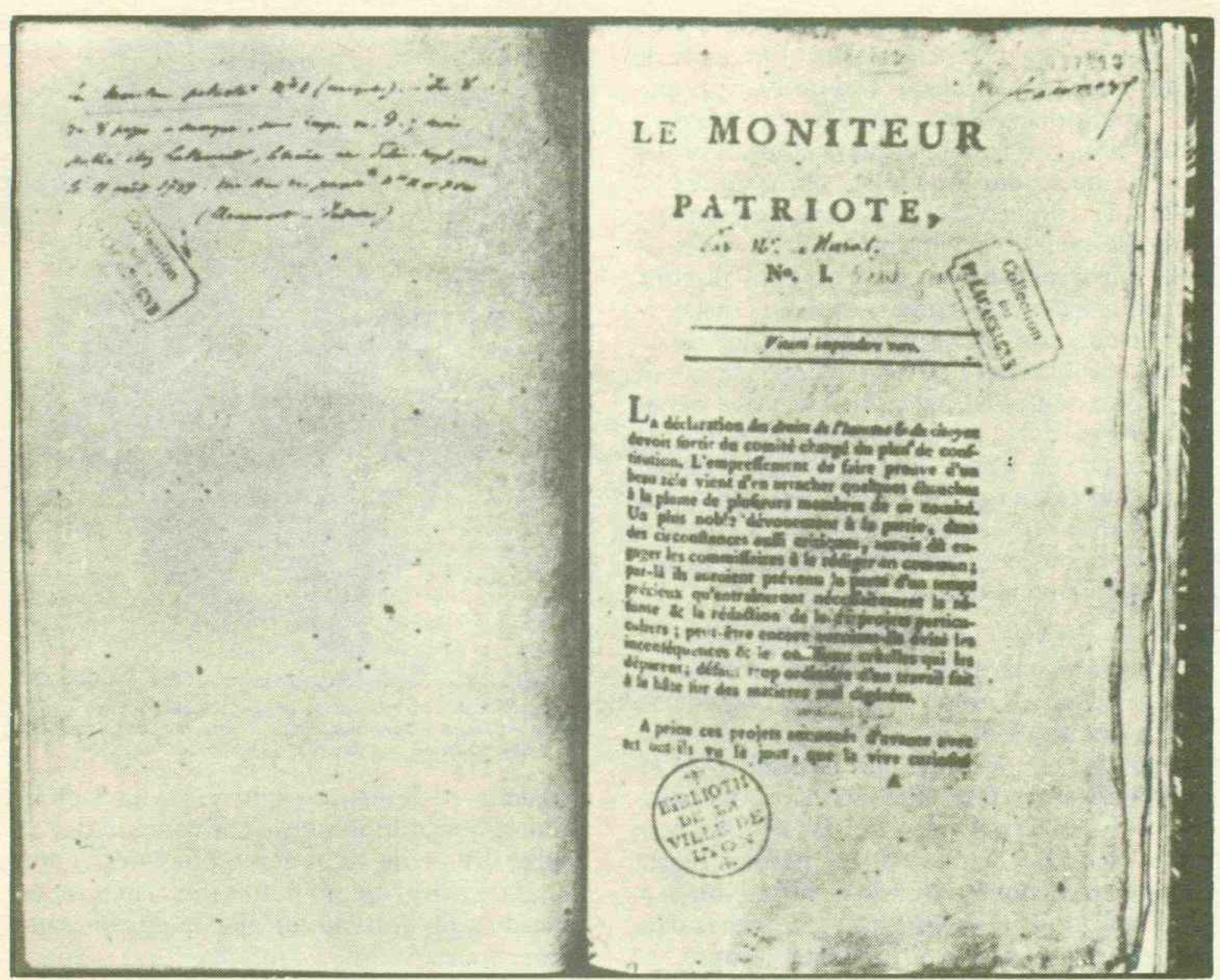
La ejecución de Luis XVI: «qu'un sang impur abreuve nos sillons» (que una sangre impura riegue nuestros surcos, de La Marsellesa). Estampa popular. (París, Biblioteca Nacional).

imbécil—, lo cierto es que se trataba de un monarca profundamente convencido del carácter divino de su poder, y por eso su capacidad de arbitraje no podía llevarle a tomar partido a favor de la burguesía en contra de la aristocracia (de la misma forma que la capacidad de arbitraje del presidente actual de la República francesa no puede ir más allá de los fundamentos del orden social actual).

En resumen, para Furet y Richet se produce una revolución liberal, de las élites, que fracasa por la incapacidad de arbitraje del rey, y conduce finalmente en 1792 a la entrada de las masas populares en la escena política y al establecimiento de una dictadura jacobina.

T. de H.—*Otro de los aspectos más criticados del análisis de Furet y Richet es el relativo al papel de las masas populares, y en general al sentido y características del período jacobino. ¿En qué se basan estas críticas?*

A. S.—Al analizar la dictadura jacobina y sus relaciones con el período anterior, ambos autores introducen la noción de «dérapage» (derrape, patinado de las ruedas de un automóvil); es decir, abandonan la idea de una relación necesaria entre la revolución liberal de 1789 y la revolución popular de 1793, para introducir la contingencia y el azar. Me parece que esta actitud significa, en primer lugar, abdicar, negar el papel del historiador, puesto que el historiador debe buscar las causas que explican los acontecimientos, debe intentar explicarlos, y una explicación


LE MONITEUR
PATRIOTE,
No. I.
Vitam impendere vero.

El único número publicado del periódico «Le Moniteur patriote» de Marat, 11 de agosto de 1789. (Biblioteca de Lyon).

por el azar me parece que es la negación de los objetivos del historiador. Por otro lado, la idea del «dérapage» se basa en una concepción somera y arbitraria de lo que eran las masas populares al final del Antiguo Régimen, y de lo que son en general las masas populares. Según estos autores, las masas populares no se habrían movido más que a partir de fantasmas: el complot aristocrático, por ejemplo. Yo no niego que el «complot aristocrático» fuera un mito; pero lo cierto es que hubo complots. O el fantasma del ardor guerrero de los franceses, cuando de hecho las masas populares no quisieron la guerra: la guerra la querían la monarquía y los aristócratas, por un lado, y los girondinos, por otro. En cambio, no hablan en absoluto de las motivaciones económicas y sociales de las masas populares: del problema de la tierra y del feudalismo para las masas campesinas, o de los problemas de la vida cotidiana —el problema del pan, de la carestía y del hambre— para las masas urbanas. Dicho de otra forma, no se buscan las motivaciones de las masas populares en la realidad social, en los conflictos sociales, sino en el terreno de la ideología. Pienso que esto no es un progreso, sino un retroceso en la explicación histórica.

LAS MASAS CAMPESINAS Y LA REVOLUCION

T. de H.—*Precisamente nos interesaría hablar ahora del papel de las clases populares en el proceso revolucionario. ¿En qué medida influyeron en el desarrollo global de la revolución?*

A. S.—En principio, y aunque sea una generalidad, conviene decir que sin las masas populares, la revolución no habría sido lo que fue. La intensidad de las luchas sociales y de los conflictos de clase, desde 1789 a 1794, o incluso hasta la primavera de 1795, cuando se producen las últimas insurrecciones populares (las de Germinal y Pradial del año III), su dramatismo y agudeza se deben a la intervención de las masas populares. Es evidente que si las luchas políticas de 1789 se hubieran limitado a la burguesía y a la aristocracia, la revolución habría seguido un camino totalmente distinto. Por ello, es en la situación económica y social de las masas populares, urbanas y campesinas, en el Antiguo Régimen, donde hay que buscar el ori-

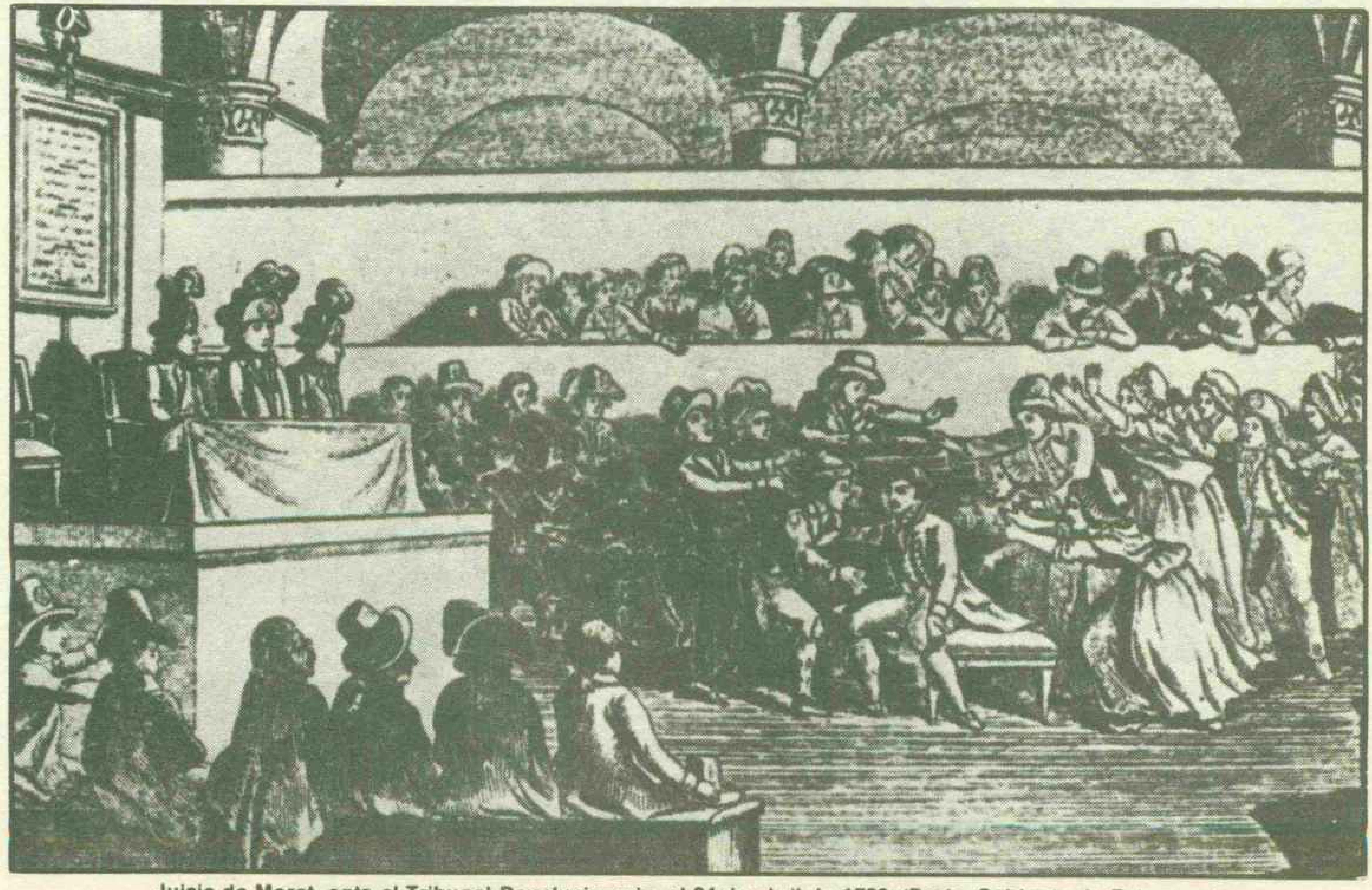
gen de los conflictos sociales que se producen desde 1789 a 1795.

T. de H.—*Más en concreto, ¿cuál fue el papel de las masas campesinas, estudiadas por Lefebvre y también por usted en su último libro,* **Problemas campesinos de la revolución?**

A. S.—Cuando se habla de las masas populares en el proceso revolucionario, creo que hay una tendencia excesiva a examinar únicamente las masas urbanas, y esencialmente las masas parisinas, y olvidar al campesinado. Y esta actitud no es justa. En 1789 se produjeron movimientos de ambos sectores: hay insurrecciones campesinas en marzo, mientras la primera insurrección parisina se produce en julio. Se habla siempre del 14 de julio, pero el movimiento comienza antes, los días 10 y 12 de julio, con la quema de las oficinas de consumos, en las que había que pagar derechos para la entrada de productos en París, cosa que evidentemente provocaba el encarecimiento de los bienes de primera necesidad en el interior de la ciudad. Esta insurrección culmina el día 14, con la toma de la Bastilla, y se reproduce a comienzos de octubre, los días 5 y 6 de octubre, con la marcha sobre Versalles. Normalmente se alude también al movimiento campesino de la «Grande Peur», de la segunda mitad de julio y los primeros días de agosto de 1789, que provocó la famosa reunión de la Asamblea Constituyente en la noche del 4 de agosto, en la que se abolieron los derechos feudales. Pero hay que constatar que a partir de finales de 1789, las masas parisinas no intervinieron casi en el desarrollo de la revolución; por supuesto, intervienen en la política cotidiana, pero no en los acontecimientos clave, no en movimientos de envergadura, hasta el 10 de agosto de 1792. Es decir, durante el primer año de la revolución hay intervenciones decisivas tanto de las masas urbanas como campesinas; pero en 1790, en 1791 y hasta la primavera de 1792 son los campesinos quienes empujan la revolución hacia adelante e impiden su estabilización. Impiden la estabilización política, basada en la monarquía constitucional, e impiden la estabilización económica y social, basada en el rescate de los derechos feudales.

T. de H.—*¿Cuáles fueron los motivos de estos movimientos campesinos, y en qué medida repercutieron en el desarrollo del proceso revolucionario?*

A. S.—Todavía no se ha escrito la historia de esta revolución campesina: hay una breve síntesis en un curso de la Sorbona de Aulard; hay también páginas interesantes sobre el tema en la obra de Jaurès; hay estudios fundamentales de Lefebvre, en especial su monografía sobre los campesinos del departamento del Norte y varios artículos largos de síntesis; hay también una tesis de un profesor de la Universidad de Moscú, A. Ado, so-



Juicio de Marat, ante el Tribunal Revolucionario, el 24 de abril de 1792. (París, Gabinete de Estampas).

bre los movimientos campesinos hasta la derogación de los derechos feudales, no traducida aún al francés. Pero todavía está sin hacer la historia completa de las insurrecciones campesinas, de sus variaciones en las diversas regiones, de sus diversas motivaciones. Porque las motivaciones varían de unos movimientos a otros: hay las motivaciones antifeudales de la «Guerra contra los castillos»; hay las motivaciones ligadas a los bienes comunales, o a la carestía de los granos para los campesinos que no son productores de grano; hay las motivaciones salariales para los jornaleros... Es decir, el conjunto de motivaciones es extremadamente complejo, aunque la dominante sea la motivación antifeudal de la «Guerra contra los castillos», de la **jacquerie.** De todos estos movimientos, los más importantes son las enormes **jacqueries** de la primavera de 1792, todavía muy poco conocidas, en las que millares de campesinos marcharon en orden militar contra los mercados y los castillos, y que destruyeron finalmente el orden feudal antes de que las Asambleas revolucionarias sancionaran mediante la legislación esta destrucción. Y hay que constatar que la legislación antifeudal adoptada por las Asambleas revolucionarias, tanto por la Constituyente como por la Legislativa, e incluso por la Convención, siguieron siempre a las revueltas, y no las han precedido nunca; fue la acción de las masas campesinas la que consiguió la abolición total y definitiva del régimen feudal.

En conjunto, la acción campesina es fundamental en los años 1790, 1791, y hasta el verano de 1792. Pero ya en la primavera de este último año hay un encabalgamiento entre estas grandes revueltas campesinas y el relanzamiento del movimiento urbano.

LAS LUCHAS URBANAS

T. de H.—*¿Cómo y por qué se produjo este relanzamiento?*

A. S.—El relanzamiento se debió a dos factores: el factor nacional y el factor económico. Se había declarado la guerra el 20 de abril de 1792, se habían producido las primeras derrotas y la invasión del territorio francés, y esto dio lugar a un sobresalto patriótico. Pero en este terreno quiero insistir sobre todo en una idea que no se ha desarrollado nunca. Se habla siempre de «guerra de la Revolución»; pero se olvida que la guerra de la Revolución fue una guerra revolucionaria, es decir, que tuvo un contenido revolucionario, que defendió objetivos políticos y sociales. Si se produjo un sobresalto patriótico, nacional, entre las masas francesas, y en particular parisinas, en la primavera y el verano



María Antonieta ante el Tribunal Revolucionario. (París, Biblioteca Nacional).

de 1792, fue porque la guerra tenía para ellas un contenido político muy preciso: la victoria de la coalición contra la Francia revolucionaria significaba la vuelta al Antiguo Régimen. Este carácter político y social de la guerra, que explica el sobresalto popular patriótico, está constatado en dos episodios: cuando en 1793 los austriacos se adueñaron de Valenciennes, establecieron allí una Junta, compuesta por nobles emigrados bajo el control del Estado Mayor austriaco, y esta Junta se apresuró a abolir la venta de bienes nacionales, y a continuación estableció de nuevo los derechos feudales; es decir, restableció el Antiguo Régimen. Por otro lado, en la zona del oeste, y en particular en La Vendée, dominada por el ejército católico y real, tras la sublevación vendeana, el Estado Mayor de este ejército restableció igualmente los derechos feudales y las formas de dominación del Antiguo Régimen.

Junto al sobresalto patriótico, motivado por estas causas, en la primavera de 1792 la crisis económica, la agravación de las condiciones de existencia, la carestía, el hambre, influyeron en el relanzamiento de la agitación de las masas urbanas. Es el momento en que comienzan las prédicas igualitarias, por ejemplo de los «enragés». Bajo esta doble influencia se produce el relanzamiento del movimiento popular, en particular en París, que culmina con el levantamiento parisino del 10 de agosto de 1792, que acabará con el derrocamiento del monarca. A partir de este momento, el elemento esencial que empuja la revolución no son las masas campesinas, sino las masas urbanas.

T. de H.—*El retraimiento de los campesinos de las luchas sociales a partir de 1792, ¿se debió a que ya consideraban resueltos sus problemas con la abolición del régimen feudal?*

A. S.—En cuanto a los campesinos, no se puede decir que se encuentren ya satisfechos en sus reivindicaciones, porque esto es demasiado simplista; pero es cierto que como secuencia de sus agitaciones, la Asamblea Legislativa adoptó una ley en junio de 1792, completada por otra ley a fines de agosto del mismo año, por las que se abolían los derechos feudales a no ser que el señor pudiera mostrar el título de enfeudación primitivo. En muchos casos este título no existía, o había desaparecido como consecuencia de las quemas de castillos, por lo que se puede decir que a partir del verano del 92 los derechos feudales desaparecieron en la práctica. Finalmente fueron abolidos por completo por la ley de 17 de junio de 1793, aprobada por la Convención bajo el dominio de la Montaña. En este momento los campesinos habían obtenido importantes satisfacciones; incluso una parte de los campesinos pudieron comprar tierras, o ampliar sus propiedades si ya eran propietarios, por lo que se produjo una disociación de los campesinos de los movimientos populares. Muchos campesinos propietarios pasaron a defender posiciones de orden, y se limitaron a defender las propiedades que habían adquirido; y la masa de campesinos, los campesinos sin tierra, siguieron manteniendo un combate en condiciones difíciles, un combate de retaguardia, hasta las grandes revueltas campesinas de 1848-49. Por consiguiente, a partir del verano de 1792 se puede decir que las masas campesinas ya no intervienen, a no ser el sector que mantiene un combate de retaguardia, en el proceso revolucionario.

T. de H.—*El papel protagonista de las masas urbanas en 1792-94, que fue precisamente el tema de su tesis doctoral, plantea otro de los problemas más interesantes para el estudio de la Revolución: el de la naturaleza social de estas masas. En torno a él, la interpretación de Soboul se opone sustancialmente a la que había mantenido años antes Daniel Guerin. ¿Podría explicarnos las diferencias existentes entre ambos análisis?*

A. S.—La posición de Daniel Guerin se reflejó en su obra **La lutte de classes dans la Première Republique. Bourgeois et brasnus,** publicada en 1946. Antes de nada, quiero llamar la atención sobre el carácter vago de esta expresión de «brazos desnudos», que traduce la situación de los trabajadores, pero que fue empleada en muy raras ocasiones en la época. Aparece algunas veces en los textos de Babeuf, pero la expresión habitual en la época es la de «sans-culottes». Como sabéis, mi posición ante la obra de Guerin es clara: Quiero subrayar, ante todo, el mérito del trabajo de Guerin, que volvió a poner en cuestión un cierto número de problemas, y obligó a los historiadores universitarios a precisar más sus análisis. Pero Daniel Guerin, que no es un historiador profesional sino un publicista, y que en aquella época era trotskista —aunque luego ha evolucionado hacia las posiciones del comunismo libertario—, aplicó a la Revolución Francesa la teoría de la «revolución permanente», según la cual en el interior de cada revolución se encuentra ya el embrión de la revolución futura. De acuerdo con ello, en la Revolución Francesa, que era una revolución burguesa, la **sans-culotterie** representaba la



Saint Just. (Dibujo por C. Guérin).

vanguardia proletaria de la revolución socialista. En mi opinión, se trata de un error fundamental de perspectiva, porque los **sans-culottes** no representaban una vanguardia proletaria, sino una retaguardia artesanal, de pequeños tenderos y artesanos, ligada a las antiguas estructuras sociales y económicas. Aunque en París existía, al final del Antiguo Régimen, un pequeño sector de concentración capitalista, en especial en el textil, era extremadamente reducido, y hay que esperar al Primer Imperio para que se produzca la primera fase del proceso de industrialización capitalista en Francia.

Pese a este error de perspectiva, Guerin puso el acento sobre un problema capital: la oposición entre el comportamiento político de las masas populares y las tendencias profundas de la burguesía revolucionaria, incluso jacobina. Es decir, el antagonismo entre la práctica popular de la democracia directa, por un lado, y la práctica de la democracia representativa, tal como la entendían los jacobinos y los seguidores de Robespierre.

JACOBINOS Y SANS-CULOTTES

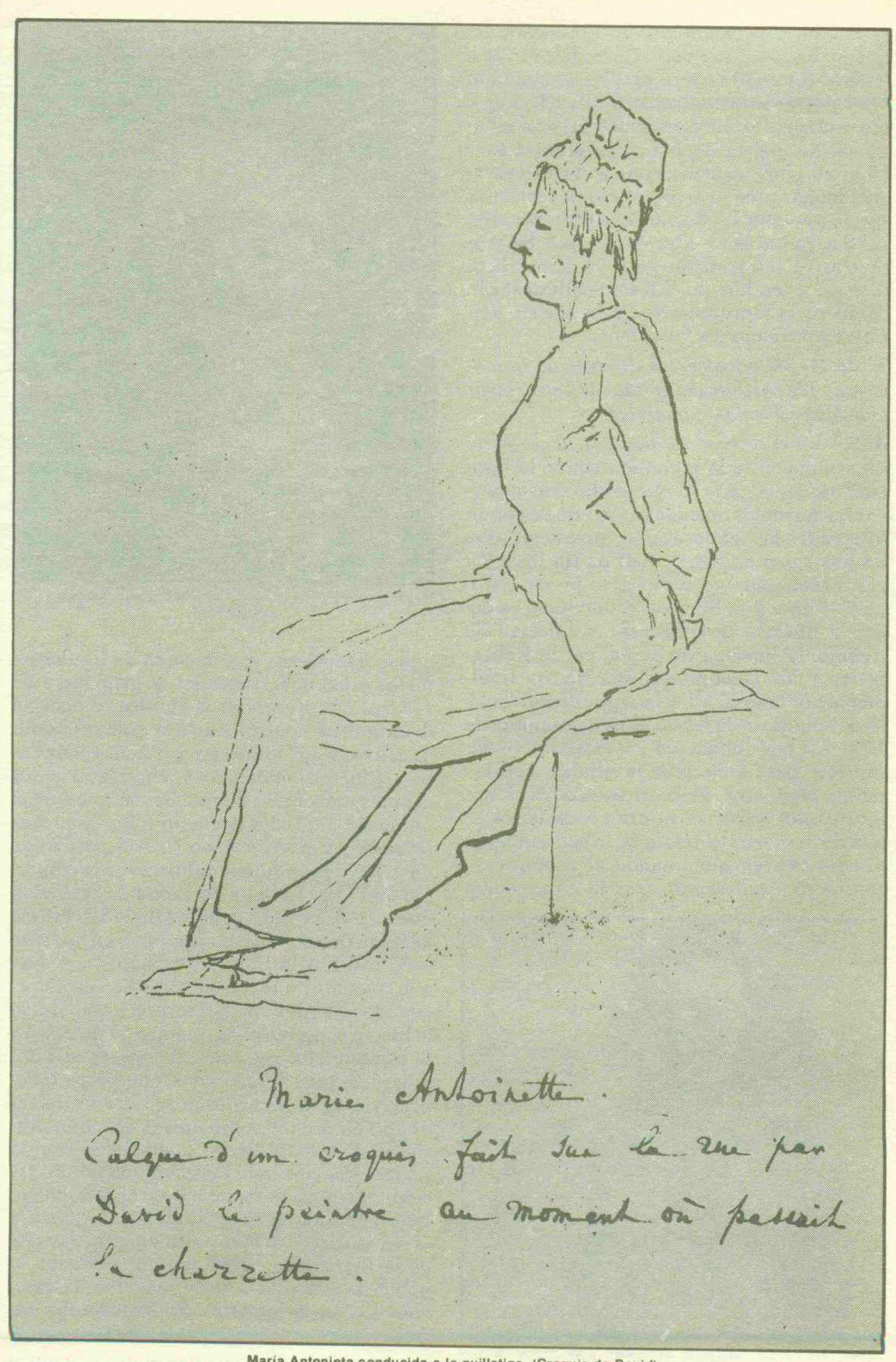
T. de H.—*¿Cuáles eran las diferencias sociales entre estos dos sectores,* **sans-culottes** *y jacobinos, que tuvieron un papel fundamental en 1793-94?*

A. S.—La **sans-culotterie** representaba a las masas populares, aunque hay que precisar que esas masas no eran homogéneas, sino que existían múltiples matices diferenciales, desde lo que se llamaba el **bas-peuple,** el **menu-peuple,** el **petit-peuple,** hasta las capas superiores de tenderos y artesanos, desde las que se pasaba de forma insensible a la pequeña y la mediana burguesía. No había, por tanto, homogeneidad, e incluso existían contradicciones en el interior de la **sans-culotterie:** la contradicción, por ejemplo, entre el artesano propietario de su pequeño tenducho, que vivía del beneficio, aunque este beneficio fuera limitado, y los oficiales y **compagnons** que empleaba, que vivían del salario. De todas formas, artesanos y **compagnons** estaban unidos en su hostilidad a la concentración, a los grandes propietarios, a los ricos, etc.; estaban unidos por sus condiciones de vida, que eran aproximadamente las mismas, o por sus convicciones ideológicas, por el apego a la propiedad basada en el trabajo, etc.; lo cual no fue obstáculo para que en algunas ocasiones se enfrentaran, ya que unos vivían del beneficio y los otros del salario.

Por su parte, los jacobinos eran esencialmente gente de la pequeña y media burguesía. Se trata de una categoría social rota y contradictoria; por una parte, en ciertos aspectos, se encontraban ligados a las capas superiores de la **sans-culotterie,** precisamente a través de los grupos de artesanos y tenderos, mientras por otro lado, a través de las profesiones liberales, estaban unidos a la burguesía en sentido estricto, incluso a un nivel relativamente elevado. De nuevo no nos encontramos con una categoría realmente homogénea. Creo que si tratamos de definir al jacobinismo de una manera rigurosa, se caracteriza más por una práctica política que por la pertenencia a una clase social.

T. de H.—*¿En qué se basó la alianza inicial entre ambos sectores, y su alejamiento e incluso enfrentamiento posterior?*

A. S.—Entre unos y otros, entre jacobinos y **sans-culottes,** había evidentemente unidad en algunos campos: en su común hostilidad al feudalismo, a la aristocracia, al Antiguo Régimen; en la hostilidad de ambos frente al exceso de riquezas, reflejado perfectamente en el pensamiento de Robespierre, y por su-

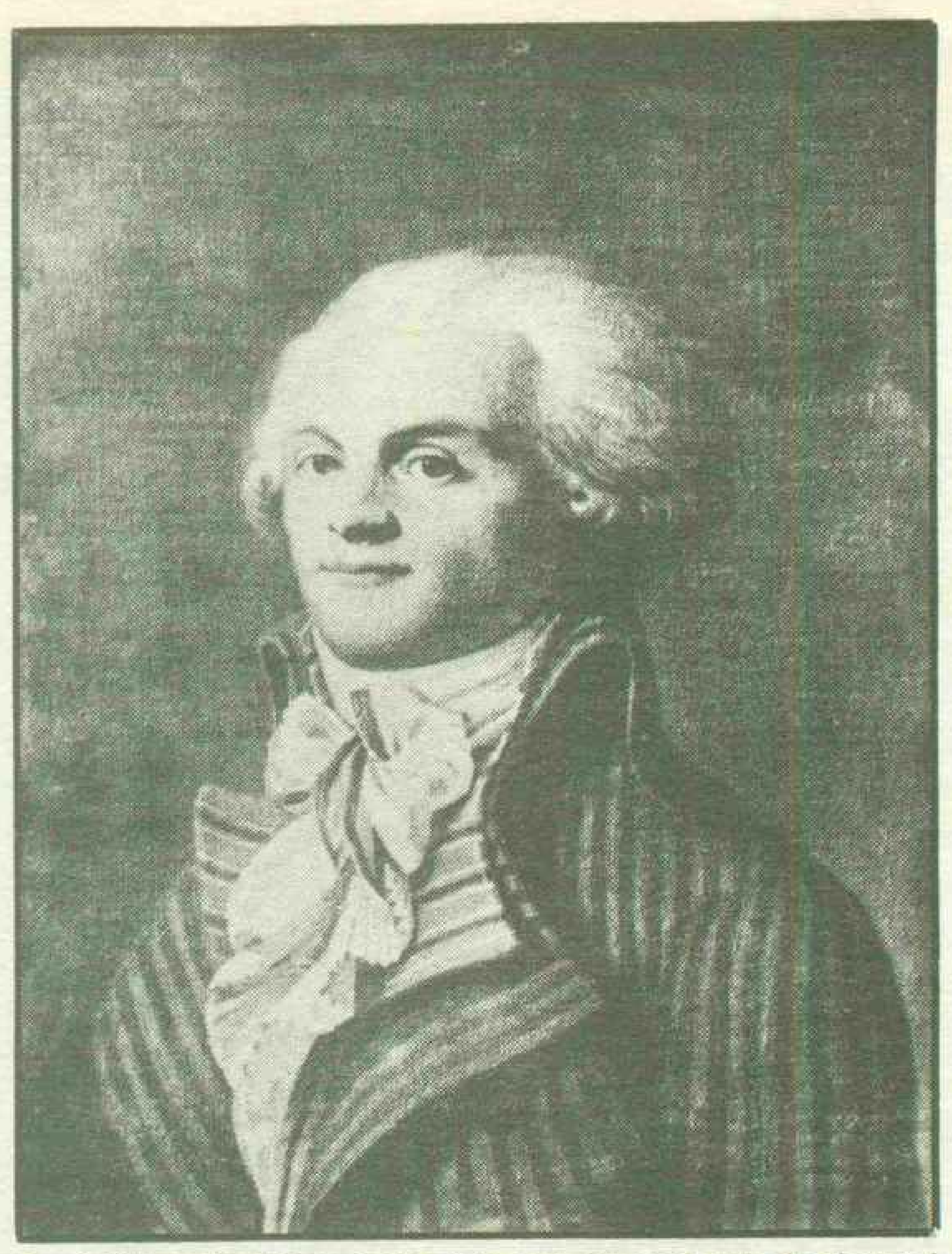


María Antonieta conducida a la guillotina. (Croquis de David).

puesto en el pensamiento de Rousseau, del que todos se nutrieron. De todas formas, cuando los conflictos se precisaron, cuando unos y otros se encontraron frente a frente, y era necesario tomar posiciones, éstas se aclararon. Se podría decir que la alianza funcionó en plan negativo, contra el adversario —la monarquía, la aristocracia, los girondinos—, pero que no funcionó en plan positivo, porque entonces los ideales diferían. Se produjo así el antagonismo entre la democracia directa, defendida por los **sans-culottes**, y la democracia representativa, a la que en definitiva apoyaban los jacobinos.

T. de H.—*Al parecer, las diferencias fundamentales se referían a la actitud de unos y otros ante los problemas económicos...*

A. S.—En el terreno económico, el conflicto se produjo entre la reglamentación, la tasación, es decir, todo lo que podía salvaguardar las fórmulas antiguas en las que estaban integrados los tenderos o los artesanos, que les protegían en cierta medida (la tasación permitía la obtención de pan a precio reducido), frente a la libertad económica, es decir, la libertad de empresa, la libertad de trabajo, la libertad de beneficio. Si Robespierre y los jacobinos se decidieron finalmente por la tasación y la reglamentación, y las aceptaron en la ley de 29 de septiembre de 1793, fue por obligación y a disgusto, precisamente para conseguir la alianza con las masas populares. Pero en sus convicciones íntimas, los jacobinos no eran partidarios de una dirección autoritaria de la economía; la prueba está en que cuando el gobierno se consideró estabilizado, tras la eliminación de las fracciones, con la caída de los dantonistas y los hebertistas en la primavera de 1794, el Comité de Salud Pública comenzó a disminuir el control sobre la vida económica. En especial, el comercio exterior, que había sido nacionalizado y entregado a los agentes nacionales al final del verano y en el otoño de 1793, fue devuelto a las empresas privadas, y poco a poco fueron perdiendo virulencia los ataques contra el gran comercio en París. Es muy conocida la evolución que se dibuja en la primavera de 1794, bajo la égida de un gobierno jacobino, en favor de una vuelta a la libertad económica. Y hay que constatar que tras el golpe de Termidor, cuando se abandonó el Terror y desapareció la fuerza coactiva para imponer la tasación y la reglamentación, todo el sistema se hundió; y los clubs de jacobinos, que, pese a todo, pervivieron hasta el otoño de 1794, no defendieron en ningún momento la economía dirigida. Por todo ello se puede decir que la reglamentación sólo fue aceptada por los jacobinos como consecuencia de la presión popular, unida a las necesidades de la guerra, a la necesidad de armar y alimentar al ejército de la República, necesidad que obligaba al gobierno a acudir a la requisición, la tasación y a todos los procedimientos autoritarios.



Maximiliano de Robespierre. (Escuela Francesa de finales del siglo XVIII).



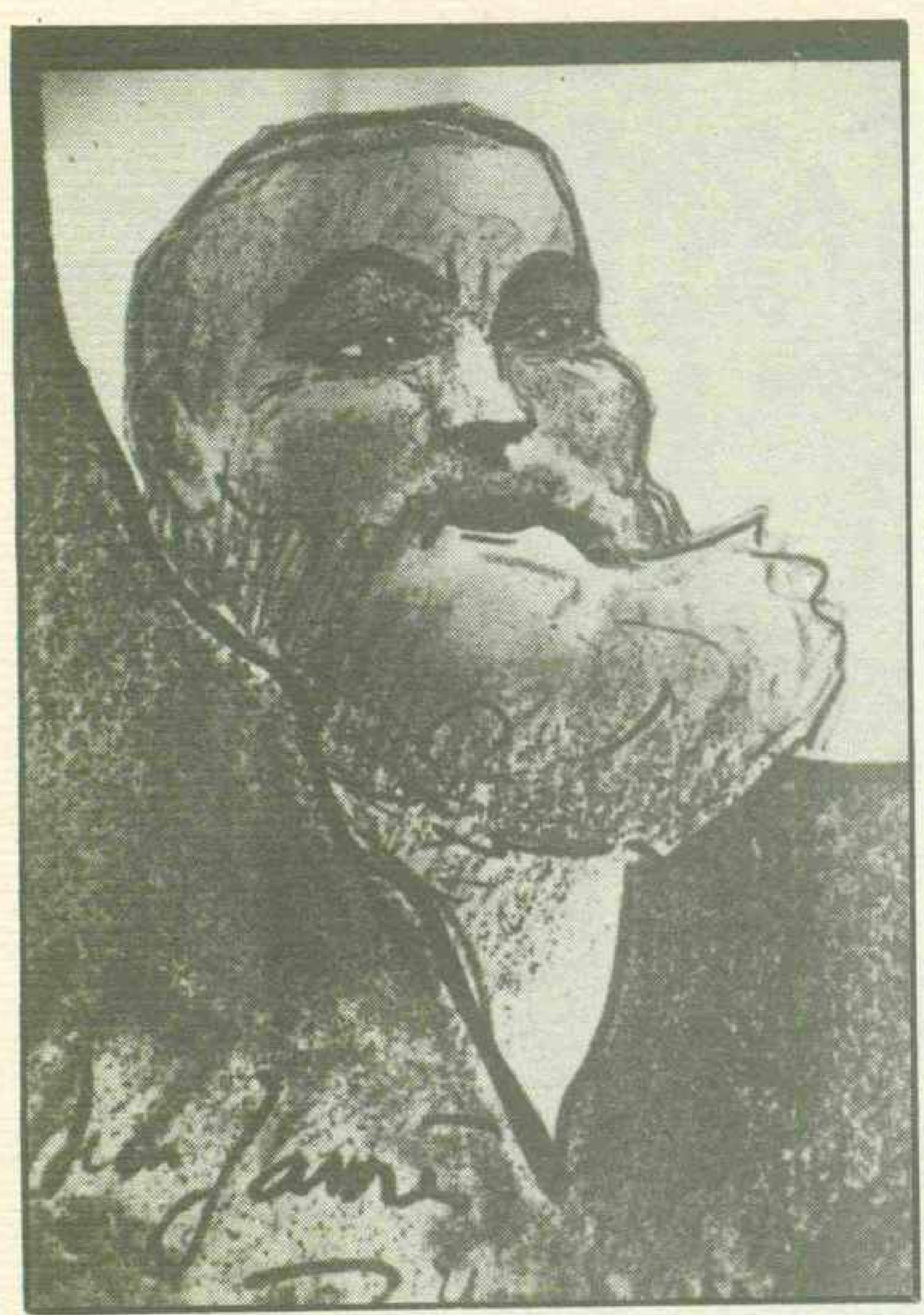
Danton conducido al patíbulo. Dibujo de Wille. (París, Museo Carnavalet).

Creo que aquí se encuentra el punto central



Una caricatura de Michelet, de André Gill. (París, Biblioteca Nacional).

del antagonismo entre el jacobinismo y la **sans-culotterie.** Me parece que el jacobinismo se encontraba sumido en contradicciones de las que no pudo librarse. Cuando estaba en la oposición, y necesitaba el apoyo popular para enfrentarse con los girondinos, hacía concesiones a las peticiones de democracia directa de las masas populares, como



Jean Jaurès, de E. Kapp (1913). París. Castillo de Vicennes, Museo de la Guerra.

lo demuestran los primeros discursos de Robespierre; pero al llegar al poder volvió al sistema de democracia representativa, defendida por Robespierre en sus discursos de la primavera de 1794. Y lo mismo ocurrió en relación con la economía dirigida, de la que ya hemos hablado.

T. de H.—*Teniendo en cuenta estos datos, ¿cuál es su juicio final sobre el jacobinismo?*

A. S.—Creo que el jacobinismo se puede definir como una práctica política, caracterizada por un gran realismo político, por un claro sentido de las necesidades nacionales, por una visión muy clara de la necesidad de una alianza revolucionaria con las masas populares; pero que finalmente se encontró minado en su interior por sus propias contradicciones.

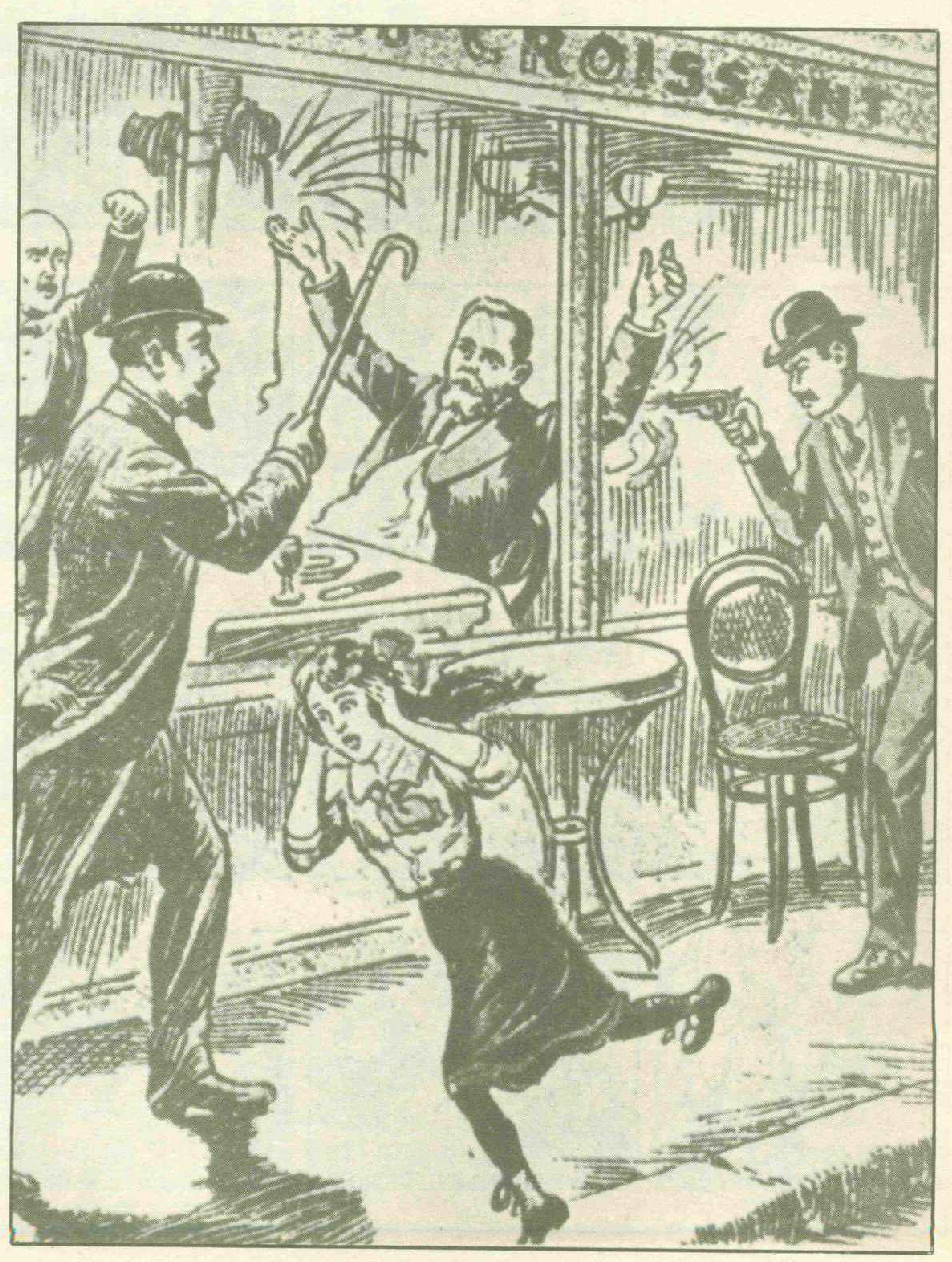
BABEUF Y LOS IGUALES

T. de H.—*Con la reacción de Termidor las masas populares perdieron parte de su conquistas anteriores y se vieron sometidas a una dura represión, que hizo difícil la continuación de sus movimientos. De todas formas, la agitación popular no desapareció, e incluso buscó formas nuevas, como la «Conspiración de los Iguales», organizada y dirigida por Babeuf, que pese a su fracaso ha pasado a la historia como un momento clave del período revolucionario. ¿Por qué se ha otorgado tanta importancia a este movimiento, y en especial a su principal promotor?*

A. S.—A mi juicio, la grandeza de Babeuf se encuentra en que fue un teórico revolucionario, pero un teórico cuya teoría fue surgiendo a partir de las experiencias revolucionarias vividas por él. Es decir, para comprender el pensamiento de Babeuf es necesario reconstruir su recorrido ideológico en función de su existencia y de las experiencias vividas por él desde antes de la revolución. Babeuf vivió la experiencia del movimiento popular, la experiencia de la dictadura jacobina y la experiencia de la reacción de Termidor. Conoció las últimas insurrecciones populares de Germinal y Pradial del año III, unas insurrecciones que se produjeron sin estar encuadradas por los jacobinos, lo que las diferenció mucho de la insurrección del 10 de agosto de 1792, o de la insurrección del 31 de mayo de 1793, encuadradas por elementos de un nivel político y social diferente a las masas populares, sobre todo jacobinos. A la luz de lo que antes mencionábamos, del abandono de la economía dirigida y la miseria popular del año III —del invierno de 1794-95—, Babeuf, a pesar de sus críticas anteriores de la dictadura jacobina (había sido violentamente anti-robespierrista, y había reaccionado duramente contra el Terror y la represión jacobina de las tendencias populares a una democracia directa), revalorizó el sistema del año II, y sobre todo el sistema de dirección económica. Su argumentación era la siguiente: un sistema de economía dirigida que había permitido equipar y alimentar el Ejército de la República, un ejército de más de un millón de hombres, podía extenderse también al conjunto del país; lo que se había hecho en pequeño podía hacerse también en grande. De aquí procedió su apoyo posterior a este sistema de economía controlada y dirigida.

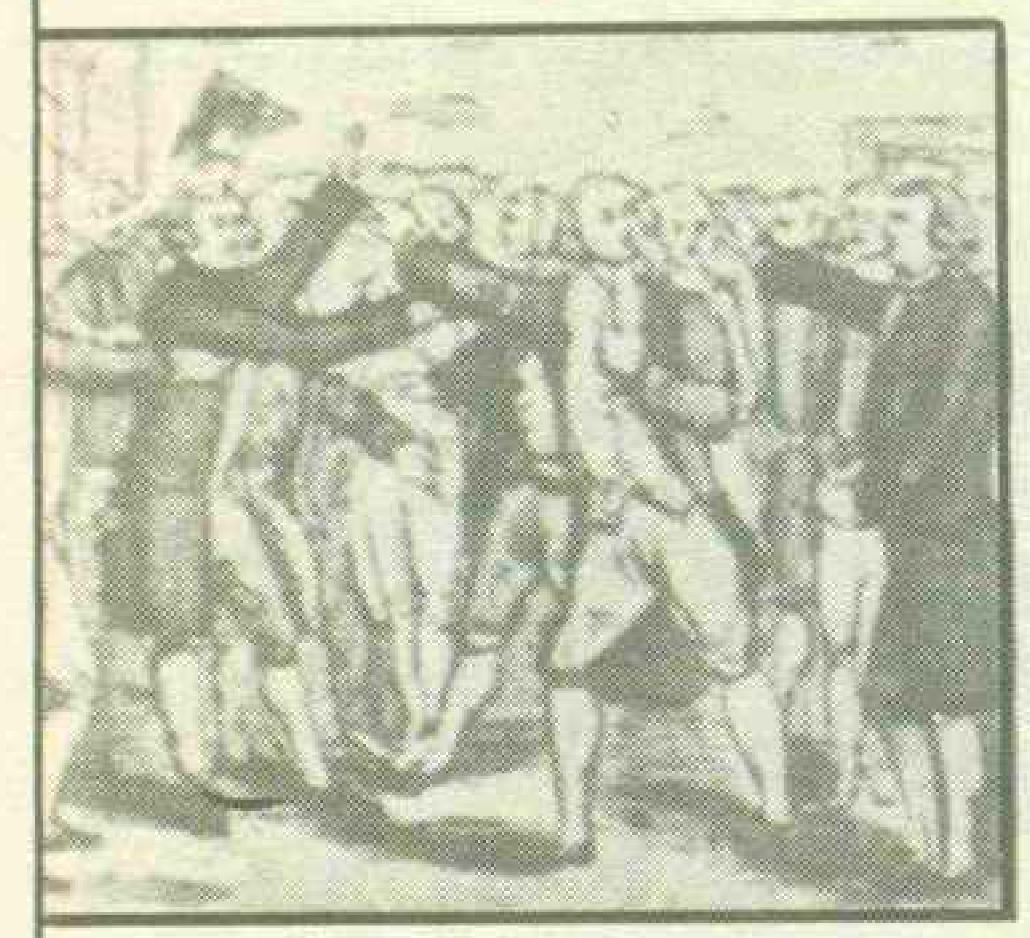
Si se examinan los fundamentos ideológicos del pensamiento de Babeuf, su punto de partida era la crítica a la propiedad privada. Este era un tema bastante común al final del Antiguo Régimen y en los primeros años de la revolución. Reflexionando sobre él, Babeuf llegó, en un primer estadio de su evolución ideológica, a legitimar lo que en aquella época se llamaba la «Loi agraire», es decir, el

reparto equitativo de la propiedad. En el verano de 1791, en vísperas de las elecciones para la Asamblea Legislativa, Babeuf escribió varias cartas a un futuro diputado, en las que defendía esta «ley agraria». Pero más tarde, bajo la experiencia del sistema de economía dirigida del año II, comenzó una crítica del reparto igual de propiedades: en un texto del año III, Babeuf decía que «la ley agraria no podía durar más que un día; al día

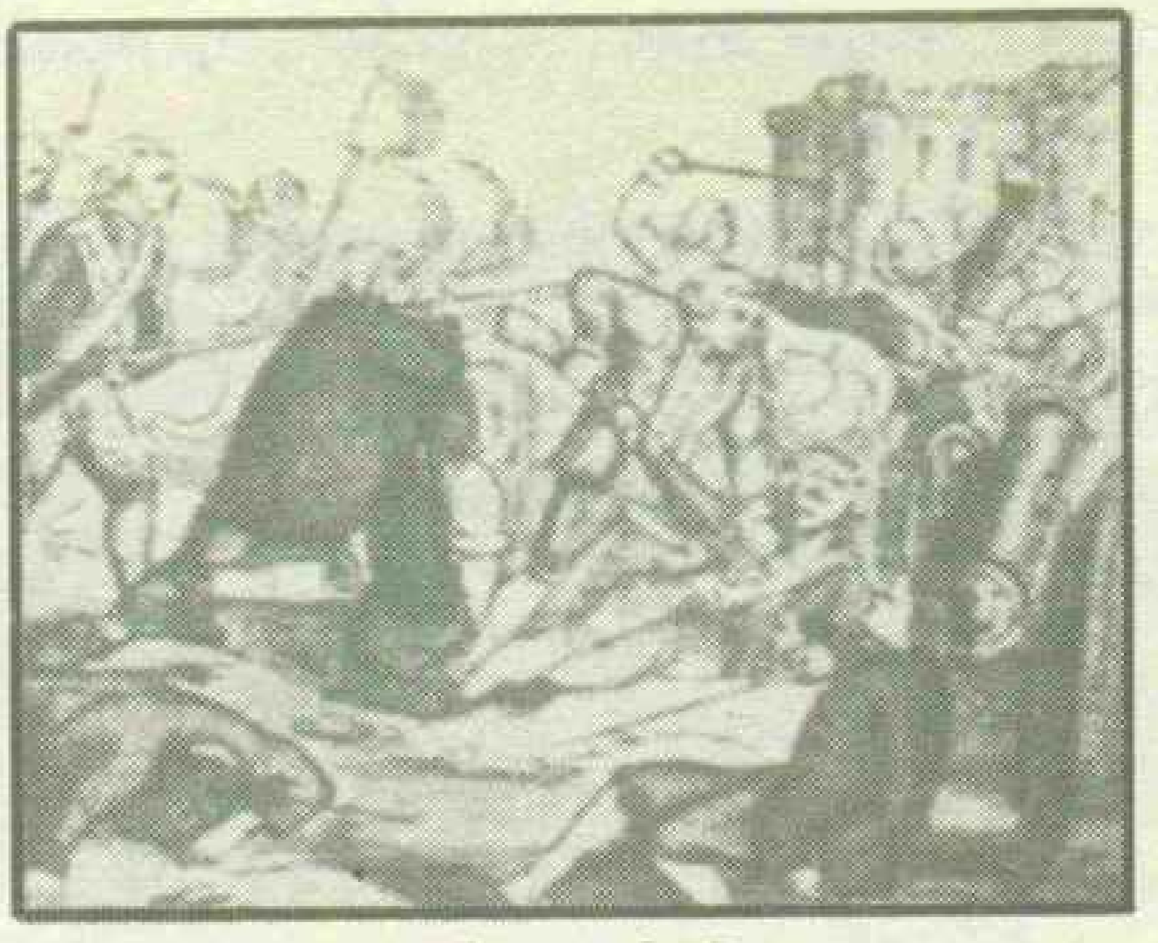


El asesinato de Jaurès en una imagen popular. (Castres, Museo Jaurès).

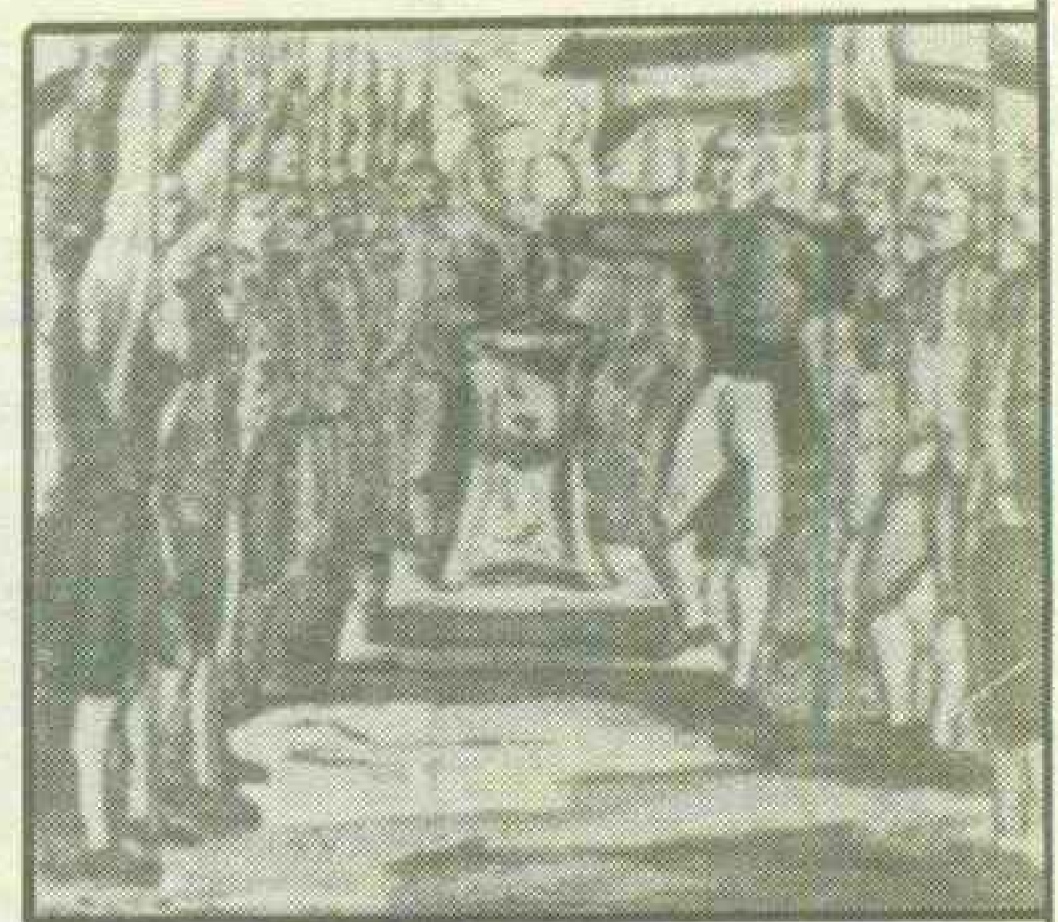
ÉPOQUES MÉMORABLES
DE LA RÉVOLUTION FRANÇAISE.



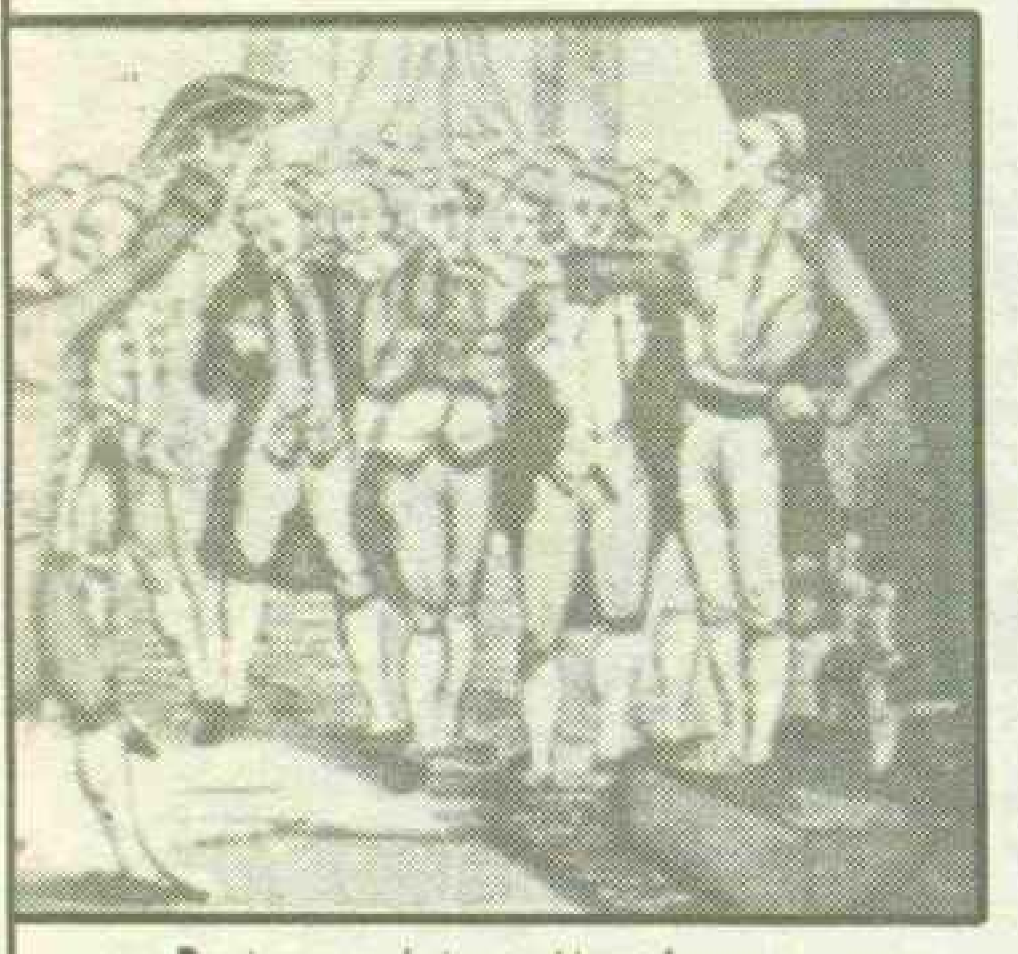
Serment du Jeu de Paume.
(20 juin 1789.)



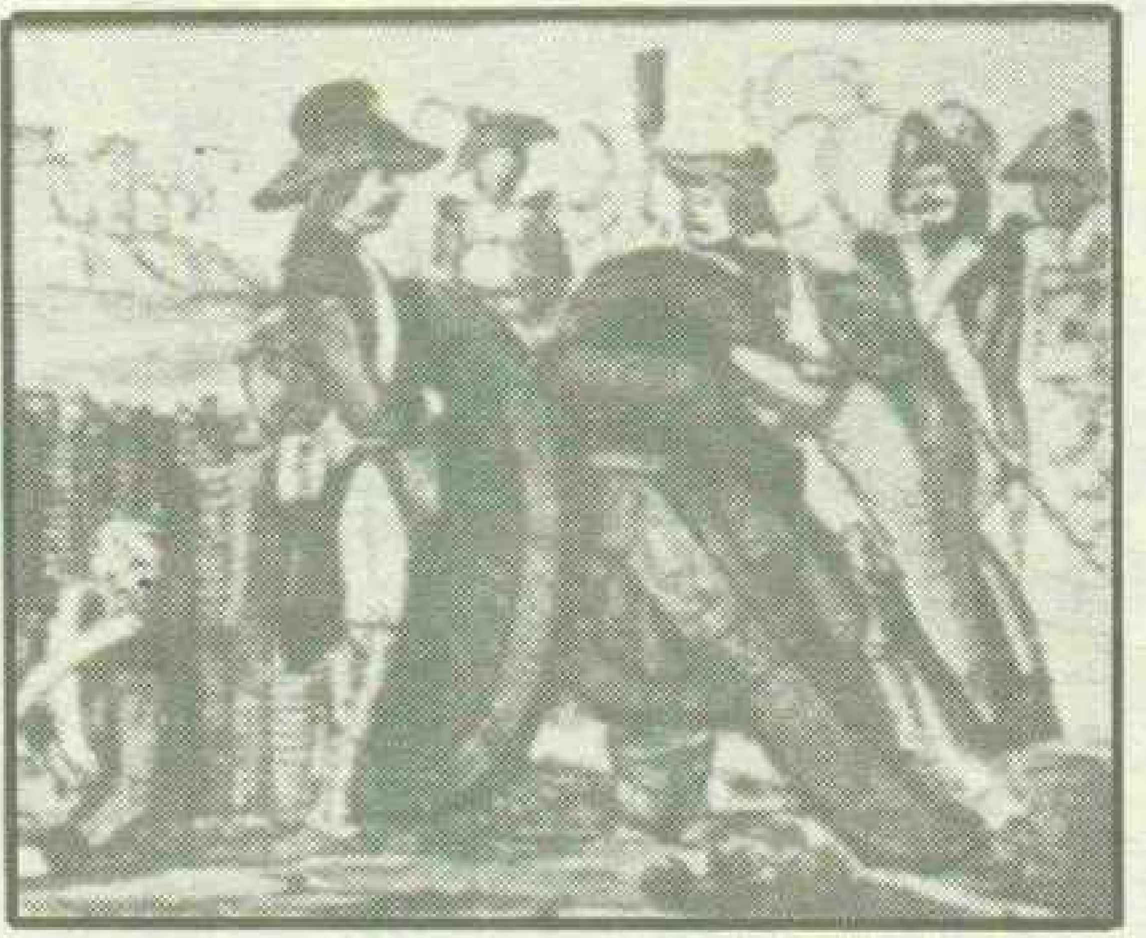
Prise [illegible] la Bastille
([illegible])



Fête de la Fédération au Champ de Mars
(14 juillet 1790.)



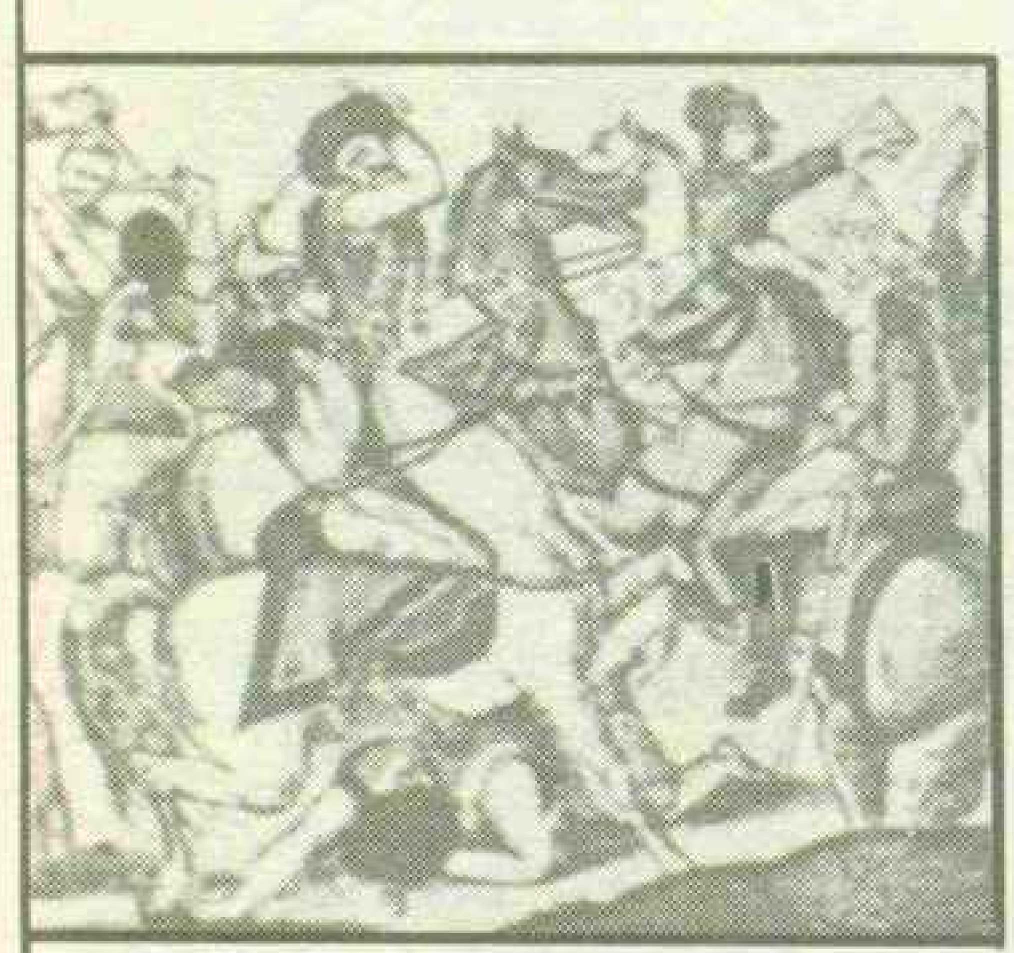
Proclamation de la république française
(1793)



Siège de Toulon contre les anglais
(1793)



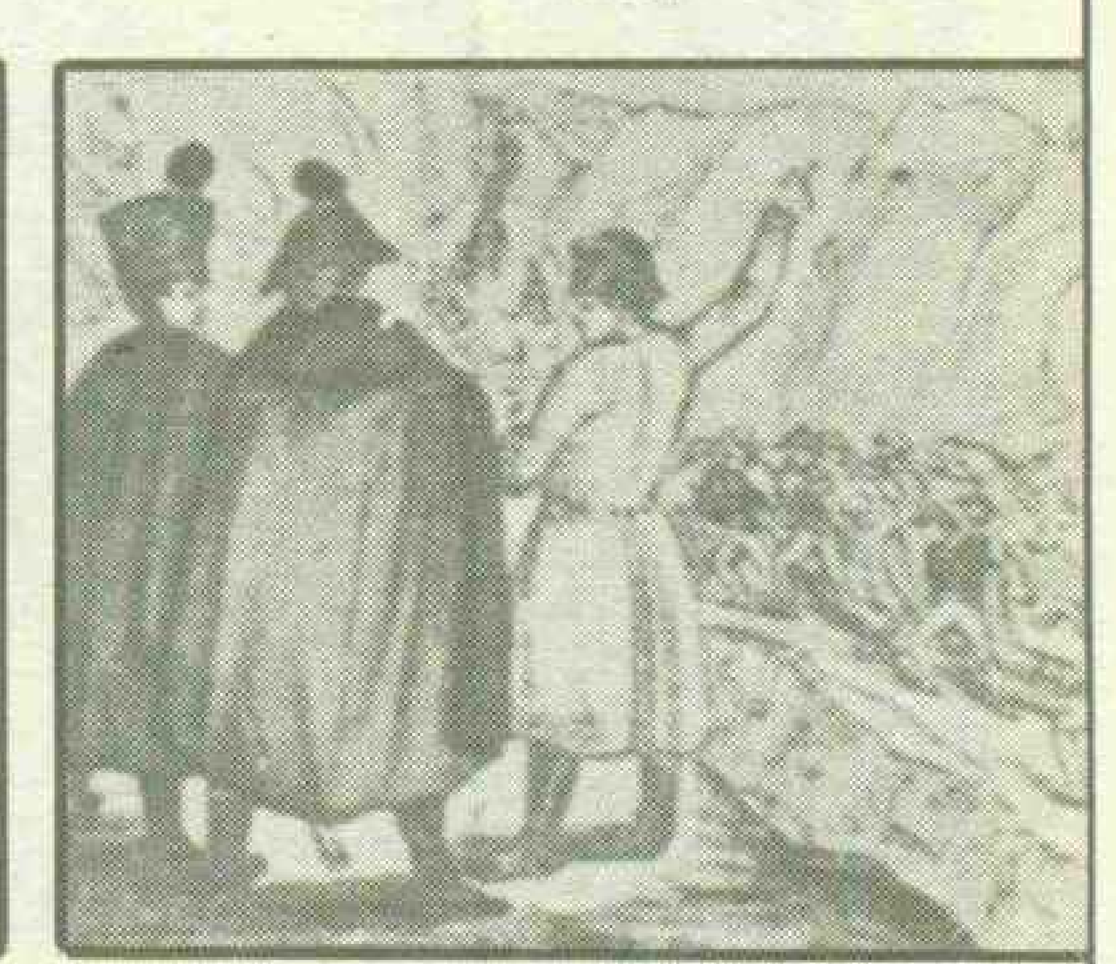
Bonaparte défendant la Convention
(1795)



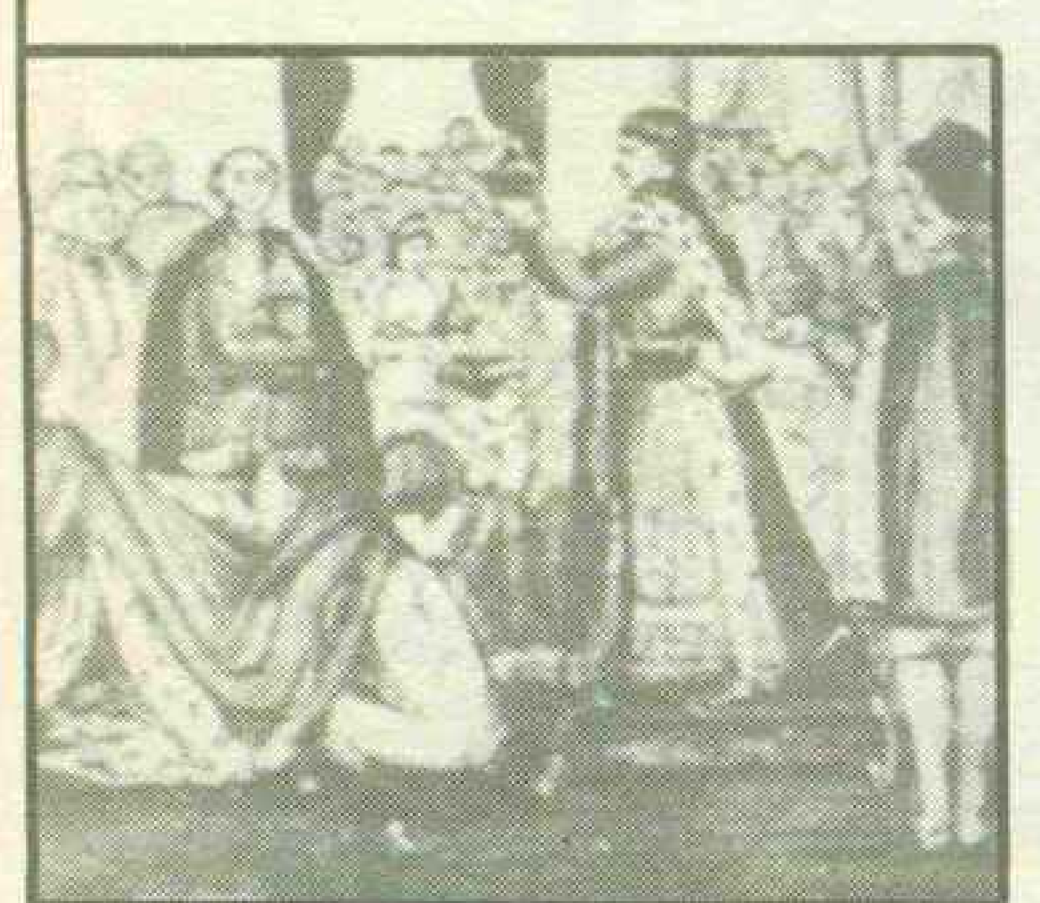
Bataille des Pyramides
(21 juillet 1798)



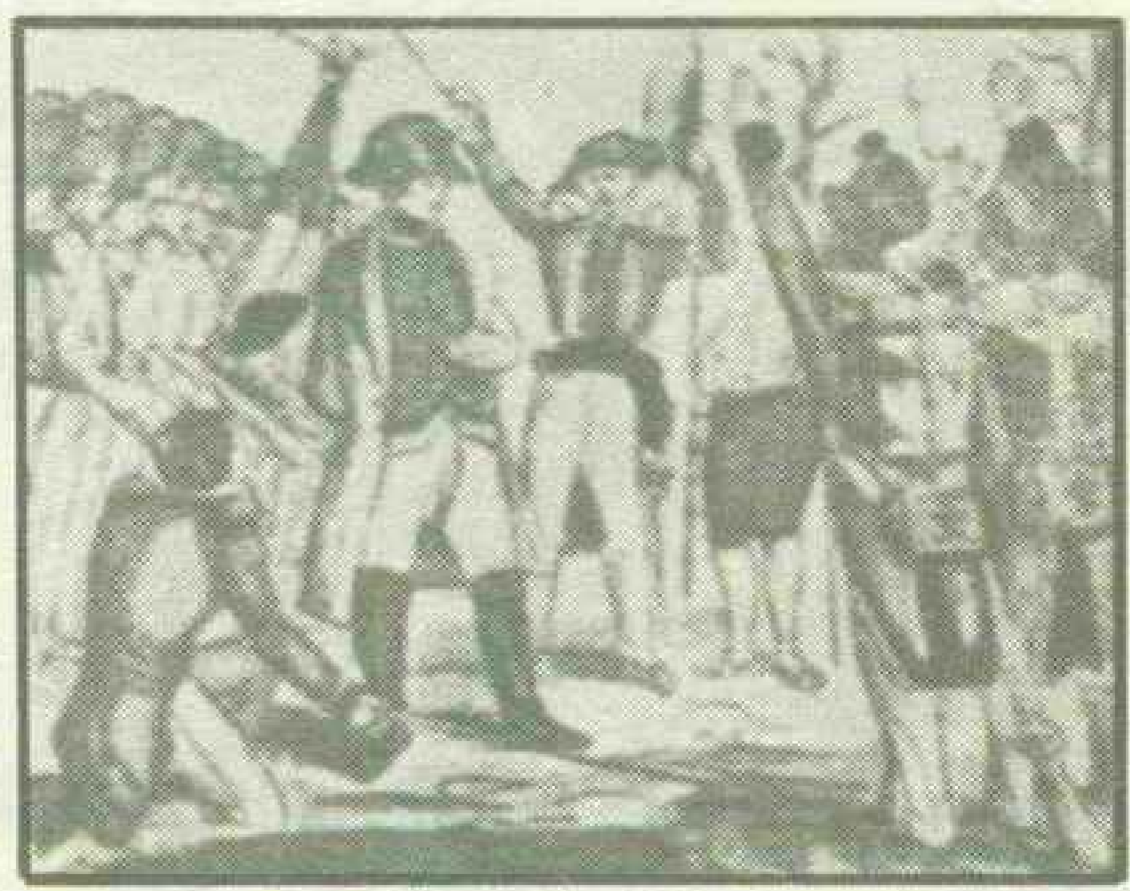
Bonaparte dissout le Conseil des Cinq cents et établit le Consulat
(18 brumaire — 9 novembre 1799)



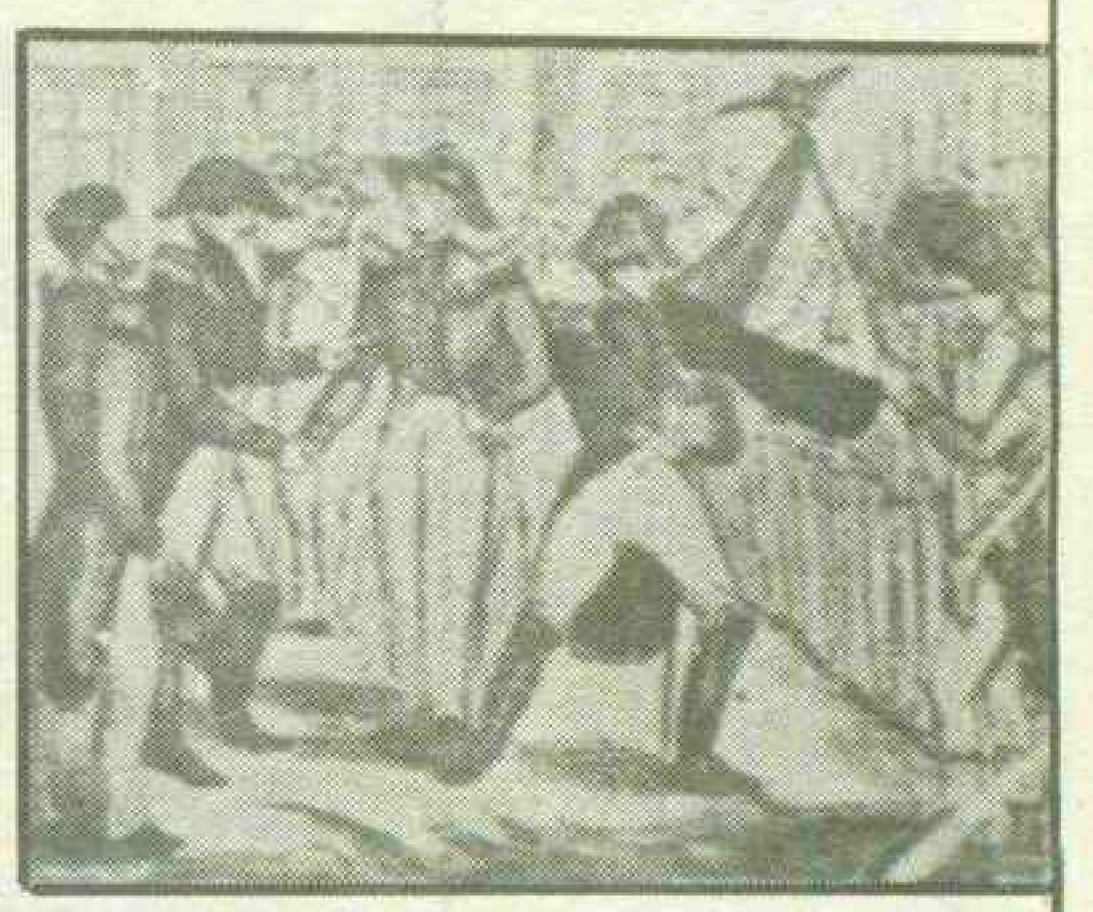
Passage du Mont Saint-Bernard
([illegible])



Sacre de Napoléon et de Joséphine
(2 décembre 1804)



Retour de l'île d'Elbe.
(1814)



Les Adieux de Fontainebleau.
([illegible])

Epocas memorables de la Revolución Francesa. Imagen popular publicada por Pellerin en Epinal en 1847. (París, Biblioteca Nacional. Gabinete de Estampas).

siguiente se reproduciría la desigualdad». Es decir, si se reparte la propiedad en lotes exactamente iguales, resulta que unos trabajan más que otros, unos se reproducen y otros no, algunos desaparecen mientras otros permanecen, etc., con lo cual resurgirá de nuevo la competencia, y finalmente la concentración de la propiedad en manos de unos pocos. A partir de esta crítica de la utopía de la «loi agraire», Babeuf desarrolló su concepción de la comunidad de bienes y de trabajos, precisada en el «Manifiesto de los Plebeyos» que publicó en el otoño de 1795 en su periódico **Le Tribun du Peuple.**

T. de H.—*Usted ha escrito en varias ocasiones que con Babeuf comienza una nueva época en el pensamiento y la lucha social. ¿En qué se basa esta afirmación? ¿Cuáles fueron las novedades de la doctrina babeuvista. respecto a sus precursores jacobinos y* **sans-culottes?**

A. S.—Lo que determina la originalidad de Babeuf es haber sido el primero que superó la contradicción en que se habían visto envueltos jacobinos y **sans-culottes** en relación con el derecho de propiedad. Como antes he dicho, unos y otros, jacobinos y **sans-culottes,** estaban de acuerdo en su hostilidad a la propiedad basada en el beneficio y en su defensa de una propiedad basada en el trabajo. Por ello querían mantener la propiedad dentro de límites estrechos: de aquí la legislación de los jacobinos, por ejemplo la ley sobre el reparto igual de la herencia, incluso en favor de los hijos ilegítimos, lo que traía consigo la investigación de la paternidad de forma retroactiva hasta 1789 (una ley enormemente atrevida para la época, que fue abolida por la reacción de Termidor); y también otra serie de leyes sobre el reparto de bienes nacionales en pequeñas parcelas, accesibles a todos, los préstamos a los voluntarios para la compra de bienes nacionales, y toda la legislación social de la Montaña destinada a multiplicar el número de pequeños propietarios. Pero existía una contradicción entre esta legislación y el mantenimiento de la libertad económica, del libre juego de las fuerzas económicas, que permitía la reconstrucción de las grandes propiedades, lo que obligaría a nuevas intervenciones del Estado, y así constantemente. Se ha dicho que, en esta situación, el legislador sería un nuevo Sísifo, dedicado a empujar continuamente su roca hasta la cumbre de la montaña, tras lo cual la roca caería de nuevo y Sísifo tendría que volver a empezar indefinidamente su trabajo.

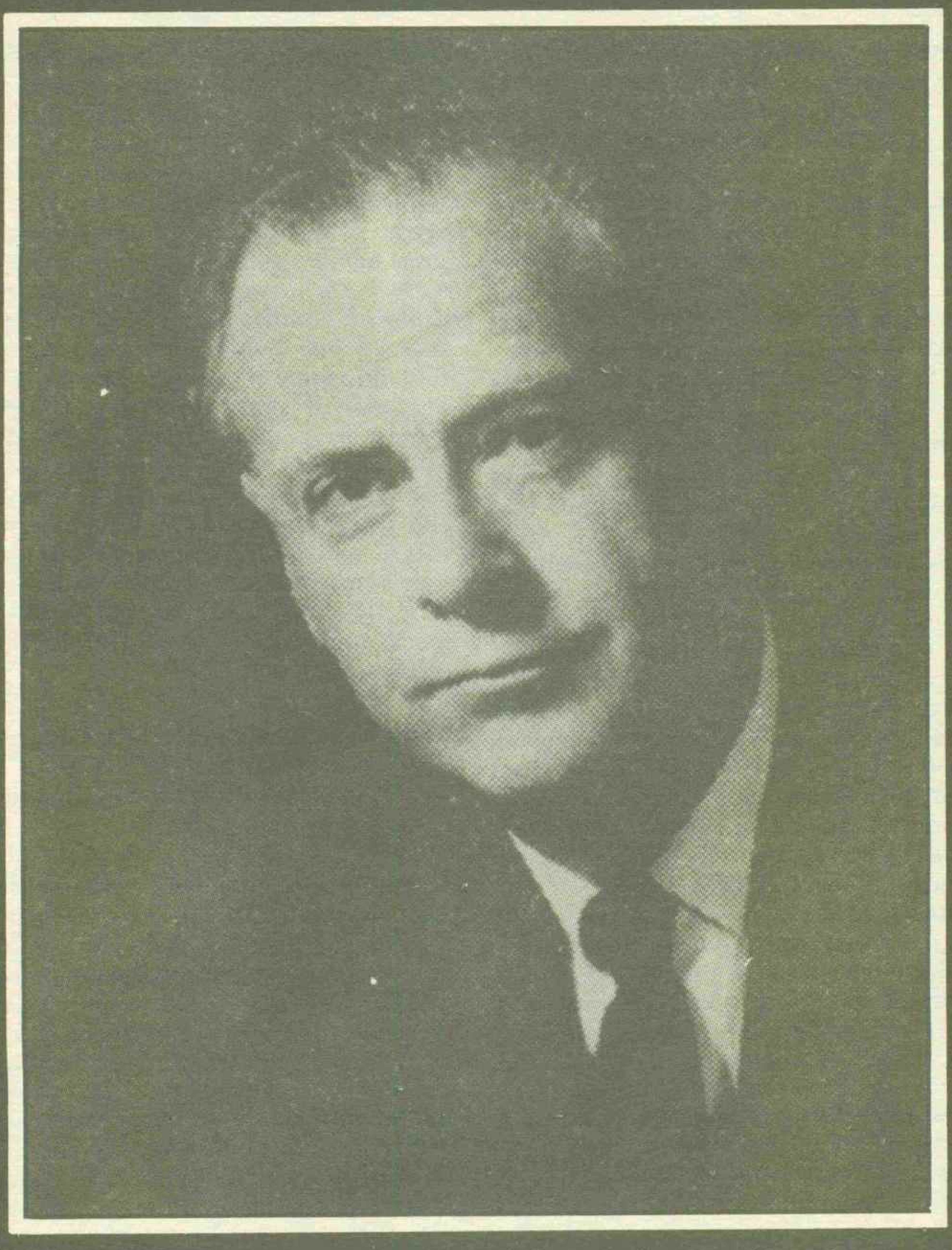
En el fondo, jacobinos y **sans-culottes** estaban de acuerdo en la función que Rousseau había atribuido al Estado en unos párrafos famosos del **Contrato Social:** «*Respecto a la igualdad, no hay que entender por esta palabra que los grados de poder y de riqueza sean absolutamente los mismos, sino que, en cuanto al poder, que esté por debajo de toda violencia y no se ejerza nunca sino en virtud del rango y de las leyes, y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea lo bastante opulento para poder comprar a otro, y ninguno lo bastante pobre para ser constreñido a venderse*». «*¿Queréis dar al Estado consistencia? Acercad los grados extremos cuanto sea posible; no permitáis ni gentes opulentas ni pordioseros (...). Precisamente porque la fuerza de las cosas tiende siempre a destruir la igualdad es por lo que la fuerza de la legislación debe tender siempre a mantenerla*». La «fuerza de las cosas» de que habla Rousseau corresponde evidentemente a las leyes económicas, es el resultado de una situación en la que la propiedad privada está limitada, pero donde, a pesar de todo, se mantiene la libertad económica, con todas sus consecuencias; por ello el legislador debe intervenir constantemente, y de aquí la comparación con Sísifo. Precisamente para romper esta contradicción, Babeuf defendió la comunidad de bienes y de trabajos, y aquí está su principal originalidad.

T. de H.—*Aparte de estas novedades en el terreno económico, ¿cuáles fueron las aportaciones originales de Babeuf en el campo de la estrategia política?*

A. S.—Al examinar las teorías políticas de Babeuf, conviene precisar que no sabemos si son las ideas precisas de Babeuf o las de Buonarrotti, que publicó en 1828, cuando estaba exilado en Bruselas, el libro sobre **La Conspiración de los Iguales.** Es difícil definir la paternidad estricta. De todas formas, hay cosas enormemente interesantes en el texto de Buonarrotti de 1828: tras el fracaso de las insurrecciones populares, Babeuf —o Buonarrotti— manifestó con toda claridad la idea de la necesidad de una etapa intermedia, durante la cual se pondrían en funcionamiento las nuevas instituciones, por lo que sólo tras esta etapa intermedia se entregaría la decisión al pueblo. Los textos son totalmente claros en este punto. Y precisamente a partir de ellos esta idea pasó a los escritos de Marx, y al Lenin de **El Estado y la Revolución.** ■ **M. R. - M. P. L.**

El legado de McLUHAN

Román Gubern



LA espectacular atención concedida por los medios de comunicación a la figura de Marshall McLuhan, con motivo de su fallecimiento en el último día del año 1980, ha puesto de relieve algunas de las grandes paradojas del que se puede ya denominar el «caso McLuhan».

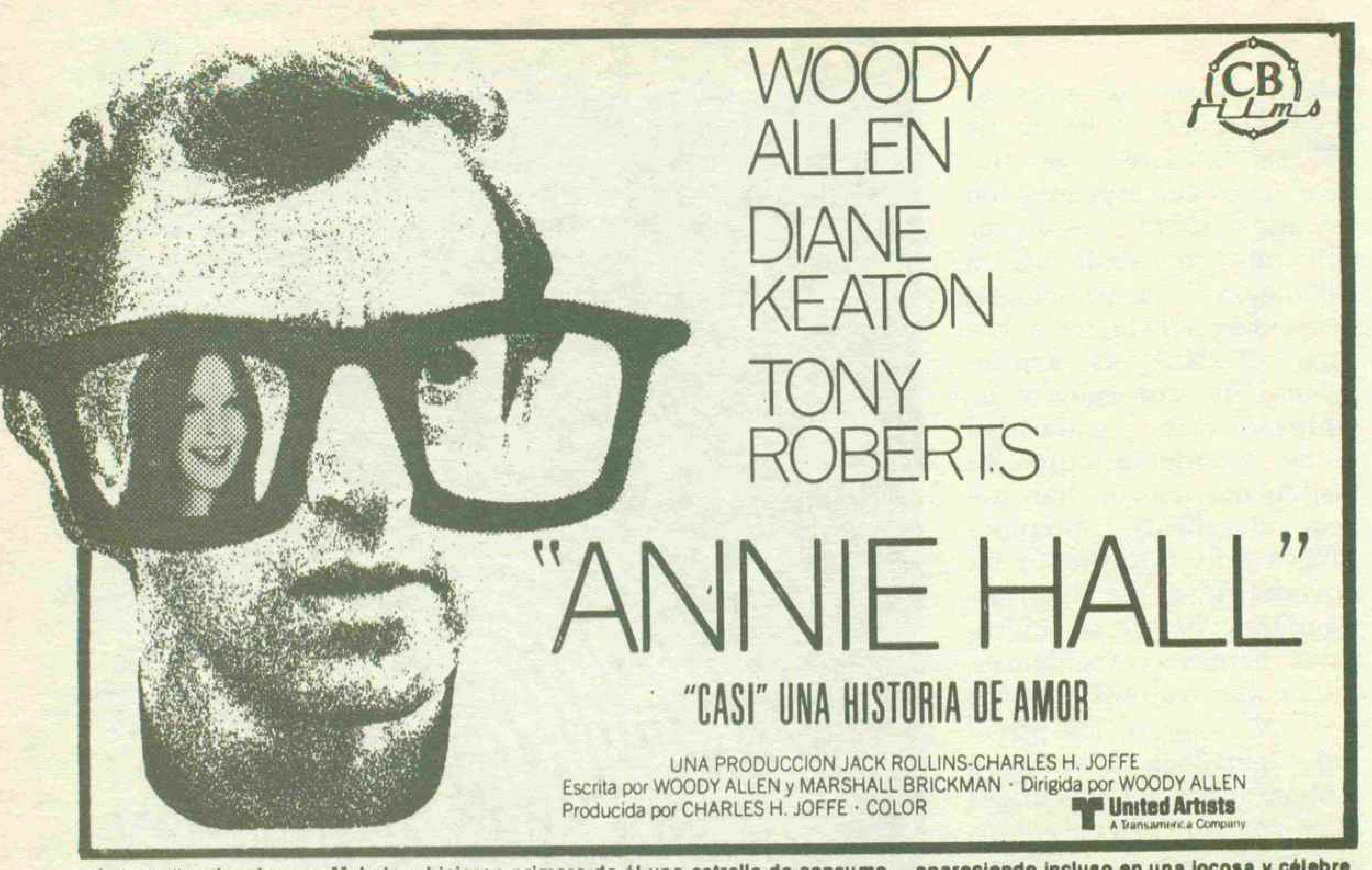
LA primera paradoja radica en el hecho de que un hombre cuya producción es una especulación teorética sobre fenómenos culturales, a caballo de la psicología, la antropología, la sociología, la historia y de otras disciplinas académicas, ha conseguido un **status** de vasta popularidad y de reconocimiento divístico del que no han gozado científicos contemporáneos más rigurosos e innovadores, a veces investigadores de áreas culturales vecinas o coincidentes, tales como Walter Benjamin o T. W. Adorno, los psicólogos Jean Piaget o Wolfgang Kohler, los sociólogos Edgar Morin o Paul F. Lazarsfeld, o el francés Jean Baudrillard, nombres que probablemente no dirían nada al lector medio de periódicos que conocía en cambio a McLuhan, si no a través de la lectura directa de su obra, al menos a través de divulgaciones tan sintéticas como poco fiables y popularizadas, cual el aserto **el medio es el mensaje.** Naturalmente, la razón fundamental del estrellato público de McLuhan derivó de la atención y del mimo con que le trataron los medios de comunicación de masas, justamente como contrapartida agradecida a la apología mesiánica de McLuhan a los modernos **mass media,** no empañada por ninguna crítica política o ideológica a los grandes centros de la Industria Cultural capitalista. De este modo, los **media** mimados por McLuhan hicieron primero de él una estrella de consumo —apareciendo incluso en una jocosa y célebre escena del film **Annie Hall,** de Woody Allen— y le rindieron un sonado homenaje a la hora de su muerte. Es, desde



Para McLuhan, «...todos los inventos humanos, desde la rueda a la electricidad, no son más que prolongaciones técnicas del sistema nervioso, de las facultades o del equipamiento corporal humano». (En la foto, una huella dactilar «descrita» por una computadora Siemens).

luego, un fenómeno atípico para quienes trabajan en el campo raramente goloso de la especulación teorética.

Pero acaso una segunda razón de la popularidad de McLuhan derive justamente de haber situado su obra al margen de las corrientes académicas establecidas, o implícitamente consideradas «ortodoxas», en los estudios de comunicología. McLuhan no se adscribió ni al neokantismo, ni al neopositivismo, ni al funcionalismo, ni a la tradición empírica de la sociología norteamericana, ni a la semiología, ni al campo de las teorías matemáticas de la comunicación... McLuhan, con su característico espíritu de provocación, se erigió en fundador aislado de una corriente de pensamiento, el **mcluhanismo,** que no deja discípulos, ni puede dejarlos. Su cosmovisión se agota en su sugerente obra-mosaico, tejida por un zigzag de observaciones penetrantes y de agudos comentarios, y se cierra definitivamente con su muerte. Es, para los historiadores de las teorías de la comunicación, un personaje decididamente incómodo e inclasificable, una especie de arrogante Robinsón Crusoe de la comunicología. Con la particularidad de que, a diferencia de los estudios universitarios, meticulosos, metódicos y monográficos de la tradición académica, que se prestan mal a una divulgación compacta, sintética, digerible y atractiva, toda la obra de McLuhan está escrita desde el nivel de la divulgación más seductora y con una profusión de fáciles eslogans y de provocadores paradigmas —**el medio es el mensaje,** la **aldea**



«Los media mimados por McLuhan hicieron primero de él una estrella de consumo —apareciendo incluso en una jocosa y célebre escena del film «Annie Hall», de Woody Allen— y le rindieron un sonado homenaje a la hora de su muerte». (Cartel publicitario de la película «Annie Hall», en la que Marshall McLuhan interpreta su propio personaje).

global, los medios **fríos** y **calientes**— de gran eficacia publicitaria y que se han incorporado con extraordinaria facilidad al acervo social de conocimientos comunes a grandes masas de personas. Creemos que este es otro dato a retener para explicar la extraña, por atípica, popularidad de este pensador canadiense.

Sin embargo, la originalidad de McLuhan es sólo relativa, y él mismo ha reconocido su deuda hacia algunas contribuciones científicas previas que han fundamentado los pilares centrales de sus teorías, como las de Harold A. Innis y de Edward T. Hall. Esto suele ser normal en la trayectoria de todo pensador o científico y no se puede convertir en una recriminación hacia McLuhan. Por otra parte, adoptando puntos de partida ajenos, llegó a veces a desarrollos teóricos y a conclusiones que rebasaban ampliamente, en audacia y originalidad, a los elementos que tomó prestados. De las dos facetas que se engloban en la teorización de McLuhan —la historia y la prospectiva de la comunicación social—, es la primera la que arroja un mayor saldo de deudas culturales, mientras que la utopía futurista de la arcadia electrónica debe más a sus propias facultades de visionario, si bien tal utopía es rigurosamente consecuente con la valoración de aquellas premisas históricas previas.

Aclaremos que la formación científica de Mc Luhan se desarrolló dentro de los cánones más tradicionales de las pautas académicas y humanistas anglosajonas. Nacido en Edmonton, en la provincia canadiense de Alberta, el 21 de julio de 1911, ya a los diez años construía receptores de radio de detección por galena, para penetrar en la novísima galaxia Marconi, que proporcionaba gratos programas de música a sus oyentes. Este interés temprano por la tecnología se plasmó en su primera decisión de estudiar ingeniería, materia que trocó finalmente por la literatura inglesa, que estudió en el Trinity College de Cambridge (Inglaterra). Su interés por la riqueza lingüística y expresiva de Joyce, personaje frecuentemente evocado en sus ensayos, le llevó a indagar en las raíces del simbolismo literario hasta llegar a las parodias estilísticas del escritor isabelino Thomas Nashe (¿1567-1601?), cuyo talento satírico había brillado desde su primer libro, **La anatomía del absurdo** (1588). Al estudio de este escritor relativamente poco conocido dedicó McLuhan su tesis doctoral (1942), que no sería publicada hasta 1970, cuando McLuhan era ya una estrella en el firmamento intelectual anglosajón. Luego ejercería como profesor de literatura medieval y renacentista en

los Estados Unidos (Universidades de Saint Louis y de Wisconsin) y en Canadá (Universidad de La Asunción, Windsor, Ontario, y Universidad de Toronto). Experto en la antigua y acreditada cultura literaria **highbrow,** a mediados de los años cuarenta la sensible receptividad de McLuhan empezó a ser atraída por los nuevos fenómenos de la cultura de masas, en una civilización cuyo ecosistema cultural estaba por entonces dominado por la radio, por los comics, por la publicidad y por el cine. Bajo este nuevo interés escribió su primer libro, titulado **The Mechanical Bride. Folklore of Industrial Man,** publicado en 1951, y que en su época pasó totalmente inadvertido. Sin embargo, este texto, publicado en Buenos Aires en castellano en 1967, exhibe ya la perspicacia y el ingenio mcluhaniano al definir a nuestro automóvil, fetiche de la sociedad industrial, como nuestra «novia mecánica».

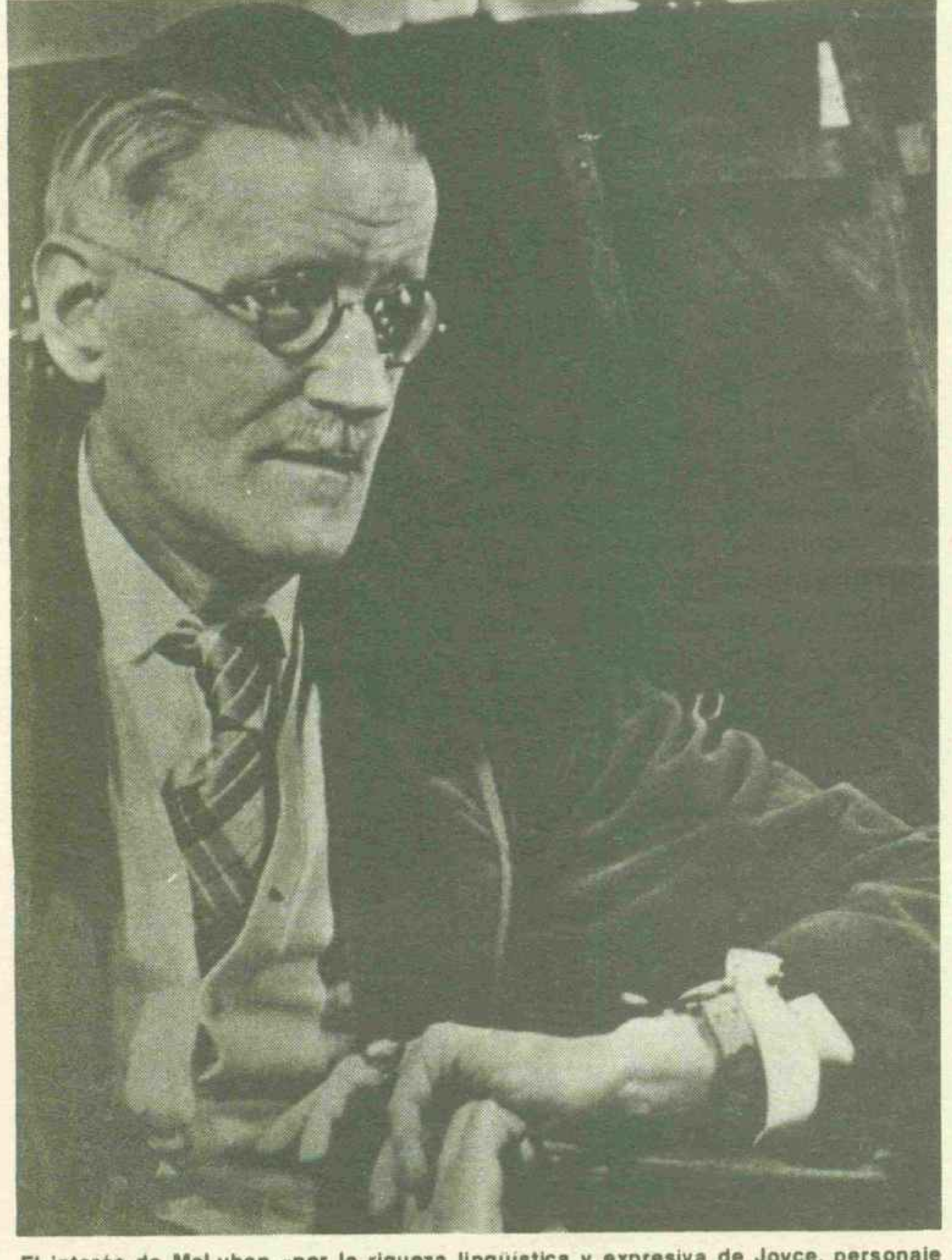
El año 1951 fue, pues, un año clave en la inflexión de la carrera de McLuhan como investigador y pensador. Antes de escribir **La novia mecánica** —declararía años después a Eric Norden—, «equiparaba la revolución industrial al pecado original y los medios de comunicación de masas a la caída». Con esta metáfora moralista, impregnada de fundamentalismo protestante, McLuhan se autodescribía muy bien como el erudito elitista interesado únicamente por los productos de la **alta cultura** académicamente legitimada y despectivo hacia ese **folklore del hombre industrial.** Pero en 1951 conoció también McLuhan al economista canadiense Harold A. Innis, autor de textos tan fundamentales (y hoy tan poco valorados) como **The Bias of Communications** y **Empire and Communication,** de donde McLuhan extraería, como él mismo ha confesado, las ideas germinales de **La galaxia Gutenberg.** Pero antes, decididamente polarizado por los estudios de comunicología, McLuhan había recibido una beca para el Seminario de Cultura y Comunicaciones de la Fundación Ford. Para dar salida a los materiales de debate y de reflexión generados en tal seminario, McLuhan y el antropólogo Edmond Carpenter fundaron la revista elocuentemente titulada **Explorations,** que publicó nueve números entre 1953 y 1959, en los que vieron la luz interesantes trabajos sobre comunicación verbal (oral y escrita), sobre comunicación táctil y visual y sobre los nuevos lenguajes producidos por los medios electrónicos. Una selección de estos artículos fue publicada en el libro **Explorations in Communication** (1960), volumen que constituyó precisamente la primera traducción mcluhaniana en España, por indicación mía, traducción que su editor barcelonés tituló **El aula sin muros** (1968), por ser el título de uno de los artículos de McLuhan incluidos en el libro, y para el que redacté una introducción que creo fue exactamente esto, la primera «introducción» a McLuhan en el mercado de lengua castellana.

Después de esta estimulante antología, que definía ya claramente la zona de interés teórico de McLuhan, publicó en 1962 uno de sus títulos fundamentales y que le haría famoso de la noche a la mañana: **The Gutenberg Galaxy: the Making of Typographic Man,** traducido en 1969 al castellano con el título **La Galaxia Gutenberg: génesis del homo typographicus.** Haciendo gala de una erudición abrumadora y que será característica, McLuhan explicaba en su libro, con desparpajo y brillantez, cómo la adopción por parte del hombre de la tecnología comunicativa del alfabeto fonético le hizo pasar del estadio acústico al visual, estableció una ordenación lineal y secuencial de la comunicación, produjo la destribalización humana e inició una revolución intelectual y sensorial que culminó con la aparición de la imprenta, matriz histórica del **homo typographicus.** La imprenta contribuyó a acelerar el declive de la comunicación audiotáctil en el hombre, pero tuvo efectos sociales gigantescos: se potenció el conocimiento científico, así como su acumulación y difusión; la cultura se convirtió en mercancía, susceptible de ser producida mecánicamente (creando las primeras cadenas de montaje), vendida, comprada y conservada; nació la noción de autor individualizado; uniformó y codificó las diversas lenguas nacionales, reforzando a la vez el poder político central; pero a la vez la lectura privada creó la noción filosófica del Yo, origen del individualismo occidental, y la meditación aislada de la Biblia generó la discrepancia protestante... Toda una enorme estela de consecuencias sociopolíticas y culturales derivó de la instauración de la era gutenbergiana. A McLuhan le preocupó especialmente la mutilación que el libro impreso impuso a su capacidad

de comunicación audiotáctil, propia de la era prealfabética y tribal. Pero he aquí que la aparición de la electricidad inició una nueva revolución tecnológica, en la que Marconi canceló con su invento de la radio la hegemonía de la era gutenbergiana y abrió un proceso de recuperación de la vieja comunicación auditiva.

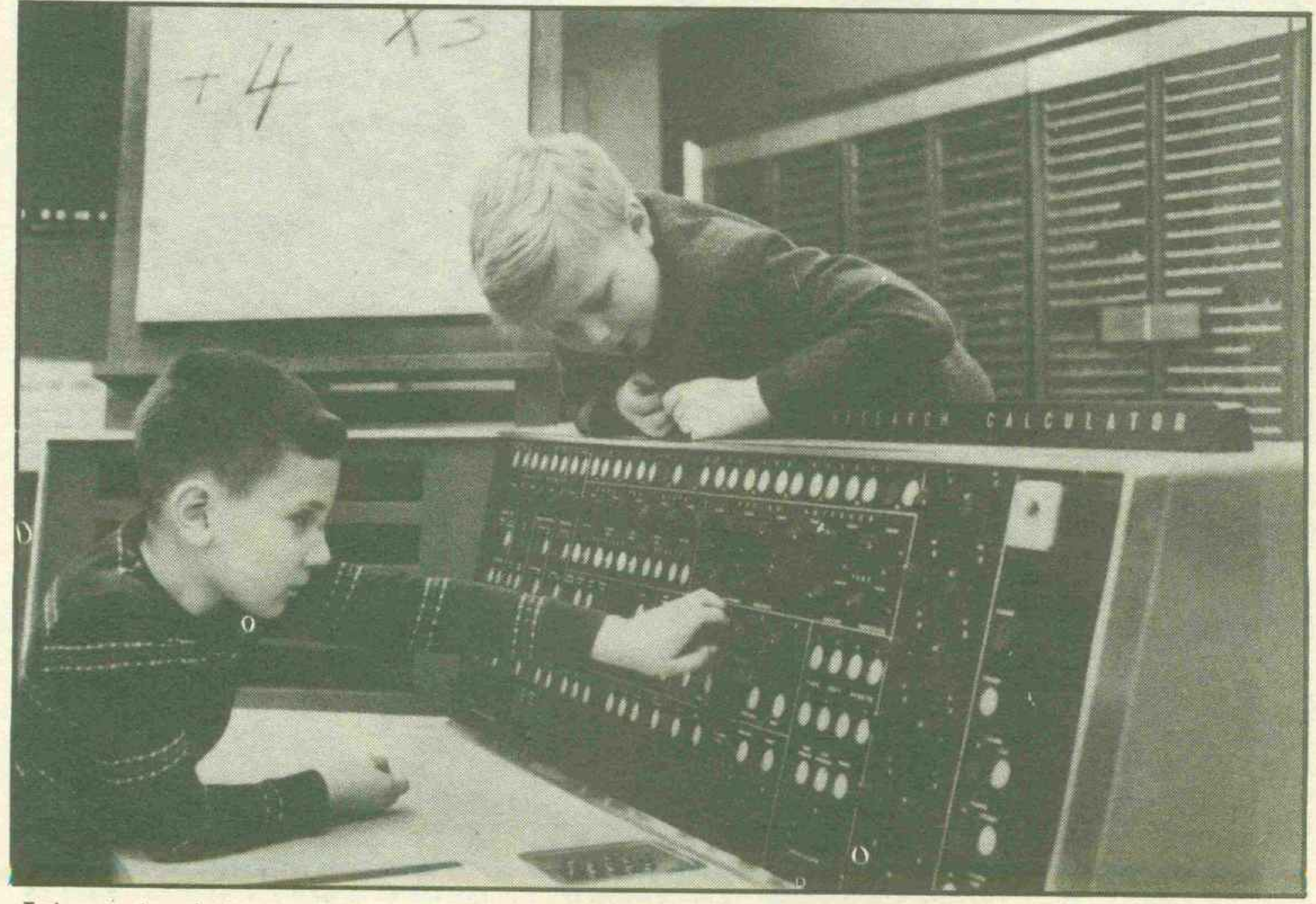
Con su impresionante caudal de citas —**La Galaxia Gutenberg** es prácticamente un **collage** de citas ajenas inteligentemente articulado por McLuhan—, este libro básico y provocador hizo nacer lo que en adelante se denominará de modo irreversible el **mcluhanismo.** Dijimos antes que McLuhan no penetró con su libro en una zona teórica virgen y que algunas de sus observaciones cruciales proceden de otros autores precursores. Pero no se ha señalado, en cambio, que el teórico marxista húngaro Béla Balázs se ocupó de algunas de las obsesiones mcluhanianas en fecha tan temprana como 1924, en su libro crucial **Der schitbare Mensch, oder die Kultur des Films (El hombre visible, o la cultura cinematográfica).** En este libro acusaba también Balázs a la imprenta, con un acento diferente al de McLuhan, por haber convertido al rostro humano en **invisible.** Según Balázs, «el espíritu **visible** (de la era pregutenbergiana) se convirtió en el espíritu **legible** y de la cultura visual se pasó a la cultura conceptual». Pero, concordando esta vez con McLuhan, Balázs admite que la revolución de los nuevos medios, y del cine muy en particular, ha devuelto al hombre su condición cultural de **ser visible.** Obviamente McLuhan no conocía, pues no lo cita, a este importante teórico precursor que vino a anticipar parcialmente y a complementar las futuras tesis mcluhanianas.

Al clamoroso éxito de **La Galaxia Gutenberg** siguió, dos años después, su segundo (y último) libro fundamental, que completó y perfeccionó las aportaciones de su volumen anterior: **Understanding Media. The Extensions of Man** (traducción mexicana: **La comprensión de los medios como las extensiones del hombre,** 1969). La tesis central de este libro era la afirmación de que todos los inventos humanos, desde la rueda a la electricidad, no son más que prolongaciones técnicas del sistema nervioso, de las facultades o del equipamiento corporal humano, tesis que había sido avanzada ya por el antropólogo Edward T. Hall en **The Silent Language** (1959). Así, la rueda no es más que un perfeccionamiento de la función del pie, que ha permitido el desarrollo de sistemas de transporte (carros, ferrocarril, automóvil, autopistas, etc.); el martillo no es más que una prolongación del puño y de su capacidad de impacto han derivado los proyectiles de las armas de fuego; el cuchillo, el hacha,


El interés de McLuhan «por la riqueza lingüística y expresiva de Joyce, personaje frecuentemente evocado en sus ensayos, le llevó a indagar en las raíces del simbolismo literario...». (En la fotografía, el escritor irlandés James Joyce).

la sierra y otros instrumentos cortantes son prolongaciones de los dientes y de las uñas; la extensión del oído es el telégrafo, la grabación de sonido (gramofónica y magnetofónica) y la radio; la ropa y la vivienda son extensiones de la piel, del mismo modo que las máquinas calculadoras y computadoras son extensiones del cerebro humano. Algunas de estas extensiones han desempeñado un papel crucial en la historia de la comunicación interpersonal y social y han acarreado consecuencias colectivas tremendas. Tal ha ocurrido con la escritura fonética, que McLuhan retoma de su libro anterior para completar sus puntos de vista: «El alfabeto —escribe esta vez McLuhan— significa poder y autoridad, amén de un control indirecto sobre la máquina militar. En combinación con el papiro, el alfabeto significó el fin de la hegemonía de los templos y del monopolio cultural de los sacerdotes. En contraposición a la escritura prealfabética, con sus innumerables signos de difícil asimilación, el alfabeto podía ser comprendido en unas pocas horas. El dominio de un conocimiento de tanto alcance y de un arte tan complicado como debió ser la escritura prealfabética sobre objetos tan duros como el ladrillo y la piedra, aseguraba a la casta de escribientes un monopolio del poder sacerdotal. El alfabeto, más fácil de aprender, y el papiro, liviano, barato y transportable, hicieron que el poder pasara de la clase sacerdotal a la clase guerrera».

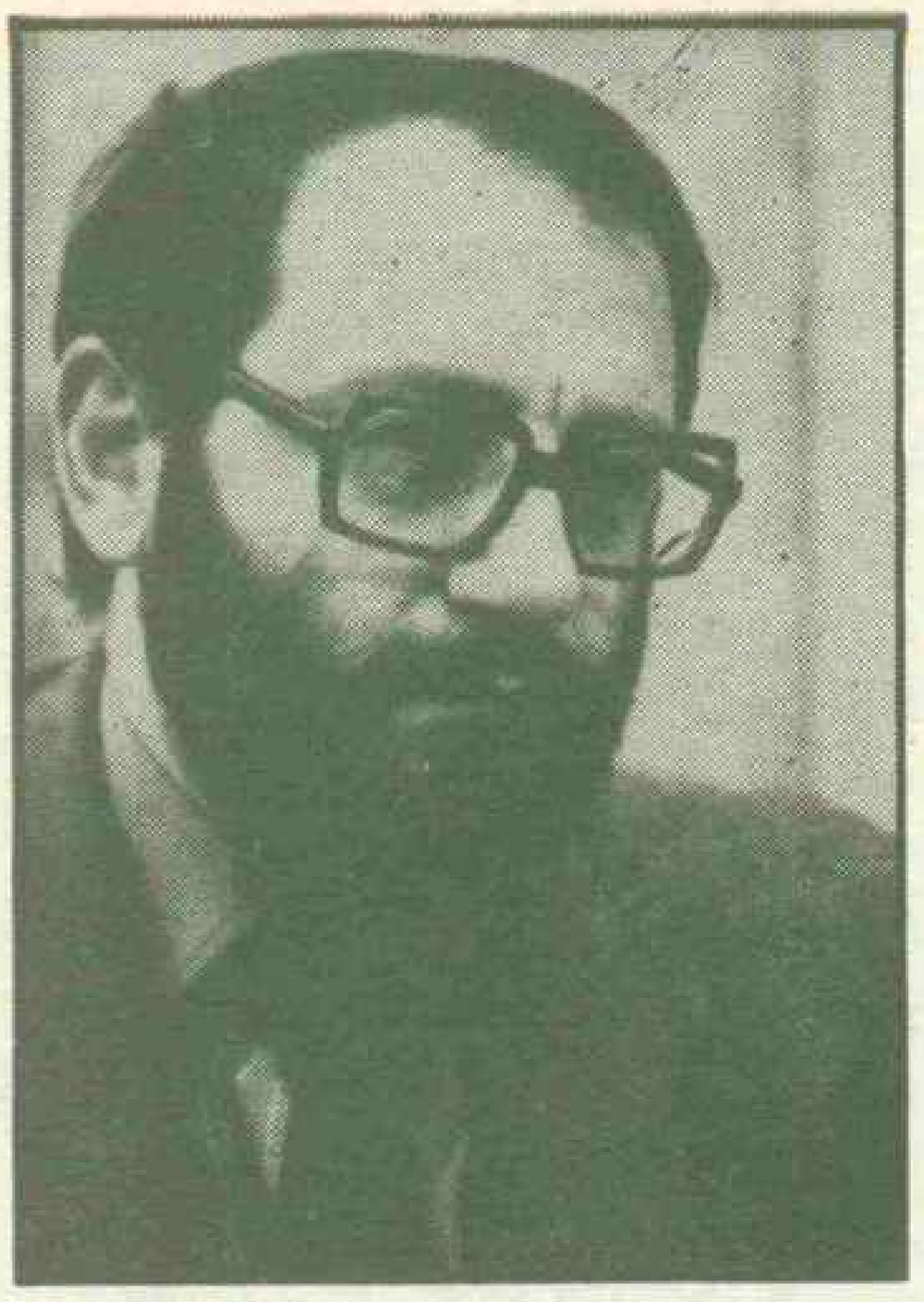
El invento del alfabeto señala el primer hito de las tres grandes eras comunicacionales en que se divide la historia de la humanidad: la Era Prealfabética, la Era Tipográfica y la Era Electrónica. En la primera, el hombre tribal vivía en armonía sensorial con la naturaleza, sin privilegiar a ninguno de sus sentidos. El invento del alfabeto fonético destribalizó al hombre y creó al especimen llamado «civilizado», al hombre visual y lineal-secuencial, que con el invento de la imprenta impuso cuatro siglos de hegemonía visual. Finalmente, en la Era Electrónica, colocada bajo la hegemonía audiovisual de la televisión, se produce una optimista y eufórica (para McLuhan) simbiosis de las ventajas de las otras dos Eras, en un proceso de retribalización electrónica y de nuevo equilibrio sensorial. Esta es la esencia de la cosmovisión mcluhaniana, que irá perfeccionando y completando sucesivamente con su metáfora de la **aldea global,** utopía electrónica de una



«Toda nueva tecnología necesita de una nueva guerra». (Aforismo de Mc Luhan, escrito en su «juguete verboicónico» titulado «Guerra y Paz en la Aldea Global»).

humanidad feliz retribalizada y aldeanizada por la abolición de las barreras del espacio y del tiempo (instantaneidad y simultaneidad) que consiguen los medios electrónicos. Naturalmente, esta visión geoarcádica ignora en todo momento los sistemas transnacionales de dominación comunicativa, los oligopolios de la Industria Cultural multinacional que, con el acopio de datos aportados por comunicólogos críticos como Mattelart o Schiller, despedazan implacablemente el optimismo de la **aldea global** mcluhaniana.

En **Understanding Media** acuñó también McLuhan el celebérrimo aforismo **el medio es el mensaje.** Este controvertido aserto, que fue el título del primer capítulo de su libro, no carecía de veracidad ni de oportunidad, sobre todo ubicado en la fecha de su enunciación. En un momento en que los estudios sobre comunicación social aparecían dominados por la obsesión norteamericana del ***content analysis*** (análisis de contenido), McLuhan recordó pertinentemente la importancia de la relación técnica y psicológica entre el mensaje y su destinatario, su modo de recepción y consumo, cuyas consecuencias psicosociales son enormes. Todo el mundo sabía que no era lo mismo leer un libro en la intimidad que contemplar un programa de cine en una sala llena, pero nadie había formulado de forma tan categórica (y tan provocadora) esta diferencia esencial que hace que cada medio genere efectos específicos en sus destinatarios. Por eso, con una enfática y extremista subvaloración del **contenido,** o de lo que tradicionalmente se consideraba como **contenido** de un mensaje, McLuhan reivindica la prioridad de la **modalidad** comunicativa. Las lecciones

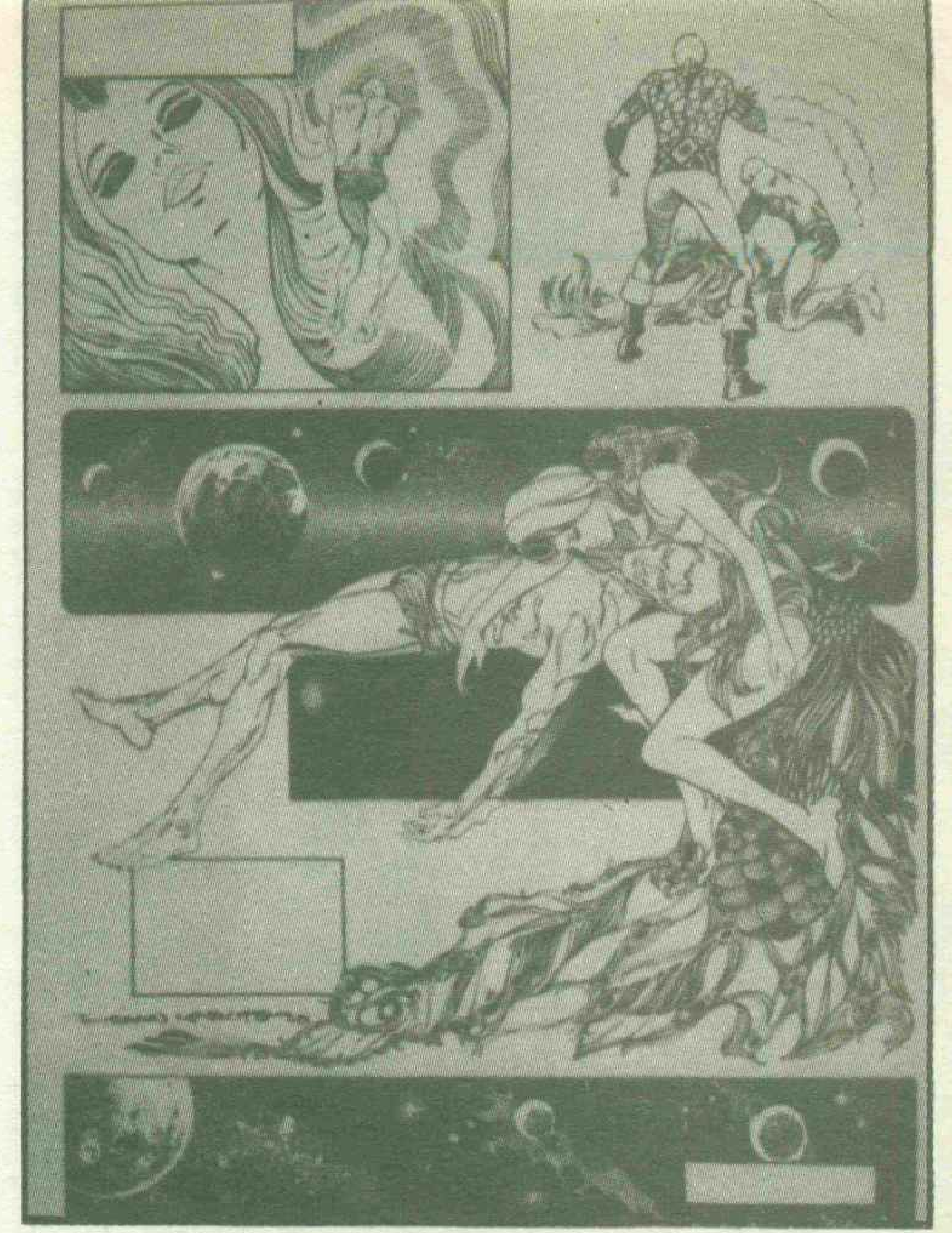


«Leed a McLuhan; pero intentad luego contarlo a vuestros amigos —dice Umberto Eco—. Así os veréis obligados a seguir un orden y despertaréis de la alucinación». (En la foto, Umberto Eco).

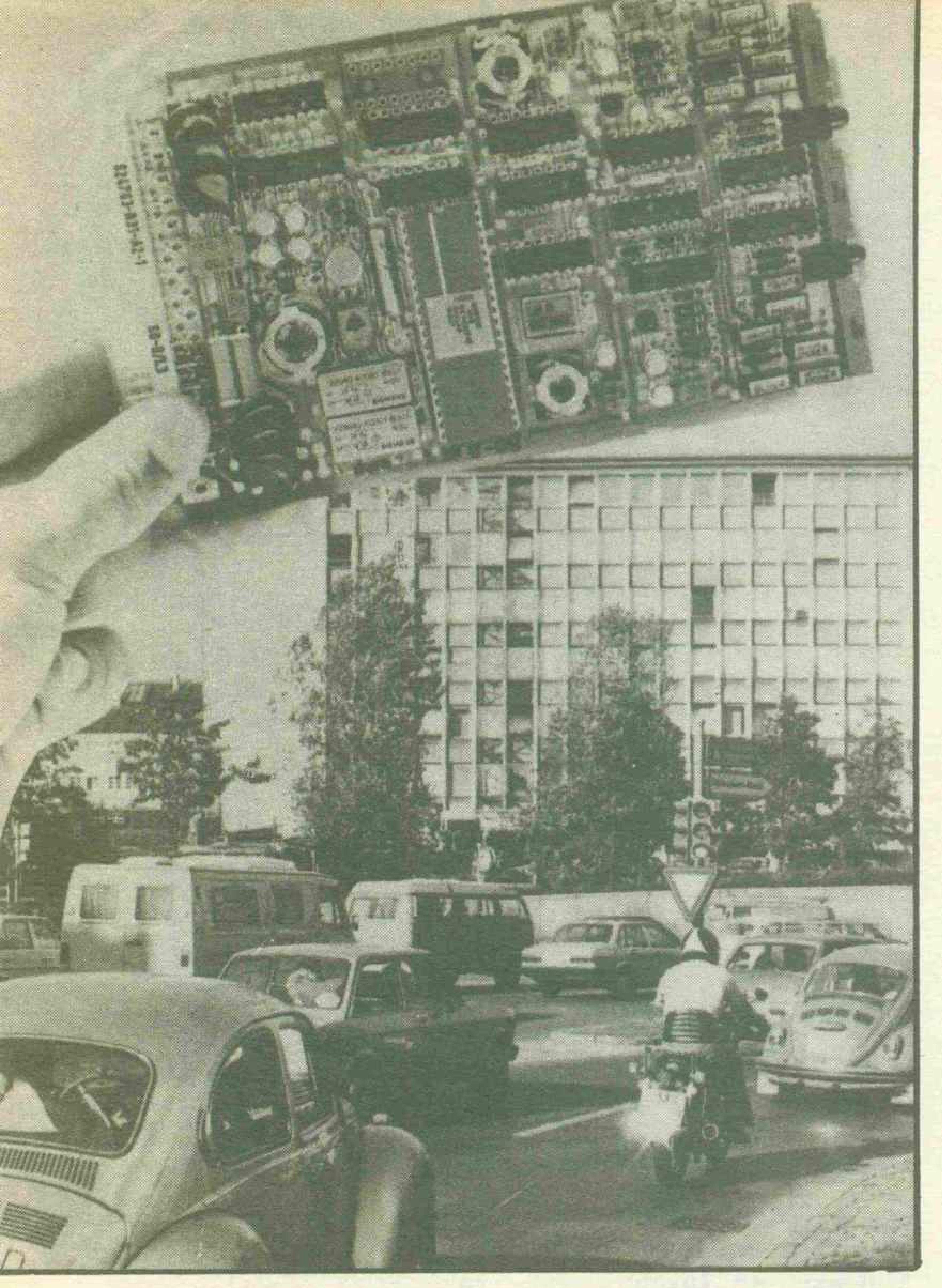
«Un medio caliente es —para McLuhan— aquel que extiende un único sentido en "alta definición". **Alta definición es el estado de plenitud de datos». (El objetivo de este aparente juego de rayos luminosos, que aparece en la fotografía, es la transmisión de comunicaciones con luz láser por fibras de vidrio finas como cabellos. El experimento viene desarrollándose en los laboratorios Siemens de Munich).**

que pueden extraerse de este aserto no han sido enteramente aprendidas por los profesionales de la comunicación de masas, que articulan muchas veces sus mensajes olvidándose de la especificidad peculiar de cada medio. Por lo que atañe a su alcance conceptual, las cinco palabras de este terrorista aforismo mcluhaniano derribaban de un irreverente plumazo la tradición teorética de los estudios de comunicología, desde el famoso paradigma de Harold D. Lasswell (**quién** dice **qué**, por **qué canal**, a **quién** y con **qué efectos**) hasta el clásico circuito comunicacional diseñado por los ingenieros Claude E. Shannon y Warren Weaver (fuente - transmisor - señal - receptor - destinatario). Cuando McLuhan afirma que **el medio es el mensaje** o que «el sentido —el contenido— de cualquier medio de comunicación es el receptor», derriba de golpe cuatro décadas de teorización sobre la comunicación social. Pero el provocador y asistemático McLuhan no siempre será consecuente con su famoso aforismo. Así, por ejemplo, cuando años más tarde afirme que la guerra de Vietnam tuvo que terminarse porque los norteamericanos no pudieron soportar ver en sus propios hogares, gracias a la televisión, la muerte de sus hijos o hermanos, se está refiriendo al **contenido** del mensaje (la muerte de jóvenes norteamericanos) tanto como a la modalidad de la comunicación (la televisión doméstica).

La consecuencia del aforismo **el medio es el mensaje** es su posterior reformulación ingeniosa en **el medio es el masaje.** Este es el tema de un sofisticado **non-book** (así lo llamó McLuhan) titulado **The Medium is the Massage. An Inventory of Effects** (1967), juguete verboicónico manufacturado con la colaboración de Quentin Fiore. Aquí se desarrolla de forma muy gráfica una especie de vademecum de la cosmovisión comunicacional mcluhaniana, iniciándose así su producción de libritos secundarios o francamente divulgadores en relación con su fundamental aportación anterior, que constituye el **corpus magnum** de su carrera. La tesis masajista propuesta esta vez por McLuhan es la siguiente: «Todos los medios nos vapulean minuciosamente. Son tan penetrantes en sus consecuencias personales, políticas, económicas, estéticas, psicológicas, morales, éticas y sociales, que no dejan parte alguna de nuestra persona intacta, inalterada, sin modificar. El medio es el masaje. Ninguna comprensión de un cambio social y cultural es posible cuando no se conoce la manera en que los medios funcionan como ambientes». Justamente, de este conocimiento penetrante que de la acción de los medios tenía McLuhan derivó su famosa tipología, que los divide en medios fríos y calientes en su segundo capítulo de **Understanding Media.** La temperatura de cada medio, para McLuhan, depende de la densidad y riqueza **(definición)** de la información transmitida y, en



«La temperatura de cada medio, para McLuhan, depende de la densidad y riqueza (definición) **de la información transmitida y, en consecuencia, del grado de participación de su destinatario... Una caricatura es "baja definición", simplemente porque proporciona poca información visual. Una fotografía es, visualmente, "alta definición"».**



«Ninguna comprensión de un cambio social y cultural es posible cuando no se conoce la manera en que los medios funcionan como ambientes». (En la fotografía, un microprocesador capaz de controlar las instalaciones de semáforos en todas las situaciones de tráfico imaginables).

consecuencia, del grado de participación de su destinatario. Dejemos la palabra a McLuhan: «Hay un principio básico que distingue un medio caliente como la radio de uno frío como el teléfono, o un medio caliente como el cine de uno frío como la televisión. Un medio caliente es uno que extiende un único sentido en 'alta definición'. Alta definición es el estado de plenitud de datos. Una fotografía es, visualmente, 'alta definición'. Una caricatura es 'baja definición', simplemente porque proporciona poca información visual. El teléfono es un medio frío, o de baja definición, porque el oído recibe una escasa cantidad de información. Y la palabra es un medio frío, o de baja definición, porque el oído recibe una escasa cantidad de información. Y la palabra es un medio frío de baja definición, porque ofrece tan poco y tanto ha de ser completamente por quien escucha. Por otra parte, los medios calientes no dejan mucho para ser llenado o completado por el público. Los medios calientes son, por lo tanto, bajos en participación, y los medios fríos altos en participación o complemento por parte del público. Naturalmente, en consecuencia, un medio caliente como la radio tiene efectos muy diferentes sobre el usuario que un medio frío como el teléfono».

Este énfasis en la valoración y en las implicaciones psicológicas de las características técnicas de cada medio, unido al aparente apoliticismo del discurso teórico de McLuhan, allanó el camino a toda clase de críticas **ideológicas,** especialmente de los comunicólogos europeos, herederos en diferente medida de una tradición teórica marxista reelaborada por la Escuela de Frankfurt. En España, el título de un libro duramente crítico de J. M. Bermudo, **El macluhanismo, ideología de la tecnocracia** (1974), constituyó una etiqueta muy generalizada en las valoraciones del pensador canadiense. Era flagrante, por otra parte, el silencio de McLuhan sobre la dominación económico-política de los grandes medios de comunicación de masas, es decir, sobre el imperialismo y el colonialismo comunicativos en el mundo moderno. Así como su silencio acerca del consumismo y de la alienación social inducidos por la publicidad comercial vehiculada por los medios de comunicación. Su antimarxismo militante le llevaba también a ignorar prácticamente todo de los movimientos revolucionarios contemporáneos. Por ejemplo, en una entrevista que tuve con él en 1975, le pregunté cómo valoraba la influencia decisiva de un arcaico mensaje gutenbergiano (el libro **Portugal y**

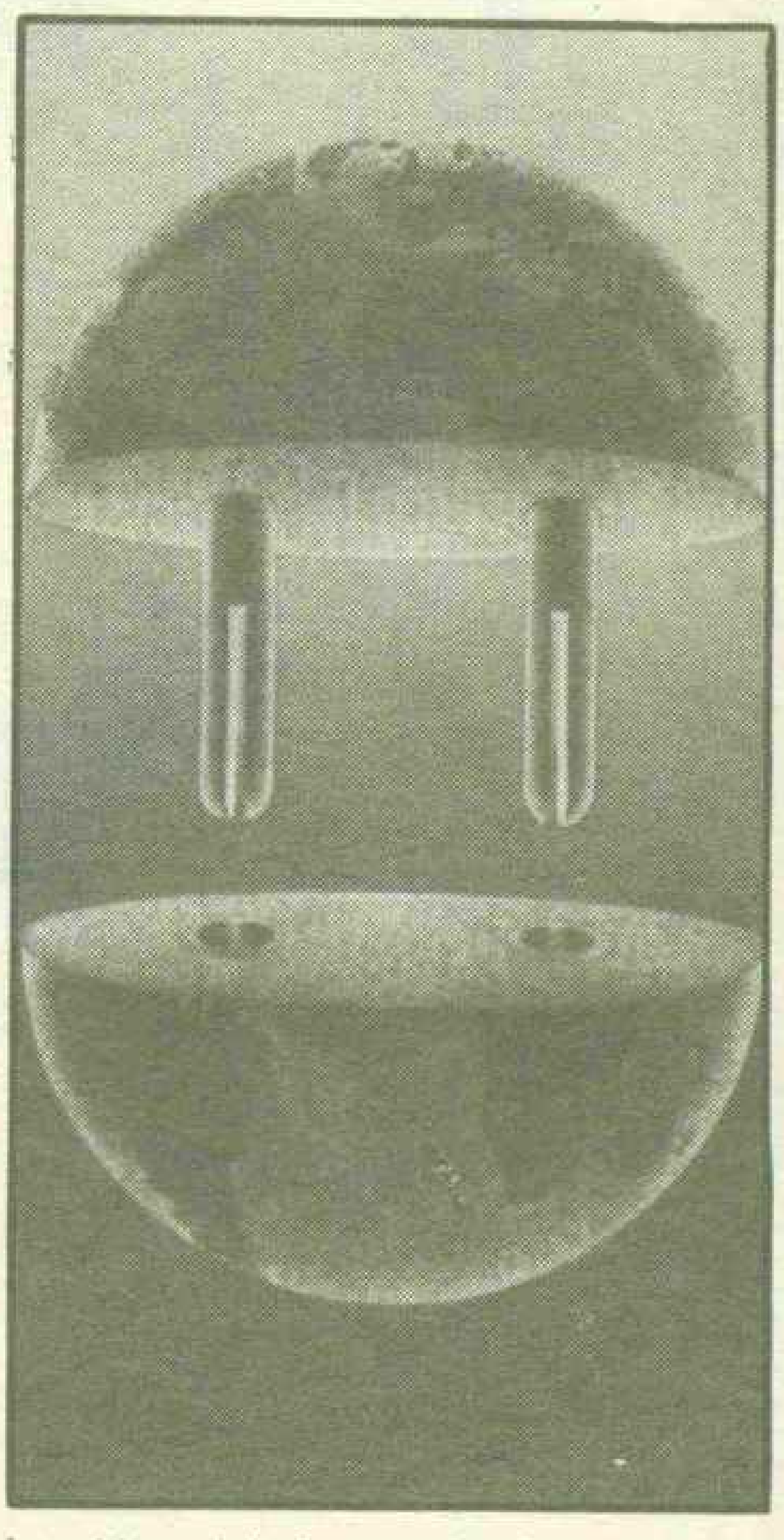
su futuro, del general Spínola) en la génesis de la revolución portuguesa de 1974. Dando muestras de desconocer absolutamente la naturaleza del Portugal salazarista-caetanista, McLuhan aventuró la explicación de que acaso la revolución portuguesa fue más bien consecuencia de las imágenes televisivas de las crueles guerras coloniales. Obviamente, McLuhan no sabía que en el Portugal fascista —a diferencia de los USA en la guerra de Vietnam— las «imágenes crueles» de las guerras coloniales estaban rigurosamente suprimidas de las telepantallas estatales. Las aristas reaccionarias de McLuhan eran, desde luego, numerosas y muchas de ellas emergieron chirriantemente en otro de sus **non-books,** el juguete verboicónico titulado **War and Peace in the Global Village** (1971). De este libro procede el escalofriante aforismo «Toda nueva tecnología necesita de una nueva guerra», tras el que yace agazapada e inconfesa la necesidad de expansión económica y de beneficios, al precio que sea, de toda industria naciente en el mundo capitalista.

El carácter curiosamente reaccionario de este apóstol del progreso y del futuro electrónico se entremezclaba con su catolicismo tardío y medievalizante. Algunos biógrafos suyos señalan que fue la influencia del escritor católico G. K. Chesterton, a través de su libro **What is Wrong with the World (Qué funciona mal en el mundo)**, la que determinó su conversión religiosa. En cambio, en nuestro encuentro en 1975, cuando le inquirí sobre este asunto, me dio una explicación completamente diversa. Se había puesto a estudiar, explicó, los textos filosóficos de santo Tomás de Aquino para descubrir cuál era su teoría sobre la comunicación humana. Cuando acabó su prolongada lectura había descubierto que santo Tomás jamás se ocupó de tal materia, pero en cambio McLuhan se había convertido al catolicismo, y no tardaría en ser nombrado asesor del Vaticano en asuntos de comunicación social.

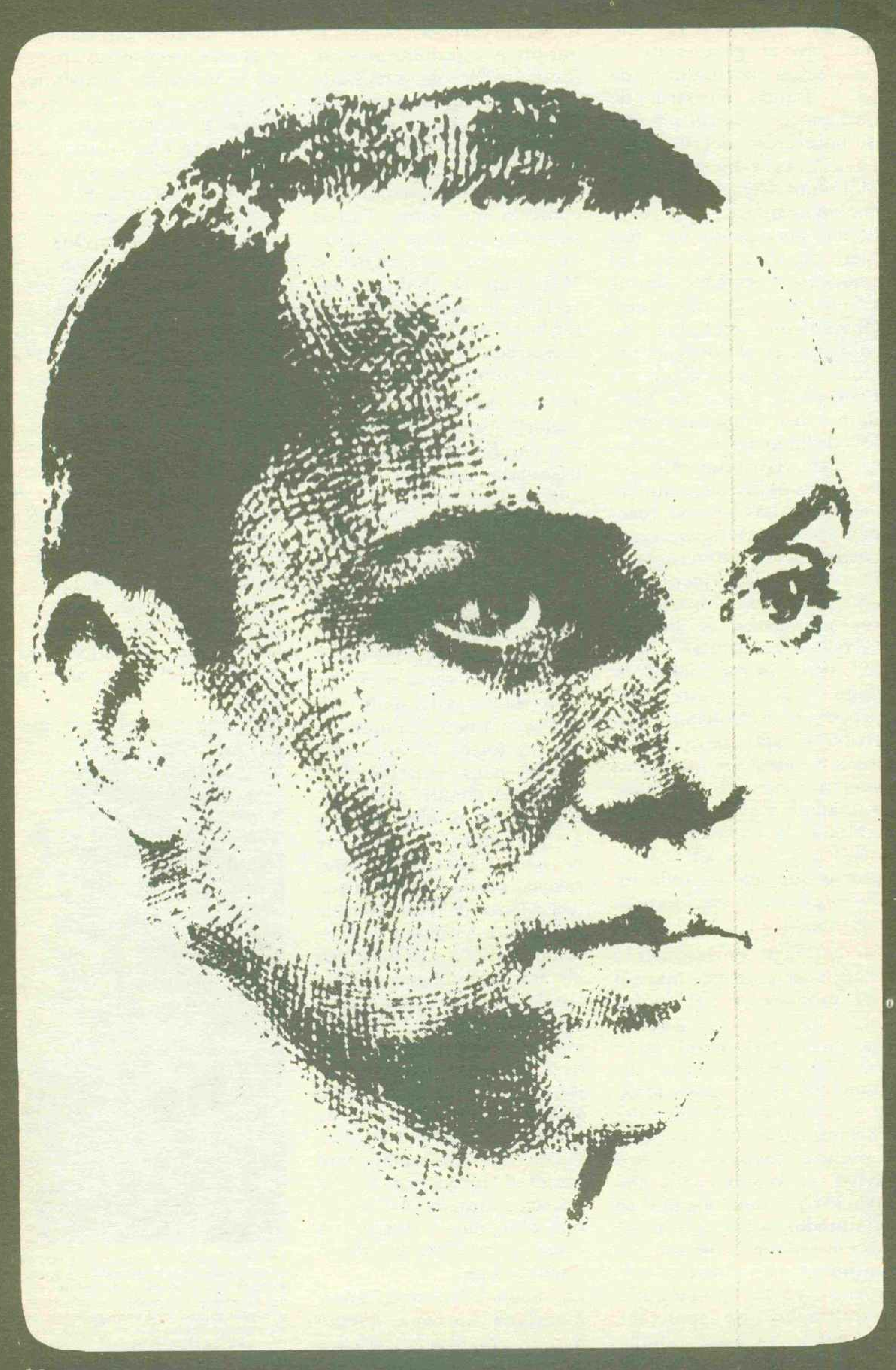
Tal vez la crítica más característica y divulgada hecha a McLuhan desde la **intelligentzia** europea de izquierdas procede de Umberto Eco, en su texto gráficamente titulado **El «cogito interruptus»,** incluido en su libro **Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas.** En él, otro estudioso de santo Tomás (la tesis doctoral de Eco versó sobre las ideas estéticas del santo) critica severamente su metodología y forma de argumentación, pero concediéndole alguna atenuante: «¿Es científicamente productivo leer a McLuhan? —escribe Eco—. Cuestión embarazosa, porque no se puede leer a la luz del buen sentido académico a alguien que escribe cánticos a la hermana electricidad. ¿Habrá algo fecundo bajo este persistente delirio intelectual? (...) aunque se las despache en forma desordenada, las buenas junto con las malas, las ideas siempre llaman a otras ideas, al menos para ser refutadas. Leed a McLuhan; pero intentad luego contarlo a vuestros amigos. Así os veréis obligados a seguir un orden y despertaréis de la alucinación».

La racionalidad cartesiana y marxiana europea aceptó mal la provocación teórica mcluhaniana, lanzada con métodos ajenos a los propios de la ortodoxia académica. Es cierto que en su abigarrado y zigzagueante mosaico especulativo las ideas buenas se codean con las malas, como señaló Eco, poniendo a la vez énfasis en los reveladores **silencios** de McLuhan. Pero no es menos cierto que entre sofismas, provocaciones y paradojas, el profeta y hoy estrella fenecida de los **media** electrónicos ha proporcionado a la cultura occidental una ristra de estímulos fecundos para ayudarnos a entender cómo han operado u operan en el tejido social las diferentes tecnologías comunicativas creadas por el hombre. Estudiemos, pues, a McLuhan, pero estudiémoslo a la luz de una racionalidad crítica y desde una sensibilidad política que él no poseyó. ■

R. G.



La aldea global, «utopía electrónica de una humanidad feliz retribalizada y aldeanizada por la abolición de las barreras del espacio y del tiempo (instantaneidad y simultaneidad) que consiguen los medios electrónicos». (POLO + POLO. Acuarela de Michel Granger, 1976).



Prosa de guerra de Miguel Hernández recuperada

Antonio García Aparicio

JOSÉ Herrera Petere es uno de los más asiduos colaboradores de «Milicia Popular», el Diario del 5.º Regimiento. Ya en el N.º 2 escribe sobre las Compañías de Acero y firma «El Miliciano Petere». Suya es la letra del Himno del Quinto Regimiento y son numerosos sus Romances. Nos encontramos, por tanto, con un testigo. En él tenemos la confirmación de que el Miguel Hernández que firma el artículo es el poeta.

EL libro de H. P. **«Acero de Madrid»** obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1938. Recientemente ha sido reeditado por Laia. En él leemos: «Sin embargo, alguien vigilaba, alguien preveía... Algo que fue como el agua fina que convierte en acero el hierro fundido de la cólera popular, como el agua del Tajo. Algo salido del proletariado, del pueblo madrileño, de su Frente Popular: El Quinto Regimiento. (...) Se llamó a poetas, se llamó a escritores, se llamó a dibujantes, se llamó a cartelistas. En una cola, como un militante más, estaba el nuevo poeta: Miguel Hernández». En el periódico diario de este Quinto Regimiento se da la noticia de que el 4 de diciembre de 1936, desde la Emisora de Milicias Populares, a las siete y media de la tarde, hablarán «el camarada Pietro Nenni, miembro del Comité ejecutivo de la Segunda Internacional y Secretario del Partido Comunista italiano, y el poeta Miguel Hernández, de la Alianza de Intelectuales Antifascistas».

Poco después, el 19 de enero de 1937, en el N.º 163 de **«Milicia Popular»**, Miguel Hernández, «de la 1.ª Brigada de Choque», escribe un artículo titulado «Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano».



Cabecera de «Milicia Popular», diario del 5.º Regimiento.

En el libro, publicado por Hiperión, Marrast y Cano Ballesta, recogen poesías y prosas de guerra y otros textos olvidados. En él existe una lista bibliográfica de las obras sueltas de M. H. publicadas en España durante la guerra civil. En tal lista, que elabora Robert Marrast, no aparece dicho texto, ni otro que, con el mismo contenido, se hubiese titulado de otra forma. Completa los publicados por esas fechas y recogidos en dicho libro. Al lado precisamente de «Primeros días de un combatiente», «Hombres de la Primera Brigada móvil de choque», «El pueblo en armas»...

Antes de transcribir dicha prosa quiero precisar un par de detalles desde el punto de vista textual. En la Colección, que la Editorial Hacer de Barcelona ha hecho de **«Milicia Popular»**, diario del 5.º Regimiento, faltan tres líneas y media. Son las últimas de las dos primeras columnas. Una de ellas es fácil de recomponer por los restos superiores de letras que quedan. Las de la primera columna, no; pero el contenido es presumible. Por otra parte, la primera columna repite una línea, pero al no estar en lugar de ninguna otra no afecta al texto.

En el texto se contempla la sangre de millares de compañeros sembrados en los surcos barbecheros de España entera. Y no sembrada en balde. El fruto de tal siembra es fortaleza y serenidad; es el odio implacable; es austeridad, generosidad, alegría de vivir y morir por una causa noble. El plomo, la metralla, la pólvora curten; y, si producen cicatrices en el cuerpo, dan hierro y firmeza en la decisión de combatientes.

Recuerda el pintoresquismo y entusiasmo de los primeros días de la guerra. Ingenuos y generosos, los milicianos caían y aprendían lo que era la muerte ante la astuta bala del legionario; se insulta y escupe a la aviación facciosa. Es sumamente expresivo el contraste que Miguel Hernández presenta. Ingenuidad frente a astucia; trabuco tatarabuelo o estoque carcomido frente a la aviación; insulto y salivazo frente a eficacia y muerte...

La lección la asumió el Quinto Regimiento. Miguel Hernández nos habla de su labor. El análisis de las energías malgastadas, del valor desperdiciado, del fracasado ardor, le sugieren al poeta miliciano la necesidad del



Reproducción colectiva del «Guernica», de Picasso, en el barrio de San Isidro, de Orihuela (de donde era natural Miguel Hernandez).

mando único que, con eficacia frente a heroísmo estéril, haga caminar con paso firme que se contempla victorioso.

El lenguaje es plástico. Se eligen los detalles significativos con fortuna. Las figuras surgen fácilmente en la pantalla de la imaginación. Es también vibrante.

La estructura de todo el texto es muy sencilla. Se parte del análisis de la realidad. Tal análisis y sus consecuencias son presentados con realismo. La necesidad de lo deducido está presentada con intención clara de convencer sobre aquello que se considera evidente; al mismo tiempo se empuja a la lucha inteligente y eficaz, más allá de generosidades estériles.

El texto que presento está en consonancia con la Promesa del Miliciano Popular. La transcribo tal como aparece en el N.º 8 del Diario, el 4 de agosto de 1936. Considero el texto de importancia para conocer el espíritu y voluntad de lucha de Miguel Hernández en el momento de escribir el artículo citado. Dice así:

«Yo, hijo del pueblo, ciudadano de la República española, tomo libremente la condición de miliciano del Ejército del pueblo.

Me comprometo ante el pueblo español y el Gobierno de la República, surgido de la victoria del Frente Popular, a defender con mi vida las libertades democráticas, la causa del progreso y de la paz, a exterminar definitivamente el fascismo y a llevar con honor el título de miliciano.

Me comprometo a estudiar las ciencias militares y a cuidar escrupulosamente, previniéndolo de todo deterioro y posibilidad de hurto o extravío, el material militar de propiedad nacional que me fuere confiado.

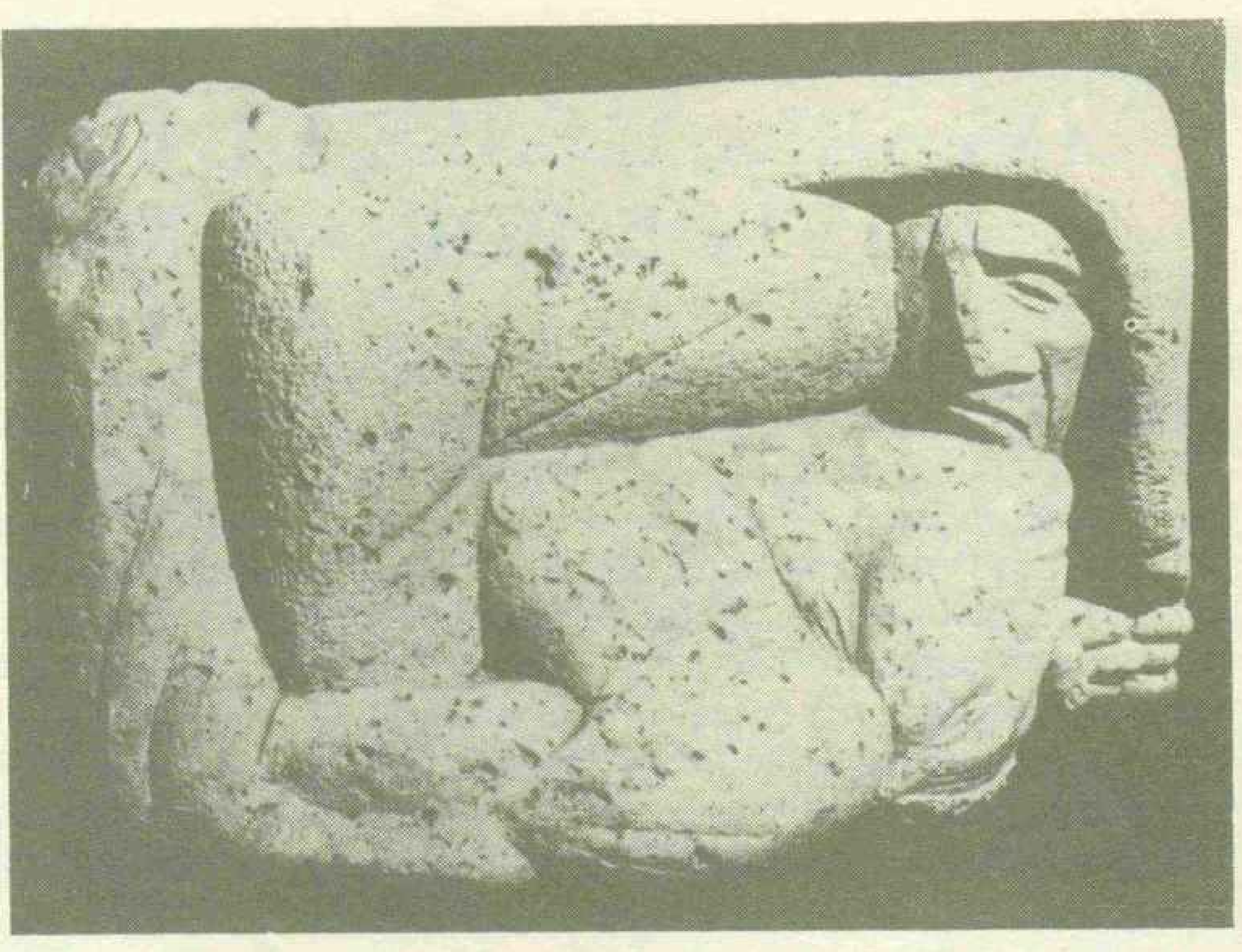
Me comprometo a guardar y hacer guardar la disciplina más rígida, cumpliendo con exactitud todas las órdenes de mis jefes y superiores jerárquicos.

Me comprometo a abstenerme de actos deshonrosos y a impedir que sean cometidos por mis camaradas, poniendo todo mi empeño en conducirme siempre correctamente, con el pensamiento colocado en el alto ideal de la República democrática.

Me comprometo a acudir en defensa de la República democrática española al primer llamamiento del Gobierno, poniendo todo mi esfuerzo y mi vida al servicio del régimen republicano y del pueblo.

Si falto a este compromiso solemne voluntariamente, que caiga sobre mí el desprecio de mis camaradas y me castigue la mano implacable de la ley».

Tras esta breve presentación y ambientación, veamos ya el texto de Miguel Hernández. Dice así:



Homenaje a Miguel Hernandez, escultura original de José Gutiérrez.

LOS SEIS MESES DE GUERRA CIVIL VISTOS POR UN MILICIANO

«Medio año de lucha contra el fascismo nos ha dado una honda experiencia a los hombres de las trincheras. La sangre de millares de compañeros, la diaria muerte de los mejores hombres del 5.º Regimiento, Regimiento de Madrid, de España entera, no ha corrido en balde a nuestro lado, sobre nuestros pies, por los surcos barbecheros. Esa sangre ha ido acumulando fortaleza y serenidad de veteranos de la guerra en nuestros puños y nuestros fusiles; odios implacables contra los verdugos de Italia y Alemania y los generalazos españoles, pagados a ellos, en nuestro sentimiento; austeridad, generosidad, alegría de vivir y morir por una causa noble en nuestro corazón.

Aquí estamos, cada día más hechos al plomo, a la metralla, a los accidentes buenos y malos de la guerra; cada día más curtidos en la pólvora, con más cicatrices en la carne y más hierro y firmeza

LOS SEIS MESES DE GUERRA CIVIL VISTOS POR UN MILICIANO

MEDIO año de lucha contra el fascismo nos ha dado una honda experiencia a los hombres de las trincheras. La sangre de millares de compañeros, la diaria muerte de los mejores hombres del 5.º Regimiento. Regimiento de Madrid, de España entera, no ha corrido en balde a nuestro lado, sobre nuestros pies, por los surcos barbecheros. Esa sangre ha ido acumulando fortaleza y serenidad de veteranos de la guerra en nuestros puños y nuestros fusiles; odios implacables contra los verdugos de Italia y Alemania y los generalazos españoles, pagados a ellos en nuestro sentimiento; austeridad, generosidad, alegría de vivir y morir por una causa noble en nuestro corazón.

Aquí estamos, cada día más hechos al plomo, a la metralla, a los accidentes buenos y malos de la guerra; cada día más curtidos en la pólvora, con más cicatrices en la carne y más hierro y firmeza en la decisión, en nuestra decisión de combatientes populares.

Salimos al aire de la guerra en los últimos tiempos del mes de julio. Aquellos primeros días de lucha van adquiriendo en nosotros un sabor denso y sangriento cada vez mayor. Sonreímos al recuerdo de los sucesos primeros, de su pintoresquismo dramático... Estalló la sublevación, y el pueblo improvisó un Ejército, que se lanzó por la Sierra y a los demás frentes entre compañeros que, a falta de un arma más ofensiva, llevaban al hombro un trabuco tatarabuelo o un estoque carcomido de vejez. El entusiasmo sustituyó al arma en numerosos casos, y los cuerpos caían bajo la astuta bala del legionario y el moro por puro entusiasmo. No se sabía qué cosa era la muerte, en realidad, y el enemigo hallaba abundante pasto para su ira en los cuerpos de los milicianos, ingenuos y generosos. Llegaba la aviación facciosa sobre nosotros y la contemplábamos sin resguardarnos de ella. Insultándola, escupiéndola, disparándola nuestros fusiles... Su munición dejaba nuestros campos llenos de muertos y heridos. La sangre vertida cotidianamente, inútilmente muchas veces, nos fue aleccionando, moldeando, endureciendo, en las tareas combativas. Las patrullas se fueron convirtiendo en compañías, las compañías, en batallones.

El 5.º Regimiento inició una labor de preparación y dirección de los milicianos, que comenzó a dar gloriosos frutos en los campos de combate. Se dedicó, además de a la labor de adiestrar a los trabajadores en el manejo del fusil, al descubrimiento de hombres de mando, que fueron surgiendo y cuajando en el calor de la lucha; a la creación de batallones de fortificaciones, a la propagación de folletos guerreros, a la exaltación de los héroes del pueblo. Nuestros muertos, los que hemos enterrado en la línea de fuego, nos han ido indicando con su silencio, nos han ido trazando el camino a seguir. Hemos visto muchas energías malgastadas, mucho valor desperdiciado, mucho fracasado ardor. Y hemos comprendido en nuestra marcha por las trincheras y los cuarteles la necesidad del mando único, de la obediencia a una sola voz principal en estos momentos decisivos; a una sola voluntad que evite derramamientos estériles, heroísmo estéril. El Ejército Popular está levantado potentemente ya, y sus pasos son cada día más firmes, más victoiosos.

MIGUEL HERNANDEZ
De la 1.ª Brigada de choque

en la decisión, en nuestra decisión de combatientes populares.

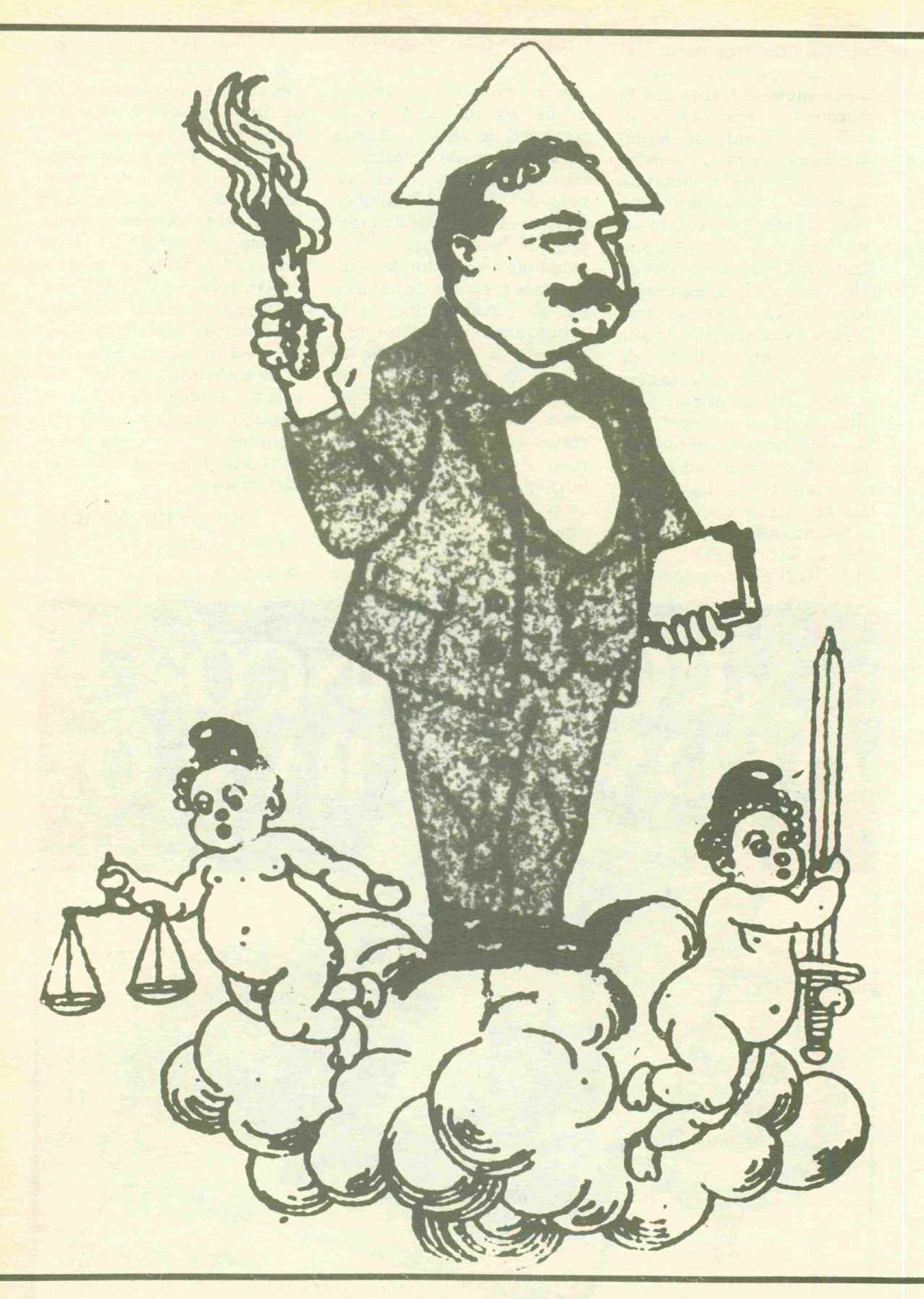
Salimos al aire de la guerra en los últimos tiempos del mes de julio. Aquellos primeros días de lucha van adquiriendo en nosotros un sabor denso y sangriento cada vez mayor. Sonreímos al recuerdo de los sucesos primeros, de su pintoresquismo dramático... Estalló la sublevación y el pueblo improvisó un ejército, que se lanzó por (falta aquí lo que podría sustituirse por: «las calles de Madrid y después fue a la») Sierra y a los demás frentes entre compañeros que, a falta de un arma más ofensiva, llevaba al hombro un trabuco tatarabuelo o un estoque carcomido de vejez. El entusiasmo sustituyó al arma en numerosos casos, y los cuerpos caían, bajo la as-

tuta bala del legionario y el moro, por puro entusiasmo. No se sabía qué cosa era la muerte, en realidad, y el enemigo encontraba abundante pasto para su ira en los cuerpos de los milicianos, ingenuos y generosos. Llegaba la aviación facciosa sobre nosotros y la contemplábamos sin resguardarnos de ella. Insultándola, escupiéndola, disparándola nuestros fusiles... Su munición dejaba nuestros campos llenos de muertos y heridos. La sangre vertida cotidianamente, inútilmente muchas veces, nos fue aleccionando, moldeando, endureciendo, en las tareas combativas. Las patrullas se fueron convirtiendo en compañías, las compañías, en batallones.

El 5.º Regimiento inició una labor de preparación y dirección de los milicianos, que comenzó a dar gloriosos frutos en los campos de combate. Se dedicó, además de a la labor de adiestrar a los trabajadores en el manejo del fusil, al descubrimiento de hombres de mando, que fueron surgiendo y cuajando en el calor de la lucha; a la creación de batallones de fortificaciones, a la propagación de folletos guerreros, a la exaltación de los héroes del pueblo. (Estas últimas palabras son las que reconstruyo a partir de los restos superiores de las letras). Aparecie (la línea que falta podría suponerse así: «ron numerosos milicianos una ma») ravillosa moral guerrera. Nuestros muertos, los que hemos enterrado en la línea de fuego, nos han ido indicando con su silencio, nos han ido trazando el camino a seguir. Hemos visto muchas energías malgastadas, mucho valor desperdiciado, mucho fracasado ardor. Y hemos comprendido en nuestra marcha por las trincheras y los cuarteles la necesidad del mando único, de la obediencia a una sola voz principal en estos momentos decisivos; una sola voluntad que evite derramamientos estériles, heroísmo estéril. El Ejército Popular está levantado potentemente ya, y sus pasos son cada día más firmes, más victoriosos».

MIGUEL HERNANDEZ
De la 1.ª Brigada de choque.

■ **A. G. A.**



Alegoría satírica de Vicente Blasco Ibáñez.

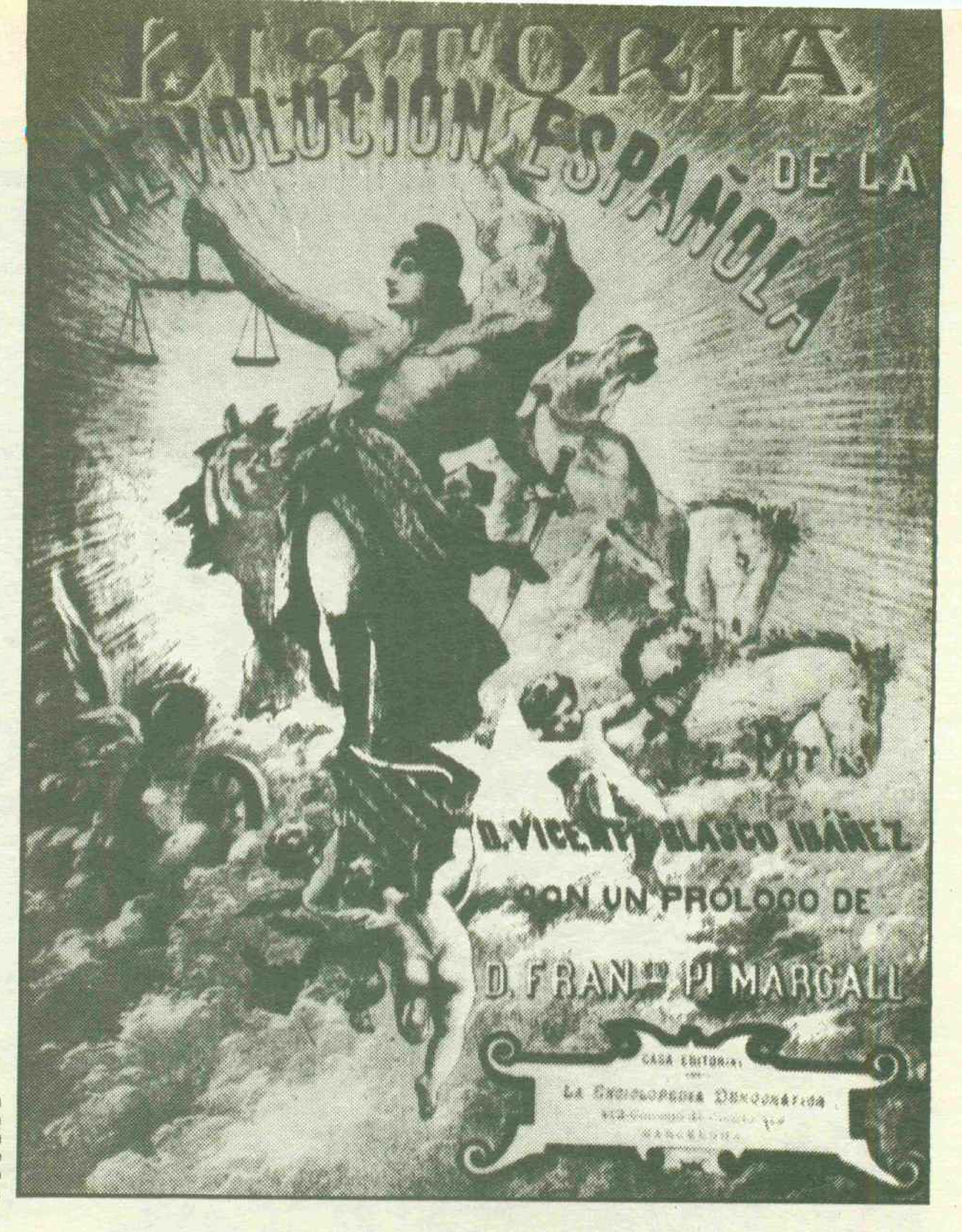
Recuperación de un escritor silenciado:

Vicente Blasco Ibáñez

Blasco Ibáñez apelaba al sentimiento y al entusiasmo para realizar la «revolución republicana», manteniendo el raciocinio alejado de la política.

Fulgencio Castañar





Portada de la «Historia de la Revolución Española», de Blasco, con prólogo de Pi Margall.

EN EL CUARTO DE ESTAR

Asistimos en los últimos años a un relanzamiento de la obra de Blasco Ibáñez, operación que, aunque concebida con fines meramente comerciales, no deja de ser beneficiosa para la depauperada cultura española. No es el revulsivo más indicado para salir de la atonía en que se halla inmersa; sin embargo, servirá para clarificar la valoración que desde la óptica de nuestros días puede tener una narrativa que en el primer tercio del siglo alcanzó tiradas masivas. De todos es conocido que durante los inacabables años del franquismo tuvo que sufrir la mordaza con que se quiso acallar todo lo relacionado con Blasco, como han atestiguado familiares y estudiosos de su obra. Es innegable el hecho de que a finales de los «cuarenta» Aguilar editó obras con el atractivo de «completas», cuya lujosa encuadernación nada tenía que ver con la que habían conocido anteriormente y, no hace falta decirlo, a precios de élite: tres volúmenes que engalanaban bellamente el mueble del cuarto de estar.

En el relanzamiento actual ha ocupado un papel importante la labor difusora de RTVE, Circe a la que los tecnócratas han asignado la misión de atolondramiento colectivo; las adaptaciones —que en tal medio suelen ser sinónimo de manipulación— que Mur Oti ha realizado de **Cañas y Barro** y de **La Barraca** han permitido que unos entes ficticios con los que Blasco tuvo algo que ver llenasen unas horas del ocio de los telepacientes, al tiempo que les trasladaban a un pasado que muchos habrán creído medieval. Las dudas

sobre si lo que ofrecía la pequeña pantalla pertenecía al escritor o era de la cosecha del adaptador y el interés suscitado hacia la obra del escritor valenciano ha servido para que los editores se frotasen las manos ante la propaganda gratuita hecha en el mismísimo cuarto de estar, sin necesidad de tocar el timbre.

A socaire de esta actualidad hemos trazado unas notas con el fin de que contribuyan a desvelar algunos aspectos de la obra de un escritor que supo captar, en ocasiones, la problemática de su tiempo, por lo que sus páginas pueden ser útiles para conocer el ser y el actuar de los españoles de finales de siglo; en otras prefirió narrar asuntos lejanos en el tiempo y/o en el espacio, con lo que su novelar gana variedad y cosmopolitismo, pero pierde la fuerza subyugante que tenía para el lector de su tiempo cuando analizaba la vida cotidiana, aunque no siempre le acompañaba la misma calidad artística.

Blasco no tiene aún el ensayo crítico que interprete de una forma completa y desapasionada su quehacer literario. Su obra ha sido silenciada, cuando no ha recibido menosprecio y olvido, por parte de la crítica; no se le incluye en los estudios dedicados a la narrativa del siglo XX hechos por E. de Nora y José Domingo y se pasa sobre su obra como gato escaldado sobre el agua, con un par de párrafos, como sucede en el caso de Brown. Acaso el que su estética haya sido siempre rezagada puede haber influido en ello, pero en una línea similar habría que colocar a muchos de los escritores de los primeros decenios del siglo.

Carlos Blanco, en un libro que ha hecho fortuna entre los estudiosos de la crisis de fin de siglo, sitúa con propiedad a Blasco entre los componentes de la juventud del 98 (1). Es cierto que su imagen dista mucho de la que se nos ha transmitido del «grupo del 98», porque con frecuencia se ha olvidado, quizás más por interés que por ignorancia, lo que fue la juventud del 98, etapa en la que tanto los llamados noventayochistas como el escritor valenciano coinciden en una postura crítica contra el sistema imperante y en una actitud radical que abandonarían posteriormente. Luego, ciertamente, siguieron rumbos muy diversos, y a Blasco Ibáñez no se le pudo asimilar en esa imagen modélica con que se aureoló a los hombres de la llamada generación del 98 en los años cuarenta, cuando se intentó fertilizar el desierto cultural que era aquella España derruida sin advertir que ya en 1927 Bergamín había considerado a la literatura de los noventayochistas como muerta y los jóvenes de la Residencia de Estudiantes la incluían entre lo «putrefacto».

Son grandes las diferencias que hay entre el autor de **La Barraca** y los miembros del 98, como apunta C. Blanco, frente a la sobriedad expresiva del grupo, la exuberancia del Blasco, frente al carácter contemplativo la energía desbordante del hombre de acción, frente a las tiradas raquíticas las ediciones por millares; sin embargo, tuvo que pesar más en los comisarios culturales del franquismo el hecho de que Blasco no cediese ni un ápice de su filiación republicana en su madurez, pese a que su literatura se edulcorase muy pronto, con lo que su radicalismo juvenil nunca pudo ser perdonado como una «calaverada» de juventud, aparte de que aún pervive en determinados sectores del proletariado y pequeña burguesía valenciana viva la influencia del escritor; y, sobre todo, en unos momentos en que interesaba alejar al pueblo de la política, no era muy apropiado airear a un escritor que había sido diputado en más de seis ocasiones. Igualmente tuvo que pesar lo suyo el hecho de que Blasco hubiese vivido abiertamente de espaldas a la moral social en lo que a la vida conyugal se refiere —momentos del nacional-catolicismo de triste recuerdo para la Iglesia española—, lo que resalta más si lo comparamos con la anodina vida erótica de los del 98, que en ocasiones llegarán a claras posturas misóginas (2).

En el olvido hacia Blasco por parte de la crítica pudo influir el distanciamiento que el escritor de **La Malvarrosa** mostró hacia la «sociedad literaria» madrileña, a la que no se incorporó de lleno cuando residió en la capital del reino; si bien participó en cuantas empresas culturales señalan el deseo de renovación de los sectores progresistas de la pequeña burguesía liberal, también fue proverbial su desdén hacia las tertulias de literatos donde se fabricaba parte de la gloria y el ocaso de las figuras del momento. No olvidemos que en un país tan centralizado como el nuestro la consagración pasa por el meridiano de Madrid. Por otra parte, si tenemos en cuenta que en nuestro país ha predominado una crítica hecha desde una óptica formal, aunque sin grandes pretensiones científicas, no será difícil comprender el menosprecio hacia escritores cuyas orientacio-

(1) Carlos Blanco Aguinaga: **Juventud del 98,** *2.ª Ed. Crítica, Barcelona, 1978.*

(2) Estudio de Serrano Poncela incluidos en **El Secreto de Melibea.** *Taurus.*

nes ideológicas, como apunta R. Bosch, no coinciden con las del propio crítico.

Aún no está suficientemente aclarada la posible influencia de su postura personal dentro del republicanismo español de principios de siglo en su valoración como escritor; desconocemos qué incidencia pudo tener su polémica y rivalidad política con Rodrigo Soriano de cara a su consagración como figura señera de la literatura y como tal reconocida por los intelectuales madrileños entre los que ocupaban un puesto de honor los santones del republicanismo español del momento, como Azcárate, Castrovido... y Galdós, quien presidiría un homenaje a Soriano en 1906, cuando en Valencia ya se hostigaban blasquistas y sorianistas.

EL PENULTIMO «SUISTA»

Todavía no se ha vertido mucha luz sobre lo que podemos considerar como el período prehistórico de Blasco; esos años —inicios de la década de los «ochenta» del siglo pasado— en los que se reafirma una vocación literaria ya gestada en sus años juveniles a través de la lectura de folletines y novelas por entregas; años en los que en su interior se produce una crisis de conciencia que le lleva al abandono del hogar familiar y a adoptar una postura pública de rechazo al sistema imperante; años de formación al contacto con la vida cultural del Ateneo valenciano y de gozos y frustraciones ante los primeros escarceos amorosos.

Como consecuencia de su formación literaria sus primeros cuentos y novelas están relacionados con los asuntos sentimentales, históricos y legendarios que llenaban la literatura de consumo del momento, sin que se refleje en ellos la estética que centraba la polémica de aquellos años: el naturalismo; con lo que Blasco se muestra como un escritor de estética rezagada y despreocupado de cuestiones teóricas, algo que pesará como una gran losa en su producción posterior.

A medida que aumenta su participación en la política activa su novelística se aleja del conformismo moral y social que despiden sus obras iniciales en las que sigue pautas del que fue su patrón, Fernández y González, en su escapada a Madrid, para pasar a concebir la literatura como un medio eficaz para la difusión de unos ideales políticos con los que se siente totalmente identificado, aunque los problemas concretos los plantee a través del periodismo o del folleto.

Si a esta concepción de la literatura unimos la relativa apertura propiciada desde 1883 por Sagasta —tan relativa que Blasco tendría que poner tierra por medio, e incluso mar, en repetidas ocasiones y cuando prefirió quedarse tuvo que soportar frecuentes procesos acompañados de encarcelamientos— comprenderemos cómo Blasco entronca con la orientación inicial que la novela por entregas tuvo en nuestro país cuando allá por 1844 Ayguals de Izco creó la narrativa de asuntos y preocupaciones nacionales en lo socio-político, siguiendo **muy de cerca** la técnica literaria de Eugene Sue. Se produce, pues, en los años «noventa» una reconversión de la entrega: vuelta a los orígenes de los que se había separado a medida que la legislación de imprenta, fruto del ascenso al poder del moderantismo de Narváez y de los grupos económicos que le apoyaban, había ido poniendo barreras que el negociante de la entrega, el editor de turno, iba superando por medio de desvíos hacia caminos menos comprometidos, como el sentimental y el histórico; camino que resulta casi obligatorio cuando en 1853 se crea *el* «glorioso» cargo de censor de novelas con el fin específico de combatir el peligro que suponía para el hogar tradicional tan nefastas hojas semanales, según consta en el preámbulo de la ley.

Más que la dificultad para encontrar la producción folletinesca de Blasco —el lector cu-

rioso puede consultarla casi en su totalidad en la Biblioteca Nacional—, su extensión y sobre todo la baja calidad son razones que pueden haber influido en la falta de un análisis serio de esta que denominamos prehistoría de Blasco y también del folletín en general.

La reciente publicación de **La Araña Negra** ha permitido al lector actual ver las relaciones que Blasco tiene con la tradición de los folletinistas españoles que imitaban los pasos literarios de Eugene Sue. Concretamente relacionada con **El Judío Errante** está toda la fronda antijesuítica que vertebra la acción de esta novela y numerosos detalles episódicos. Pero quizás sea mayor la influencia de Ayguals de Izco en aspectos de técnica literaria, pues del escritor de Vinaroz procede la combinación de lo propiamente novelesco con un entramado de hechos históricos como elementos axiales de la trama; así podríamos señalar numerosas concomitancias entre **La Araña Negra** y **María o la hija de un jornalero**, y sus continuaciones. La conciencia de lo artístico que ya posee el joven novelista le lleva a prescindir de los farragosos recursos extra-literarios tan frecuentes en **María** y, sobre todo, a insertar los sucesos históricos en la trama novelesca, como ya había hecho Galdós, sin necesidad de recurrir a la copia de documentos que en el caso de **El Palacio de los Crímenes,** de Ayguals de Izco, convierten la novela en un auxiliar inestimable para el historiador que quiera profundizar en el conocimiento de los gobiernos de Narváez y en la revolución del 54, pero que, al mismo tiempo, convierten a la novela, con mucho, en la peor de la trilogía (3).

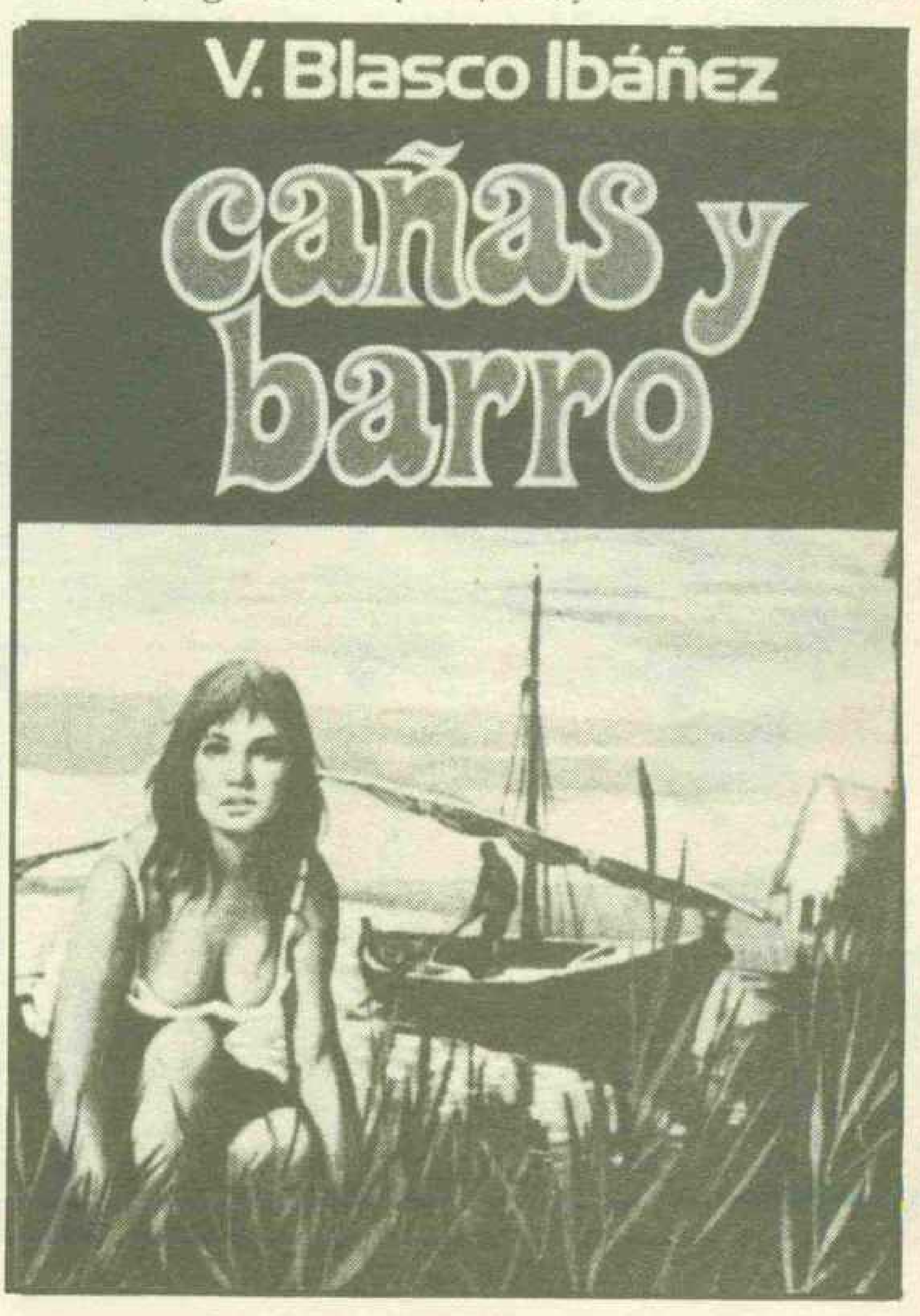
Sin embargo, es preciso resaltar que Blasco va mucho más allá del reformismo político de corte democrático que Ayguals propugnaba en sus obras, consecuencia lógica de lo que había sido la evolución de la corriente progresista en los casi cincuenta años que median entre la publicación de ambas obras; en el último decenio del siglo XIX ya se había clarificado de una forma nítida hasta dónde podía llegar el carácter revolucionario de aquella burguesía liberal que aparecía en **María,** pues una vez instalada en las esferas del poder tras la «Gloriosa» y la Restauración se dedicó a conservar la posición adquirida sin intentar modificar las estructuras socio-económicas del país y, principalmente, tras haber dejado a un lado a las masas obreras que habían colaborado en el cambio de régimen en septiembre del 68.

(3) Esta novela incluye más de una treintena de documentos históricos.

Blasco representa a los sectores disconformes del consenso alcanzado entre el Ejército, Nobleza, Iglesia y Burguesía para la Restauración Borbónica, con la vuelta atrás que esto significaba, y su novela quiere ser la manifestación de esa disconformidad —critica duramente a los sectores anteriormente citados—, al tiempo que presenta como alternativa una República democrática y federal; la novela conlleva, además, una buena dosis de consolación para los seguidores de Ruiz Zorrilla, Pí, Salmerón... en unos momentos en que sentían el desencanto como consecuencia de las frustradas intentonas republicanas, tanto por la vía del pronunciamiento como por las insurrecciones populares, y se estaba produciendo una atomización de los grupos republicanos.

La consolación, inherente al folletín como ha visto Umberto Eco, la expresa a través de imágenes simbólicas de corte romántico —Sue al fondo— que veremos después en numerosas novelas sociales con el fin de proyectar, cuando se colocan al final de la obra, el tiempo novelesco hacia el futuro haciéndolo coincidir con el tiempo real del lector; entre ellas ocupa un lugar importante el fuego como elemento purificador de cuyas cenizas saldrá después la sociedad soñada.

«Ese incendio del cielo es la imagen del porvenir. El fuego todo lo purifica, y en la actualidad



resulta el único remedio. (...) Un fuego que todo lo devore, una inquisición que respete las personas, pero que convierta en cenizas todas las instituciones caducas del presente... He ahí el más bello porvenir de la humanidad!» (4).

PERIODISMO AL SERVICIO DE LA REVOLUCION

«Nuestro diario viene a combatir lo existente, a fustigar la horda de explotadores sin conciencia que la restauración monárquica trajo consigo, a recordar que la situación presente debe morir como nació, por un golpe revolucionario. Viene a trabajar, en la medida de sus fuerzas, por el triunfo de la República, con todas sus naturales y lógicas consecuencias, y, al mismo tiempo, por sus condiciones editoriales, se propone contribuir, aunque humildemente, a la cultura de base popular» (5).

Estas palabras tomadas de la presentación del diario **«El Pueblo»** (1894-1906) nos ponen de manifiesto cuáles serán algunas de las metas que se propone conseguir Blasco en una etapa que será crucial en su vida. El periódico, expresión del ideario y de las intenciones del escritor, saldrá adelante gracias al entusiasmo desbordante con que se enfrenta a las múltiples dificultades que le asedian sin cesar. El cariz populista que aparece en ocasiones en sus escritos tiene la contrapartida de una vida sacrificada por completo a la difusión de «la idea», malviviendo al acorde de las máquinas de impresión para dedicarse a las altas horas de la madrugada a la creación literaria que también verá la luz en las páginas del diario en esa fórmula mercantilista que es el folletón.

Suele considerarse la colaboración en la prensa de los escritores como una obra menor, indigna de figurar en los volúmenes de «obras completas», pese a que se le confiere gran importancia a la hora de configurar la personalidad literaria del escritor, como sucede en los casos de Sender, Delibes...; con Blasco sucede igual, tal vez agravado por el hecho de ser su periodismo una fórmula de ataque a todo «lo existente», perífrasis con la que se encubría todo el sistema establecido, tanto de valores morales como de instituciones; por esto ha sido preciso tender un tupido velo sobre esta parte de su producción.

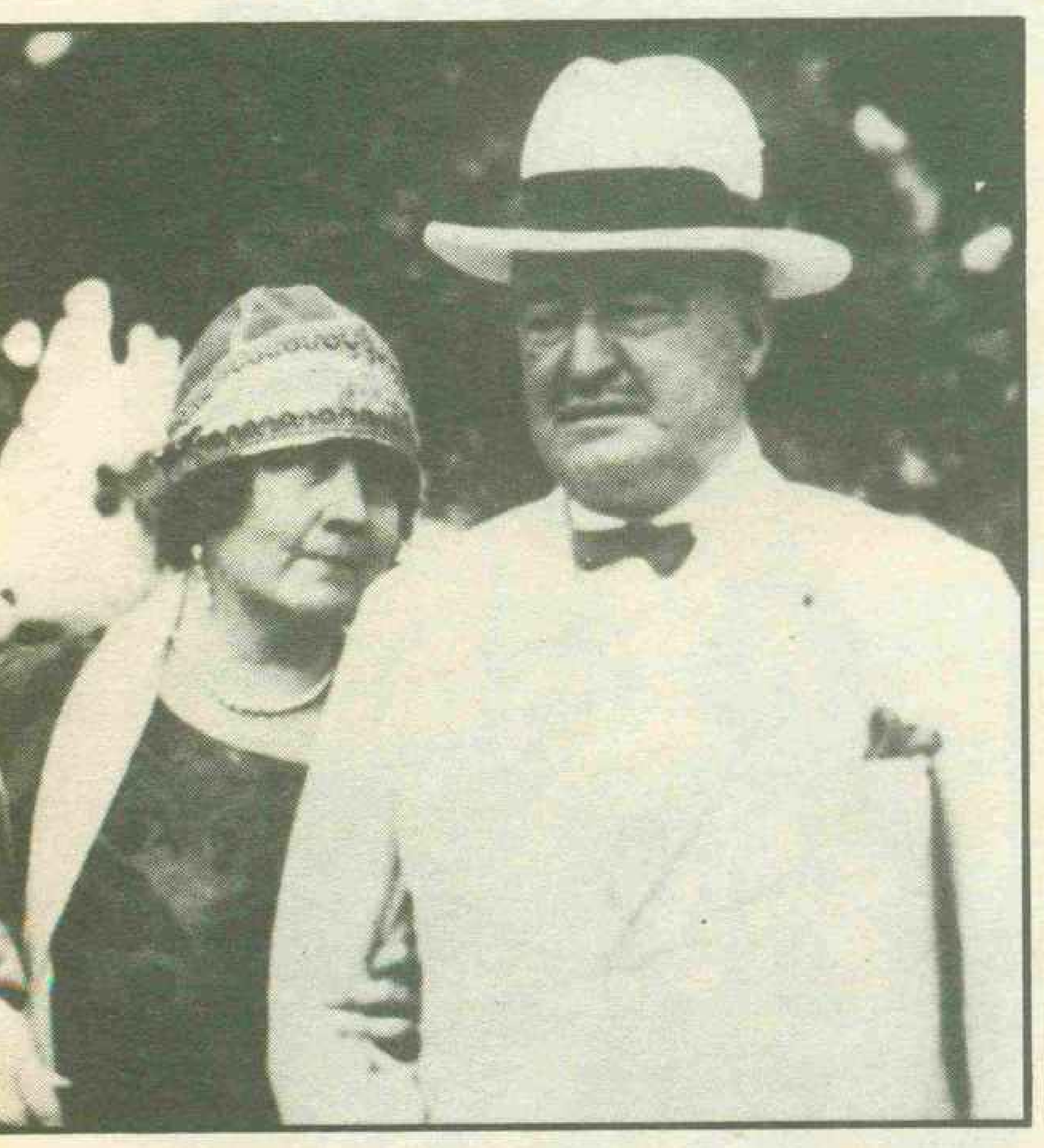
León Roca, ya en 1970, en su denodado interés por la obra de Blasco Ibáñez, dio a conocer algunas preocupaciones fundamentales que llenaron «el artículo del día» durante la existencia del periódico, al tiempo que elaboraba un índice de títulos y fechas de los artículos publicados por el escritor republicano en esa sección; el libro se insertaba también en la lucha por la normalización de la lengua valenciana como vehículo de expresión cultural tras el eclipse impuesto por la represión que siguió a la guerra civil. Recientemente P. Smith ha hecho una selección de artículos que viene a completar la visión fragmentaria que teníamos por las citas de León Roca (6).

El radicalismo inicial se va limando en algunos aspectos a lo largo de los años en proceso paralelo al del republicanismo a lo largo de los «años noventa»; así vemos cómo en los primeros momentos rechaza la lucha legal a que les quiere llevar Cánovas con el fin de que participen en la vida parlamentaria. Blasco opone la revolución en la calle como único medio para llegar a conseguir su meta política, pues es consciente de la anulación de la labor legislativa por la mordaza del Gobierno y de todo lo inmoral que tiene el parlamentarismo de su tiempo que responde a los intereses de los caciques y que es el triste resultado del poder económico de una

(4) *Blasco Ibáñez:* **La Araña Negra** *(2), ATE, 1975, pág. 556-557.*

(5) **«El Pueblo»**, *12-XI-1894, citado por Pilar Tortosa en* **La mejor novela de V.B.I.: su vida.** *Prometeo, Valencia, 1977, pág. 137.*

(6) *El libro de P. Smith* **Contra la Restauración** *lo publica Nuestra Cultura en 1978; el de León Roca,* **Blasco Ibáñez, Política y periodismo,** *lo había editado Ediciones 62 en 1970. Posteriormente León Roca, en edición propia, ha recopilado artículos* **Anti-Restauración y Pro-República.**



El matrimonio Blasco Ibáñez.

oligarquía capaz de comprar los votos necesarios (7).

No es preciso decir que su claudicación en este sentido le permitirá dejar oír su verbo detonante en las sesiones de las Cortes en una larga serie de legislaturas. No obstante, sigue manteniendo su fe en una «República de carácter social», a diferencia de los viejos republicanos que sólo apuntan a una mera sustitución institucional en la cúspide.

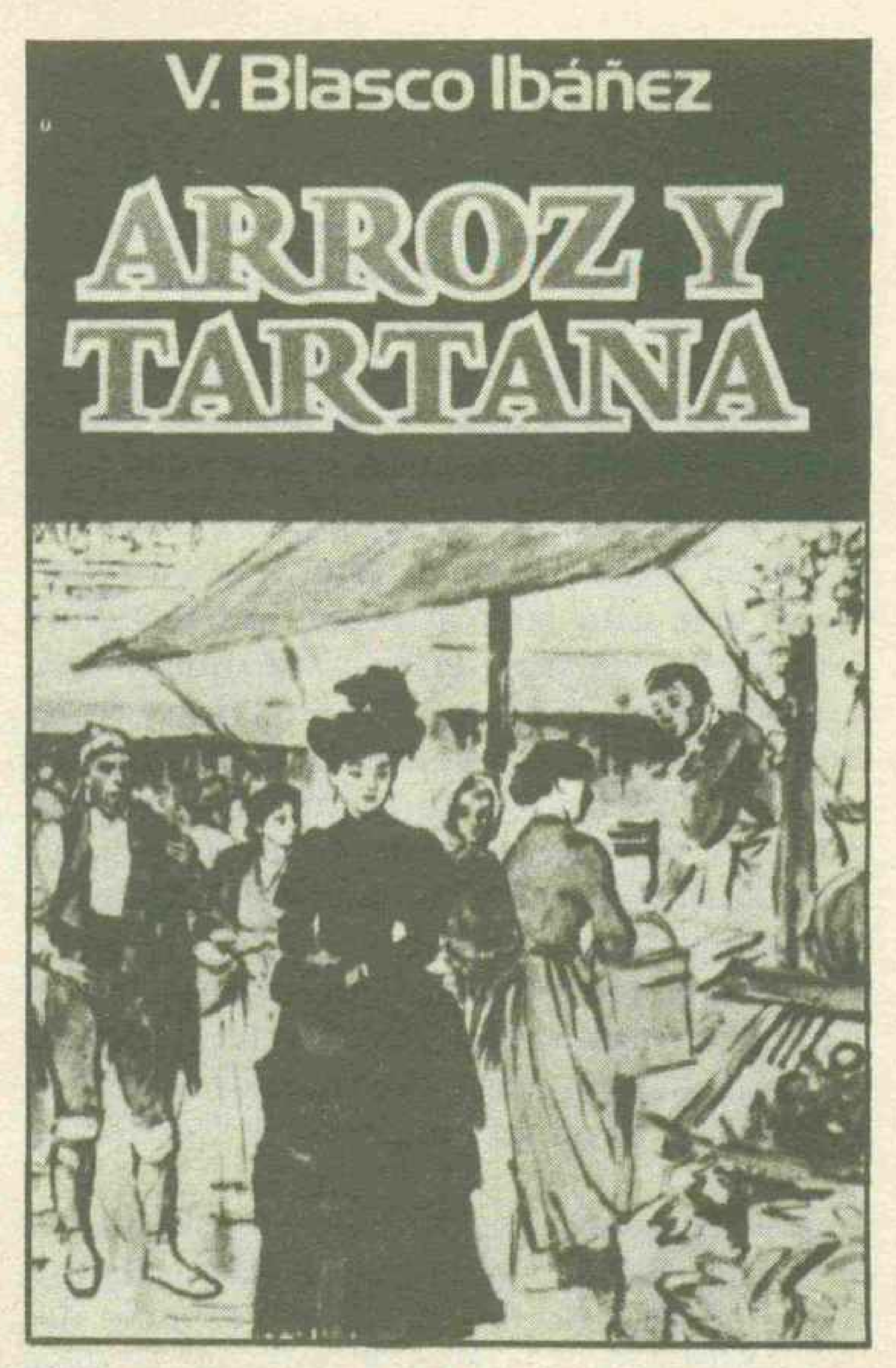
Muy próximo a la ideología de los líderes de los movimientos obreros —en su origen podríamos señalar posiciones que hacen referencia al bakunismo, aunque después pasaría a posiciones afines al partido socialista—, Blasco analiza en estos años la situación de la vida política nacional y local desde la óptica del proletariado; aplaude las presiones de los socialistas que reclaman sus concejalías en algunos municipios de las que son despojados en base a excusas de forma que no son más que el exponente del miedo que siente la sociedad burguesa ante el apoyo popular que respalda a los obreros, agudizado ante el pavor a los métodos violentos que emplean en algunas regiones determinados sectores del anarcosindicalismo, pánico que es aprovechado por el Gobierno para reforzar las medidas represivas.

Con una clarividencia no frecuente en los escritores de su época —la mayoría de extracción burguesa—, advierte a sus lectores la existencia de una dicotomía fundamental en la sociedad, burguesía - proletariado, y cómo el Estado responde exclusivamente a los intereses de la minoría burguesa.

«El Estado actual es burgués, y como burgués hostiliza a la clase trabajadora valiéndose de hipócritas procedimientos. El Estado actual no perdona el momento de ahogar con sangre al proletariado» (8).

Si en sus escritos encontramos ideas aún válidas hoy día, en ocasiones resulta poco zahorí como cuando afirma que la huelga como «arma de combate» está «próxima a caer en desuso».

Critica al PSOE por su negativa a la colaboración con los partidos burgueses radicales y republicanos, pues Blasco está convencido de que únicamente con una burguesía progresista podrán mejorar las condiciones de la clase trabajadora. Es de señalar que Pablo Iglesias en esa época —«años noventa»— está radicalizado en una postura frontal burguesía - proletariado sin posibilidad de



un entendimiento mínimo; Jaime Vera lo explica por la necesidad de organizarse que tenía el movimiento obrero, y no será hasta la reacción maurista tras los acontecimientos de la Semana Trágica de 1909 y el recrudecimiento de la guerra de Marruecos cuando se avenga a la colaboración —Conjunción Republicano - Socialista— que justifica como una exigencia del interés nacional —no sólo obrero— ante los rumbos por los que conduce al país la Monarquía en aquellas fechas.

Singular interés puede tener la postura que **«El Pueblo»** sostuvo durante el conflicto cubano diametralmente opuesta a la de la prensa burguesa que hacía especial hincapié en la necesidad de defender el honor nacional. Blasco pondrá en entredicho ese honor al descubrir los hilos axiales de un entretejido económico que obligaba a llevar adelante las acciones militares. Junto al rechazo de la guerra en sí y al transfondo económico que la alienta late en sus artículos mordaces una acusación tremenda contra un sistema que manda a enfrentarse con una muerte más que probable únicamente a los hijos de los pobres, como «un rebaño gris». El fraude, malos tratos, la penuria económica en las recompensas, la falta de víveres y, sobre todo, la desigualdad entre burgueses y proletarios serán algunos de los puntos críticos que Blasco airee a la luz pública.

(7) Confert artículo «Cuánta asquerosidad», incluido en el volumen de P. Smith.

(8) Idem «La Reforma» (pág. 95).

En un ferviente republicano no es de extrañar que con motivo de la guerra de Cuba los dardos lleguen hasta el Palacio Real; si la Monarquía, pese al fracaso, no se ha derrumbado —asegura— ha sido porque era precisamente una guerra «colonial»: «Cuba está lejos y el país no conoce la verdad».

Pero Blasco Ibáñez no se queda exclusivamente en este nivel de crítica política —pasamos por alto su controvertida posición ante la cuestión «regional»— sino que refleja también con su pluma otros campos de la vida española como pueden ser el atraso en el desarrollo científico, la penuria en que se mueve el profesorado que él no lo reduce, como el dicho popular, al maestro de escuela sino que lo hace extensible a todos los niveles; ahí está como botón de muestra ese catedrático de Instituto que deja sus lecciones de Filosofía para lanzarse a los ruedos con el fin de convertirse en un émulo de Pedro Romero.

Conectada con la postura del 98 está su visión de la «Fiesta Nacional»; sus argumentos antitaurinos, que nos parecen provenir directamente de Jovellanos, aunque Blasco profundiza más al hablar del embrutecimiento de los españoles al contacto con las corridas, no alcanzan la virulencia que podemos observar en la obra de alguno de sus coetáneos como Eugenio Noel.

El arte —ya no nos referimos al de Cúchares— tendrá cumplidas páginas en el diario, principalmente cuando el escritor hace peregrinaciones forzadas por la ira de los gobernantes, lo que aprovecha para dar información sobre ciudades, iglesias, museos..., algunos artículos integrarán más tarde el volumen **En el país del arte**, y otros serán la base para descripciones insertadas en alguna de sus novelas.

Como punto final queremos señalar su interés por la literatura francesa, especialmente por Zola en los momentos críticos en que el autor de **Germinal** se enfrentaba a las autoridades francesas en el caso Dreyfus; admiración que se reflejará en su obra narrativa hasta el punto de haber sido considerado por la crítica como el Zola español.

EL PAIS VALENCIANO EN LA NARRATIVA DE BLASCO IBAÑEZ

Simultáneamente a este periodismo de combate del que acabamos de trazar un bosquejo superficial, Blasco se propone adentrarse por la selva de la literatura con mayúsculas y en vez de seguir las pautas que marcaban las grandes figuras del momento prefiere sintonizar, porque se adapta mejor a su temperamento e ideología, con la narrativa de Zola, pese a la polémica que levantara en la década anterior en nuestro país



Juan Carlos Naya y Alvaro de Luna, intérpretes de la versión televisiva de «La Barraca», de Blasco Ibáñez.

desde que la Pardo Bazán iniciase la publicación en el periódico **La Epoca** de los artículos sobre el naturalismo que recoge el volumen **La cuestión palpitante.** Blasco cree desde su disconformidad con el sistema imperante que la fórmula naturalista es válida para poner al descubierto, ante una sociedad satisfecha de sí misma, las lacras que laten en determinadas áreas. La capital del Turia será su primer foco de atención y la degradación de la nueva burguesía su primer tema que, por exigencias de tiempo y material para el diario, irá desgranando al compás de los primeros números.

Nace así una serie de novelas, totalmente independientes entre sí, que por ceñirse a la vida del País Valenciano han sido consideradas como costumbristas por Montoliú, Valbuena y otros; sin embargo, difieren de lo que es el clásico costumbrismo del siglo XIX, pues si bien aparece en ellas el paisaje y, sobre todo, modos de vida típicos de los sectores valencianos involucrados en la acción novelesca, el enfoque de la temática no tiene nada que ver con el conservadurismo ideológico expuesto a través de una anécdota idílica y moralizante cuando no se recurre a recursos extraliterarios —que viene a decirnos que todo tiempo pasado fue mejor. Es innegable que por exigencias de la técnica utilizada acumula muchos detalles relacionados con el espacio, costumbres y expresiones propias del lugar y tiempo en que sitúa la acción, por lo que puede hacerse a través de su obra un panorama del «costumbrismo regional» como el realizado por Betoret - Paris; sin embargo, insistimos, su finalidad es muy distinta.

Frente a la visión folklórica de los costumbristas, Blasco intenta dar una visión más profunda de la realidad en toda la complejidad del entramado de las relaciones humanas y, lo que es más importante, con una valiosa fundamentación histórica, aunque en ocasiones hace concesiones fáciles al público del folletín. Su interés por lo histórico permite al lector de hoy entrar en contacto con una etapa crítica de la sociedad española como es la crisis de fin de siglo, momentos en que la burguesía no ha encontrado todavía el camino idóneo para la industrialización y en los que los campesinos se aferran a un tradicionalismo que les impide afrontar con éxito la modernización impuesta por el progreso social.

Encontramos en este ciclo una gran variedad de temas; la mayoría de ellos encarnados en asuntos de la vida rural, pues Blasco, tras clavar sus afilados dardos en la burguesía valenciana en su primera novela, buscará nuevos lugares, ambientes y problemas —obsesión continua a lo largo de su vida— con lo que se aleja así de la conflictiva vida local, centro de su quehacer político, para cuya expresión utilizaba el periódico.

En **Arroz y Tartana** hace un retrato acre de la burguesía local: unas vidas vacías, movidas únicamente por el afán de aparentar, y la degradación a que son capaces de llegar cuando, para mantenerse dentro de la esfera social de los privilegiados, se recurre a cualquier tipo de medios sin tener en cuenta su moralidad. La lucha del hombre con la naturaleza será el motivo central en diferentes cuentos y novelas en las que Blasco presenta al lector la vida de los hombres de la costa tanto en su lucha en alta mar —marineros de cuerpo encallecido por el trabajo y alma endurecida por el sufrimiento— como en la costa misma, ahí está la gesta solitaria del tío Toni —**Cañas y Barro**— incansable en su empeño por desecar los campos de fango y agua salada para convertirlos en un mar de arroz apostando así por una forma de vida moderna frente a la perpetuación de una organización ancestral defendida por su padre.

La vida del interior del país valenciano aparece desde otra perspectiva: la explotación del hombre por el hombre. **La Barraca** mues-

V. Blasco Ibáñez
LA BARRACA

tra una rebelión de los aparceros frente a los amos, pésimamente dirigida, pues en vez de centrar el blanco en los propietarios dirigen su violencia contra un miembro del mismo campesinado; en la novela **Entre Naranjos**, el propósito del autor es poner al descubierto los entresijos de que se vale el caciquismo para explotar económica y políticamente al campesinado.

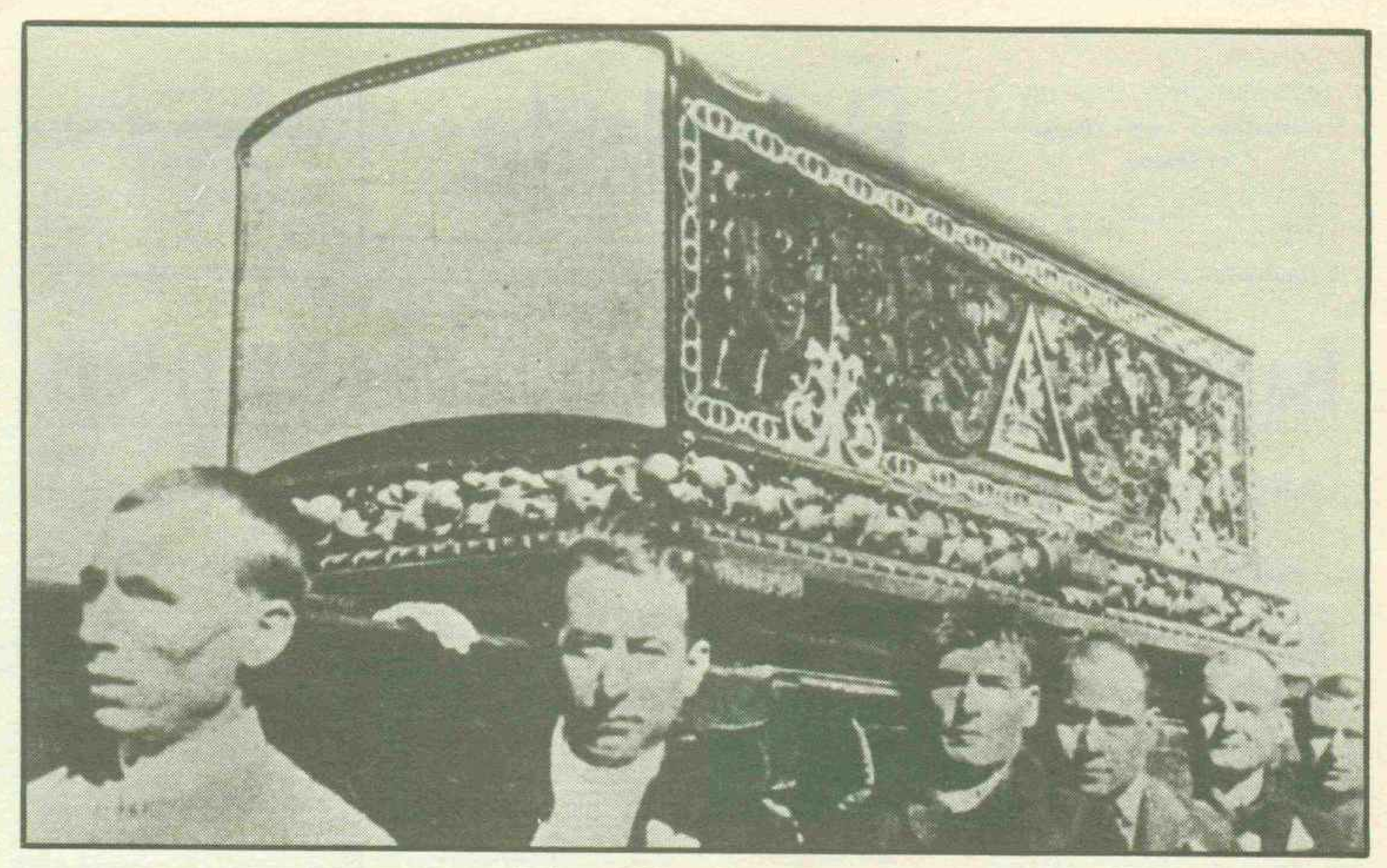
La postura de Blasco se va modificando en las diferentes novelas y no de una forma progresiva. Si en **Arroz y Tartana** hay una clara postura antiburguesa que aparece tanto en la concepción de heroína degradada con que aparece presentada la protagonista y su círculo social como en la adjetivación valorativa que en determinados pasajes se le escapa al que pretende ser frío narrador y en la ironía empleada en alguna ocasión como es el planto por el caballo difunto, sostén del honor familiar; en **La Barraca**, en cambio, encontramos un retroceso en lo ideológico, lo que no es obstáculo para que reconozcamos la extraordinaria calidad que hace de ella una joya literaria. En esta novela, según se desprende de su lectura, el interés del autor no se centra en plasmar unos hechos reivindicativos del campesinado, sino que lo que le atrajo desde el primer momento a Blasco fue la posibilidad de crear un mundo novelesco poblado de seres primarios capaces de llegar a extremos de violencia inusitada empujados por pasiones extremas; así pues, el mundo rural atrae al escritor por el primitivismo con que puede presentar a sus habitantes justificando su conducta más por razones literarias —la estética naturalista es factor decisivo— que como consecuencia de un análisis de la realidad. Blasco Ibáñez cifra el comportamiento de los personajes en sus antecedentes morunos —recuérdese que la génesis de la obra tiene raíces literarias en un cuento del mismo escritor titulado «Venganza moruna»—, con lo que quiere seguir una concepción determinista de la existencia que en el escritor valenciano deriva de su admiración por la narrativa de Zola que en **La Barraca** lleva hasta el extremo de que incluso los hijos de los labradores, presionados por la sangre y el odio que envenena sus vidas, tiñen de violencia sangrienta sus relaciones con la familia Burrull hasta el punto de causar la muerte al más pequeño de los hijos. El retroceso lo vemos no por la presentación negativa del proletariado, sino porque la idea-fuerza que impulsa a los aparceros en su lucha contra los amos y que el autor desvía hacia Batiste y su familia —«la tierra para los trabajadores»— es condenada para satisfacción de los propietarios de la huerta, la burguesía de la ciudad del Turia, sin que se abra esperanza alguna para los huertanos a quienes solamente llega del mundo civilizado —además de la explotación— el detritus de la ciudad que convierten en abono tras un penoso acarreo.

Más nítida será su postura en **Entre Naranjos**, pues su alegato contra el caciquismo sobrepasa al mismo Costa llegando hasta la cúspide del poder central; la contradicción entre ideología y práctica en lo erótico sirve para desenmascarar la honorabilidad de los líderes de la defensa de la moral tradicional al tiempo que se puede entrever la connivencia del poder político que, por supuesto, maneja también las riendas económicas, con el estamento eclesiástico.

Por situar el tiempo novelesco en los años de la Restauración y Regencia, el carácter crítico de su obra atañe, de una forma más o menos directa, al sistema canovista y a la ideología conservadora que lo sustenta.

Sin embargo no hay una postura coherente a través de todas estas novelas, lo que nos indica algo fundamental para entender la personalidad del escritor: Blasco, hombre de acción, concibe al novelista como un narrador de historias más que como un intelectual que interpreta la realidad que le ha tocado vivir. La meta fundamental será conmover al lector mediante la presentación de unos personajes broncos que se debaten acuciados por pasiones extremas que el novelista, demiurgo omnisciente, crea siguiendo la lógica del existir cotidiano. Blasco tiene conciencia de que hay que diferenciar al político del novelista, al agitador del creador de belleza; y esto es lo que le salva como literato, pues en aquellas obras en las que late de una forma más clara su preocupación política —tal es el caso de **Entre Naranjos** y mucho más claro se ve en **La Catedral**, novela en la que se puede encontrar un gran paralelismo entre su postura ante la cuestión religiosa y la que por esas fechas plantea en el Parlamento— la calidad artística decae, fenómeno que, por desgracia se ha repetido mucho entre los literatos españoles.

Por otra parte queda muy claro que si la mayor parte de estas novelas se centran en el mundo rural valenciano su tratamiento de los campesinos responde a un interés puramente estético que le lleva a postergar valores del campesinado para resaltar, en cambio, aquellos aspectos relacionados con el



Entierro de Vicente Blasco Ibáñez.

primitivismo en que se movía a finales del siglo —animalidad a flor de piel, condiciones ambientales nauseabundas, sexo, alcoholismo, agresividad...— por exigencia de la estética naturalista.

Blasco capta fríamente la belleza del paisaje y el drama interno del hombre que lo habita y lo transmite por medio de una narrativa que será consumida por los pequeños propietarios que votan al político «revolucionario» como despecho ante la forma de gobernar de una oligarquía más atenta a sus propios intereses que a la defensa de ese amplio sector de las clases medias que cada día se ve más hundido en la escala social y sueña con la nonnata revolución burguesa.

Es en sus novelas posteriores a este período cuando Blasco se aleja del mundo valenciano para cantar en las llamadas «novelas sociales» la epopeya moderna: la lucha del proletariado frente a la burguesía de finales de siglo y la desmitificación del soporte ideológico y de la fundamentación histórica que le sirve de soporte. Su estética se distancia del naturalismo en un intento por apresar la realidad social de la que seleccionará diferentes problemas, con desigual fortuna artística, pues, es uno de sus fallos, a veces sus propósitos son superiores a la calidad conseguida. En estas obras llega a su cima el interés de Blasco por el proletariado por lo que exigen un análisis totalmente diferente del que hemos utilizado al tratar de bosquejar en esta panorámica determinados aspectos de la creación de un escritor que sigue siendo altamente polémico hasta el extremo de que mientras la izquierda colabora en la erección de un monumento, pese a reconocer las múltiples contradicciones, la incapacidad para comprender el problema de las nacionalidades, sectores de la derecha lo dinamitan a los tres días. Al propio Blasco no le hubiera extrañado tal proceder acostumbrado como estaba en sus años de vida política activa a los más violentos contratiempos.

Su recuperación puede ayudarnos a comprender la España de la Restauración y los primeros años del presente siglo. El que entre su producción haya mucha ganga no ha de ser un obstáculo insuperable; con frecuencia se necesitan toneladas de escoria para obtener unos gramos de metal precioso.

En la ajetreada vida del hombre moderno puede resultar muy conveniente para su salud mental sentarse en el cuarto de estar y dedicar algún tiempo a la lectura; aunque hay narradores actuales cuya obra es, sin duda, mucho más reconfortante por el hálito de actualidad que en ella palpita, para ese amplio sector de la población española que confiesa no leer nunca el contacto con la narrativa de Blasco Ibáñez puede ser un medio muy eficaz para su familiarización con la lectura. ■ **F. C.**

Año 68 Número 20.579 Precio: 70 cts.

El Adelanto

DIARIO DE SALAMANCA

REDACCION Y TALLERES: TELEFS. 2105 y 1104 CALLE DE RAMOS DEL MANZANO, 30 | ADMINISTRACION TELEFONO 1015 RUA MAYOR, 13. — APARTADO NUMERO 10

Martes, 13 de Marzo de 1951

Conversaciones anglo-italianas en Londres

Londres. — El jefe del Gobierno italiano, Alcide de Gasperi, y su ministro de Asuntos Exteriores, conde Sforza, han llegado a Londres por vía férrea, para la celebración de conversaciones angloitalianas sobre el Pacto Atlántico que comenzarán el martes. (Efe.)

Bombas dirigidas por radio, en Corea

Los Sindicatos españoles rinden homenaje a S. S. el Papa

Concentración de productores salmantinos en el templo de San Esteban

PRESIDIERON EL ACTO LAS AUTORIDADES Y JERARQUIAS PROVINCIALES

Los productores españoles, a través de su organización sindical, se congregaron en Salamanca, como en toda España, para escuchar la voz del Santo Padre en el homenaje sindical que se le ha tributado. El profundo sentido católico de los obreros españoles ha hecho posible la concentración, en ciudades y pueblos, de ocho millones de productores, técnicos y empresarios, que ayer, con una emoción inenarrable y un profundo sentido religioso, expresaron su amor y fidelidad a la voz del Vicario de Cristo en la tierra.

A la hora anunciada, dos minutos cuarto de la mañana, empezó la concentración, en el atrio de la iglesia de San Esteban, de los distintos productores de la capital, encuadrados en sus respectivos sindicatos, portadores de pancartas en las que se ponía de manifiesto la adhesión de las diferentes ramas sindicales a Su Santidad.

En pocos momentos el templo y el claustro se llenó con los miles de asistentes, obreros y patronos, así como numeroso público. A través de los micrófonos instalados dentro y fuera de la iglesia tuvo lugar, y con ello la iniciación de los actos, la alocución del obrero don José Coalrión. [...]

[...] salvadora a la luz del Evangelio, frente a las fuerzas de subversión que triunfan en buena parte del mundo.

«Franco —concluyó— comprendió y siguió su marcha al resplandor de sus verdades embirmáticas, hasta el blanco perfilado: la paz social, la dignidad de España.»

Grandes aclamaciones acogieron el final de los discursos.

Por último pronunció una breve alocución el asesor religioso de la C. N. S., don Ramón García Nieto.

A continuación se celebró una misa rezada, presidida, como los actos anteriores, por el excelentísimo señor gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, don Joaquín Pérez Villanueva [...]



La presidencia principal, durante la misa celebrada en el templo de San Esteban. (Foto Guzmán Gombau.)



(Foto Guzmán Gombau.)

TSALDARIS, EN PARIS

El mensaje del Sumo Pontífice

"Todo lo justo que halláis en los demás sistemas, se encuentra en la doctrina social católica"

Unas cien mil personas escucharon en la Plaza de la Armería, de Madrid, el mensaje de Pío XII

Madrid. — Cien mil personas [...]

Al impartir su bendición el Sumo Pontífice, la imponente multitud la recibió de rodillas y al terminar Su Santidad sonó una clamorosa y unánime ovación que duró largo rato, escuchándose simultáneamente entusiásticos vivas al Papa, así como los de "España por el Papa" y "Los trabajadores con el Papa". [...]

SOLEMNE MISA EN LA CATEDRAL



Imponente aspecto que ofrecía la Plaza de la Armería durante el acto. (Foto Vidal.)

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE SALAMANCA

Imposición del «Víctor de Plata» del SEU a don Antonio Tovar

Presidieron el acto el delegado del Frente de Juventudes, el jefe nacional del SEU y el Gobernador civil de Salamanca

CURSO SUPERIOR DE FILOLOGIA HISPANICA



Lea usted EL ADELANTO

(«El Adelanto», de Salamanca, 13-III-1951.)



EL MENSAJE DEL SUMO PONTIFICE

Ciudad del Vaticano.—El texto íntegro del radiomensaje que Su Santidad el Papa Pío XII dirigió el domingo a las 13,50 horas a los trabajadores españoles es el siguiente:

«Amadísimos hijos, empresarios, técnicos y trabajadores españoles, reunidos en Madrid y provincias: ¡Qué hermoso espectáculo —dejadnos comenzar así— éste de una masa imponente de obreros, como la vuestra, aclamando a Jesucristo como a su verdadero redentor! Porque al trabajador, al obrero, al hombre de una vida áspera y difícil, donde los problemas de hoy no alcanzan a hacer olvidar las preocupaciones de mañana, son muchos los que se han presentado y se presentan, especialmente en estos últimos tiempos, enarbolando la bandera de la redención. Vosotros, sin embargo, seguís aferrados a la bandera de Cristo y confesáis abierta y solemnemente con el primer Papa, san Pedro: no hay que buscar la solución en ningún otro, pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos.

A El, a su Iglesia, al sucesor de Pedro, vosotros queréis permanecer fieles cueste lo que cueste: pero lealtad con lealtad se paga, y como seguramente vosotros esperáis de Nos en estos momentos una palabra sobre lo que la Iglesia puede ofreceros para la seguridad de vuestra existencia y la satisfacción de vuestras justas aspiraciones, esa palabra, con todo nuestro afecto paternal, os la queremos decir. Hela aquí, pues, en tres puntos.

Nadie puede acusar a la Iglesia de haberse desinteresado de la cuestión obrera y de la cuestión social, o de no haberles concedido la importancia debida. Pocas cuestiones habrán preocupado tanto a la Iglesia como esas dos, desde que hace sesenta años nuestro gran predecesor, León XIII, con su encíclica «Rerum Novarum», puso en las manos de los trabajadores la carta magna de sus derechos. La Iglesia ha tenido y tiene consciencia plena de su responsabilidad. Sin la Iglesia, la cuestión social es insoluble. No olvidéis tampoco que todo lo bueno y justo que halláis en los demás sistemas se encuentran ya en la doctrina social católica. Y cuando ellos asignan metal al movimiento obrero, que la Iglesia rechaza, se trata siempre de bienes ilusorios que sacrifican la verdad, la dignidad humana, la justicia social o el verdadero bienestar de todos los ciudadanos. En su historia dos veces milenaria, la Iglesia ha tenido que vivir en medio de las más diversas estructuras sociales, desde aquella antigua, con su esclavitud, hasta el moderno sistema económico, caracterizado por las palabras capitalismo y proletariado.

La Iglesia nunca ha predicado la revolución social, pero siempre y en todas partes, desde la epístola de San Pablo a Filemón, hasta las enseñanzas sociales de los Papas en los siglos XIX y XX, se ha esforzado tenazmente por conseguir que se tenga más cuenta del hombre que de las ventajas económicas y técnicas para que cuantos hacen de su parte lo que pueden, vivan una vida cristiana y digna de un ser humano. Por eso la Iglesia defiende el derecho de la propiedad privada, derecho que ella considera fundamentalmente intangible. Pero también insiste en la necesidad de una distribución más justa de la propiedad y denuncia lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social donde, frente a un pequeño grupo de privilegiados y riquísi-

mos, hay una enorme masa popular empobrecida. Siempre habrá desigualdades económicas, pero todos los que de algún modo pueden influir en la marcha de la sociedad, deben tender siempre a conseguir una situación tal que permita a cuantos hacen lo que está en sus manos, no sólo el vivir, sino aun el ahorrar. Son muchos los factores que deben contribuir a una mayor difusión de la propiedad, pero el principal debe ser siempre el justo salario. Vosotros sabéis muy bien, queridos hijos, que el justo salario y una mejor distribución de los bienes naturales constituyen dos de las exigencias más apremiantes del programa social de la Iglesia. Ella ve con buenos ojos, y aun fomenta, todo aquello que dentro de lo que permiten las circunstancias tienda a introducir elementos de contrato de sociedad en el contrato de trabajo y mejore la condición general del trabajador.

La Iglesia exhorta igualmente a todo aquello que contribuya a que las relaciones entre patronos y obreros sean más humanas, más cristianas y estén animadas de mutua confianza. La lucha de clases nunca puede ser un fin social. Las discusiones entre patronos y obreros deben tener como la principal la concordia y la colaboración. Pero esta obra la pueden llevar a cabo solamente hombres que vivan de la fe y cumplan su deber en la esperanza de Cristo.

Nunca fue fácil la solución de la cuestión social, pero las indecibles catástrofes de este signo la han hecho angustiosamente difícil. La reconciliación de las clases, la disposición al sacrificio y al respeto mutuo, la sencillez de la vida, la renuncia al lujo exigida imperiosamente por la actual situación económica, todo eso y tantas otras cosas, sólo se pueden obtener con la ayuda de la providencia y la gracia de Dios.

Ser, pues, hombres de oración. Elevad vuestras manos a Dios para que por su misericordia, y a pesar de todas las dificultades, se realice esa gran labor. Con esta ocasión no podemos menos de dirigir algunas palabras de elogio paternal a esas instituciones que habéis creado y continuáis creando en gran número, con el



fin de educar a los jóvenes trabajadores, haciendo de ellos excelentes obreros especializados y, al mismo tiempo, cristianos convertidos. No podríais hacer cosa mejor. La Iglesia, se dice, no sabe ayudar al hombre en su vida terrena. Nada más falso. Os basta mirar al pasado de vuestra querida España. ¿Quién ha hecho más que la Iglesia para que la vida familiar y social fuera ahí feliz y tranquila? Por lo que hace a la solución de la actual cuestión social, nadie ha presentado un programa que supere a la doctrina de la Iglesia en seguridad, consistencia y realismo. Por eso es tanto mayor su derecho a exhortar y consolar a todos, recordándoles que el sentido de la vida terrena está en el más allá, en la vida eterna. Cuanto más vivamente os penetréis de esa verdad, tanto más os sentiréis impulsados a colaborar para una solución aceptable de la cuestión social. Siempre será verdad que lo más precioso que para este fin puede dar la Iglesia es un hombre que, firmemente anclado en la fe de Cristo y de la vida eterna, cumpla, impulsado por ella, las tareas de esta vida.

Esto es lo que os queríamos decir. Una palabra todavía, amadísimos trabajadores españoles, para aceptar y agradecer el homenaje a nuestra humilde persona. Y en cuanto a nuestra correspondencia, ¿qué os hemos de decir? Durante todo el gran jubileo que acaba de terminar, hemos visto con nuestros propios ojos, hemos tocado con nuestras propias manos, el fervor entusiasta del pueblo español por el Papa. Pero los peregrinos españoles, entre los que os recordamos, queridos trabajadores, especialmente a los que estuvisteis en la clausura de la Puerta Santa, han podido ver, han podido también experimentar, el amor que el Papa les reserva. "España, por el Papa", era su grito apasionado e incontenible, al que Nos hemos contestado con maternal amor: "Y el Papa, por España". Que Dios los bendiga, hijos queridísimos, y bendiga igualmente a vuestra Patria y a vuestros dirigentes como Nos, con plena efusión de afecto paternal, a todos os bendecimos.» (Efe)

(Agencia «EFE», 13-III-1951.)

RESISTENCIA ROJA AL NORTE DE ANYANG

CUARTEL GENERAL DEL VIII EJERCITO, 6.— Las fuerzas de las Naciones Unidas han rechazado un ataque con morteros y pequeñas armas de unos dos pelotones a 16 kilómetros aproximadamente al noreste de Kumyangjang, después de dos horas y media de batalla en la madrugada de hoy.

Las vanguardias acorazadas encontraron trampas antitanques y campos minados, que fueron eliminados. Fuerzas de tanteo encontraron resistencia moderada del enemigo al norte de Anyang, antes de las tres de la madrugada de hoy, hora local, en cuyo momento el enemigo hizo fuego sobre las mismas. También se encontró un campo enemigo de minas al sur de Anyang, que la fuerza exploradora eliminó, siendo atacada por el enemigo, cuyos efectivos se calculan en una compañía.

Contra ligera resistencia, los portorriqueños avanzaron hasta un punto situado a unos 16 kilómetros al noreste de Suwon. Fuerzas norteamericanas rechazaron un ataque a las tres de la madrugada; se perdió algún terreno al norte y noreste de Ichon, en un ataque desencadenado a las tres y diez de esta mañana. El enemigo, en número indeterminado, hizo fuego esporádico de pequeñas armas contra fuerzas de los Estados Unidos, a kilómetro y medio al noroeste de Hoangsong, a las dos y media de hoy, 6 de febrero. Artillería y morteros aliados acabaron con este fuego esporádico. Fuerzas amigas avanzaron sus posiciones hacia el noreste de Wonju.

(Agencia «EFE», 6-III-1951.)

VERSOS A MEDIANOCHE

Por E. Giménez Caballero

NO he podido negarme —ni por tener sueño, ni por estar cansado, ni por invitación anterior a un teatro, ni por hacer frío, ni por versofobia, ni por cafetorrabia— a asistir en el Café Varela de Madrid a una Sesión de «Versos a medianoche» dedicada a la Navidad. Asistir y hasta proloquiar esa Sesión con unas divagaciones. No he podido negarme como no puede negar su asistencia a un cumpleaños el representante del padre de la criatura cuando el padre no puede asistir y la madre está imposibilitada. Porque el padre de «Versos a medianoche» era el Café «Levante», de la Puerta del Sol, ¡tan amigo mío! Y la madre: «Alforjas de poesía», del Teatro de Lara. (Don Levante y doña Alforjas tuvieron ya otra criatura: la del Café San Bernardo. Y dentro de poco su prole irá aumentando no sólo por Madrid, sino por provincias.)

Resulta que el Café Levante pensó una noche para sus adentros: «Aunque voy siendo más viejo que la tos de ese camarero, quisiera antes de morirme y convertirme en inmobiliaria o en cafetería americana dejar un último recuerdo de mi turbulencia española. Pero ¿dónde encontrar quién quiera mis pedazos?».

Era el mismo problema que, no lejos del viejo Café de la Puerta del Sol, se estaba planteando una anciana y noble actriz, doña Teatro de Lara.

El Café de Levante me había hecho sus confesiones a mí. Y como conocía al confidente de Lara, don Conrado Blanco, nos pusimos de acuerdo para concertar esa boda bíblica, como cuando los patriarcas centenarios se casaban y tenían hijos con la bendición del Señor. Doña Lara aportaría su antiquísima gracia por la declamación. Y don Levante su donjuanesco gusto por la libertad. De la coyunda entre libertad y declaración fueron naciendo esos críos aludidos: «Varelita», «Bernardito...».

—¿Y qué vas a hacer tú, Varelita?

—Pues ya lo ve, «Versos a medianoche».

—¿Y no sería mejor, en una fiesta bohemia de café, que dieras mediasnoches con versos y rellenas de jamón?

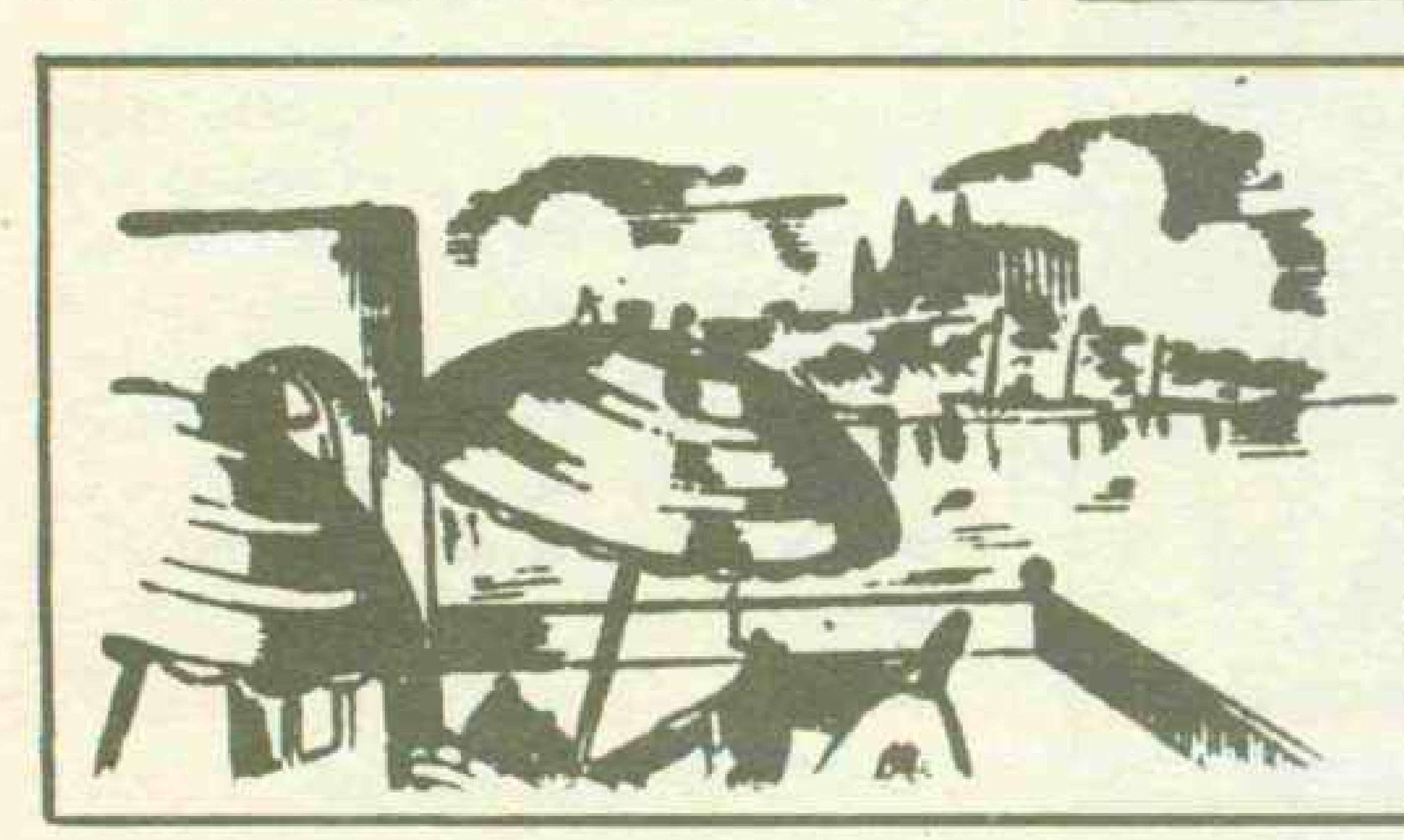
—No tengo Mecenas.

—¡Mecenas! ¡Qué nombre de hambre poética! Mecenas. ¿Por qué la poesía y el hambre habrán de ir unidos siempre hasta en el nombre de sus protectores?

—Porque el hambre es la poesía del mundo. Sin hambre, no hay genialidad sobre la tierra. Hambre y Hombre sólo se diferencian en una sola letra. En cuanto desaparece el hambre: el hombre, y sus invenciones, desaparecen, se convierten en piedras, en marmolillos...

—Entonces, tú, Varelita, no eres partidario del Plan Marshall para España, ese nuevo mecenas yanqui que ha surgido tras la guerra para calmar los rugidos hambrientos de Europa.

—La normalización de la economía española por un mecenas resultaría tan catastrófica como ha resultado para el resto de Europa. En Europa desde el Plan



Marshall se vive algo más cómodo, pero el ímpetu y la poesía se van agotando, trágicamente, por momentos. Ya Europa no va teniendo fuerzas ni para resistir a un chino...

—Bien, Varelita. Entonces ¿estás de acuerdo con el expresidente Hoover de que «Norteamérica no puede con su ayuda económica crear las fuerzas espirituales de Europa, comprarlas con dinero»?

—Tan completamente de acuerdo que ya ve, siguiendo los sabios consejos de mi padre, don Levante, aquí estoy, engañando al hambre con versos a medianoche, desafiando impávido al estraperlo. Pero seguro de que este «hambre versificada» puede traer para España más riqueza que el mismísimo INI.

—Es muy extraño lo que dices.

—Nada de extraño. ¿Cómo nació el llamado Movimiento Nacional en España?

—Si lo remonta usted a lo lejos, nació del «hambre de honra» de unos poetas cuando en el 98 se quedó España sin Imperio, sin economía y sin vergüenza. Nació del «hambre de inmortalidad» de un Unamuno, de un «hambre existencial». Nació cuando al llegar la República y traer un programa puramente socialista y materialista usted mismo, señor Giménez Caballero, dio un grito de rebelión en su genio de España... Nació en un Café entre versos e himnos, La Ballena alegre, con José Antonio. Hoy la gente va teniendo ya pavos, trolebuses, neutralidad, Sociedades protectoras de jardines y hasta flores entre los adoquines de la calle Alcalá. Y hoy ya la gente no se acuerda de sus orígenes hambrientos y delirantes, cuando en vez de ¡paz! pedía ¡victoria! Y en vez de ¡tranquilidad! clamaba ¡Imperio! Y ¡estacazos!... Pero basta de preguntas a mí. Ahora soy yo el que quisiera preguntar a usted:

—Estoy a tu disposición, niño prodigio. Pierino Gamba de los cafés, Gambita a la plancha.

—¿Qué opina usted de nuestros poetas?

—Opino que van siendo demasiados para poder opinar. Va habiendo en Madrid más poetas que poetisas en el Uruguay. Sin embargo, entre tantos poetas estoy seguro que saldrá el Poeta con mayúscula, el nuevo vaticinador, el augur. No hay que desmayar. ¡Paso libre a toda iniciativa poética, a todo versómano!

—Sí. Es verdad. En España va habiendo más surtidores de poemas que de gasolina. Este mismo Café es una estación de servicio. Puede cualquiera repostar gratuitamente y seguir adelante.

—Pues repostemos. ¿Pero esta esencia tiene plomo o no?

—Es aligera, ¡aligera! Vamos a festejar la Navidad, el Nacimiento.

—¡Eterno tema poético, inmenso tema poético! ¿Y qué va a vaticinar ese coro de poetas? ¿La paz o la guerra? ¿Este mundo que muere entre desilusiones e injusticias o ese mundo que va a nacer entre delirios sangrientos?

—Esto yo no lo sé decir. Mi misión termina al dar a la palanca para que brote el chorro de versos. Y voy a darla, ahí va la manga. Abra el tapón de su depósito. ¿Cuántos poemas pongo, cinco, diez, veinte?

—Una noche es una noche, llénalo, Varelita. A ver si me dura para caminar hasta la eternidad o por lo menos hasta llegar a casa y acostar el sueño que yo mismo me estoy produciendo. ¡Salga el chorro de versos! Y vaya del caño al coro de poetas. O del coro al caño.

(«Odiel», 9-I-1951.)

EL PRIMER PREMIO (500.000 PESETAS) A LA MEJOR PRODUCCION CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA DEL AÑO HA SIDO OTORGADO A LA PELICULA «DON JUAN».

"Familia provisional", de Colina y Berlanda; "Pobre diablo", de Ridruejo y Crespo, y la adaptación de "Hospital General", de Pombo Angulo, guiones premiados

PRESENTACION DE LA PELICULA "BAGDAD", EN EL CAPITOL

Nuevos triunfos de Ataulfo Argenta y Narciso Yepes en París

París, 29. (Crónica telegráfica de nuestro corresponsal.) Al día siguiente de dirigir Ataúlfo Argenta un concierto con la orquesta de la Sociedad de los Conciertos del Conservatorio, en el Teatro de los Campos Elíseos, se apresura la crítica a celebrar la vuelta del maestro español, y René Dumesnil, en «Le Monde», hace esta tarde un vehemente elogio de su maestro en «Water Music», de Haendel; en el «Concierto de Aranjuez», de Rodrigo, y, singularmente, en la «Sinfonía fantástica», de Berlioz. Era el noveno concierto que Argenta dirigía en Francia. La sala del Teatro de los Campos Elíseos estaba repleta. Se le acogió como a una figura familiar, con efusivas manifestaciones de cariño. Entre los españoles que el público en París solicita y admira, muy pocos han conseguido tal grado de popularidad en un sector determinado de la vida francesa. Al terminar cada uno de los tres números del programa, los aplausos y las aclamaciones al maestro de Castro Urdiales resonaban con un brío que no suele ser frecuente en esta clase de festividades artísticas. En lo que se refiere a Narciso Yepes, a quien el año pasado consagró la crítica de París, dice René Dumesnil: «No se imagina uno que sea posible arrancar efectos más variados ni de una musicalidad más perfecta de un instrumento como la guitarra». Dos maestros de la orquesta francesa expresaron también su admiración desde el escenario, y con igual entusiasmo que el público, a Argenta y a Narciso Yepes.

Esta tarde, el director español, al frente de la orquesta del Conservatorio, ha impresionado algunos discos y, entre ellos, «El amor brujo», de Falla, cantado prodigiosamente por la mezzosoprano española Ana María de Iriarte, que ha venido expresamente a París, y cuyo éxito, celebrado en el mismo teatro por un público idóneo, le ha valido un contrato para la Semana Musical de Cannes. Argenta, que sale mañana para Bolonia, donde estrenará el «Concierto galante», para violoncelo y orquesta, de Joaquín Rodrigo, volverá el 14 de marzo a París con la Orquesta Nacional madrileña, y luego de dos actuaciones en Bruselas, dirigirá, con la misma orquesta, otro concierto, el 20 de marzo, en París. Además ha sido contratado para dirigir en mayo un concierto con la Orquesta Nacional francesa.—Luis CALVO.

Fallo del Concurso cinematográfico

El jurado calificador del Concurso anual de premios a la producción cinematográfica nacional, convocado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, y correspondiente al año 1950, los ha concedido a las siguientes películas:

Primero, de 500.000 pesetas, a la película titulada «Don Juan», producida por Chapalo Films. Segundo, de 450.000 pesetas, «Agustina de Aragón», produ-



cida por CIFESA. Tercero, de 400.000 pesetas, «Pequeñeces», producida por CIFESA. Cuarto, de 350.000 pesetas, «La revoltosa», producida por Intercontinental Films. Quinto, de 300.000 pesetas, «Brigada criminal», producida por Producciones Iquino. Y sexto, de 250.000 pesetas, «Teatro Apolo», producida por Cesáreo González (Suevia Films).

Recomienda el jurado, para la concesión de dos accésits de 150.000 pesetas, a las películas «La honradez de la cerradura» y «Apartado de correos 1.001», producidas, respectivamente, por «Pecsa Films» y «Emisora Films».

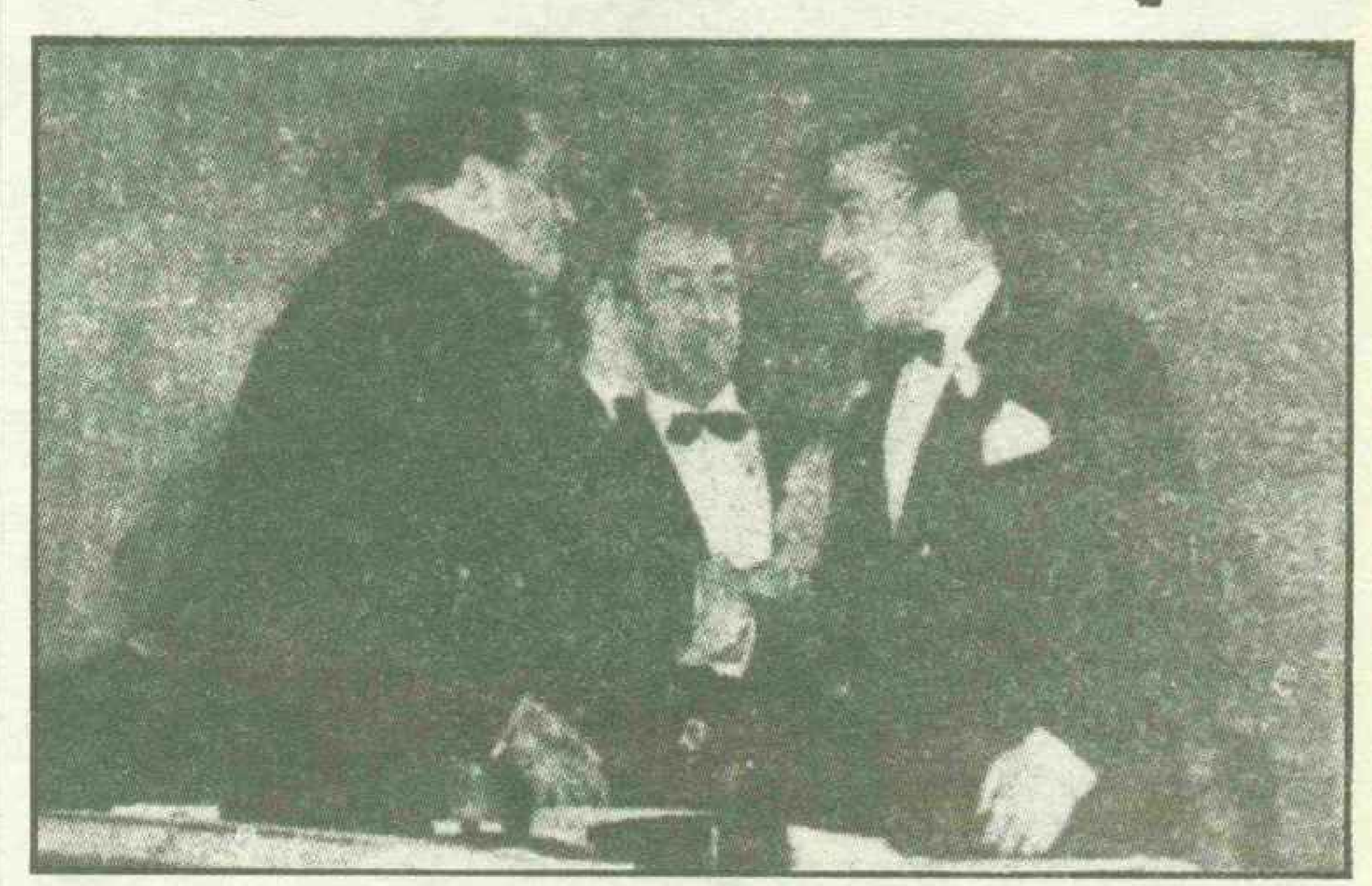
Se han adjudicado los premios correspondientes a películas de corto metraje a las que a continuación se mencionan:

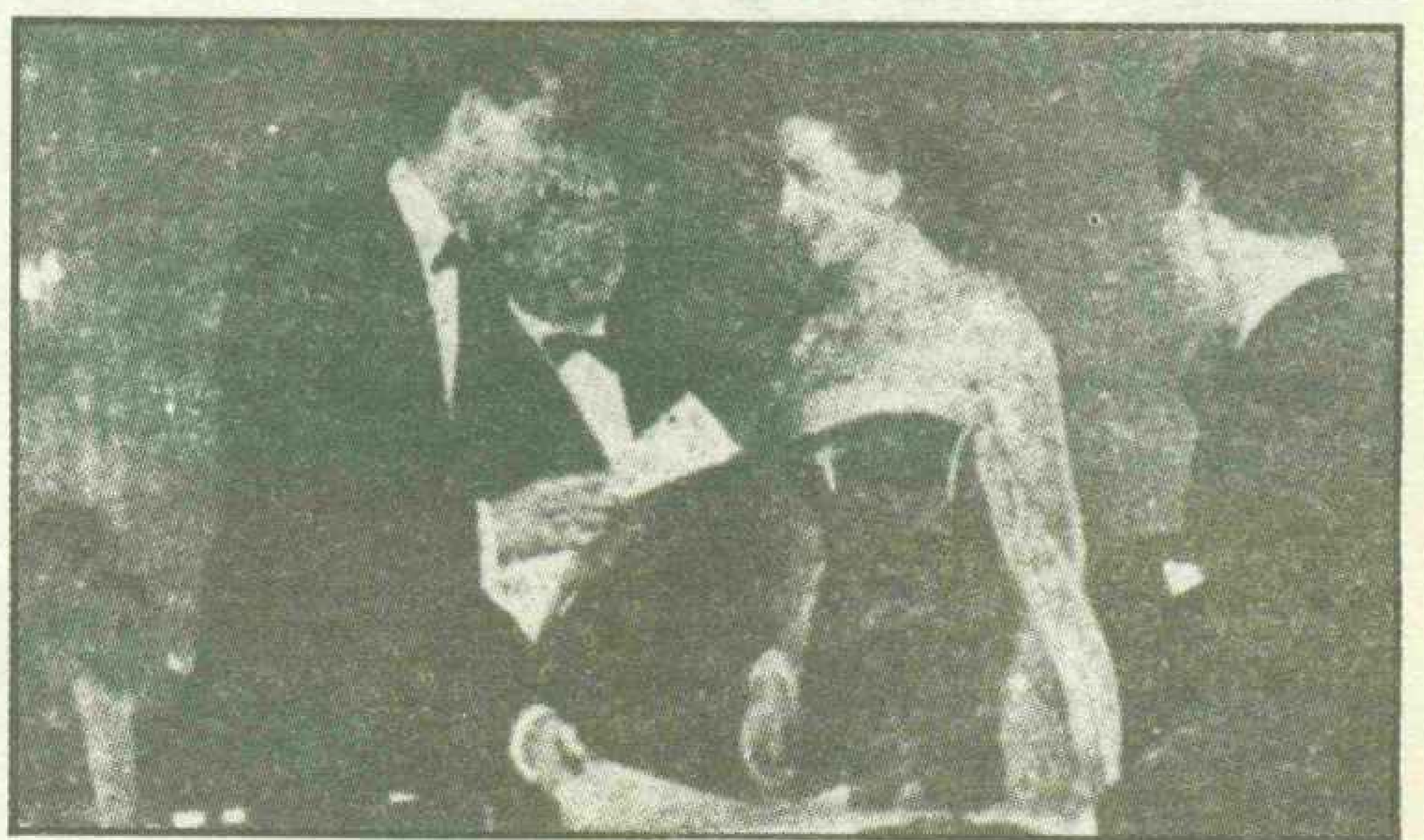
Primero, de 35.000 pesetas, a «Jaimas», presentada por Hermic Films. Segundo, de 30.000 pesetas, «Mayos en Albarracín», presentada por CIFESA. Tercero, de 25.000 pesetas, «Bellezas de Ampurias», de José María Rosal de Agullol. Cuarto, de 20.000 pesetas, «Los Juanelos», presentada por la Junta de Obras del Aeropuerto Transoceánico de Barajas. Quinto, de 15.000 pesetas, «Misión de reconocimiento», presentada por el Estado Mayor Central del Ejército. Y sexto, de 10.000 pesetas, «Los grupos nómadas», de Hermic Films.

El jurado confía al Sindicato Nacional del Espectáculo, con los asesoramientos que considere precisos, el reparto proporcional del 20 por 100 de cada premio entre el personal técnico, artístico, de figuración y obrero que se hayan hecho acreedores a esta distinción por su contribución al éxito de las películas premiadas, determinando el tanto por ciento en que cada uno de estos elementos debe participar en la distribución de la cantidad señalada.

(«ABC», 30-I-1951.)

Los premios del cine español





En la noche del 31 de enero, y durante el transcurso de una cena en el Ritz madrileño, se verificó el reparto de los Premios de Cinematografía.

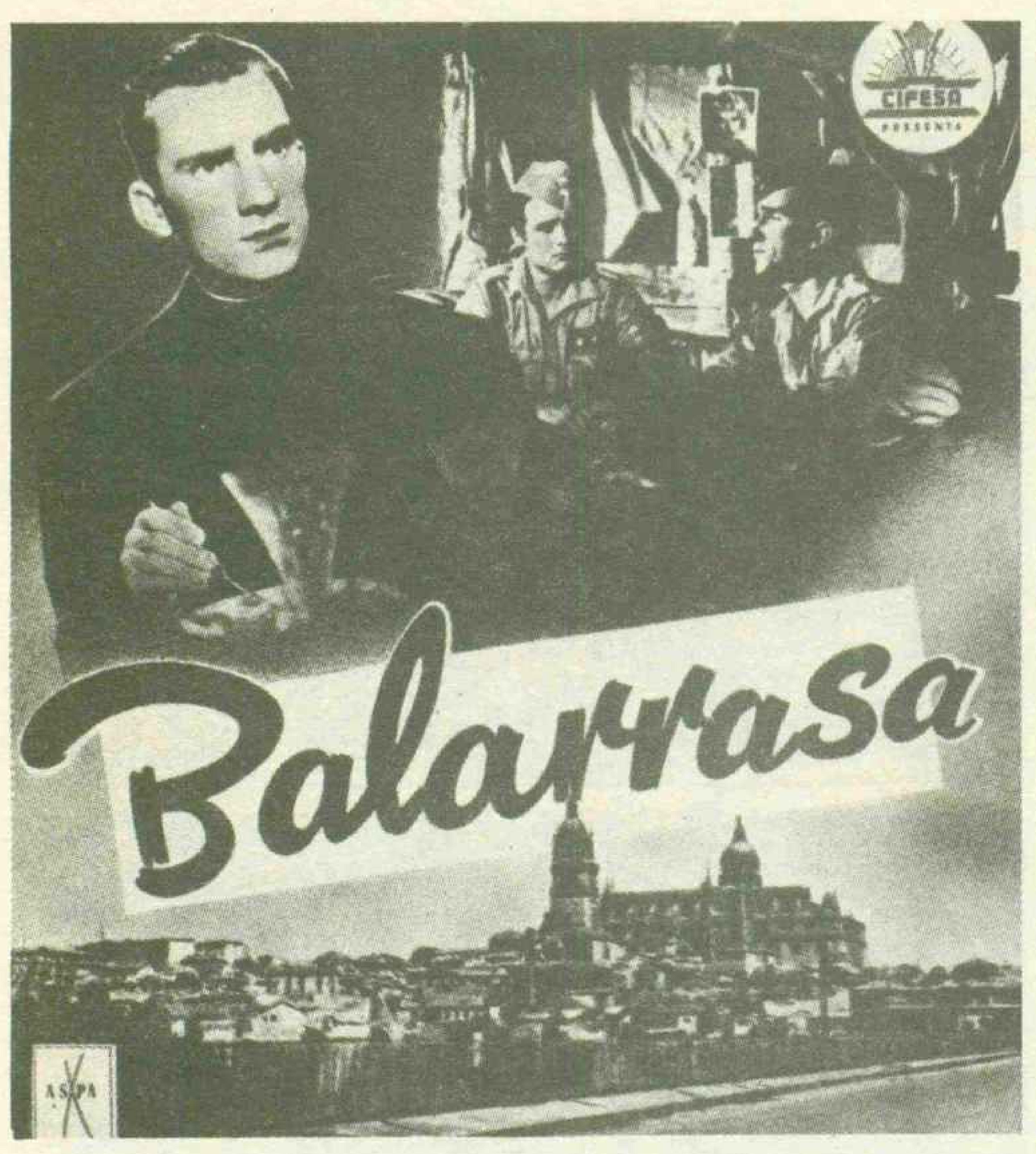
Presidieron el Director General de Cine y Teatro, el jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo y el presidente de la Subcomisión Reguladora de Cinematografía.

La concurrencia fué enorme. Un colega apunta: Hasta pasadas las once estuvieron colocando mesas. Si el cine español movilizase tanta gente a las taquillas como a las cenas, la cosa estaba salvada.»

Finalmente fueron entregados los premios, distribuidos de la siguiente manera: Primero, «Don Juan»; segundo, «Agustina de Aragón»; tercero, «Pequeñeces»; cuarto, «La Revoltosa»; quinto, «Brigada criminal»; sexto, «Teatro Apolo».

En nuestras fotografías, momento en que el guionista de «Don Juan», señor Blanco, recoge, de manos del Director de Cinematografía y Teatro, su premio; y Annabella, el suyo del jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo, señor Jato.

(«Las Provincias», de Valencia, 6-II-1951.)



Si —con palabras de San Agustín— a Dios se va también siguiendo los caminos de la belleza, no es menos cierto que uno de los caminos más finamente asequibles es éste que pudiéramos llamar de la simpatía que últimamente el cine ha venido, si no a descubrir, sí a convertir en escurridiza pista llena de sanas y confortadoras tentaciones espirituales. Es la de la simpatía, pues, una simpatía arrolladora que lleva tras sí la atención de todos los espectadores, embebecidos tanto en el juego de las interesantes anécdotas como en ese sentido nítidamente cristiano que gotea sin cesar —unas veces visiblemente, otras escondido en la fronda de una trama pseudopolicial, siempre exultante— es esa amplia, caudalosa y rica nota de simpatía, de gracia verdadera, lo que primero hay que destacar en esta película, muy interesante por muchos conceptos, con la que nuestro cine, al enrolarse en un magnífico y actualísimo movimiento del cine universal, se adentra en un terreno de grandes posibilidades. Esa intención ya mereció en principio nuestro elogio, la bondad de la producción cinematográfica —es decir, considerada como película, sopesando sus valores argumentales directoriales, interpretativos, fotográficos...— nos la hace, una vez vista, recomendable en todos los sentidos. «Balarrasa» merece verse por todo. Porque no sólo no desdice dentro de ese género —género de suma trascendencia—, afrontado por los norteamericanos, sino que, insistimos, en esa cosa que parecía privativa de ellos la simpatía al tratar aspectos religiosos, nuestro cine ha dado ahora una nota más alta; y hoy no queremos detenernos a considerar las profundas razones que lo han determinado; es cosa de siglos...

Este es el cine que necesitábamos, realizado con absoluta dignidad



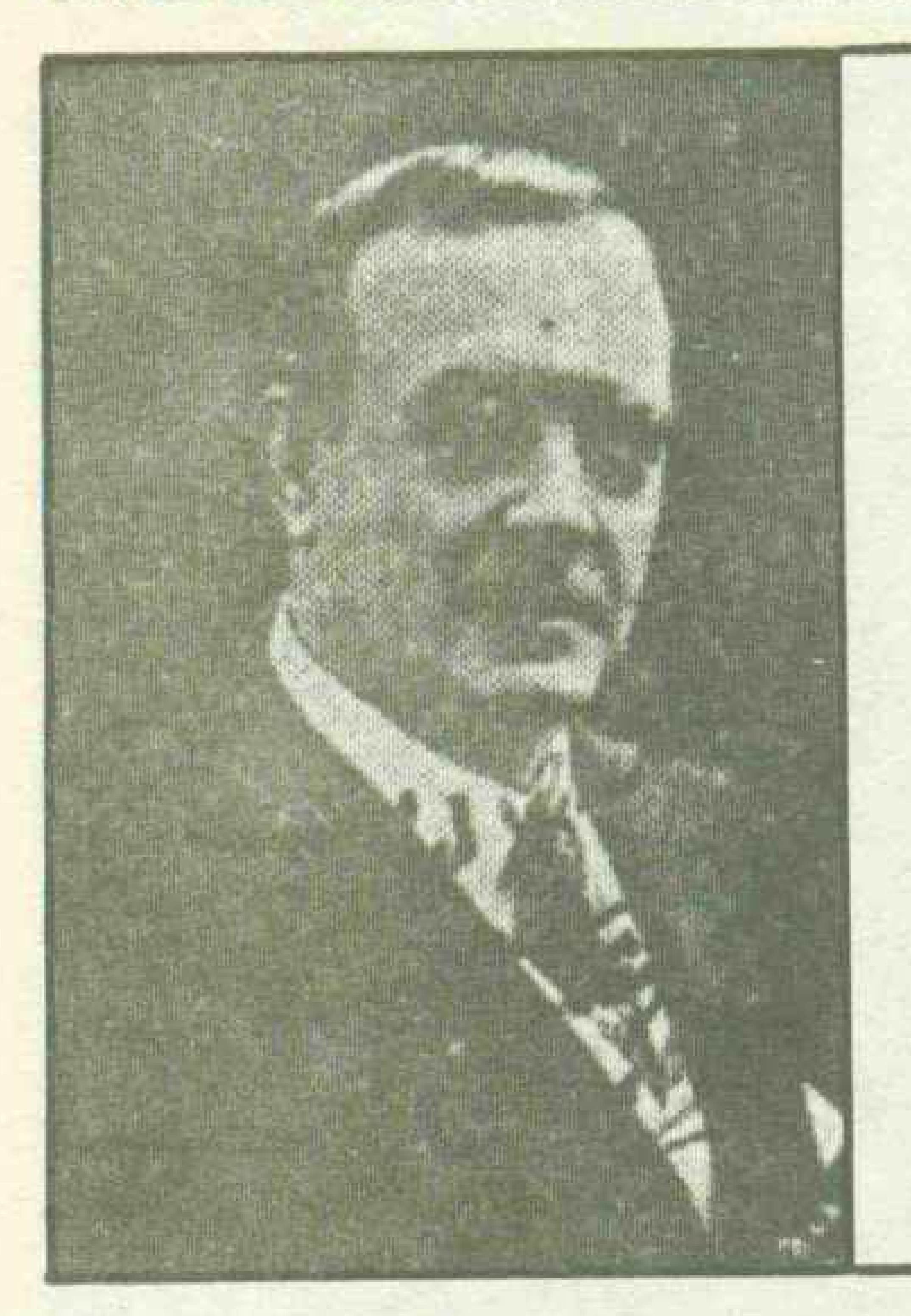


artística; ágil, sin que el interés decaiga un solo momemto; con un sentido claro y esperanzador, realista de la vida y del mundo. Un cine profundo y alegre; una cinta en suma, «Balarrasa», que nos hace concebir por las realidades que ofrece en todos los órdenes, las más halagüeñas esperanzas respecto a la producción nacional.

Quede junto a esta afirmación, la de que la dirección de «Balarrasa», debida a J. Nieves Conde; es buena, como lo son la fotografía y la música; como lo es la interpretación, y aquí el elogio se ha de derramar cálidamente sobre unos cuantos nombres, el primero de ellos, y no sólo porque encabece el reparto, el de Fernando Fernán-Gómez, cuya expresividad, por ejemplo, alcanza momentos de gran emoción; María Rosa Salgado, Manolo Morán, Eduardo Fajardo, Dina Stein, Luis Prendes, Bódalo, Tordesillas. Y, desde luego, para el argumentista y guionista: Vicente Escrivá.—E.

(«Las Provincias», de Valencia, 6-II-1951.)





La ESCENA

En el homenaje de hoy a Borrás

Encontramos al gran actor en su camerino acompañado por su ilustre compañero y paisano Ernesto Vilches, ambos son catalanes, de Badalona y Tarragona, respectivamente.

—¿Podría decirme, don Enrique, a qué se dedicó antes de salir a escena?

—A estudiar.

—Comenzó trabajando en teatro catalán. ¿Recuerda con qué obra?

—Con «Les joies de la Rosell».

—¿Cuándo comenzó en teatro castellano y cuál fue la obra?

—En la compañía de don Antonio Tutau, en el Novedades de Barcelona, y en el drama «La campana de la Almudaina».

—¿Cuál hace con mayor satisfacción y admiración a la vez?

—«El abuelo», de don Benito Pérez Galdós.

—¿Recuerda cuándo y en qué compañía se presentó en Valencia?

—En el Ruzafa con una compañía que hacía teatro castellano y valenciano a la vez y en la que figuraba la gran actriz por mí tan admirada Amparo Guillén (madre de Rafael Rivelles), y un actor cómico graciosísimo, Manolo Lloréns.

—¿En su larga y gloriosa carrera artística habrá obtenido grandes beneficios?

—Muchos más de los que he merecido.

—¿Cuál ha sido para usted la mayor satisfacción que ha recibido?

—Toda mi vida artística en general. Recuerdo con emoción mi nombramiento de hijo predilecto de Badalona; la concesión de la medalla de oro de Barcelona.

—¿Cuál ha sido su mayor triunfo escénico?

—Recuerdo un «Alcalde de Zalamea» benéfico que hice en Madrid y que tenía por «adversario» a Francisco Morano que hacía el general. Su majestad el rey Alfonso XIII nos llamó a su palco y nos obsequió con unas pitilleras de plata. Jamás podré

—¿La flojedad del libro de alguna obra, representada a fuerza de recomendaciones, le proporcionó algún fracaso?

—Nunca.

—Cuente alguna anécdota que le acaeciera.

—Representaba «El alcalde de Zalamea» en el teatro Español con Carmen Cobeña, y un actor, azorado, me llamó secretario en vez de alcalde, y aunque en aquellos instantes no me hizo gracia, luego me reí bastante, como había hecho el público.

—¿Cómo transcurre su día en Valencia?

—Como siempre, tranquilo y alegremente y recibiendo las visitas de buenos amigos valencianos que no me olvidan.

—¿Qué le gusta más de Valencia?

—Toda ella: no tiene desperdicio. Su cielo, su luz, su huerta incomparable, jardín de España, sus fiestas típicas y ese carácter alegre y socarrón de los valencianos.

—Aparte de su arte, ¿qué otras aficiones tiene?

—Luego del teatro, pues... el teatro.

—¿Qué artistas de teatro o cine ha admirado más?

—A todos. Quiero recordar, no obstante, a Morano y Tallaví, desaparecidos prematuramente, y a María Guerrero. Y de los actuales, a Rivelles y Guitart, a quienes además quiero como a hijos. Y Vilches, al que admiro en su género tan distinto al mío.

—¿Cuál es actualmente su mayor ilusión?

—Seguir haciendo teatro al que adoro.

Para don Enrique Borrás sigue válido aún —¡ya lo ve el lector!— el verso codiciado: «¡Juventud divino tesoro!».

F. T. G.

(«Las Provincias», de Valencia, 6-II-1951.)

QUÉ OCURRE EN NUESTRO TEATRO

HAY público para todo. Una de las más sorprendentes consecuencias de esta época de crisis mundial y de encarecimiento de vida es que la gente tenga ese afán desbordado de ir a todos los espectáculos sin reparar en los precios altísimos a que han llegado muchos de ellos.

En los toros, para ver lidiar unos novillos apaleados y sin puntas, se llenan las plazas hasta borbotonear por arriba. El fútbol atrae más espectadores que antes y se llenan estádiums de ochenta y cien mil espectadores. Los teatros donde cantan y bailan mujeres bonitas se llenan, y frecuentemente algunas revistas han pasado de las mil representaciones. Hay gente para todo menos para el teatro de «verso», o sea para las comedias.

Salvo excepciones, las comedias siguen considerándose de éxito si llegan a las cien representaciones «verdad», o sea lo mismo que ocurría hace veinticinco años. Lo normal es que una comedia bien acogida no produzca llenos más que en sus treinta o cuarenta primeras representaciones y luego vaya arrastrando una sala desigual hasta esas cien representaciones. Parece como si la masa de espectadores se hubiera cansado de este tipo de espectáculo, ya que, por las mismas razones que los demás han multiplicado su público, las comedias debían durar en el cartel quinientas o seiscientas noches, y no es así.

¿Se puede decir que es el género el que ha dejado de interesar a la gente? Basta con echar un vistazo a lo que ocurre en el extranjero para contestar que no. En el resto del mundo, donde este fenómeno de multiplicación de espectadores ha ocurrido lo mismo que aquí, vemos que el teatro de «verso», o sea las comedias, se ha beneficiado en la misma proporción que los demás de este síntoma de «rebelión de masas». Las obras que antes se daban cien veces en París duran ocho o diez meses, o un año; las verdaderamente excepcionales, que duraban antes toda una temporada, hoy están en el cartel dos y tres años. En los Estados Unidos pasa lo propio, hay obras que han estado ocho años en el mismo escenario. Habrá, pues, que pensar que se trata de un fenómeno de desvío completamente nacional y procurar adivinar las causas, lo cual no es tan fácil como parece.

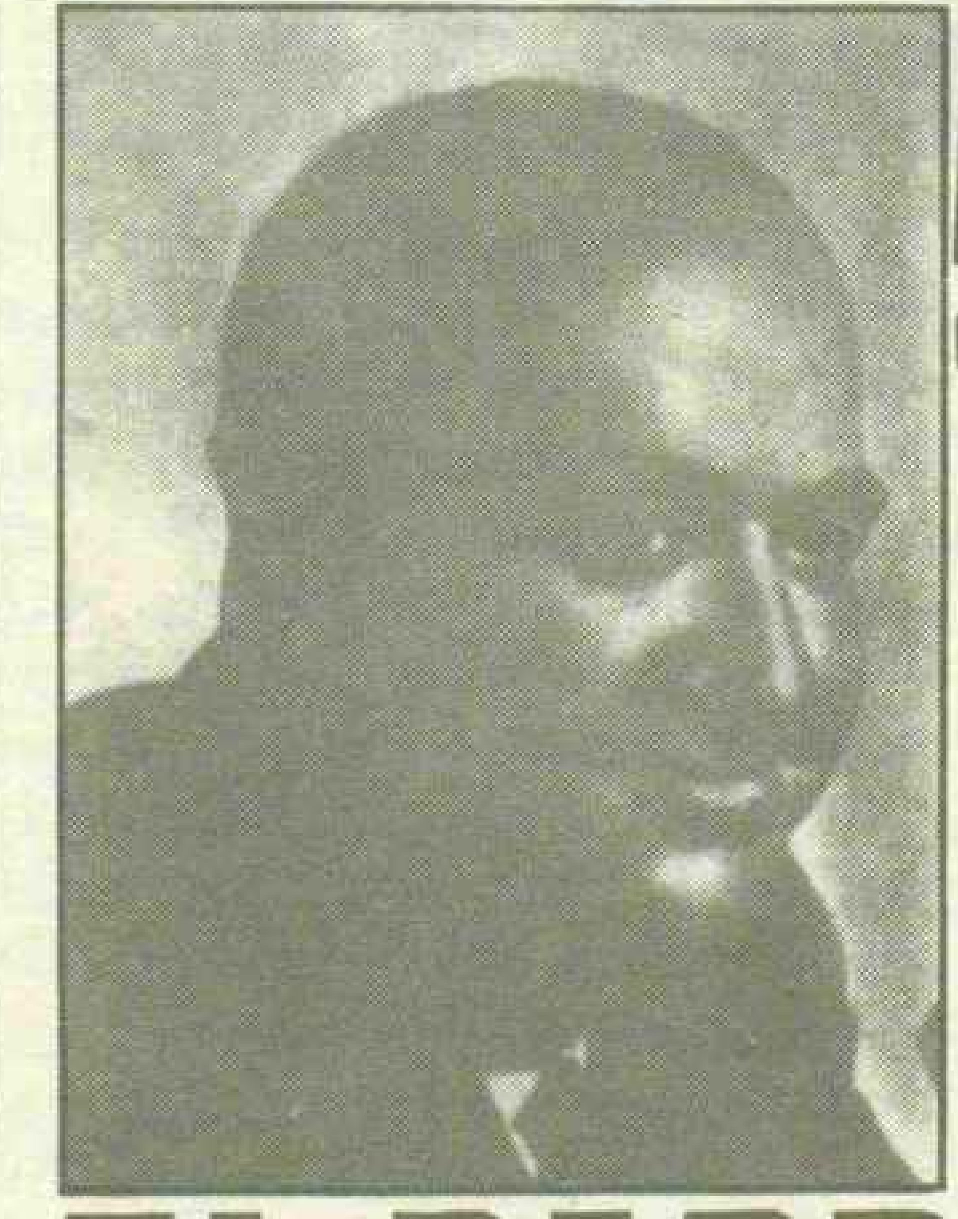
Benavente, en estas mismas páginas, apuntó certeramente cómo una de ellas puede ser los temas



eminentemente teatrales que están vedados a nuestros autores. Pero no es solamente eso lo que retrae a los espectadores; hay más razones, ninguna de ellas en particular decisiva, pero que al ser conjuntadas pesan, indudablemente, sobre el ánimo del posible espectador que a la hora de cenar lee la cartelera para decidir dónde va a pasar dos horas entretenido.

Una de ellas es los dos entreactos. La gente está ya acostumbrada a que le cuenten las historias en el «cine» sin interrupciones, y esto de que en el teatro se interrumpa la narración, saquen de situación al espectador y lo tengan durante diez minutos en unos pasillos inhóspitos, es algo tan triste que contribuye mucho a restar interés, ya que el espectador no está muy seguro de que se vaya a divertir, sentado en su butaca, una hora y media, pero, desde luego, no le cabe la menor duda de que, salvo en los estrenos, le esperan veinte minutos seguros de aburrimiento, distribuidos en dos entreactos.

Hay la tendencia en el mundo a suprimir uno de ellos, siempre que el cambio de decorado no imponga lo contrario, y es cosa de tener en cuenta en nuestro país.



ADOLFO TORRADO

el fecundo y graciosísimo autor, ha logrado su triunfo más completo de público y crítica con

EL PADRE GUAPO

La magistral creación cómica—risa garantizada y continua, en un prodigio de ponderación y buen arte—de los popularísimos e inimitables

AURORA y VALERIANO



que desarrollan con la brillantez de siempre su 10.ª temporada—la de las "bodas de plata" como cabecera de compañía—en el

TEATRO ALCAZAR

el escenario del éxito constante.

Publicidad: "HIJOS DE VALERIANO PEREZ" Cruz

Por su belleza, por su acusada personalidad y por su voz maravillosa, triunfa clamorosamente en



la famosa artista inglesa

HY HAZELL

la cual tomará parte en el TÉ-ESPECTÁCULO de esta tarde.

Pero tampoco es éste el inconveniente que aparta de la taquilla a los posibles espectadores. Convendría estudiar si la culpa de este desvío no reside principalmente en los temas que muchos autores llevan a escena. Con frecuencia estamos viendo muchas comedias en las que no ocurre nada extraordinario, conflictos de la clase media, pequeño-burgueses, completamente vulgares, animados por personajes que también lo son. Nos aburrimos cuando nos damos cuenta de que hemos ido a ver en escena, y a oír hablar durante dos horas, a un tipo de gentes que llevamos toda la vida tratando de evitar en nuestro trato cotidiano. Nada de lo que dicen ni nada de lo que les ocurre nos im-

porta. El hombre corriente nace, estudia, se enamora, se casa, tiene hijos, a veces está a punto de seguir el camino del mal, termina por no seguirlo, entierra a sus padres y más tarde le entierran a él. Pues bien, esto no es espectáculo, y nos tiene completamente sin cuidado.

Los autores se han empeñado en que las comedias terminan bien cuando terminan en boda, cuando lo único que termina bien en ese caso es el tercer acto y se sale pensando: «Si hubiera dos más, ya veríamos».

Otra de las fórmulas es la de la pareja que ha decidido separarse por incompatibilidad de caracteres, lo cual es una actitud bastante lógica, pero los autores se empeñan en que al final se reconcilien y pretendan hacernos creer que estas dos personas de caracteres incompatibles van a llevarse bien después de esta reconciliación cuando todos sabemos que no es verdad.

Que el nieto adore a su abuelito es enternecedor, pero no es espectáculo; lo que pudiera serlo, en todo caso, es que lo asesinara con una cuchara; claro que esto se llama drama.

Siempre hubo teatro de costumbres, pero el bueno traía siempre alguna idea o algún personaje excepcional que le daba todo su valor y le prestaba todo su aliciente. En Arniches, por ejemplo, hay personajes fabulosos: la solterona de «Trévelez», el heroico tímido de «Es mi hombre»... Estos personajes magníficos, que son capaces de convertir en extraordinario un tema corriente, como, modernamente, esos deliciosos viejos sumidos en el confín de lo real y de lo irreal de «Celos del aire».

Esta y otras causas son las que, probablemente, han originado este empobrecimiento del género, este olvido y este desinterés de los espectadores, y tendrán que hacer examen de conciencia los autores de nuestros días antes de ponerse a escribir para saber si lo que tienen que decir al público les va realmente a interesar lo bastante para apartarles de otros espectáculos, ya que si lo que van a mostrarnos es un pequeño conflicto, como los que ocurren todos los días en casi todas las familias, no deben de extrañarse de que sólo acudan a interesarse por él esos vecinos del segundo que se preocupan por lo que les ha ocurrido a los vecinos del primero.

Queda por analizar todavía lo que pesa en todo ello la calidad de los actores, el acierto en la distribución de los papeles, la puesta en escena conjuntando el tono y la manera de actuar; los decorados, trajes y muebles, y el atractivo físico de ellos y ellas, capítulo mucho más importante de lo que cree mucha gente de teatro. La cosa es que hay que hacer algo para quitar esta prevención, que impide que las gentes vayan regularmente a ver comedias lo mismo que van a ver esas películas, la mayor parte de ellas estúpidas, que nos envían del extranjero, o toda otra serie de espectáculos, que por ningún motivo merecen más atención ni más respeto.

Edgar NEVILLE

(«ABC», 18-X-1950.)



SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

La Rochefoucauld

Sombras morales en la Corte del Rey Sol

Juan Aranzadi

«Es tan fácil engañarse a sí mismo sin darse cuenta como difícil engañar a los demás sin que se den cuenta».

(«Máxima» N.º 115)

HACE 300 años, en la noche del 16 al 17 de marzo de 1680, moría de un violento acceso de gota el duque de La Rochefoucauld tras recibir poco antes la extremaunción de manos de Bossuet. Su inmortalización en la memoria de la posteridad se debe sin duda a sus «Reflexiones o Sentencias y Máximas morales»; en ellas sedimentó intelectualmente la experiencia que nos narra en sus «Memorias», serena crónica de una agitada vida que se vio envuelta como protagonista en las graves convulsiones que sacudieron a Europa y a Francia durante el siglo XVII.

LA EPOCA

La Rochefoucauld padeció en carne propia los dolores del difícil parto del Estado moderno en la Europa del Noroeste. Mientras el poder de los Austrias decaía, Holanda recogía los frutos de casi un siglo de rebelión contra España y la revolución inglesa de Cromwell hacía rodar por los suelos la primera testa real decapitada, Francia enfrentaba durante la minoría de Luis XIV la difícil herencia política de Richelieu. El Absolutismo Monárquico que el cardenal había conseguido cimentar arruinando al partido hugonote, doblegando a la nocleza y sus clientelas provinciales, reprimiendo las revueltas populares y sometiendo toda Francia a una red de intendentes centralizada en un ministeriado omnipotente, se exponía al morir su principal artesano a las tendencias centrífugas que su propia gestación había generado: las exigencias fiscales de una política exterior megalómana y las consecuencias económicas de la larga guerra con España sumieron al pueblo en la miseria y el descontento, incitándole a la rebelión; las cortapisas centralizadoras y absolutistas suscitaron las protestas del Parlamento y de las provincias contra los intendentes y el ministeriado; y el descontento de la nobleza la lanzó a un hervidero de intrigas y complots que no retrocedía para satisfacer sus intereses ni ante la alianza con la burguesía y el pueblo ni ante el pacto con el enemigo extranjero. Minada por tantos y tan diversos conflictos, la Regencia de Ana de Austria, inaugurada en 1643 tras una buena cantidad de maquiavélicas intrigas en torno al moribundo Luis XIII, no estuvo lejos de ver anegada la Monarquía bajo esa compleja mezcla de rebelión feudal de los nobles, revolución parlamentaria de la burguesía y revuelta popular que fue bautizada como **Fronde. Une fronde** es tanto una honda como un tirachinas o tiragomas: entre 1648 y 1652 fueron varios los «tirachinas» que apuntaron con variable éxito contra la Regente y su ministro, el cardenal Mazarino. El 27 de agosto de 1648,



Francisco VI, príncipe de Marcillac, posteriormente duque de La Rochefoucauld (1613-1680). Cuadro atribuido a Mignard. (Colección del duque de La Rochefoucauld).

al poco tiempo de haber aceptado la reina un programa de reformas elevado por el Parlamento que incluía la supresión de los intendentes y diversas medidas de control del poder real, el pueblo de París se lanza a **las barricadas** para obtener la libertad de Broussel y otros magistrados de la oposición que habían sido detenidos por Mazarino con la intención de amedrentar al rebelde Parlamento: la reina se ve obligada a su liberación y a renovar sus concesiones. Pero Mazarino no se resigna y prepara la revancha de la Corte haciéndola sal previamente de París de modo clandestino para doblegar después a la díscola ciudad: tal maniobra provoca la **Fronde parlamentaria** (1649): se movilizan las milicias burguesas y se coloca a su cabeza el sector conspirativo de la nobleza ligado por el pacto de Noisy (presidido por el príncipe de Conti, su hermana la duquesa de Longueville y el marido de ésta, el duque de La Rochefoucauld —su amante—, y el coadjutor de París, futuro cardenal de Retz). Pero el Parlamento no encuentra su Cromwell, burgueses y nobles vacilan y dudan, las milicias no responden y la Paz de Reuil devuelve a la reina su poder a cambio de una amnistía.

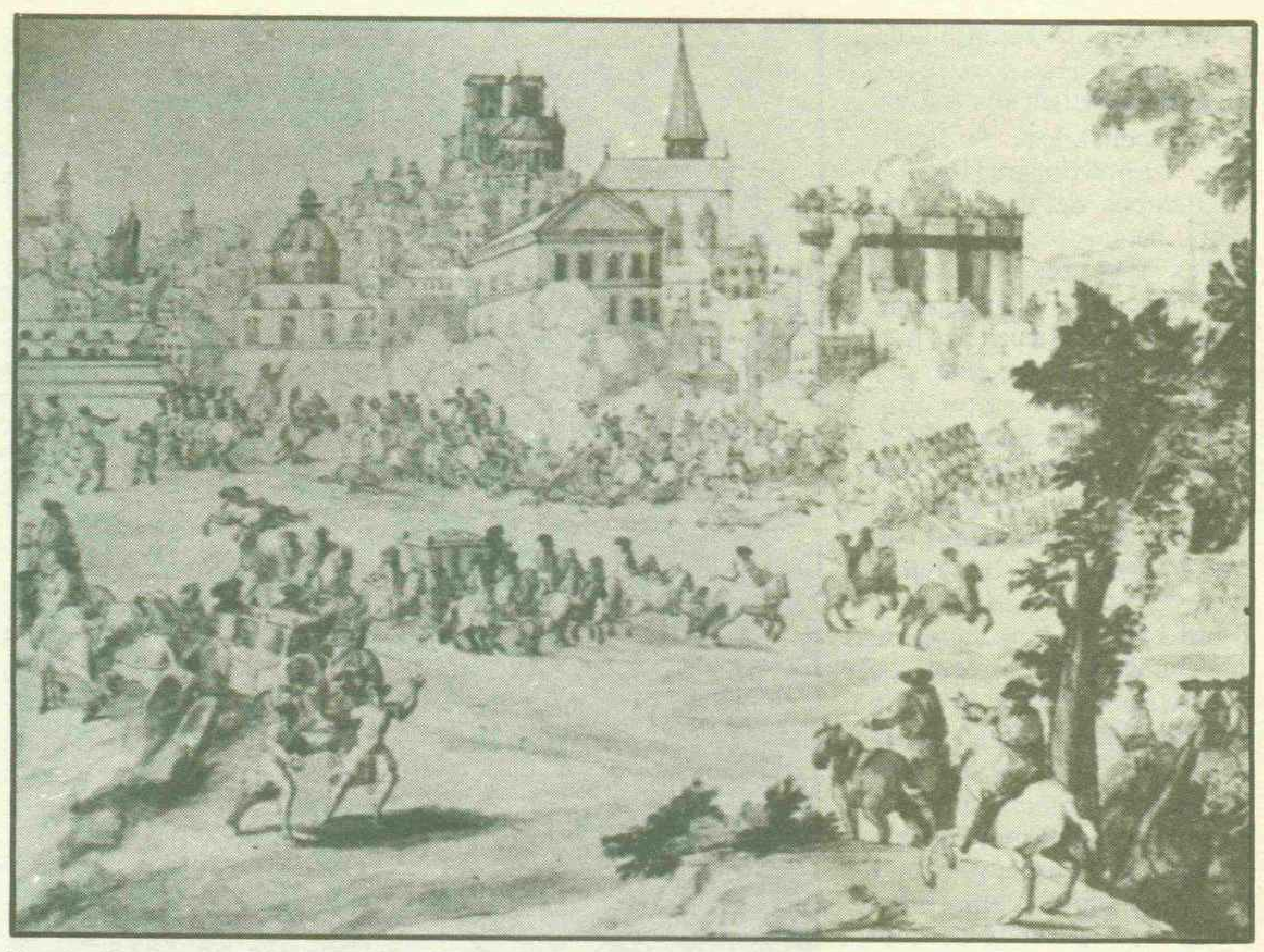
Mazarino sabe que le debe su victoria al príncipe de Condé, que optó finalmente por la Corte abandonando a los «frondeurs»; mas éste, lejos de saber aprovechar su privilegiada situación, se deja enredar en los manejos de Mazarino, que culminan en su detención junto a su hermano el príncipe de Conti y el duque de Longueville: ha comenzado la **Fronde de los Príncipes,** que tras diversas vicisitudes culminará, ya mayor de edad Luis XIV, en la **guerra civil.** Durante ésta, que dura prácticamente todo el año 1652, la nobleza se fracciona, traiciona y cambia de bando con pasmosa facilidad, Condé se alía con los españoles contra el rey, el Parlamento de París vacila hasta decidirse por Condé y abandonarle más tarde, las provincias oscilan de un lado a otro, y revueltas populares radicales como **l'Ormée** de Burdeos (que proponía como ejemplo la república de Cromwell) se ven integradas en una lucha de facciones que en ningún caso llegan a elaborar un programa común coherente. El resultado final será el triunfo de Luis XIV, el retorno de Mazarino, el fortalecimiento del absolutismo y la inauguración de una época caracterizada por el duque de Saint-Simon como «un largo reinado de vil burguesía».

EL HOMBRE

En medio de esta vorágine vivió Francisco VI de la Rochefoucauld, hijo primogénito de Francisco V y conocido como príncipe de Marcillac hasta que la muerte de su padre en 1650 le hizo heredar el du-



Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, condesa de La Fayette (1634-1693). Cuadro de la Escuela Francesa del siglo XVII. (Palacio de Chambord).



Un episodio de la guerra de la Fronda. El combate del Faubourg St-Antoine, librado por Condé el 2 de julio de 1659. (Grabado de la época).

cado que le da el nombre con que ha pasado a la historia. La tradición quiere que la casa de La Rochefoucauld provenga de la casa de Lusignan, a la que la leyenda hace descender del hada Melusina mas sin llegar tan lejos ni tan alto, cuéntanse entre sus ascendientes más cercanos ilustres personajes de las armas y las letras, las dos actividades que llenarán la vida del vástago nacido el 15 de septiembre de 1613. En 1628 contrae matrimonio con Andrée de Vivonne, baronesa de Chataigneraye, que le dará cinco hijos y dos hijas; a su descendencia hay que añadir, por lo menos, el hijo tenido en 1649 por Mme. de Longueville, que «au su de tout l'univers» lo era también de nuestro hombre.

Es poco lo que sabemos de su educación primera, confiada al poeta del Poitou Julien Colardeau: que leyó **L'Astrée** y otras novelas, y poco más.

Hasta 1642, su actividad se reparte entre una brillante carrera militar, que le valió la propuesta de Richelieu de nombrarle mariscal de campo (propuesta que rechazó por fidelidad a la reina, enemistada con el cardenal) y las intrigas de la Corte, en medio de las cuales La Rochefoucauld empieza pronto a ser víctima de los enredos femeninos: su amistad con la reina (primero amada y finalmente odiada por Richelieu, y víctima de los celos del rey tras su romántico idilio con el duque de Buckingham), con Mlle. de Hautefort (platónicamente idolatrada por el monarca) y con Mme. de Chevreuse (cómplice de la reina en todas sus intrigas y blanco privilegiado de los odios de Luis XIII y su ministro), le hizo caer en desgracia en la Corte y le llevó a mezclarse en diversos complots que le valieron la cárcel y el exilio de París. Fue entonces, «en una edad en que se desean hacer cosas extraordinarias y deslumbrantes», cuando estuvo a punto, por exigencias de uno de esos enredos, de secuestrar a la reina y a Mlle. de Hautefort: «No encontraba nada que lo fuera más —extraordinario y deslumbrante— que arrebatar al mismo tiempo la reina al rey, su marido, y al cardenal Richelieu, que tenía celos de él, y apartar a Mlle. de Hautefort del rey, que estaba enamorado de ella».

Tan romántico paladín no tardó en toparse con la ingratitud y volubilidad femeninas: «Mme. de Chevreuse olvidó en su exilio lo que yo había hecho por ella tan fácil-

mente como la reina había olvidado mis servicios cuando estuvo en sus manos el recompensarlos». Su fidelidad a la reina durante los malos tiempos de Richelieu le había hecho concebir razonables esperanzas cuando aquélla accedió a la regencia; ni tan siquiera las claras preferencias de la regente por Mazarino le impulsaron a ingresar en la conspirativa **Cabale des Importants** («yo estaba entre sus amigos sin aprobar su conducta»), lo cual le permitió sobrevivir a la detención del duque de Beaufort y a la destrucción de la **Cabale** que llevó a Mme. de Chevreuse de nuevo al exilio tras un retorno sólo a él debido. Incluso se puso de parte del cardenal manteniendo el Poitou en paz durante las barricadas de París, por más que Mazarino no cumplió las promesas realizadas de concederle carta de duque y un **tabouret** a su esposa. Poco después, justificando su cambio de bando, el príncipe de Marcillac escribiría en su «Apología»: «Ha hecho falta que se le haya declarado al cardenal enemigo del Estado, antes de que yo me haya declarado su enemigo». A partir de entonces, y al margen de momentos de negociación y componenda, La Rochefoucauld estará en todos los conflictos frente a Mazarino... y al lado de Mme. de Longueville, que aunque por aquella época «estaba demasiado ocupada de los encantos de su belleza y de la impresión que las gracias de su espíritu causaban en todo el que la veía como para conocer todavía la ambición», fue la que le introdujo en el complot de Noisy que había de llevarle a cosechar un nuevo fracaso, felizmente lavado por la amnistía real. Ambos amantes consiguieron escapar de la arriesgada e increíble filigrana tejida por Mazarino para detener a los príncipes: durante 1650 La Rochefoucauld fue el más decidido luchador por su libertad, primero en Bordeaux con las armas en la mano, y después, vencido tras heroico combate, en París con sus pactos y artimañas desde su refugio secreto en casa de la princesa Ana de Gonzaga, por la que se sintió fuertemente atraído: «tout arrive en France», le dijo irónico a Mazarino durante uno de esos extraños contactos secretos entre enemigos.



Luis II de Borbón, príncipe de Condé (1621-1686).

Mme. de Longueville le arrastró al lado de su hermano, el príncipe de Condé, durante la guerra civil que ella hizo todo lo posible por provocar para no tener que acudir junto a su marido que la reclamaba. Y aunque en el fondo celebró que el duque de Nemours la apartara de él, no supo evitar unos celos que interfirieron en el curso de la guerra; no obstante, La Rochefoucauld fue durante toda la guerra civil el más sólido apoyo de Condé, luchando junto a él en la trascendental jornada de San Antonio, durante la cual fue gravemente herido. Reducido a la impotencia, asistió al motín popular que dividió París, apartó de Condé la gente de orden y favoreció la entrada de Luis XIV en la capital. Con el final de la Fronde terminó su vida de intrigante y conspirador.

En 1653, mientras se recupera de sus heridas en Damvilliers y «en la ociosidad en que de ordinario deja la desgracia», La Rochefoucauld comienza sus «Memorias», de las que aparecerán en 1662 dos ediciones piratas: hasta

seis ediciones se harán en vida del autor sin que éste llegara a autorizar ninguna ni se decidiera a publicar la auténtica, que sólo tras su muerte pudo ser exhumada.

En 1655 se inicia su relación con Mme. de La Fayette, que cuenta entonces 25 años; esta relación se irá haciendo cada vez más estrecha e íntima, colaborando La Rochefoucauld en algunas de sus novelas, como «Zaïde» y «La princesa de Cléves». Durante la estancia de Cristina de Suecia en París se convierte en su asiduo acompañante y cultiva asimismo la amistad de Mme. de Sevigné. De los juegos y disputas de ingenio que se desarrollaban en el salón de Mme. de Sablé, al que La Rochefoucauld asistía con asiduidad, salieron las **Máximas,** cuya primera edición holandesa, de 1664, también pirata, fue seguida de cuatro sucesivas ediciones autorizadas (1666, 1671, 1675 y 1678) que contienen diversas variantes, adiciones y supresiones.

Aunque en 1667 La Rochefoucauld retoma las armas para combatir junto al rey en el sitio de Lille, este moralista aquejado de gota, que había recuperado el favor de la Corte en 1659, se dedicó principalmente durante sus últimos veinte años de vida a dar la razón a su enemigo, el cardenal de Retz, que había dicho de él: «...desde su infancia quiso mezclarse en intrigas, pero... su visión no era lo bastante amplia... tuvo siempre un comportamiento irresoluto... no ha sido nunca guerrero, por más que fuera gran soldado... hubiera hecho mucho mejor conociéndose, y limitándose a pasar, como muy bien hubiera podido, por el cortesano más educado aparecido en su siglo». El año 1672, durante el cual Mme. de La Fayette enfermó y se vio obligada a retirarse, dejándole en una soledad agravada por la muerte de su madre, de su hijo Juan Bautista y del hijo habido con Mme. de Longueville, fue particularmente aciago para La Rochefoucauld, que con dolores de gota cada vez más fuertes falleció ocho años más tarde. En 1659 había dejado escrito de sí mismo: «Soy melancólico... no soy excesivamente abierto con la mayor parte de los que conozco... Poseo ingenio y no tengo ninguna dificultad en decirlo... La conversación con gente honorable es uno de los placeres que prefiero... Amo la lectura en general; la que más aprecio es aquella en la que hay algo que pueda moldear el espíritu y fortificar el alma. Sobre todo, hallo una extremada satisfacción en leer con una persona de talento... La ambición no me corroe... Soy poco sensible a la piedad y quisiera no serlo en absoluto... Amo a mis amigos, y les amo de tal modo que no vacilaría un momento en sacrificar mis intereses a los suyos... Soy de una estricta cortesía con las mujeres. Cuando poseen un espíritu bien formado, pre-



Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696). Cuadro de P. Mignard. (Galería de Los Oficios, Florencia).

fiero su conversación a la de los hombres... Apruebo extremadamente las bellas pasiones... Si yo, que conozco cuanto hay de delicado y fuerte en los grandes sentimientos del amor, llego a amar alguna vez, será seguramente de este modo; pero tal y como soy, no creo que este conocimiento que poseo me pase nunca del espíritu al corazón».

MEMORIAS

De ser sinceras las «Memorias» (hipótesis de la que algunas «Máximas» podrían hacernos sospechar), nada más cierto que la disposición de La Rochefoucauld a sacrificar sus intereses a los de sus amigos: son numerosas las ocasiones en que la amistad (y el amor) le dictan el comportamiento, situando sus imperativos por encima no sólo de los propios intereses y preferencias, sino también por encima de la **razón de Estado** entendida como tal. Pues si bien la mayor parte de las «Memorias» es un pormenorizado análisis (autojustificador) de todas y cada una de las intrigas de la Corte, una detallada reconstrucción de los movimientos, estrategias, motivaciones y expectativas de cada personaje de la Fronde, lo cual las convierte en una obra maestra de psicología aplicada, no por ello dejan de aparecer periódicamente consideraciones «objetivas» y desapasionadas sobre lo más conveniente para el país. Y así, después de mostrar su memorial de agravios contra Richelieu y celebrar las posibilidades personales que su muerte le abre, no deja de reconocer que «esta pérdida fue muy perjudicial al Estado... Nadie hasta él había conocido tan bien todo el poder del Estado, ni había sabido restablecerlo entero entre las manos del soberano». En diversas ocasiones se extiende sobre la «ceguera» y los errores de Condé, sobre los perjuicios de la guerra civil y su evitabilidad... pero ello no le impide olvidarse de todo por fidelidad a un amigo o por seguir a una mujer capaz de sacrificar el país a su capricho. Esta aparente inconsecuencia ejemplifica muy bien la inmensa distancia existente entre esta descuidada percepción del **interés del Estado** y algo mínimamente parecido a una teoría política: no hay en La Rochefoucauld nada ni lejanamente similar a las preocupaciones teóricas de un Hobbes (que reflexionaba sobre los contemporáneos acontecimientos ingleses) ni tan siquiera a las más empíricas de Maquiavelo; su horizonte esencial no rebasa los límites del individuo más que en la aristocrática dirección del honor del propio linaje; no es el poder en sí, sino sus resortes psicológicos lo que analiza. Igualmente estéril resulta buscar algo que se parezca a una teoría de la historia: ni tan siquiera el providencialismo cristiano de su con-



Alegoría del nacimiento del Delfín, el futuro Luis XIV. (París. Gabinete de Estampas).



Alegoría de Luis XIV con su familia. (Nocret, Palacio de Versalles).

temporáneo Bossuet parece tentar a La Rochefoucauld: el **sentido** de la Historia, como el interés de la sociedad, le traen finalmente sin cuidado; historia y sociedad no son más que el escenario en el que se desenvuelve un duelo múltiple entre voluntades y pasiones regidas por el humor y la fortuna. Por supuesto, el pueblo no hace más papel que el de comparsa: en las «Memorias» no hay más protagonistas de la **Fronde** que el puñado de nobles que tejen y destejen sus alianzas; el sutil análisis de las motivaciones de cada uno de estos personajes contrasta con la nula atención a los móviles del Parlamento parisino o la **Ormée** bordelesa; se diría que el cambiante humor del pueblo forma parte de la imprevisible naturaleza al mismo nivel que las condiciones climatológicas. Ni política ni historia. Pero tampoco épica; en todo caso, épica degradada a psicología e impregnada de moral. Quizá, ¿por qué no?, **novela:** las «Memorias» de La Rochefoucauld, o la continuación de «Los tres mosqueteros».

LAS «MAXIMAS MORALES»

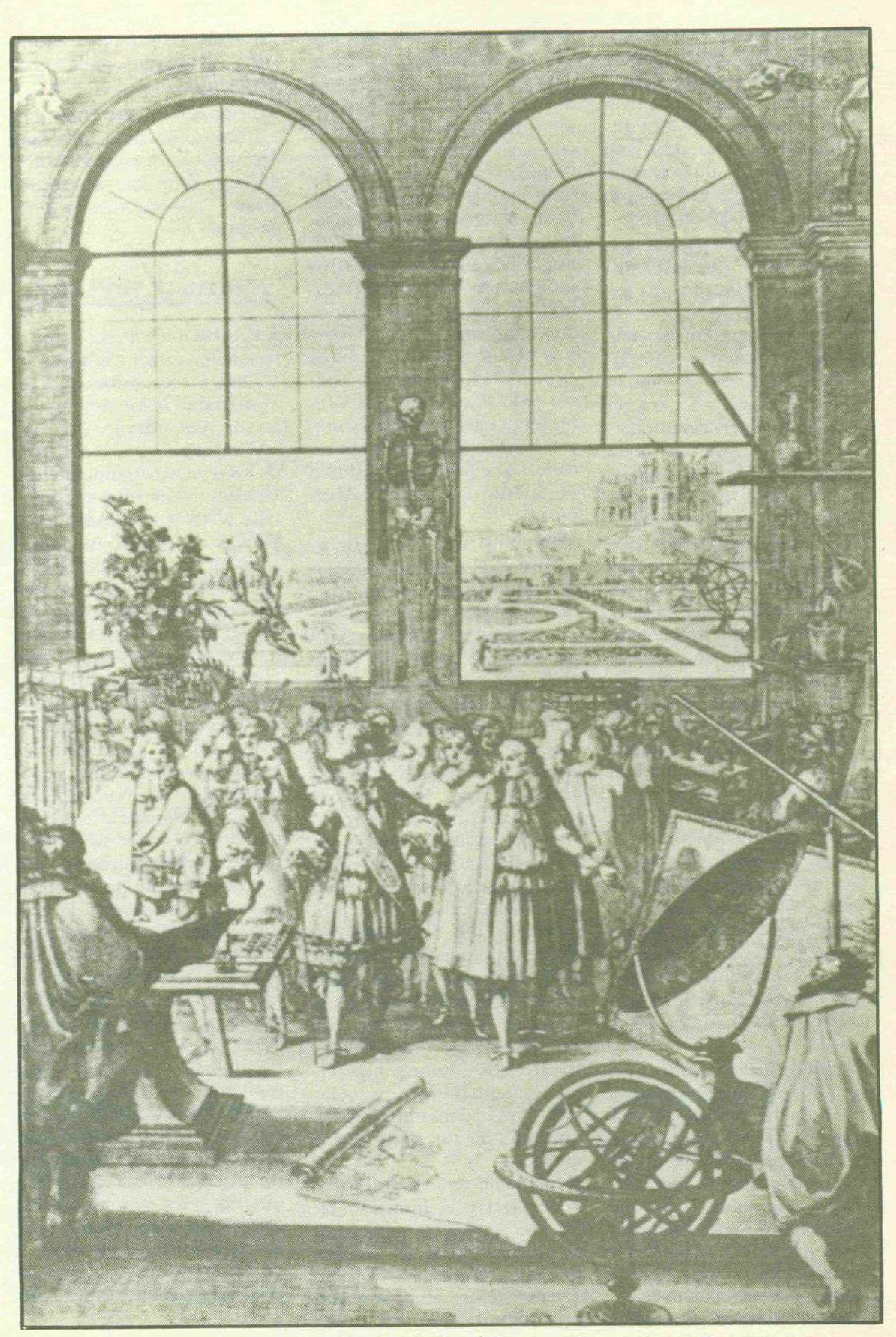
Aplíquese al material empírico de las «Memorias» la concepción del individuo caído de los Padres de la Iglesia llevada hasta sus extremos por los jansenistas, prescíndase de Dios y de los efectos transformadores de la gracia, mézclese la resultante con sentencias varias de Tácito, Horacio, Ovidio, Séneca y Montaigne, añádase el poderoso influjo de Gracián, y se obtendrá algo muy próximo a las «Máximas» de La Rochefoucauld.

Una gran parte de las «Sentencias» está dedicada a ilustrar, concretar, ejemplificar y desarrollar el aforismo con que se abren: «Nuestras virtudes no son casi siempre más que vicios disfrazados»



Celebración y festejos con motivo del matrimonio de Luis XIV y María Teresa de Austria, según una estampa del siglo XVII. (París, Gabinete de Estampas).

(en otro lugar matizará: «Los vicios entran en la composición de las virtudes como los venenos entran en la composición de los remedios»). Y así, por ejemplo, bajo la **clemencia** de los príncipes no hay más que vanidad, pereza y/o temor, la **sinceridad** «no es más que una fina disimulación para atraer la confianza ajena», la **aversión a la mentira** «es habitualmente una imperceptible ambición de otorgar consideración a nuestros testimonios y de atraer a nuestras palabras un respeto religioso», el **amor a la justicia** sólo esconde el «temor a sufrir la injusticia», «se suele hacer el bien para poder hacer impunemente el mal», pues «el bien que hemos recibido de alguien quiere que respetemos el mal que nos hace»; cumplimos nuestro **deber** no por virtud, sino porque «nos retienen la pereza y la timidez», «lo que parece **generosidad** no es con frecuencia más que ambición disfrazada, que desprecia los pequeños intereses para aspirar a otros mayores», la **humildad** suele ser «una fingida sumisión de la que nos servimos para someter a los otros, un artificio del orgullo que se rebaja para elevarse», tras la **liberalidad** se esconde «la vanidad de dar, a la que amamos por encima de lo que damos», y tras la **piedad,** «una hábil previsión de las desgracias en que podemos caer» y el concurso que podemos necesitar de aquel a quien socorremos; nos **confiamos** a los demás por puro «deseo de hablar de nosotros mismos» y para mostrar nuestros defectos del modo que más nos conviene; la **bondad** misma «no es por lo común más que complacencia o debilidad», por lo cual «no es digna de alabanza la bondad de quien no tiene capacidad para ser malvado: cualquier otra bondad no es casi siempre más que pereza o impotencia de la voluntad».
En definitiva, todas las virtudes se reducen a **amor-propio** (interés, orgullo, egoísmo, vanidad: nombres varios de lo mismo) y bajo ellas no hay otra cosa que el incontrolado movimiento del **humor** y las **pasiones** regido sólo por la imprevisible **fortuna:** «Las virtudes se pierden en el interés como los ríos se pierden en el mar» y no irían muy lejos «si la vanidad no les hiciera compañía»; llamamos virtudes a la «reunión de diversas acciones y diversos in-



Visita de Luis XIV a la Academia de Ciencias. Grabado de Sebastián Leclerc. (París, Biblioteca Nacional).

tereses que la fortuna o nuestra habilidad sabe componer»; y no hay razón alguna para atribuírnoslas, pues «la fuerza y la debilidad del espíritu están mal llamadas; no son, en efecto, más que la buena o la mala disposición de los órganos del cuerpo».

No somos nosotros los que controlamos nuestras pasiones, sino ellas las que nos gobiernan: «La duración de nuestras pasiones no depende de nosotros más de lo que depende la duración de nuestra vida», «hay en el corazón humano una generación perpetua de pasiones, de modo que la ruina de una supone casi siempre el establecimiento de otra»; estas pasiones, «únicos oradores que siempre persuaden», aparecen siempre a pesar de los velos de la piedad y del honor y «engendran con frecuencia sus contrarias: la avaricia produce a veces la prodigalidad y la prodigalidad la avaricia; con frecuencia se es firme por debilidad y audaz por timidez»; «el espíritu es siempre víctima de los engaños del corazón» y «si resistimos a nuestras pasiones, es más por su debilidad que por nuestra fuerza»; «cuando los vicios nos abandonan, nos pavoneamos de ser nosotros quienes los dejamos» y, llegados a la vejez, «damos buenos consejos para consolarnos de no poder ya dar malos ejemplos».

No parece haber pasión más fuerte que el **amor-propio,** o al menos no parece haberla tal que él no se halle presente e intente apañarla a su favor: él, «el más grande de todos los aduladores», «más hábil que el más hábil de los hombres del mundo», de inagotables y desconocidos recursos, más ligado a nuestros gustos que a nuestras opiniones, igualador de todos los hombres por el **orgullo** (común a todos y que sólo se diferencia por los medios y la manera de sacarlo a la luz), cuya función parece ser «ahorrarnos el dolor de conocer nuestras imperfecciones», nos hace caer en todo tipo de contradicciones, como la de «no poder consolarnos de que nuestros enemigos nos engañen y nuestros amigos nos traicionen, y estar sin embargo satisfechos de engañarnos y traicionarnos nosotros mismos». El es el padre del **interés** que «habla todo tipo de lenguas y representa todo tipo de personajes, incluso el del desinteresado», y que pone a su servicio «todo tipo de virtudes y de vicios».

¿Qué otra cosa que el amor-propio rige nuestras relaciones con los demás? Es él el que hace que siempre tengamos «fuerza bastante para soportar los males del prójimo» y que «el mal que hacemos no nos atraiga tanto odio y persecución como nuestras buenas cualidades»; él está en el fondo del **resentimiento** que experimentamos ante quienes nos resistimos a reconocer superiores, y el que hace que haya «muy poca gente lo bastante sabia como para preferir la censura que le es útil a la alabanza que le traiciona»; en la **sociedad humana** «cada cual quiere obtener su placer y sus ventajas a expensas de los demás», mas paradójicamente «los hombres no vivirían mucho tiempo en sociedad si no fueran unos y otros víctimas de sus mutuos engaños».

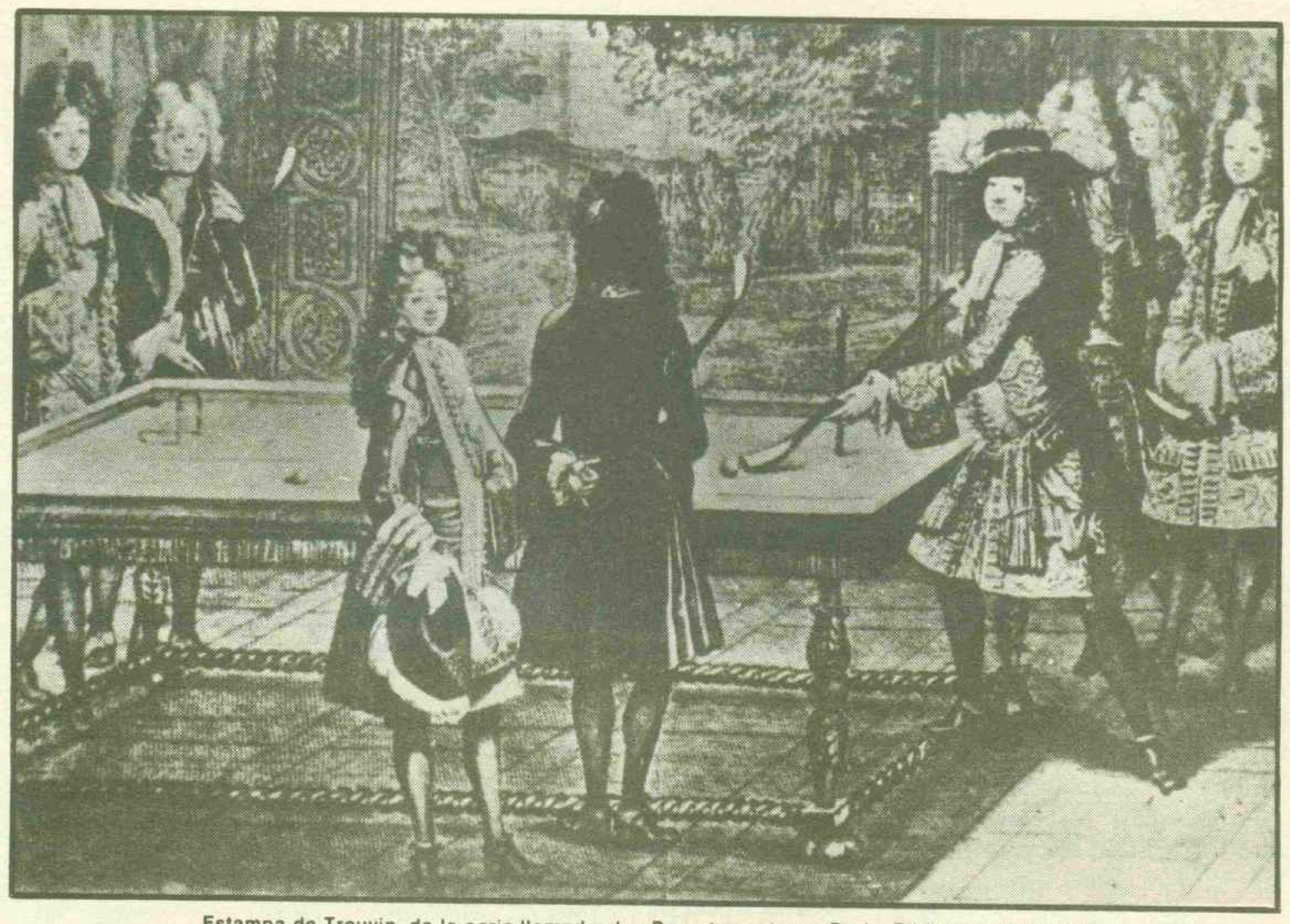
Finalmente todo se reduce a la fortuna y el humor: «La fortuna y el humor gobiernan el mundo», dice La Rochefoucauld. Pero añade algo que convierte a ambos en algo tan imprevisible y sin ley como el **azar:** «Los **caprichos** de nuestro humor son aún más extravagantes que los de la fortuna».

La vida humana se le antoja a La Rochefoucauld un ciego, infructuoso y contradictorio intento de poner el esquivo azar a favor de nuestro amor propio.

L'HOMME HONNÊTE

La resistencia a reconocer el desolador cuadro anterior es tal que La Rochefoucauld recomienda irónicamente al lector considerar que las «Máximas» son verdaderas de los demás pero no de él: así conseguirá superar y confirmar al tiempo el escollo que para el conocimiento supone el amor propio. Pues en su opinión son de carácter **moral,** más aún **pasional,** los obstáculos interpuestos en el camino de la **veracidad:** «No tenemos **fuerza** suficiente como para seguir **toda** nuestra razón». Para La Rochefoucauld el problema es **cuánta verdad** somos capaces de resistir: «Nunca nadie ha emprendido la tarea de extender y conducir su espíritu tan lejos como pueda ir». En ese viaje parece haber un límite claro: la muerte, la dificultad del pensamiento para afrontar la muerte: «Ni al sol ni a la muerte se les puede mirar con fijeza». De ahí la venda en los ojos del condenado a la pena capital (todos, finalmente) y esa otra venda espiritual del héroe que esconde bajo el desprecio a la muerte el temor de encararla; pues aquí ni tan siquiera el amor propio viene en nuestro auxilio: «Es desconocer los efectos del amor propio pensar que pueda ayudarnos a contar para nada con lo que debe necesariamente destruirlo».

Sintomático por demás re-



Estampa de Trouvin, de la serie llamada «los Departamentos». (París, Biblioteca Nacional).

sulta que ni en este punto extremo, que tanto se presta a ello, comparezca en la pluma de La Rochefoucauld el personaje al que la tradición medieval ponía bálsamo a la herida: **Dios y la religión** brillan literalmente por su ausencia en las «Máximas». La Rochefoucauld sólo hace la mitad del camino con los Padres de la Iglesia y los jansenistas (a los que llama en su defensa ante las críticas a su obra): la descripción del hombre caído y sumido en la abyección no se abre en su caso a la gracia redentora que posibilita una moral cristiana. Ningún precepto de tal moral ilumina las páginas de las «Máximas». Y tampoco brillan otras dos «morales» que la Edad Media conoció: la **moral del héroe** que cantara la épica y la del **amor cortés** que los trovadores difundieran ofreciendo cobertura literaria y esotérica a la mística cátara. Aquel joven que se soñó héroe corneliano capaz de raptar a la reina (tenía 23 años cuando el estreno de **El Cid)** se complace en la madurez derribando a los héroes de su pedestal: «Excepto por su gran vanidad, los héroes están hechos como los demás hombres», y lo que tenemos por grandes acciones «son por lo general efectos del humor y las pasiones. Así la guerra entre Augusto y Antonio, que suele relacionarse con su ambición por convertirse en dueños del mundo, no fue quizá más que un efecto de los celos».

En cuanto al amor, las «Máximas» guardan la escéptica huella de una experiencia ni muy feliz ni capaz de sublimar místicamente la inevitable infelicidad, una experiencia simple y modestamente lúcida, amarga e irónicamente lúcida: «Si se juzga el amor por la mayoría de sus efectos, se parece más al odio que a la amistad», «el amor presta su nombre a un infinito número de comercios», «hay matrimonios buenos, pero no los hay deliciosos», «apenas hay pasión en la que el amor a sí mismo reine tan poderosamente como en el amor, y siempre se está dispuesto a sacrificar el reposo de quien se ama antes que a perder el propio», «lo que explica que los amantes no se aburran nunca de estar juntos es que siempre hablan de ellos», «estamos más cerca de amar a los que nos odian que a los que nos aman más de lo que queremos», «en el amor, el engaño va casi siempre más lejos que la desconfianza», «la violencia que nos hacemos para permanecer fieles a quien amamos apenas vale más que una infidelidad», «se pasa con frecuencia del amor a la ambición, pero apenas se vuelve de la ambición al



Estampa de Trouvin, de la serie de «los Departamentos». (París, Biblioteca Nacional).

amor», «la comparación más justa que se puede hacer del amor es la de la fiebre: no tenemos más poder sobre uno que sobre otra, sea por su violencia o su duración». Fiebre que escapa a nuestro control y priva por ello de toda virtud o mérito a la fidelidad y la infidelidad, fiebre que esconde con frecuencia buenas dosis de amor-propio, el amor no parece escapar al diagnóstico general del comportamiento humano. Si el amor no nos transporta a otros mundos ni nos eleva sobre nosotros mismos como a Tristán, quizá se deba a **la mujer.** Idolatrada por el amor cortés, La Rochefoucauld nos la presenta a muy distinta luz: «la coquetería es el fondo del humor de las mujeres; pero no todas la ponen en práctica, porque la coquetería de algunas se ve retenida por el temor o la razón», «las mujeres creen con frecuencia amar aunque no amen: la ocupación de una intriga, la emoción de espíritu que produce la galantería, la inclinación natural al placer de ser amadas, y la pena de rehusar, les persuaden de que tienen una pasión, cuando no tienen más que coquetería», «las mujeres no conocen toda su coquetería, son menos capaces de superar su coquetería que su pasión», «la inteligencia de la mayor parte de las mujeres sirve más para fortificar su locura que su razón», «hay pocas mujeres honestas que no estén cansadas de su oficio», «la mayor parte de las mujeres honorables son tesoros escondidos que sólo están seguros porque nadie los busca». Aquel adolescente que respiró en **L'Astrée** la atmósfera ya un tanto desvaída del amor como itinerario místico inspirado por una mujer elevada a la categoría de **Madonna,** acabó colaborando con Mme. de La Fayette, que despreció el amor en su vida para diseccionarlo en sus novelas —«cette chose incommode», lo llamaba—, en la narración de los infortunios de la virtud de **La Princesse de Clèves,** más cerca ya, a pesar de una cierta grandeza trágica, de la futura **Justine** que de la pasada **Isolda.**

Cierto que La Rochefoucauld habla en ocasiones del **verdadero amor,** capaz incluso del milagro de curar a la mujer de su coquetería y competir victoriosamente con el amor propio; incluso llega a decir que lo que habitualmente llamamos amor no es sino degenerada copia del verdadero. Pero no puede decirse que fomente el optimismo: «ocurre con el amor verdadero como con la aparición de los espíritus: todo el mundo habla de ellos, pero pocos los han visto».

Algo así pasa también con la amistad, pues si por una parte «un verdadero amigo es el mayor de todos los bienes», por otra «si ya es raro el verdadero amor, aún lo es más la verdadera amistad».

Si algún ideal positivo hay en La Rochefoucauld, no será pues por el camino del buen cristiano por el que lo encontraremos; ni tampoco por el del héroe, al que en su tiempo todavía exaltan anacrónicamente Corneille y Racine, o el del amor, trasladado del incienso religioso a la lupa psicológica por la entonces naciente novela moderna. Su **honnête homme,** de fugaz aparición en las «Máximas» pero al que en las «Reflexiones diversas» de póstuma publicación se le dan prolijos consejos que mucho deben al gracianesco «Oráculo ma-

nual», mira con un ojo al pasado como exquisito aristócrata y perfecto cortesano que es, pero enfoca al futuro con el otro, pues su cimiento es el saber sin trabas que el filósofo moderno dice profesar: la **lucidez** sin censuras, engaños ni concesiones es el principal y definitorio rasgo de este **individuo emergente** capaz de guiarse con su solo genio e ingenio por ese laberinto lleno de engaños, artificios y trampas que constituye la humana sociedad. La **independencia**, el **respeto** y una **prudente distancia**, es decir la **buena educación**, son los rasgos añadidos que la lucidez recomienda si quiere hacerse (a uno mismo y a los otros) la vida llevadera, y hasta grata, en esta jungla agitada por el amor propio. Quizá pueda de ese modo hallarse la improbable amistad, mitigarse la inevitable herida del amor, y gozarse en la lectura y la conversación. El programa no puede desde luego competir con el Paraíso que la Edad Media prometía, la Moderna renovó y la Contemporánea difunde, pero quizá no sea mucho más, ni sobre todo esencialmente distinto, lo que la lucidez permite. ■ **J. A.**



Francisco de la Rochefoucauld, retrato de juventud.

Las tribus de «La Tribu»

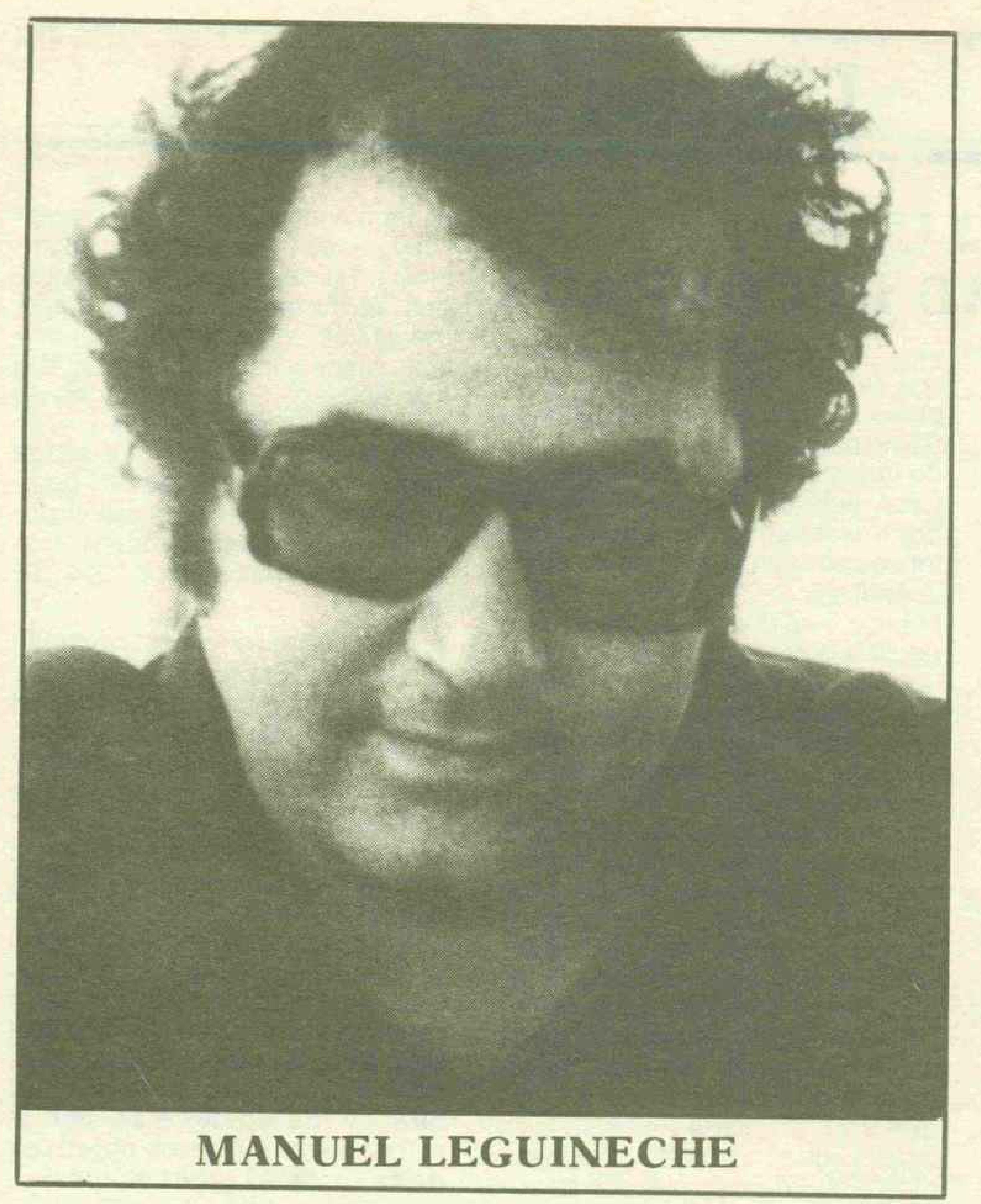
Donato Ndongo-Bidyogo

EN uno de los capítulos de su manual sobre Literatura y praxis, *que a mí me parece importante para todo escritor, Dieter Wellenshoff saca a flote una perogrullada –él mismo utiliza esa palabra– que casi nunca se quiere asumir: que un libro no es sino una mercancía que el escritor vende al editor, el editor al librero, el librero al público. Según esta inexorable ley, los libros que se mantienen en el mercado lo hacen por su propia consistencia, por sus inmanentes normas espirituales, por su mensaje, por su calidad artística, en suma. Como el escritor conoce ya previamente todo este mecanismo, se condiciona a la hora de elegir y/o enfocar el tema en función de su adaptabilidad al organigrama mercantilista del editor, que, a fin de cuentas, le catapultará a la gloria, maná casi único con el que esperamos alimentarnos los náufragos del diez por ciento.*

TODO esto viene a cuento porque, después de leer **La Tribu** (1), lo primero que se me ocurrió fue preguntarme por su concepción: ¿una reflexión sobre los avatares de los «enviados especiales» en un acontecimiento cualquiera, con Guinea como pretexto? ¿Una descripción de la caída de Macías y los albores de la actual situación guineana, con los «enviados especiales» como protagonistas? Leído desde cualquiera de las dos ópticas, resulta un libro cautivador, palpitante y entrañable, pero el análisis y sus conclusiones varían. El periodista Manuel Leguineche, un auténtico «monstruo sagrado» del género, muestra las bajezas inherentes a este oficio competitivo y castrador, el del «club de las cuatro D: los depresivos, los deslenguados, los dipsómanos y los divorciados». Un oficio en el que todo sirve, como en la guerra o en el amor —según se dice—, desde el codazo al pisotón, y en el que el atractivo desde fuera apenas es compensado por las incomodidades materiales, que llegan al hambre o al no dormir durante días; en el que la promesa de una quimérica gloria no resarce de la general incomprensión de los protagonistas de la noticia, que pasa por el desprecio para llegar con demasiada frecuencia a la muerte. Leguineche describe una situación y reflexiona sobre un mundo que conoce bien, pues es su oficio, es su vida, y por eso mismo esa descripción y esa reflexión podrían haber tenido como marco cualquier otro escenario, Saigón o Stanleyville, Teherán, Managua, Lisboa u Onitsha. ¿Por qué se desarrolla la acción en Guinea Ecuatorial? Aquí enlazamos con la segunda de las primeras preguntas, y también con la perogrullada de Wellenshoff: Guinea es un tema «caliente», política y periodísticamente, un tema atractivo, todavía no manido, interesante para la opinión pública española quizá por una conciencia colectiva de culpa. Leguineche ha declarado que su primer escenario para la acción de su relato fue Teherán, con el sha tambaleándose; luego la trasladó mentalmente a la Managua de la que huía Somoza, pero que se decidió por el Malabo que intentó reconquistar «Papá Macías», en vano y contra todo sentido histórico, después de cinco años de haberla abandonado a la suerte de su viceministro de Defensa, hoy presidente de la República. La concatenación de las tres evicciones, obvio es, acercaba el tema al lector español.

Desde una lectura guineana, pues, el libro, además de ser oportuno, cobra una nueva dimensión. Esas pinceladas de colorido tropical interesarán mucho a los lectores españoles, a quienes Salgari, Kipling o Conrad caen muy lejos. La, a veces, minuciosa descripción de las circunstancias históricas del país, de su primer presidente y sus obras y milagros, y del golpe de Estado, envueltas bajo la forma estilística de crónica —crónicas frustradas, jamás transmitidas a Madrid—, quizá ayuden a situar al lector, como pretende el «enviado especial» Estanislao Cunill en su **artículo de documentación,** so-

(1) LA TRIBU, Manuel Leguineche. Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1980.



MANUEL LEGUINECHE

bre las circunstancias que desencadenaron el golpe. Pero le dan al libro un aire no fácilmente comprensible, ni comprendido, para los lectores sin sentido crítico, es decir, sin sentido del humor. Y el guineano, genéricamente, carece de ambos en esta etapa de transición hacia no se sabe bien qué, jalonada por las mismas miserias heredadas del «Gran Cabrón». Por eso creo útil subrayar que este que comento no es necesariamente un libro de historia, aunque contenga valiosos elementos para el juicio histórico, por lo que es inútil ir a buscar en él, sistemáticamente datos exactos sobre el desarrollo de todos los hechos, en el tiempo o en el espacio. Es, ni más ni menos, la crónica narrada de unos sucesos, el relato de unos acontecimientos pasados por el tamiz crítico de un enviado especial, Mario Molinos en la ficción, el propio Leguineche en la realidad. Si al primero puede reprochársele un cierto eurocentrismo en la visión de la realidad guineana, su incomprensión —atávica, inconsciente— de algunas situaciones, de algunos personajes, del estado de ánimo de los habitantes de la ex colonia española tras once años de una inenarrable tiranía, al segundo se le puede acusar de cierta improvisación, pues el suyo es, en algunos puntos especialmente sensibles, un libro escrito deprisa: una más minuciosa investigación —exigible al autor del libro, disculpable en el ficticio enviado especial— hubiera podido evitar errores del tipo de «los fang en su avance arrojaron a los bubis a la isla que los portugueses llamaron Formosa» (pág. 183), cuando la realidad es que el primer encuentro entre ambos grupos étnicos fue como consecuencia de la colonización, ya bien entrado el siglo XX. Y algunas cosas más (2).

En cualquier caso, y mirando el libro como unidad (es decir, como es y nada más), el buen hacer, el **oficio,** que se dice, de Manuel Leguineche consigue mantener el interés del lector, desde la primera página hasta la última, sobre dos mundos y dos circunstancias perfectamente entrelazados, y por igual desconocidos por el gran público. Leguineche ha tenido la osadía de abordar un tema difícil y delicado —no en vano Guinea ha sido, y hasta cierto punto sigue siendo «materia reservada»—, y, hay que decirlo, consigue su propósito plenamente: informar y entretener a los lectores, a sus muchos lectores, sobre las dos temáticas acometidas con el mismo amor, porque de la lectura del libro se desprende un profundo amor a la profesión periodística, un profundo amor al pueblo guineano.

Claro que pudo haber iniciado su relato contando el original modo en que «la tribu» emprendió su aventura guineana aquella noche del 9 de agosto en Barajas. No lo ha hecho, y sus razones tendrá. Y si desde lo anecdótico el lector quedará intrigado intentando averiguar la verdadera personalidad de la vital Cari Esplandiu o quién es Cándido Planas, y así todos los «enviados especiales» y hasta algún director de periódico —ejercicio siempre estimulante en las obras en que la realidad ha sido apenas velada con una gasa transparente—, lo que desde el primer momento se le ofrece es una perfecta información, y a veces con datos inéditos, sobre la génesis, gestación, desarrollo y desenlace del golpe que derribó a Macías «El Tigre» y devolvió parte importante de su soberanía al pueblo guineano. Tengo la impresión personal de que Leguineche ha huido deliberadamente de la ficción en su sentido puro, para presentarnos una doble realidad dulcificada por la amenidad estilística, pero cruda por los hechos. De modo que no es un libro de aventuras, al estilo de Lartéguy o Lawrence Sanders, ni una novela de ambiente africano, sino una hábil y original narración de vivencias humanas, con todo el calor y toda la vitalidad de un trabajo concebido como testimonio y ejecutado con autenticidad. ■

D. N.-B.

---

(2) Cierto es que Leguineche me requirió para que leyera su original, pero una serie de circunstancias impidieron dicho propósito. Y lo hago constar en favor de la probidad del autor del libro, aunque, con éste entre mis manos, deba señalar las fallas con honradez.

ANDALUCIA, UNA IDENTIDAD RECOBRADA

HAY que comenzar diciendo que ya era hora de que hubiera **una Historia de Andalucía (*).** Porque hasta ahora, la única existente, la de Joaquín Guichot, data, nada menos, que de 1896. La exigencia de una Historia de Andalucía se presentaba «como una tarea insoslayable». Pero junto a esa necesidad imperiosa de que hubiera una Historia de Andalucía a la altura de las circunstancias —público y crítica histórica—, no lo era menos la obligación de evitar la manipulación histórica en la que han caído algún que otro manifiesto al uso que circula (?) por ahí.

Dividida en ocho tomos, de los que ya han aparecido cuatro, esta **Historia de Andalucía** pretende servir, según Domínguez Ortiz, «no para separar, sino para unir»; quiere enseñar a los andaluces «los orígenes de su situación», darles pistas para resolver algunos de sus problemas y, sobre todo, hacerles «conscientes de su universalidad».

Los capítulos referentes al medio geográfico Sesenta páginas no están nada mal, pero para una región tan extensa y variada desde el punto de vista geográfico resultan insuficientes. Ignoro si este hueco se ha pensado en llenarlo en el tomo correspondiente al siglo XX donde no estaría de más un análisis de estructura económica; pero un análisis actualizado pues, ignoro por qué causa, los datos que se manejan «se quedan» en el año 1975 cuando diversos boletines estadísticos nos permiten llegar, al menos, hasta 1978.

Sorprende también el escaso espacio dedicado a Tartessos —tal vez el propio mito influya en esta apreciación— y, en general, a toda la antigüedad.

En el **debe** de estos dos tomos, se echa de menos, además, una sucinta cronología para cada período o capítulo de la obra, máxime teniendo en cuenta la importancia que los propios autores conceden a la historia narrativa.

Igualmente, hubiera resultado muy útil un vocabulario específico que sirviera para subsanar la comprensible falta de hábito ante la terminología árabe, por ejemplo, de buena parte de los posibles futuros lectores. Aunque el historiador o el introducido en temas históricos pueden prescindir de estos apéndices (y no todos), el gran público —al que se supone va dirigida la obra—, no. Tras setecientas páginas de lectura, considero —y coincido con Domínguez Ortiz— que esta Historia no es erudita, pero sí es demasiado técnica en algunos aspectos. Por ejemplo, la introducción sobre el medio geográfico, determinados aspectos de la protohistoria andaluza o el complejo mundo —en muchos sentidos— musulmán. Aun valorando el esfuerzo realizado y las dificultades que supondría semejante intento, pienso que se podía haber hecho un esfuerzo mayor en aras de una comprensión más generosa por parte de un público amplio que no está necesariamente en un grado elevado de conocimiento.

Independientemente de lo sumamente positivo que tiene la aparición de esta **Historia de Andalucía,** un hecho merece ser valorado por encima de todo: la desmitificación de temas puntales como la romanización, la invasión arabo-bereber, la idea de reconquista, la conciencia nacional, la repoblación y los latifundios y los gremios, por citar algunos de los ejemplos más destacados y de los que bien la historiografía tradicional, antes, bien los manifiestos ideológicos que tratan de pasar como historia, ahora, han dejado y tratan de dejar una mayor impronta en el pueblo poco avisado. ¡Ya iba siendo hora, también, de esta tarea!

Cuando se habla de la rápida y profunda romanización de la Bética parece decirse que cambió —en el sentido más exacto del término— rápida y profundamente sus moldes culturales por los de Roma y, además, que con ello se diferenció de la Meseta, el norte o el noroeste (de aquí el mito y el chauvinismo consiguiente). «Con esta argumentación», señala Bendala Galán, «se está dando una imagen contraria de lo que en realidad sucedió. De hecho, los cambios o, si se quiere, las novedades, se hicieron sentir en mayor medida en las tierras del interior y la permanencia, la continuidad, fue más acusada en la Bética y en las tierras de Levante, al menos en los primeros tiempos». Y añade más adelante: «La cultura iberoturdetana se mantuvo bajo el dominio de Roma sin cambios sustanciales durante unos dos siglos».

Al igual que las otras, esta desmitificación es importante no sólo por su valor intrínseco, sino por el peso que genera el análisis científico de los hechos: desmontar ideas falsas «elaboradas» desde posiciones apriorísticas —según la época— de uno u otro signo. En este sentido, resultan muy acertadas las **cuñas** —como la que sigue— que abundantemente inserta el autor antes citado: «Las palabras de Estrabón y de los otros escritores que tratan de Hispania, limadas sus exageraciones, **tienen pleno valor histórico, lo que puede sostenerse por el refrendo de los datos objetivos de la realidad arqueológica».**

Igualmente para acabar con ideas trasnochadas y/o interesadas, es muy interesante la desmitificación que de la invasión árabo-bereber hace Sánchez Martínez. Desmitificación que va muy unida a la importancia que hoy se presta —creo que Jomeini no está detrás— a la historia del Islam peninsular, contrariamente a lo que se había hecho hasta ahora tal vez como resultado de la pervivencia, a través del nacionalismo moderno, de la vieja idea de la «reconquista». En cualquier caso, la presentación de posiciones diversas —hipótesis— sobre el mismo tema (el famoso conde don Julián, el lugar de la batalla, etcétera), sirve para poner de relieve la dificultad de establecer una «rigurosa exactitud histórica» y la necesidad de situar los acontecimientos de los años 709-711 «en el contexto mucho más amplio de la expansión islámica y de la crisis de la Hispania visigoda».

Pasando el período 1031-1350, el correspondiente al segundo tomo de esta **Historia de Andalucía** tiene lugar en él un hecho que ha dejado su impronta hasta en la geografía: la división de Andalucía

(*) **Historia de Andalucía.** *Barcelona. Editorial Planeta, 1980.*